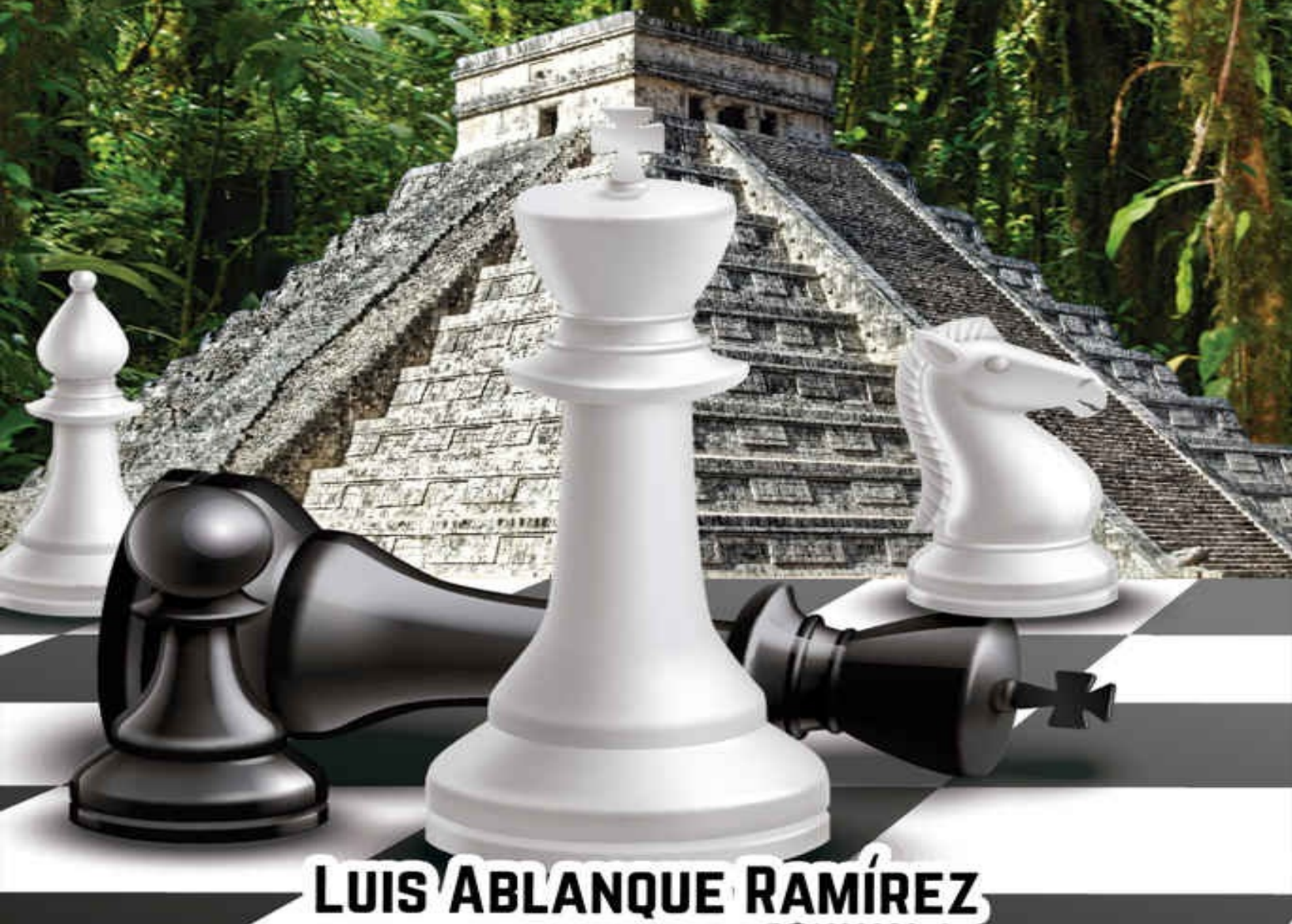


LA MUERTE TAMBIÉN JUEGA AL AJEDREZ



LUIS ABLANQUE RAMÍREZ

LA MUERTE TAMBIÉN JUEGA AL AJEDREZ

Ficción histórica, aventuras y suspense

LUIS ABLANQUE RAMÍREZ



Letra Minúscula

Primera edición: junio de 2019
Copyright © 2019 Luis Ablanque Ramírez
Editado por Letra Minúscula
www.letraminuscula.com
contacto@letraminuscula.com

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por cualquier medio sin el permiso expreso de su autor.

A David, Laura, Carlos y, por supuesto, a Nuria.

ÍNDICE

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[IX](#)

[X](#)

[XI](#)

[XII](#)

[XIII](#)

[XIV](#)

[XV](#)

[XVI](#)

[XVII](#)

[XVIII](#)

[XIX](#)

[XX](#)

[XXI](#)

[XXII](#)

[XXIII](#)

[XXIV](#)

[XXV](#)

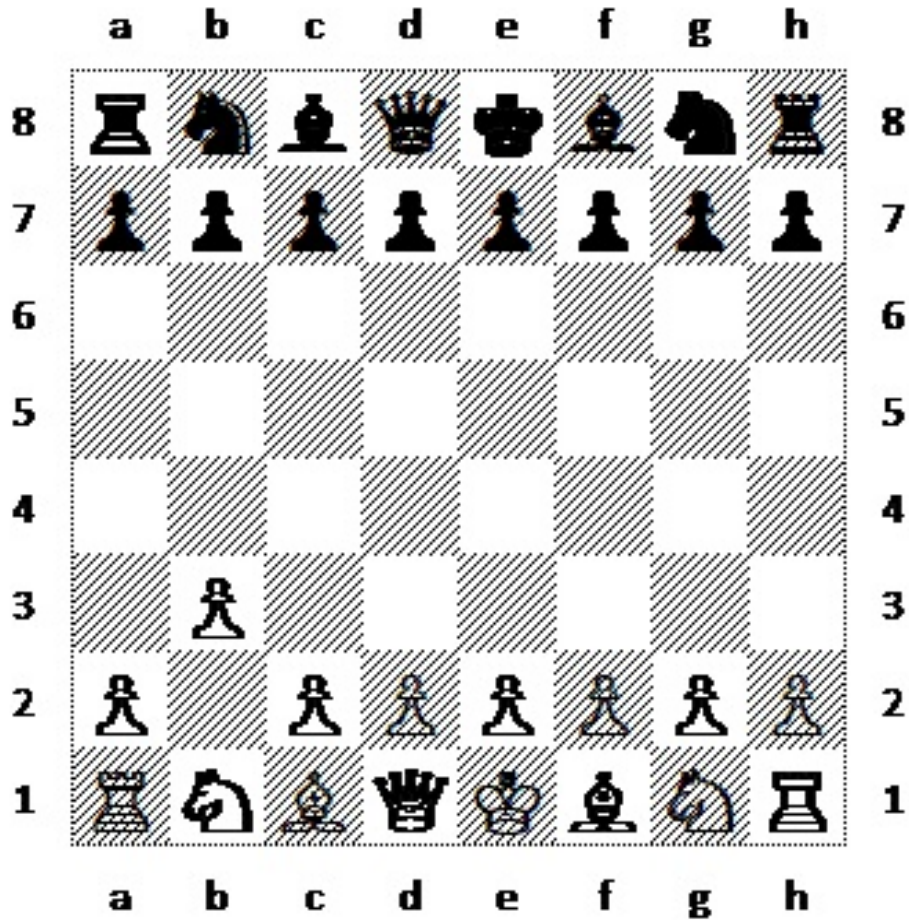
[XXVI](#)

[XXVII](#)

[XXVIII](#)

I

1. b3 ...



Tarda demasiado en mover. Apostaría a que se está preguntando por la razón de esa apertura irregular. No ha sido muy estudiada; su ineficacia parece evidente. Sin embargo, yo, en la partida más importante de mi vida, he optado por jugarla y, de momento, con ello he conseguido sorprender a mi oponente.

—Daniel, procura que esta vez sea buena la excusa, o este nuevo retraso afectará a tus notas.

Le mentí, aunque en esa ocasión tenía un motivo importante para haberme retrasado; acababa de perder la virginidad. No fui de los primeros entre mis compañeros. Por aquel entonces era ya un alumno de segundo de Derecho, y en esa facultad había bastante

«progre» que se me había adelantado. No obstante, en el 75 aún vivía Franco y en general la sociedad española continuaba siendo bastante recatada.

—¡Estoy harto de excusas estúpidas! ¿Que se te ha vuelto a estropear el estómago? ¿Pero tú qué es lo que desayunas? ¿Lentejas con sardinas, quizás? Tus problemas estomacales te van a causar muchos otros problemas conmigo. Te lo digo por última vez, levántate antes si quieres volver a entrar en mi clase. De momento, fuera de aquí.

Don Pedro Callejo era bastante estricto con eso de la puntualidad. No le faltaba razón en echarme la bronca. Soy un «retrasista patológico». Ese es el nombre que he dado a los que, como yo, llegan tarde a todas partes. Habitualmente solían pegárseme las sábanas; pero, aunque no fuera así, de alguna forma u otra las cosas se alteraban y siempre llegaba con retraso.

El día anterior había convencido a mi madre de que debía quedarme a dormir en casa de un amigo para repasar conjuntamente las últimas dudas del ficticio examen que tendríamos hoy por la mañana.

Aunque físicamente estaba en clase, mentalmente estaba lejos, muy lejos.

Rosalina era hija de madre guatemalteca y padre español. Lo de su padre y su madre había sido un auténtico flechazo. Se conocieron y, en apenas dos meses, ya iban a ser futuros padres. Lo dicho, un flechazo certero. Ernesto Pollo, que así se llamaba el padre, era un hombre solitario. Las veces que coincidí con él apenas me dirigió la palabra, no creo que por animadversión hacia mi persona, sino más bien porque trataba de huir de su esposa y de su hija refugiándose en sí mismo. Según me contó Rosalina, llevaba cerca de tres años que no pasaba de monosílabos con ellas aunque cuando estaba solo sí hablaba bastante. La verdad es que, pese a todo, a mí me caía bien y siempre le consideré el más cuerdo de aquella familia.

La madre pretendía ganarse la vida como experta en ciencias ocultas desde que, a los seis años, adquirió fama regional por haber recibido un chorro de fuerza mágica, que, según ella, la dotó de poderes sobrenaturales. Su hija intentó convencerme en varias ocasiones de la veracidad de tal hecho, pero aunque vi muchas cosas sorprendentes en esa casa, la historia siempre me pareció poco convincente. Ella, más que a lo descabellado de su explicación y a la falta de verdaderos dones, hacía culpable a su marido de su escasa fama asegurando que ejercía cierto poder desinhibidor de su fuerza.

Rosalina no tenía ninguna actividad definida; la conocí en una conferencia de la Asociación Cultural Las Comunidades Granjeras, que llevaba el título de «La gallina, ¿parto sin dolor?» y que, tengo entendido, fue la primera y única actividad que tuvo, pues, pese a que ya existía la Ley de Libertad de Asociación, esta no era muy progresista sino más bien una forma de acallar el clamor popular que demandaba libertades. La

asociación lógicamente no representaba ningún problema al régimen, pero su denominación (Comunidades) y la condición de granjeros de sus miembros, debió inducir a alguien de las altas esferas a ver en ella un posible foco de formación de comunistas. El caso es que en mitad de la disertación de un distinguido veterinario (al menos así se había presentado él), justo en el momento en que su discurso llegaba al interesante punto en el que analizaba si había o no sufrimiento en la gallina al poner el huevo, irrumpieron las fuerzas del orden.

Fue en el furgón policial donde la vi por primera vez; parecía como ausente. Me acerqué, le hice un comentario sobre lo injusto de nuestra detención y permaneció como si nada de lo que la rodeaba fuera con ella, incluido yo y mi comentario. Lo repetí y el segundo intento tuvo el mismo resultado que el primero; ni me miró, y yo me pregunté si era posible que la detención hubiera trastornado a esa pobre chica. Por último, toqué su brazo con mi mano derecha y, al fin, reaccionó.

—¿No te das cuenta de que estoy intentando mandar un mensaje telepático —dijo.

—Ah perdona..., y ¿a quién estás llamando?

—A mi madre. Trato de comunicarme con ella para que venga a buscarme lo antes posible.

—¿Cómo va a saber dónde encontrarte si no sabemos nosotros dónde nos llevan?

—Eso para mi madre no es problema.

Tras una media hora de camino nos bajaron del furgón, y cuando llegamos a la comisaría, una señora con una vestimenta muy poco habitual discutía con un policía. Era su madre.

Aún sigo preguntándome por la lógica de aquello. No pude comprender las razones y los términos de la discusión. Podía estar en calidad de detenida, arreglando papeles o poniendo una denuncia. No encontré indicios de que estuviera esperando la llegada de su hija, pues, aunque Rosalina trató de llamar su atención, en todo momento permaneció de espaldas; pero lo seguro es que era ella, con su inconfundible huipil guatemalteco.

Una vez llegamos a la comisaría nos separaron, y no volví a ver a Rosalina hasta que unos diez días más tarde la encontré paseando por El Retiro. Lo hacía sola. Yo me dirigía a la calle Doce de Octubre donde solía comer con mi abuela materna y, como en muchas otras ocasiones, atravesaba el parque disfrutando de un poco de naturaleza dentro de la agobiante ciudad madrileña. Como la vi otra vez ensimismada dudé en acercarme no fuera a ser que estuviera comunicándose con su madre. Así que preferí, en un primer momento, seguirla a cierta distancia.

No variaba su expresión, caminaba lentamente con la mirada puesta en el suelo y sin levantar la vista al cruzarse con otras personas. Tras aguardar un buen rato así, y no

pudiendo refrenarme por más tiempo, aceleré la marcha y finalmente fui a su encuentro.

—Perdona, ¿te acuerdas de mí? Nos vimos en el furgón policial.

—Sí me acuerdo. ¿Por qué me llevas siguiendo todo este rato?

—Bueno..., pensé que quizás estuvieras comunicándote telepáticamente con tu madre y no quería molestar.

—No, esta vez hablaba conmigo misma mentalmente.

—Entonces es que estabas pensando, ¿no?

—No, repito que hablaba conmigo misma mentalmente.

Era la mujer más cortante con la que me había topado.

No aproveché en absoluto las clases de aquella mañana y constantemente se me iba el pensamiento a casa de Rosalina. Repetí en mi mente la escena una y otra vez pareciéndome increíble que hubiera ocurrido. Terminaron las clases y llamé a mi abuela para decirle que no iría a comer. Preferí tomar algo en un bar cercano y dedicarme después a vagabundear por la zona. Por supuesto, se me hizo tarde, y para no repetir una escena parecida a la de por la mañana (también acostumbraba a retrasarme después de comer), seguí matando el tiempo otro par de horas hasta que finalmente volví a casa de Rosalina. Nada más abrirme comprobé por la hinchazón de sus ojos que debía haber estado llorando.

—¿Qué te pasa?

—Estoy embarazada.

—¿Cómo vas a saber si estás embarazada tan pronto? Además, me dijiste que utilizaste un método seguro para no quedarte.

—Sí y lo hice, pero he percibido una vibración magnético-sensorial muy clara que me indica que estoy preñada.

—Cariño, ya has tenido muchas veces sensaciones parecidas que indicaban cosas que luego nunca sucedieron.

—Ya sé que no crees que he heredado parte de los poderes de mi madre, pero esta vez te aseguro que es cierto porque justo después de tenerla he estornudado.

—En ese caso no hay duda. Efectivamente has engendrado un bonito virus que si es niña, podremos llamarlo María de la Enfermedad, y si es niño, Fegripe.

—Imbécil.

—No está mal, pero no creo que le guste.

Después de ese intercambio de impresiones tan romántico, no nos quedaron grandes cosas que decirnos, así que nos despedimos y yo continué mi paseo.

La aparente calma con la que tomé su noticia no era tal, no tanto por la vibración como por los antecedentes paternos.

No me apetecía ir todavía a casa y se me ocurrió pasar por la tienda donde trabajaba mi hermana Ricarda.

No sin muchas dificultades, mi hermana había conseguido independizarse hacía aproximadamente un año. Trabajaba como dependienta en Prendes, que era una sastrería que estaba de moda y a la que acudía mucho «moderno» a ponerse lo último que, creían, se llevaba en Europa. Realmente el tal Prendes era un tipo listo que compraba telas de muy baja calidad y diseñaba unos conjuntos algo extravagantes para la época que poco o nada tenían que ver con lo que se llevaba en Europa. Su mérito consistía en saber cómo montárselo para que todo pareciera auténtico. Ricarda en aquella tienda estaba en una situación excelente para conocer a toda clase de ignorantes que gustaban de parecer más listos que nadie y trataban de demostrarlo vistiendo «a la última». Ese día mi hermana, como no podía ser de otra manera, estaba atendiendo a un individuo entre parpadeos exagerados y sonrisas forzadas. Lo de Ricarda no era exceso de amor al trabajo, sino exceso de amor a los hombres. Aquel tipo, sin embargo, no era de la clase de individuos que solían comprar en esa tienda, pese a que ya tenía apartadas dos bolsas grandes de ropa y aún estaba probándose otra camisa.

Al verme, mi hermana soltó uno de sus insoportables berridos.

—¡Hola *darling*! —Eso sí era por amor al trabajo porque no sabía mucho más de inglés—. ¿Qué te trae por aquí?

—Pues..., tenía un día flojo y pensé en venir a charlar un rato contigo. Veo que estás ocupada, volveré otro día.

—Señor, no se preocupe por mí. Ya me iba —dijo el cliente.

Me fijé más detenidamente en su aspecto. No se trataba de un occidental y aunque sus rasgos no eran muy marcados, hubiera apostado a que por sus venas corría sangre india.

Pagó y salió.

Ricarda y yo nos quedamos charlando sobre banalidades. No había ido a contarle nada especial. Ella no era el tipo de persona que da sabios consejos, pero sí la indicada para mantener conversaciones triviales de las que le permiten a uno evadirse de sus problemas, y, como era de esperar, hablar con ella me vino muy bien después del tenso día que había tenido. Dieron las ocho y empezó a recoger para cerrar. Al ir a pasar revista a los probadores descubrió algo que llamó su atención. Se trataba de una madera, aparentemente muy antigua a juzgar por su mal estado, en la que habían sido toscamente tallados tres cuadrados concéntricos con una estrella de cuatro puntas situada en su interior y colocada como una cruz. La estrella dividía la parte interna en cuatro cuadrantes, cada uno de los cuales albergaba un círculo. Por el lado inferior de la pieza

habían sido talladas tres formas redondeadas a modo de hojas.

La última persona en utilizar el probador había sido el tipo que encontré al entrar. Bien podría ser que la talla fuera suya, aunque también cabía la posibilidad de que estuviese ya en el probador cuando él entró y no le hubiera prestado atención. Desde el principio me sentí atraído por esa vieja madera de misterioso dibujo. Juzgando que no tendría ningún valor, se la pedí a Ricarda para que me sirviera de amuleto (influencia de Rosalina, supongo), y, puesto que ella no vio ningún inconveniente en ello, me la quedé.

Tras cerrar la tienda nos fuimos a El Buen Caldero, un bonito restaurante regentado por una familia muy agradable. El hijo mayor había sido novio de mi hermana un par de años antes y, aunque Ricarda lo había sustituido por un transportista tatuado (los tatuajes eran algo que la volvía loca), aún seguían manteniendo una buena amistad.

—¿Qué os pongo, pareja?

Yo pedí un mosto y mi hermana un ron Bacardí con un poquito de limón natural y una aceituna. Ambos recordaron, en plan nostálgico, anécdotas de cuando salían juntos. Cualquiera que los oyese hubiera pensado que su historia había sido muy larga pese a que apenas habían empezado a salir, cuando un día haciendo autostop los recogió un camionero con una sirena tatuada en el brazo y...

Lo pasamos bien. Víctor siempre había sido un tipo muy gracioso, capaz de convertir un suceso vulgar en algo muy divertido. Como empecé a estar un poco cansado después del madrugón de ese día, tras terminar mi bebida me despedí y volví a casa. Al llegar, mi madre preparaba la cena mientras el abuelo y mi padre discutían sobre la enfermedad de Franco y lo que vendría después de que muriese.

D. Ricardo Santana Méndez, alias “el abuelo”, era un hombre experto en defensas históricas. Como oficial republicano, fue uno de los partícipes de la defensa de Madrid durante la guerra civil. Según él, la ciudad terminó abriendo las puertas a los nacionales porque quiso, no porque se viera obligada a ello. Se enorgullecía al contar que Franco le conocía personalmente y que aunque estaba informado de dónde vivía, nunca había ido a detenerle porque el Caudillo sabía que a Ricardo Santana nadie era capaz de echarle el guante. El abuelo contaba que su relación con Franco venía de muy lejos, desde que en El Ferrol se sentaban juntos en el puerto para ver llegar los barcos procedentes de la guerra de Cuba. Dicha amistad se prolongó hasta la guerra de Marruecos, cuando, según el abuelo, Franco empezó a creérselo. Le gustaba contar la anécdota de que la vez que el futuro Generalísimo cayó herido en pleno combate, el asistente lo vio tan mal que pensó dejarle en el suelo sin prestarle ayuda. Y recalca que, en contra de lo que se decía, no era cierto que el propio Franco le apuntara con su mosquetón para que lo subiera en la camilla, sino que había sido él, D. Ricardo Santana, quien había amenazado al asistente

con cortarle las pelotas y hacérselas comer crudas si no se lo llevaba. A partir de ese momento, siguiendo con su versión, Franco se desentendió de él porque no era hombre al que le gustara recordar que debía favores, y, en vez de compensarlo por haberle salvado la vida, le retiró el saludo. Reconocía que el tema personal de su distanciamiento con el Caudillo influyó bastante para que en el momento del golpe él se hiciera republicano. En su opinión eran pocos los militares que no estaban convencidos entonces de la conveniencia de hacer algo para mejorar la situación del país; la duda estaba en qué era lo que se debía hacer. La decisión de Franco y los suyos fue muy arriesgada y, cuando se vio que el golpe era un fracaso, no fueron capaces de dar marcha atrás. El abuelo acostumbraba a decir que de haberse sabido las consecuencias que iba a traer el alzamiento, este no se hubiera producido nunca, pero que una vez puesto en marcha, todos tuvieron que elegir bando y él se quedó con la República. Solo después de tomar esa decisión empezó a interesarse por el comunismo.

Había muchas ocasiones en que las historias de mi abuelo no se ajustaban a la realidad. No sé hasta qué punto era cierto lo que contaba de su relación con Franco. El caso es que nació en El Ferrol, que estuvo en la guerra de Marruecos, que se decidió por la República y que misteriosamente, una vez perdida la guerra civil, nadie pasó por casa ni siquiera a tomarle declaración, lo cual fue muy extraño si se tiene en cuenta la depuración de republicanos que impuso el Jefe del Estado después de la guerra.

El que sí era franquista convencido era mi padre, D. Eduardo Santana. Debido a los antecedentes militares de mi abuelo, por precaución la familia se abstuvo de inculcarle algún tipo de ideal político mientras que en el instituto le bombardearon con propaganda del régimen. Como resultado de ello terminó convirtiéndose en un franquista, para desgracia de mi abuelo. No es que fuera realmente un fascista, sino un amante del orden y la disciplina. Como acostumbraba a decir: «Siempre es mejor tener un plan aunque sea muy malo, que no tener ninguno». Consiguió ser un alto funcionario. Modélico, reservado, inteligente y práctico, era de esos personajes poco queridos por su hermetismo, pero necesarios. Él fue quien me enseñó a jugar al ajedrez y si viese la salida que acabo de hacer, estaría desesperándose.

Después de Franco volverá la república —gritaba mi abuelo mientras mi padre argumentaba que república, monarquía o democracia no eran sino tres formas de definir lo que sería el desorden, la ineficacia y la ineficiencia.

—¿Qué más le da al pueblo, si con ello recupera la libertad? —dijo el abuelo.

—¿Qué sentido tiene eso de «Libertad» si los hombres nunca han podido disponer de su vida libremente? Nadie es suficientemente libre como para hacer lo que le venga en gana, salvo unas pocas horas al día que son las que se utilizan para dormir, comer,

desplazarse o acudir a actos sociales, impuestos en su mayoría. ¿Qué tiene de malo no poder opinar públicamente sobre determinadas cosas, si en contraprestación se disfruta de una mayor estabilidad? ¿Y qué me dices de las ventajas de nuestro régimen? Te reto a que me nombres algún país democrático que tenga economía de pleno empleo y en el que haya en las calles menos sensación de peligro que en el nuestro. Yo simplemente por estas dos razones doy por bien empleado el no tener la «Libertad» de elegir a mis gobernantes.

En fin, lo de siempre, o quizás más por la sensación de que Franco estaba muy mal y algo en el país iba a cambiar. Las discusiones solían ser ganadas dialécticamente por mi padre gracias a su mejor preparación, y el abuelo cuando se veía acorralado acostumbraba a buscar una ayuda salvadora en mi madre. Ella, demócrata convencida, estaba políticamente más cerca de él que de mi padre, pero en esa ocasión la cena la mantenía demasiado ocupada como para entrar en la disputa. Así pues, el abuelo tuvo que terminar la discusión con uno de sus finales favoritos: se plantó delante de su hijo, lo agarró del cuello y, después de mirarle fijamente a los ojos durante aproximadamente un minuto, le dijo:

—No te rompo la cara por respeto a tu difunta madre.

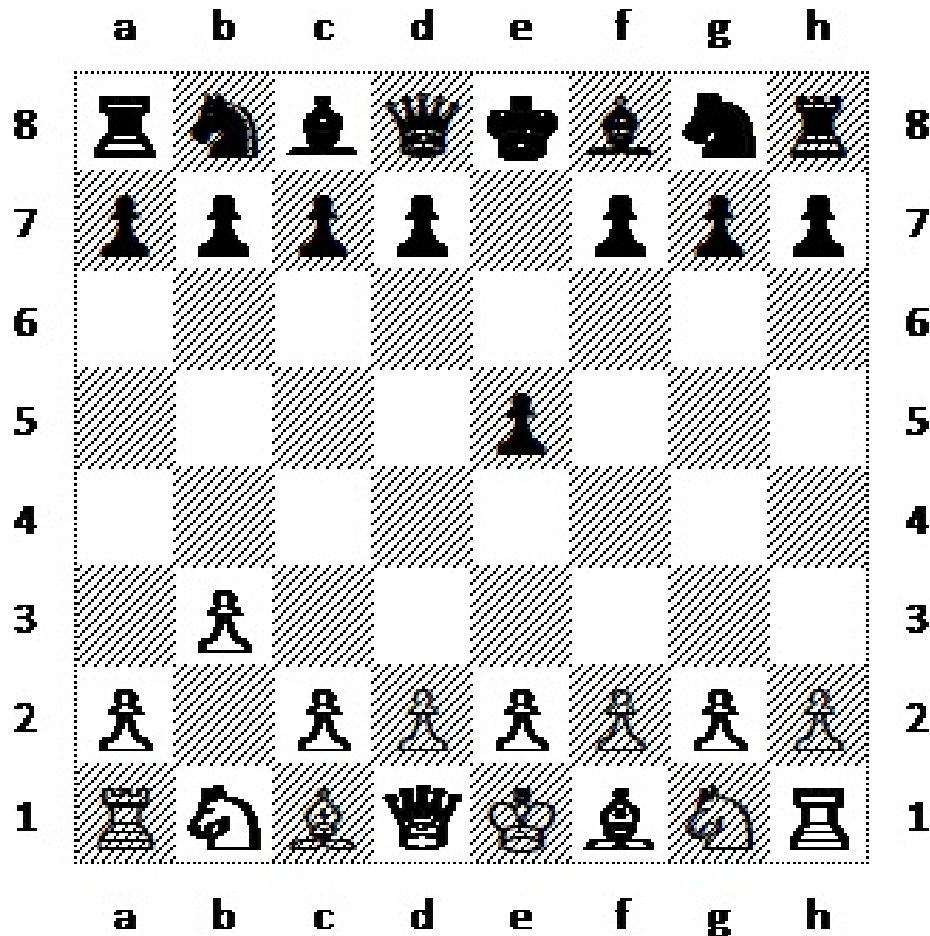
Acto seguido se dirigió a la cocina para cenar.

Desde niño mi padre se había acostumbrado a escenas parecidas, pero en muy extrañas ocasiones el abuelo le había atizado, y con los ochenta recién cumplidos, ya no le imponía ningún miedo aunque le creyera capaz de intentar cumplir su amenaza cualquier día. Después de esas discusiones acostumbraba a limar asperezas con él invitándole a uno de esos cigarrillos rubios americanos que tanto le gustaban al abuelo pero que nunca compraba porque, como él decía: «Los yanquis al final se amigaron con Franco».

Cené rápido y antes de que acabase el resto me fui a la cama. Al desvestirme cayó al suelo la talla de madera que había encontrado Ricarda en el probador. ¡Qué extraña era! La dejé encima de la mesilla y me puse a leer acostado, como era mi costumbre. Sin prisa fui conciliando el sueño mientras disfrutaba de la lectura. ¡Cuánto me gustaría poder volver a hacerlo!

II

1. b3 e5



Para ser el primer movimiento, le ha costado bastante decidirse. No estoy nada convencido del resultado de haberme salido de la teoría, pero frente a alguien que, según dicen algunos, nunca ha perdido una partida, solo me queda la oportunidad de la sorpresa, de romper con la norma, de intentar desarrollar nuevos caminos. Por su reacción entiendo que no tiene ninguna respuesta teórica estudiada, puesto que de haber sido así hubiera movido con mayor rapidez. Mi primer objetivo ha sido conseguido, ahora me parece oportuno intentar controlar la diagonal principal con el alfil.

2. Ab2 ...

No volví a ver a Rosalina hasta el fin de semana siguiente. Siempre había pensado que después de acostarme por primera vez con alguien habría días de romanticismo y todo eso, pero no fue así; la discusión sobre el posible embarazo lo impidió. Bien es verdad que habíamos mantenido el contacto por teléfono, pero ninguno de los dos había hecho por vernos. Era difícil mantener conversaciones telefónicas muy íntimas debido a que, tanto en mi casa como en la suya, solo disponíamos de un teléfono situado en el salón, con lo cual era raro que no hubiese nadie por allí dispuesto a oír lo que decíamos. Pese a todo, por alguno de sus lacónicos comentarios, me percaté de que aún seguía convencida de su embarazo, lo cual aumentó mi temor. No era el mejor momento para casarme; aún me quedaba por hacer la mayor parte de la carrera y, desde luego, no estaba convencido de que Rosalina fuera la mujer de mi vida. Apenas nos conocíamos desde hacía cinco meses, y eso para mí no era tiempo suficiente para un paso de esa importancia. Cuando pensaba en mi futura vida con ella, no veía nada claro qué iba a ser de nosotros.

Con tal pensamiento cogí el metro ese sábado para ir al Café Ruiz, lugar donde habíamos quedado para hablar.

Pedí una manzanilla y ella un café solo (no le gustaba demasiado el café, pero solía tomarlo a menudo para poder leer los posos y ver en ellos qué le iba a deparar el futuro inmediato). Tras un breve rodeo, le pregunté si había pensado en casarse conmigo en el caso de que su embarazo se confirmara. Ella me echó una mirada con ojos despavoridos y riendo me contestó que por supuesto que no, que ese hijo, aunque gracias a mi semilla, era probablemente producto de la actuación de algún espíritu y que no estaba dispuesta a estropear el futuro de su mágico niño con la presencia de un idiota, tal y como había hecho su pobre madre casándose con su padre.

Durante unos instantes estuve intentando digerir lo que acababa de oír, y empecé a no soportar la idea de verme alejado de mi hijo. ¿Qué clase de vida le esperaba a la pobre criatura rodeado de lunáticos? No lo permitiría – pensaba cuando de pronto ella se levantó para ir al baño.

Pasó bastante tiempo hasta que la vi salir sonriendo.

—Me ha venido la regla, ¿qué gracioso, verdad?

Nuevamente mis sentimientos traicionaron a mi análisis y volví a reaccionar de un modo muy distinto al previsto. Cuando se sentó, abandoné mi sitio y me puse a su lado, la abracé y la besé. Su contacto y su olor me devolvieron la ternura que había sentido antes por ella. Creo que fue más por la alegría que me produjo la noticia de su fallido embarazo que por amor; y, aunque ella estuvo muy receptiva a mis mimos, en el fondo ambos sabíamos que una barrera había nacido entre nosotros.

Ahora, cuando recuerdo mis frívolas reacciones ante lo que hubiera sido mi inminente paternidad, me asombro al pensar en lo estúpido que puede uno llegar a ser.

Desde aquella reprimenda de D. Pedro, no había vuelto por sus clases; un día tras otro se me había hecho tarde y había preferido no intentar entrar. Era consciente de que los retrasos y las ausencias me iban a traer dificultades con su asignatura, pero confiaba en que, haciendo un buen examen, él me aprobaría pese a todo. Así pues, el día del ejercicio me presenté. Cuando llegó a mi sitio repartiendo las preguntas, no me las dio, como había hecho con los demás, sino que las siguió entregando al resto de compañeros y me dejó a mí para el final. Entonces sacó otra hoja de su maletín y vino hacia mi pupitre. Al ver el cuestionario perdí todas mis esperanzas. Leía y releía las preguntas y no tenía ni idea de ninguna, ni siquiera la más mínima para intentar enrollarme con algo. De nada me había servido mi nuevo amuleto, ni la noche pasada estudiando. Miré a mí alrededor, no tanto para buscar alguna ayuda, pues por mucho que me soplaran nada iba a cambiar el resultado, sino más bien por ver si al resto le pasaba lo mismo. No era así, todos escribían como posesos. Yo deseaba que al menos uno se encontrase en mi misma situación y fuera lo suficientemente valiente para entregar el examen de forma inmediata, pero nada, los muy malditos no paraban de escribir. ¿Qué es lo que pasaba? Era cierto que no me había dado tiempo a leer todo el temario, pues había tenido demasiadas cosas en la cabeza para haber podido estudiar convenientemente, pero era auténtica mala suerte que todo lo que preguntaran fuera precisamente de la parte que no había leído. El mal trago empeoraba por momentos cuando veía que D. Pedro Callejo se acercaba a mi sitio con la sonrisa en los labios. Seguro, por mi comportamiento, de que no estaba haciendo gran cosa, se colocó a mi altura, miró fijamente mi hoja en la que por fortuna no había escrito ninguna estupidez, puso la mano en mi hombro, y en alto comenzó a proferir sarcasmos sobre mi ejercicio: que si le parecía muy interesante lo que estaba poniendo, que si mi estilo literario haría que la corrección fuera un auténtica delicia...

Sabía que había llegado a agotar su paciencia con lo de mis retrasos, comprendía que quisiera hacerme pagar mi falta de puntualidad, e incluso hubiera admitido que pese a hacer un buen examen me suspendiera aquel parcial, pero se estaba pasando. Molesto, dejé las hojas en la mesa y me largué mientras oía su risa forzada a mis espaldas.

Como no tenía nada que hacer el resto de la mañana, me dediqué a pasear una vez más por El Retiro. Estuve tentado de volver a llamar a Rosalina, pues luego del simulacro de embarazo tenía ganas de retomar lo que había sido nuestra relación antes del incidente. Rechacé finalmente ese plan. No estaba de humor y me pareció mejor idea pasear y probar a encontrar una explicación a la actitud de D. Pedro. Lo intenté, pero, como siempre que había tenido algo importante en lo que pensar, terminé despistándome

del tema y pasé la mañana observando árboles, pájaros y gente que paseaba. Cuando llegó la hora de comer, me fui a casa de mi abuela. Clara, que así se llamaba mi abuela materna, era una mujer excepcional que estaba por encima de lo divino y lo humano, y había alcanzado un estado mental en que nada la afectaba lo suficiente como para alterar su buen humor. Clara además contaba con la tranquilidad y la experiencia que dan los años, y de su conversación siempre se podía aprender algo. Le conté lo del examen y me escuchó con mucha atención. Básicamente me instó a que en lo sucesivo me acostumbrara a ser más puntual y a estudiar más. Al despedirse me aconsejó que intentase hablar con D. Pedro para tratar de amigarme con él.

Decidí seguir su consejo y opté por volver a la facultad. Por la tarde quedaba muy poca gente por allí. Subí a la cátedra y pregunté por él. En ese momento no estaba, pero otro profesor me aseguró que en breve aparecería y me invitó a que le esperase en una sala contigua a su despacho. Se trataba de una pequeña biblioteca de uso exclusivo del profesorado y en la que se podían apreciar libros muy antiguos, que probablemente por su valor no estaban a disposición del alumnado. Me entretuve ojeándolos y uno particularmente llamó mi atención; sus pastas eran de color rojo burdeos y me pareció muy original el pequeño grabado que tenía en su lomo y que representaba a una mujer con un niño a la espalda y un mazo con el que parecía estar moliendo grano. Lo cogí y cuando me disponía a abrirlo, irrumpió D. Pedro en la sala. Su semblante era completamente distinto al del examen, se diría que al verme había suspirado. Haciendo más inexplicable todo, me agarró del brazo en un claro gesto para que me apresurase, y ambos salimos de la cátedra atropelladamente. Ni cuando bajábamos las escaleras, ni incluso ya en la calle, me dio ninguna explicación. Avanzábamos casi corriendo y él iba nervioso mirando a todos lados, como si temiera que alguien nos siguiera. Yo me limitaba a seguir tras sus pasos e imitarle sin saber qué buscar con la mirada. Rodeamos el edificio y nos dirigimos hacia su coche. Arrancó y salió con rapidez. Fue entonces cuando empezó a explicarse.

—Tengo que hablarte de un tema muy importante.

—Me alegro que reconozca que se pasó. Puede que esté mal lo de mis retrasos, pero no creo que fuera para ponerse así. Me presenté con la esperanza de hacer un buen examen por si aún podía aprobar, pero tuve mala suerte con las preguntas.

—Olvídate del examen. Tengo serios indicios para creer que corres peligro.

—¿Yo? Pero si no me meto con nadie.

—No sé lo que habrás hecho, pero desde hace varios días unos tipos extraños han venido por aquí a primera hora. Parecían buscar a alguien desde el pasillo. Después de husmear descaradamente durante un rato, se iban. Ayer, sin embargo, esperaron hasta la

salida de la clase y me fijé que conversaron con José Moreno. Aguardé hasta que terminaron y después hablé con él. Me comentó que le habían preguntado por ti; querían saber cómo podían localizarte. Ya sabes que el chico no es muy listo, así que les dijo que hoy había un examen al que posiblemente acudieses. Afortunadamente confundió la hora de inicio y les comentó que empezaba a las diez, en vez de a las nueve. Te repito que desde el principio no me dieron muy buena espina, y ayer, al ahuecársele a uno de ellos la chaqueta, pude ver que llevaba una pistola. Anoche traté de ponerme en contacto contigo para avisarte, pero debí apuntar mal el teléfono que me dieron en secretaría. Esta mañana te he dado las preguntas correspondientes al examen de otro curso para que te fueras cuanto antes, y, al ver que no lo hacías, he montado el «número» que has visto. Sé que todo esto parece una locura, que tenía que haberte informado de otro modo, pero dadas las circunstancias no se me ocurrió ninguno mejor. Lo siento, pero juzgué que era imprescindible que no te encontrarán.

—La verdad es que no sé qué decir. No tengo ni idea de quienes pueden ser. Lo que sí veo es que tienen una manera muy extraña de intentar contactar conmigo, porque si saben dónde estudio, es posible que sepan más cosas sobre mí, cosas como dónde vivo y por dónde voy... Lo lógico es que hayan tenido formas más eficientes de encontrarme en lugar de perder varios días viniendo por aquí.

—No lo creo. De tener algo más de información, la habrían utilizado.

—Vale que unos tipos con una pistola anden buscándome de una forma bastante ineficaz, pero el hecho de que lo hagan no representa que sea para nada malo. Lo mismo son policías y quieren hacerme algunas preguntas.

—No, Daniel, la policía sabe perfectamente cómo encontrarle a uno, y, desde luego, también por su aspecto dudo mucho que sean policías. Te repito que no me han dado buena espina y no creo que vinieran con buenas intenciones. El secretismo que han guardado induce a pensar lo peor. Si no tuvieran nada que ocultar, ¿por qué no preguntaron directamente por ti el primer día?

—¿Y yo qué sé? Tal vez se les hacía tarde...

—¿Y el segundo y el tercero?

—Sí, admito que es un poco raro.

—Daniel sé sincero, ¿estás metido en algún lío sucio?

—No, de veras, no se me ocurre qué pueden querer esos tipos de mí, soy el primer sorprendido.

Con las prisas no había vuelto a depositar en la estantería el libro que estaba hojeando cuando D. Pedro me sacó de la sala de aquella forma tan brusca. Al verlo en mis manos, me preguntó:

—¿Te interesan los mayas?

—La madre de mi novia nació en Guatemala, pero no sé casi nada sobre ese pueblo. Si me lo pregunta por el libro, la verdad es que lo cogí sin saber de qué iba, simplemente me llamó la atención el grabado. ¿Va de mayas?

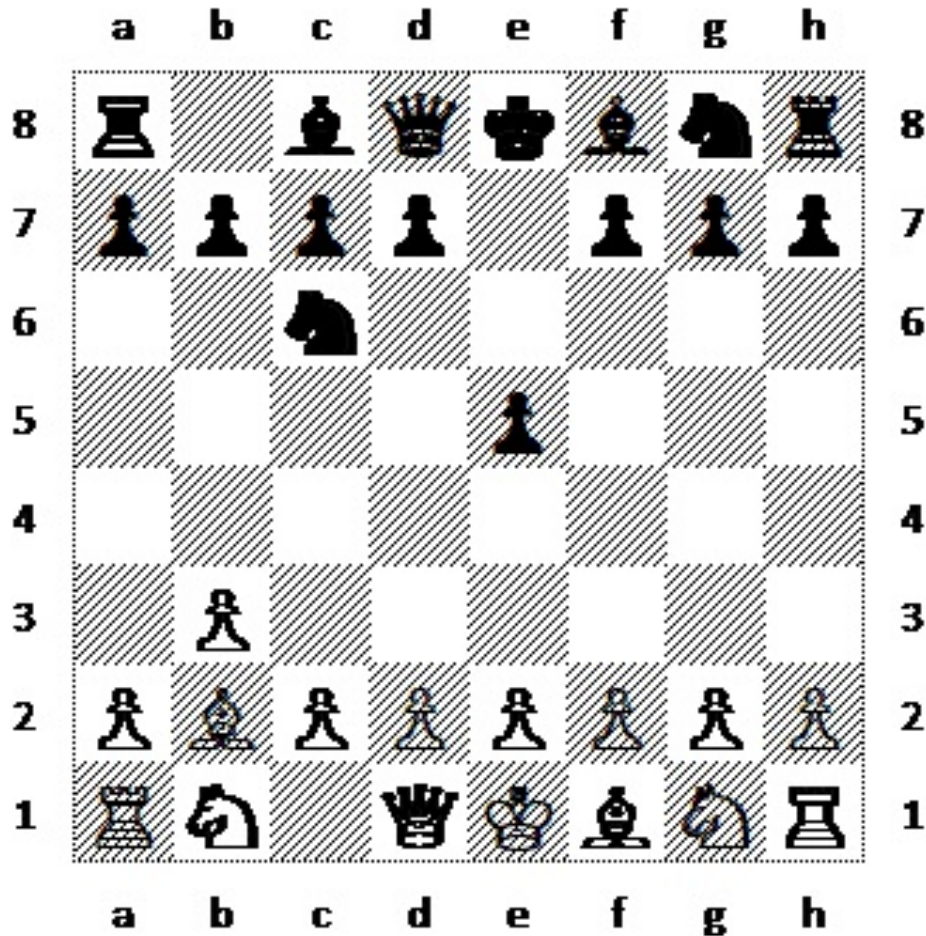
—Sí, como sabes, soy aficionado a la historia y en mis ratos libres dedico gran parte de mi tiempo al estudio de las civilizaciones antiguas. Así he estudiado muy diversas culturas y te aseguro que una de las que más me ha interesado es la cultura Maya. Esta se localizó en Centroamérica y es de una enorme antigüedad; te aseguro que allí había una gran civilización varios cientos de años antes de que llegase Colón a América.

Esas fueron sus últimas palabras. Yo aún me resiento del hombro. En el accidente murió D. Pedro y el conductor del vehículo contrario.

Estuve en el hospital alrededor de diez días repartidos entre los necesarios por mi hombro, que fue lo único que me rompí, y los de observación por el fuerte impacto que sufrí en la cabeza.

III

2. Ab2 Cc6



No esperaba otra cosa; con eso defiende el peón a la vez que desarrolla el caballo. Muy típico, está claro que va a jugar teórico, como siempre. Su juego no suele ser muy espectacular. Hace su trabajo sin genialidades, pero siempre fiel a sus normas, a las leyes que todo buen ajedrecista conoce. Su destrozo es progresivo; cada movimiento es un paso más hacia el desenlace deseado. El tiempo cuenta siempre a su favor. No hay marcha atrás. Se puede prolongar el final más o menos, pero este siempre llega. ¿Cruel? No, es como tiene que ser. No tengo miedo pero preferiría estar jugando contra cualquier otro rival.

Se acabaron los movimientos irregulares; es el momento de luchar por dominar el centro del tablero.

Durante los días que permanecí ingresado hice muchas veces memoria de cómo se había producido el accidente. Sin duda no se debió a ninguna imprudencia por nuestra parte. El coche de D. Pedro era un Seat 600, que no es precisamente un automóvil famoso por su velocidad. El vehículo contrario ocupaba el carril interior de la curva y se echó encima de nosotros en una extraña trayectoria que tuvo como consecuencia el vuelco de ambos coches. Fue tan raro su proceder que la única explicación que encontré fue que su conductor debía haberse dormido.

El día que me dieron el alta encontré en casa el amuleto y el libro que había cogido de la biblioteca de D. Pedro. La policía los había encontrado en el coche y nos los habían enviado. Al verlos recordé la conversación que estábamos manteniendo cuando ocurrió la tragedia. ¡Qué ironía, el pobre hombre me alertaba a mí de un hipotético peligro segundos antes de matarse él mismo!

Dos días después vino a verme Rosalina. No había ido a visitarme al hospital, ya que durante esos días coincidió que había un certamen de comida vegetariana en Mérida y le pareció más importante ir allí que preocuparse por mi estado. Para compensarme, a su vuelta me trajo unos boniatos que le habían regalado en el evento. De no estar tan debilitado por lo del accidente, les hubiese dado un uso muy especial. Afortunadamente para ella o, más bien, para su baja espalda, ese día no me encontraba con fuerzas para nada. Los compartí durante la comida con mi familia, y creo que fue mejor este empleo que el que en un principio se me había ocurrido.

Lo que llamó la atención de Rosalina el día de su visita, más que mi hombro y mi pena por la muerte del pobre D. Pedro, fue el amuleto.

—¿Y eso?

Con el cabreo que llevaba me apetecía humillarla e intenté reírme un poco de ella.

—Es un regalo que me dio una novia que tuve. Tengo entendido que Ciro, el Conquistador, llevaba un grabado igual en la empuñadura de su espada, y que el mismo Alejandro Magno, imitándole, encargó que le hicieran otro igual en una de las suyas. Corrió la voz en el ejército de este último y muchos soldados hicieron lo propio hasta que un hecho vino a eclipsar la popularidad del grabado; el día en que Alejandro Magno cayó herido empuñaba precisamente esa espada. La chica que me lo regaló le dio su toque personal añadiendo esos cuadros que ves.

Rosalina se quedó con la boca abierta y los ojos fijos en mí. Yo estaba seguro de haberla impresionado con mi historia. Había sido de las buenas y tenía previsto seguir

aderezándola un poco más antes de confesar que no era más que una enorme mentira.

—¿Esa historia te la acabas de inventar o ya la tenías pensada?

¡Joder! Esa tía me sacaba de quicio, no se había tragado nada; y yo, con la cara de satisfacción que aún tenía puesta, sí que estaba de lo más ridículo.

—Me la acabo de inventar, era una broma.

—Te felicito Daniel, me ha gustado. Eres inteligente, lástima que solo hagas y digas estupideces.

Se estaba pasando y cada vez me sentía más enojado con ella.

—Seguro que tú que eres tan lista, sabrás lo que es.

—*Lamat* es el nombre de un día. Los mayas desarrollaron formas muy ingeniosas para contabilizar el paso del tiempo y utilizaron varios ciclos de días. Uno de los más importantes fue el Círculo Sagrado de doscientos sesenta días que combinaba el círculo repetitivo de los números 1 al 13 con los nombres correspondientes a veinte días. ¿Has entendido?

—No.

—Verás, el nombre del día y el número se combinaban conjuntamente, por ejemplo: 1 Imix, 2 Ik, 3 Akbal, 4 Kan ..., que es similar a decir: Lunes 1, Martes 2 y así sucesivamente. *Lamat* era uno de los días señalados con nombre y se sitúa entre Manik y Mukuk.

—¿Esa historia te la acabas de inventar o la tenías pensada?

—Es cierta.

Después de algún que otro balbuceo por mi parte, conseguí que se fuera rápidamente alegando que aún no me encontraba demasiado bien.

Cada vez las cosas con ella iban peor. Me sentía resentido. ¿Por qué seguía conmigo si estaba claro que no me quería? ¿Por qué seguía yo con ella si no tenía claro cómo me caía?

Conté a mis padres todo lo que me comentó D. Pedro referente a los tipos que habían ido a buscarme a la Facultad. Mi madre se preocupó bastante, dando por coherentes las advertencias que el profesor me había hecho. Mi padre adoptó como siempre una postura más fría y, tras una larga meditación, me preguntó si creía que hubiese alguna conexión entre esos dos misteriosos individuos y el amuleto que, según mi novia, representaba un día maya. Hasta aquel momento yo no había pensado en esa posible relación. La talla no parecía tener el suficiente valor como para que unos tipos fueran buscándome por ahí «pistola en mano»; no obstante, era una posibilidad y se me ocurrió que para resolver el enigma lo mejor era rehacer mis pasos. Si el amuleto era el causante de todo, la tienda de Ricarda sería el primer punto donde investigar. Hablaría

con mi hermana, por si ella sabía algo más del asunto.

Mientras dialogábamos sobre este tema, el abuelo abandonó la habitación y al rato volvió vestido con su roído traje de militar republicano que, de una talla mayor a la que ya usaba, le confería un aspecto bastante lamentable. En vano había sido el empeño de mi madre para que lo tirara. Él lo había conservado desde la guerra y a las quejas de mi madre solía responder: «Si no lo tiré cuando hubiera podido costarme la vida, menos lo voy a hacer ahora». El abuelo quería que lo enterraran con él, aunque eso sí que no entraba en los planes de mi madre. El caso es que ahí estaba D. Ricardo Santana, con su uniforme puesto y diciendo:

—Como vuelvan esos tipos a buscar a mi nieto les arranco las pelotas y se las hago comer crudas.

Después volvió a contar, por enésima vez, la historia de cuando salvó la vida a Franco. No era muy habitual que se pusiera el traje, pero cuando lo hacía, sendos discursos sobre los tiempos de Marruecos y de la República eran inevitables. Estábamos acostumbrados a «numeritos» parecidos periódicamente, que aceptábamos achacándolos a sus años y al carácter impulsivo que le había acompañado toda su vida.

Cuando llegué a casa de Ricarda, me crucé con un tipo con problemas para abrir el portal debido al enorme instrumento que llevaba. Me apresuré para ayudarle con la puerta y él muy amablemente me lo agradeció. Al tocar el timbre de la casa de mi hermana, ella me recibió con un:

—¡Hola *darling*! ¿Se te olvida algo?

—Hola Ricarda.

—¡Ah eres tú! Pensé que sería Enrique, mi nuevo novio, un chico muy majo con el que voy muy en serio.

Ninguna relación de mi hermana había sido muy duradera pese a que con todos dijera que iba muy en serio.

—Te has tenido que cruzar con él.

—¿Era un tipo que llevaba un instrumento, algo así como un contrabajo?

—Sí, ese mismo, viene aquí a tocar... —Una sonrisa delató que algo de esa expresión le había hecho gracia.

—¿No me digas que ahora te gusta la música del contrabajo?

Sabía perfectamente que la respuesta era no; de hecho, a mi hermana nunca le había interesado la música y menos aún la que pudiera venir de un contrabajo, pero no era muy difícil intuir que detrás de aquello debía haber algo más.

—En realidad él toca y yo bailo.

Eso fue otra sorpresa. Aunque mi hermana bailaba de vez en cuando, tampoco eso se

encontraba entre sus aficiones habituales. Sin duda, ahí había gato encerrado y yo estaba dispuesto a descubrirlo.

—¡Oh, vamos, Ricarda! ¿Desde cuándo tienes interés en bailes con contrabajo?

—Desde que conozco a Enrique. Es algo raro lo que hacemos, pero nos divertimos mucho. Todo empezó de un modo muy natural. Un amigo común nos presentó en una fiesta y tiempo después, me encontré con él cuando acababa de salir de su clase de contrabajo. Le invité a tomar una copa en casa y mostré cierto interés por el tipo de música que estudiaba. Eso motivó que él se animara a darme un pequeño concierto privado, de modo que sacó su contrabajo y comenzó su demostración. Al principio me pareció curioso ver cómo tocaba, pero no pasó mucho tiempo hasta que empecé a aburrirme y, no solo eso, también a sentirme angustiada y molesta. Enrique no se daba cuenta de nada y debía creer que yo disfrutaba su monótona melodía. Llegó un momento en que me pareció no poder aguantar más y me levanté súbitamente. Al hacerlo, él me miró extrañado pero no dejó de tocar. Avergonzada por mi falta de tacto, no se me ocurrió otra cosa para disimular que empezar a bailar. Enrique pareció entusiasmado por ello y continuó tocando con mayor brío y pasión que antes. El caso es que ..., bueno empezamos a salir y de cuando en cuando rememoramos aquel día.

—Perdona, Ricarda. No he venido a charlar de las distintas artes que practicas, sino porque ando un poco escamado por unas extrañas cosas que me han venido pasando o, al menos, que pasaron antes del accidente. ¿Te acuerdas del tipo que estaba comprando en tu tienda la tarde que fui a verte?

—Sí, sí que lo recuerdo. Ha vuelto por allí en un par de ocasiones más. La primera de ellas fue justo al día siguiente. Entró en la tienda, cogió una de las camisas que tengo expuestas y se metió rápidamente en un probador sin ni siquiera darme tiempo de avisarle de que no había cogido su talla.

—¿Fue al mismo probador donde encontraste el amuleto?

—¿Qué amuleto?

—La talla de madera que me diste. ¿Te acuerdas?

—Sí, ahora te cuento. Después de probarse la camisa me pidió otra, y esta vez se dirigió al probador contiguo al anterior.

—Debía dudar en cuál se le había caído.

—Al salir me devolvió las camisas y no se llevó ninguna. Estuvo mucho más antipático que la primera vez que vino.

—Dices que volvió otra vez.

—Sí, la segunda fue al cabo de dos o tres días. Lo hizo acompañado de otros dos tipos. Coincidió que en la tienda estaba el Sr. Prendes. Me saludó con rudeza, al estilo

de la vez anterior, y antes de que le preguntase si venía a comprar alguna de las camisas que había estado probándose, me dijo que llevaba varios días buscando una talla de madera que había perdido y que para él era de un gran valor sentimental. Me aseguró que no valía nada, pero que estaba dispuesto a pagar a quien le ayudara a recuperarla. Entonces recordé que te la habías llevado tú, pero como estaba Prendes delante no dije nada; no podía reconocer en su presencia que te había regalado algo encontrado en la tienda. Imagino que lo entiendes.

—¿Qué hicieron entonces?

—Nada, se fueron sin más. Bueno no, uno de los tipos me preguntó que cómo me llamaba. Le dije que Agatha. El que vimos tú y yo puso cara de contrariado y me preguntó si ese era mi verdadero nombre, ya que le parecía recordar que el chico con el que coincidió en la tienda el primer día me había llamado de otra manera (obviamente se refería a ti). Así que le confesé que mi auténtico nombre era Ricarda y que solo mi familia me llamaba así. Entonces, muy seriamente me preguntó mi apellido. Se lo dije, y por fin se fueron.

—¡Claro, esa es la conexión! Dieron conmigo porque les dijiste que era de tu familia.

—Perdona, lo dices como si fuera un reproche. ¿Te han causado algún problema?

—De momento no, al menos eso creo...

—Me estás empezando a asustar con todo esto.

—No te preocupes, son tonterías. Puede que todavía esté bajo los efectos del accidente y eso me haga ver fantasmas por todas partes. Después de haber visto la muerte tan cerca tienes tantas ganas de vivir que todo te da un miedo terrible. Se me pasará.

Al llegar a casa estuve contemplando aquel amuleto que tanta importancia parecía tener. Por mucho que lo miraba, no me parecía ser gran cosa; la madera estaba muy pasada y su tallado no era más complejo que los que hacían los *hippies* en sus cosas. Sin embargo, todo indicaba que esa talla mediocrementemente trabajada, encerraba algún misterio.

Rosalina y su familia habían decidido ir a pasar unos días de vacaciones en Guatemala para visitar a los familiares que allí les quedaban. No iban a ser más de cuatro semanas, y aunque las cosas con ella estaban cada vez más tensas, fui a despedirlos al aeropuerto. Mientras esperábamos la cola para facturar, intenté ser lo más agradable posible. Hablaba con Rosalina, aunque lo suficientemente alto para que sus padres me oyeran y participasen de la conversación si lo deseaban. Sin embargo, el padre en ningún momento abrió la boca aunque noté que escuchaba. Llevaba demasiado

tiempo sin compartir un diálogo normal con su mujer y su hija como para empezar a hacerlo conmigo y durante una simple espera para subir a un avión. La madre, por su parte, rezaba o algo así. Era una persona que tenía miedo por todo aparato que no fuera manual, y particularmente volar le daba pánico. Por eso, antes de cada vuelo solía pasar en torno a tres días entre conjuros y humos de hierbas, y, luego, durante el viaje proseguía con la misma historia aunque sin el humo que, por supuesto, no la autorizaban a incinerar, pero que ella sustituía por una forma de fumar compulsiva. Era una pasajera muy difícil para el servicio de vuelo, pues encendía un puro tras otro entre conjuro y conjuro, de forma que, incluso para los pasajeros que también fumaban, resultaba insoportable. Las tripulaciones solían capear las repetidas quejas del resto de viajeros cambiándolos de sitio e intentando compensar con todo tipo de atenciones a quienes sufrían estos cambios. En una ocasión, una azafata con mayor resolución que el resto llegó a quitarle los puros, lo que provocó que la madre de Rosalina se levantara de pronto con la insana intención de pegarle, en vista de lo cual la muy eficaz azafata llegó a la conclusión de que lo mejor era seguir haciendo cambios de sitio. Afortunadamente para las líneas aéreas, no viajaba demasiado; si acaso un par de veces al año, bien para ir a su tierra o bien para acudir a algún congreso de brujería.

Rosalina y yo nos despedimos con un apasionado beso. Para cuando terminamos, los padres ya habían entrado en la zona internacional, así que no pude despedirme de ellos. Realmente eran cosas de ella esos locos ataques de pasión totalmente fuera de sitio, que a mí, en vez de agrardarme, me abochornaban. Camino de vuelta, en el taxi no dejaba de preguntarme por qué seguían juntos sus padres. Ella casi solo se dirigía a él para insultarle, incluso delante de extraños como era mi caso. Él fingía no prestar atención a sus comentarios, y si se veía en la necesidad de decir algo, no pasaba de emitir más que un monosílabo. El caso es que ahí estaban, iniciando su viaje a Guatemala y en medio de un ambiente de lo menos propicio para disfrutar de sus vacaciones.

El sustituto de D. Pedro fue un tal Sr. Cañamón, el cual me citó en su despacho el primer día que volví por clase.

—Quería conocerte y, puesto que después de tu convalecencia te va a resultar difícil ponerte a día, si quieres puedo echarte una mano. Estoy en disposición de darte clases fuera del horario lectivo para que puedas recuperar el tiempo perdido.

Era un gordinflón de ojos saltones y cara de no haber roto nunca un plato. Yo, tras lo del accidente, me había hecho muy popular en la universidad, y el susodicho debió pensar que un detalle conmigo le haría ganarse la estima de la mayoría de sus nuevos alumnos. Pero a mí tanta amabilidad me escamó. .

—¿Oiga a qué viene tanta amabilidad?

—Simplemente estaba intentando cumplir lo mejor que puedo con mi trabajo. Creo que es mi deber ayudarte después de la terrible experiencia por la que has pasado.

—No es costumbre que haya clases particulares en una universidad, y, además, no me parece justo que existan distinciones de trato de algunos alumnos respecto del resto.

Mi desconfianza le molestó.

—Eso no debe ser tan novedoso para ti. Tampoco forma parte de lo habitual que un alumno tenga un examen distinto al del resto de la clase. Además, el hecho que fueras en el coche del difunto D. Pedro el día del accidente tampoco es muy normal, y te rogaría que me informaras al respecto.

—Eso empieza a ser una larga historia...

Se la conté y escuchó con suma atención, incluso tomó algunas notas. Después de sincerarme, nos despedimos cordialmente.

Volví a casa de Ricarda con la esperanza de no pillarla en pleno baile con su novio. Tuve suerte, estaba sola. Era raro que yo saliese entre semana, sin embargo, mi hermana sí acostumbraba a hacerlo. Esta vez el plan consistía en acudir a una reunión clandestina de unos amigos comunistas que ella se había echado y que, al parecer, eran los responsables de una revista propagandística del partido. Me confesó que acababa de romper con el músico porque era demasiado egoísta y pensaba poco en los demás (otras veces se había autojustificado con cosas increíblemente más llamativas, como, por ejemplo, cuando abandonó a aquel domador de leones al que tuvo que dejar, porque según ella, el olor a fiera le hacía tan irresistible que todas las mujeres lo miraban con ojos de deseo, y eso le producía a ella tantos celos que la vida se le hacía insoportable). Así pues, deduje que el nuevo novio de Ricarda sería comunista, lo cual iba a sacar de quicio a mi padre; que si bien no era muy partidario de domadores de leones, lo era aún menos de comunistas.

—Si quieres puedes venir. Tan solo conozco a dos de ellos, pero me han asegurado que las reuniones son muy animadas.

—La verdad es que no tengo nada mejor que hacer y siento cierto interés en conocer «el mundo de la clandestinidad». Puede ser interesante, pero no sé si será peligroso. No me gustaría nada que volvieran a detenerme, tal y como me ocurrió en la conferencia que te conté. Papá se enfadó mucho y, además, desde entonces estoy fichado por la policía.

—¿El día que conociste a tu novia guatemalteca?

—No es de Guatemala, su madre sí, pero ella nació en España. Precisamente vengo de despedirlos en el aeropuerto porque se han ido para allá de vacaciones.

—¡Mira que irse de vacaciones en invierno! Un poco raro, ¿no?

—No te creas, allí el tiempo es distinto.

—Venga ámate a venir, lo pasaremos bomba.

—Quizás deberías anunciar mi presencia no vaya a ser que los moleste.

—No es necesario, además ya sabes que procuro hablar por teléfono lo menos posible.

Esa era una de las excentricidades de mi hermana. Tenía el convencimiento de que hablar mucho por teléfono hacía que los pechos fueran perdiendo firmeza y, por esa razón ella lo usaba lo menos posible.

—Bueno, iré, pero antes voy a llamar a casa para que no se preocupen por mi tardanza.

A mi madre no le gustó que fuera a regresar tarde a casa ya que se había vuelto muy temerosa desde lo del accidente.

Nos dirigimos a Hamilton, en la calle Diego de León, un llamado apartotel en el que alquilaban habitaciones no más grandes que las de cualquier triste pensión; pero que al tener, aparte del baño, una minicocina, se permitían el lujo de llamarlas *apartamentos*. Tengo entendido que entonces estos apartoteles representaban un negocio redondo porque eran los lugares ideales para amores ocultos. Su clientela se repartía entre ese tipo de clientes y viajeros que pretendían hacer su vida sin tener que comer siempre en restaurantes. La discreción del servicio y la ausencia de trato con los vecinos los convertían en el sitio perfecto para organizar reuniones clandestinas, como era el caso de aquella a la que íbamos a asistir.

La dueña era una mujer que respondía al estereotipo perfecto de «la madame de un lupanar». Excesivamente pintarrajeada, al vernos se diría que pensó que no hacíamos muy buena pareja. «Un poco mayor para él», imagino que hubiera sido su comentario. Como Ricarda ya sabía el número del apartamento, pasamos directamente sin ni siquiera saludar, pues le habían dado instrucciones claras en el sentido de que tenía que evitar todo tipo de conversación. Subimos en el ascensor y ya en la tercera planta, comprobé que el aspecto interior era mucho peor que el de la entrada (paredes sucias, bombillas fundidas...). Al llegar a la 304 Ricarda hizo la señal convenida, que era algo tan original como golpear la puerta siguiendo la melodía de la canción de los Cuatro Muleros. Fue necesario tocar hasta la segunda estrofa puesto que mi hermana no la aporreó muy bien.

Se abrió la puerta y nos encontramos a dos tipos, con sendas barbas, entre las cuales se podía distinguir sus narices y sus ojos, pero sin que hubiera rastro alguno de sus bocas. Detrás estaba una mujer vestida con ropa muy colorida y holgada al estilo *hippy*. Sin embargo, el que más nos sorprendió de todo el grupo sin duda alguna fue el cuarto personaje: nuestro abuelo. En aquel momento comprendí por qué llegaba tarde a casa

tantas noches. Lógicamente no podía contar la verdad sobre sus misteriosas desapariciones nocturnas, y se había preparado una coartada francamente mala, pues argumentaba que salía a pasear por las noches para que se le bajaran los gases, explicación poco creíble teniendo en cuenta que a veces no volvía hasta bien entrado el día.

El abuelo, al vernos, pareció alegrarse bastante.

—¿Qué pasa pareja? Por lo que veo le habéis salido rana al facha de vuestro padre.

—Abuelo no hables así de papá. Sabes que a su modo es tolerante y está por ver si hubiese sido mejor que la guerra la ganasen los republicanos.

Yo siempre me he definido como un hombre de centro y pocas veces he hecho defensa alguna del franquismo, sin embargo, por alguna extraña razón fui a hacerla precisamente en una reunión clandestina de miembros del partido comunista. Casi no había acabado de hablar, cuando aquella *hippy* demente se me abalanzó con intención de agredirme, y lo hubiese conseguido de no ser por la rápida actuación de uno de los barbudos, al parecer, algo más tolerante que ella.

Tras el conato de agresión, procedimos a las presentaciones, siempre con nombres ficticios y propios de quienes ocultan su verdadera identidad. Los suyos eran Libertad y Fraternidad (los dos barbudos), Convivencia (la loca) y Azaña la Cagaste al Largarte (mi abuelo). Nosotros nos presentamos como Bárbara y Francisco. Al oír el mío, la loca volvió a mirarme con cara de odio. Tampoco estuve especialmente brillante al elegir el mismo nombre que tenía Franco.

Dijo Fraternidad:

—El orden del día es: punto uno, analizar las consecuencias inmediatas de la enfermedad del Generalísimo. Punto dos, próximo ejemplar de la revista.

El siguiente en tomar la palabra fue el abuelo. En su opinión, a Franco le quedaban muy pocos días de vida y debía estar muy mal porque, con independencia de la versión oficial, él estaba seguro de que la herida que sufrió en África le estaba pasando factura. Después aprovechó para contar cómo le había salvado la vida, y por las caras del resto, deduje que ya debían haber escuchado aquella historia en más de una ocasión. Cuando hubo acabado siguió con sus impresiones de lo que había que hacer. Nos dijo que era el momento de armarse y nos mostró un mapa de la provincia de Madrid donde había señalado el lugar elegido por él para establecer nuestro cuartel general de operaciones. Concretamente, el sitio previsto era una cantera situada en los alrededores del pueblo de Cerceda, donde contaba con el contacto de un excombatiente de su regimiento, el cual le había asegurado que los habitantes de dicho pueblo se alzarían en armas en cuanto alguien les hiciese el ofrecimiento de que en el futuro Cerceda sería nombrada la capital

de la sierra madrileña. El abuelo opinaba que desde allí se podrían hacer incursiones al resto de municipios de los alrededores e iniciar de esa forma la campaña. Según sus propias palabras, en cuanto pudiéramos reunir unos cuatrocientos hombres con un par de pelotas cada uno, podríamos atacar Madrid por la zona oeste y hacernos con Prado del Rey. Una vez controlada la televisión, lo demás sería coser y cantar, porque estaba convencido de que, explicando convenientemente nuestro mensaje, la gente se pondría inmediatamente de nuestra parte.

—Perdóname abuelo por ser tan franco... —Hubo otros momentos muy tensos; definitivamente no estaba acertado en el uso de las palabras esa noche.

—Lo que trataba de decir es que siento ser tan claro, pero lo que dices me parece un disparate.

Por fortuna, su plan no contó con la aprobación de los presentes, a excepción de la loca, que era una incondicional de la lucha armada. Uno de los barbudos, Fraternidad concretamente (que era el que le gustaba a mi hermana) comentó que lo mejor era esperar a ver cómo evolucionaban las cosas y seguir las directrices de los dirigentes del partido.

Ricarda, que no parecía sentirse muy interesada por el tema y distraídamente jugueteaba con un bolígrafo de cuatro colores, interrumpió la conversación para preguntar:

—¿Pero qué pasa entonces? ¿es que Franco está enfermo?

Creo que a esas alturas debía ser la única persona en España que no se había enterado de lo de Franco, y fue Fraternidad quien con mucha paciencia respondió:

—Se desconoce su estado de salud real. Las informaciones oficiales han pretendido quitarle gravedad al asunto diciendo que sufre una gripe; pero extraoficialmente lo que se rumorea es que ha sufrido un infarto y que el estado de su corazón es pésimo. Probablemente no salga de esta, aun así lo tratan de mantener vivo para ganar tiempo.

—¡Pobre hombre, lo que debe estar sufriendo! —dijo mi hermana.

Al oír esto Convivencia no aguantó más y se abalanzó sobre ella. Por fortuna Fraternidad pudo detenerla de nuevo. Se produjo una acalorada discusión entre Convivencia, mi hermana y yo mismo. La pusimos «de vuelta y media» y ella hizo lo propio con nosotros, además de escupirnos. Finalmente mi abuelo, Fraternidad y Libertad nos apaciguaron, y, tras haber pasado el temporal, este último comentó:

—Que se joda si sufre.

Al oír aquello, el abuelo se lo quedó mirando muy seriamente, con suma tranquilidad fue hacia él y de forma inesperada le dio un puñetazo en la cara. Mientras Libertad aún permanecía aturdido por el golpe, el abuelo lo agarró por el cuello y,

mirándolo a los ojos como solo él sabía hacer, le dijo:

—Franco pudo ser lo que quieras, pero en África demostró que tenía las pelotas más grandes de todos los que estábamos allí. Se jugó la piel por España y si ha de morir, deseo que sea de la forma menos dolorosa posible.

Una vez tranquilizados los ánimos y habida cuenta de lo conflictivo del punto uno, por unanimidad se decidió pasar al punto dos.

Mientras Libertad continuaba secándose la sangre de la boca, Fraternidad comentó que tenía la intención de aumentar el contenido cultural de la publicación clandestina y había previsto reservar algún espacio para anunciar música, por supuesto, de cantantes progresistas, así como libros que tuvieran algún contenido de izquierda aunque no necesariamente comunista. El abuelo añadió que había que adjuntar información sobre los libros de Azaña para que la gente pudiese encontrarlos aunque fuera en el extranjero y en otros idiomas. Cuando no hubo nada más que decir al respecto, se dio por concluida la reunión en su vertiente política y mi abuelo propuso echar una partida de cartas.

Mi hermana y Convivencia no quisieron jugar a nada y el resto decidimos echar un mus. Mi pareja fue el abuelo, y Fraternidad y Libertad, los adversarios. Desde el principio noté que mi compañero hacía trampas: cantaba pares y juego cuando le convenía aunque no los llevase, contaba los tantos como le daba la gana e incluso en varias ocasiones le vi guardarse cartas que utilizó impunemente en las bazas siguientes. Era tal su descaro que yo no alcanzaba a comprender cómo nuestros contrincantes no se daban cuenta. El orujo que tomaba mientras jugaba, progresivamente le hizo efecto y su desfachatez se hizo más evidente a medida que fue pasando el tiempo. Cada vez que uno de los dos contrincantes se levantaba al baño, él pedía al otro que le acercara un puro de los que guardaba en su chaqueta, la cual estaba colgada en un perchero cercano a la puerta de entrada. Ellos amablemente seguían sus indicaciones, y el tiempo que tardaban, uno en el baño y el otro en busca de los puros, el abuelo lo empleaba para ver las cartas de ambos. En una de esas ocasiones, mientras Libertad estaba ausente de la mesa, tuvo el descaro de mandar a Fraternidad a coger otro puro cuando justo acababa de encenderse uno. De nada sirvió que este se ofreciera a traerle la caja entera para no tener que dar tantos paseos, pues el abuelo argumentó que de esa manera, manteniendo la caja a distancia, fumaba menos. Cuando dijo esto, me pareció ver que Fraternidad sonreía pero varió el gesto lo suficientemente rápido como para poder asegurarlo. Me llamó la atención la cantidad de veces que ambos se levantaron al baño, y llegué a pensar que o bien tenían algún problema de salud, o durante toda la tarde debían haber estado bebiendo. Por su parte, mi hermana y Convivencia guardaban un respetuoso silencio aunque noté que Ricarda había lanzado al viejo varias miradas de desaprobación a las

que este no hizo el menor caso.

Ganamos las dos primeras vacas tres a cero, y en la tercera vencíamos por dos a cero cuando eché un órdago de farol a grande, que Libertad quiso ver. Por mis gestos el abuelo comprendió que yo no llevaba nada; un rey, un caballo, una sota y un siete, eran muy poco teniendo en cuenta que ya había habido un descarte. Pareció disgustado pese a que hasta entonces habíamos ganado todo. Casi estaba a punto de enseñar las cartas cuando me percaté de un leve roce en mi rodilla derecha. Extrañado levanté la vista de las cartas y me encontré con la intensa mirada del abuelo, que permanecía algo más agachado de lo normal. Comprendí lo que estaba intentando decirme y bajé mis cartas lo más disimuladamente que pude a la vez que Fraternidad comenzaba a hablar con Libertad sobre la conveniencia de haber visto ese órdago. Bajo la mesa realicé el cambio de cartas que me ofrecía el abuelo; tomé las dos que me dio y le pasé la sota y el siete. Con mucha vergüenza volví a levantar mis manos sobre la mesa con la certeza de que todos los allí presentes sabían lo que habíamos hecho. Mostramos las cartas y los tres reyes sota de Libertad no fueron suficientes para derrotar a mis novísimos tres reyes caballo. Nadie pareció extrañarse. El abuelo dio muestras de alegría y comenzó a relatarnos cómo en Marruecos se había jugado una mujer en una partida. La historia iba de una marroquí que colaboraba con nuestro ejército en labores de espionaje y que, según el abuelo, se había encaprichado de él. Una noche en la que el singular D. Ricardo Santana estaba sin blanca, un oficial al que no soportaba y que se vanagloriaba constantemente de las muchas medallas que tenía, le ofertó la posibilidad de jugárselas todas contra la posesión de esa mujer. El abuelo aceptó el reto y jugaron un tute en el que tuvo la suerte de cantar las cuarenta y ganar. Tras ello, dicho oficial, lejos de darle las medallas, lo amenazó de muerte si se atrevía a contar el resultado de la partida. Le pregunté si él hubiese entregado a esa mujer en caso de haber perdido, y riendo me contestó que ella le pertenecía tanto como el palacio real, que no era mujer de ningún dueño y que, de no haber ganado, él hubiera reaccionado exactamente de la misma forma que su contrincante.

No creo que nadie se creyera la historia, pero pienso que todos disfrutamos mucho escuchándola.

Puesto que se había hecho muy tarde, decidimos dar por concluida la reunión. Nos despedimos lo más amablemente que pudimos (por supuesto de lejos, en el caso de Convivencia), y nos largamos. En el taxi, el abuelo entre canto y canto, nos preguntó nuestra opinión sobre sus compañeros comunistas. No escatimamos en adjetivos descalificativos respecto a Convivencia y, por contra, nuestra opinión fue bastante favorable, sobre todo la de mi hermana, respecto de Libertad y Fraternidad.

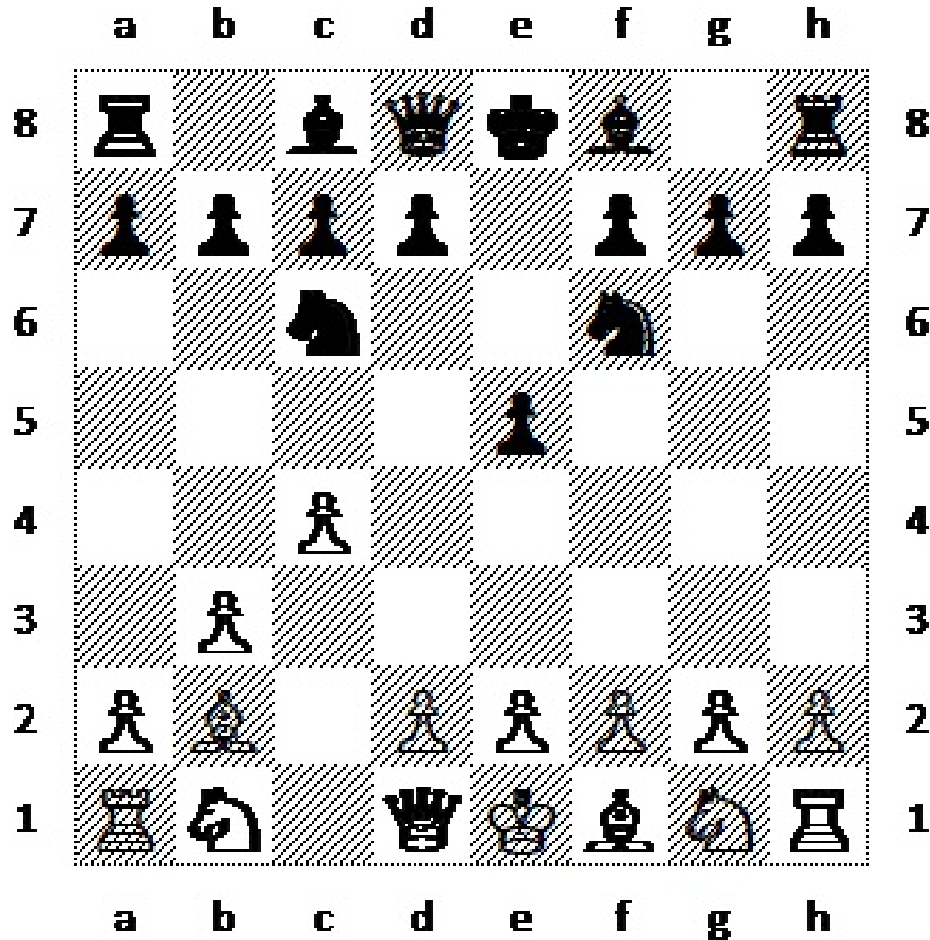
—Son muy buena gente, pero juegan muy mal a las cartas —dijo el abuelo.

—Has estado haciendo trampas durante toda la partida, y estoy seguro de que ellos se han dado perfecta cuenta. Si no te han dicho nada, posiblemente es porque no han querido hacerte pasar el bochorno de ser acusado de tramposo.

—Ya lo sé, y eso demuestra que son muy malos jugadores, porque la primera regla para ganar a las cartas es no dejar que te hagan trampas —dijo antes de soltar una carcajada y seguir con sus canciones republicanas.

IV

3. c4 Cf6



Un planteamiento absolutamente clásico. ¿Por qué nunca improvisaré? Le he brindado la posibilidad de jugar distinto, de experimentar, sin embargo, no le ha interesado en lo más mínimo y continúa con su desarrollo normal. Es posible que tenga razón, su objetivo es ganar la partida y sabe que, hasta ahora, esa forma de jugar le ha dado magníficos resultados. Seguiré su sistema, continuaré desarrollando yo también mis piezas de forma teórica, no obstante, tengo la esperanza de que el atípico comienzo de la partida me sirva para dar paso a la genialidad un poco más adelante.

4. Cf3 ...

Recibí una carta muy emotiva de Rosalina. Puede que la distancia le hiciese recordar nuestra relación mejor que aquello en lo que últimamente se había convertido. Yo también la añoraba. Es posible que sea una reacción natural eso de acordarse de lo bueno y olvidar lo malo. Me hizo mucha ilusión recibir aquella carta, en la que en un alarde de romanticismo me decía que le encantaría que yo estuviese allí con ellos. No se trataba de una invitación en firme, pero no pude dejar de sentir ganas de compartir con ella esos días en Guatemala. Siempre me gustó viajar y comprobar que todos somos más parecidos de lo que creemos. Estoy convencido de que si se viajase más, la humanidad se ahorraría muchos problemas.

Ensimismado estaba leyendo la carta de Rosalina, cuando recibí una llamada anónima informándome del secuestro de mi madre y del extraño precio que pedían los secuestradores por su liberación: la talla de madera. Yo sí que ya no entendía nada. ¿Qué clase de secreto guardaba para que esos energúmenos hubieran sido capaces de algo tan disparatado como secuestrar a mi madre? No tenía sentido, yo estaba dispuesto a devolver la maldita talla a cambio de nada. ¿Pero cómo estaban tan locos de recurrir a un secuestro? En la escueta llamada, me indicaron una dirección a donde debía ir acompañado del amuleto. Tenía los nervios demasiado alterados como para que razonase convenientemente, de manera que me arreglé, cogí el amuleto y me puse en camino hacia al sitio indicado sin que en ningún momento se me pasara por la cabeza llamar a la policía. Fui citado en el nro. 5 de la calle Abascal. La casa estaba ocupada en sus dos últimos pisos por una pensión. No supe dónde llamar; ni yo ni los secuestradores de mi madre habíamos considerado la necesidad de concertar en qué piso se efectuaría el intercambio, y, dado el inusual propósito de mi visita, no me pareció conveniente preguntar, piso por piso, si era allí donde secuestraban a la gente. Permanecí largo rato en el portal esperando a que ellos se pusieran en contacto conmigo. Entraron y salieron bastantes personas durante ese tiempo y ninguno pasó de mirarme con cara de preguntarse qué estaba haciendo allí, sobre todo una pareja ciertamente singular: Él, un tipo de pequeños ojos vidriosos, edad en torno a sesenta años y apariencia de lo más respetable; y ella, mujer de labios carnosos pintados de un rojo intenso, tacones muy altos y un abrigo de piel sintética que apenas tapaba un más que provocativo vestidito por el que afloraba buena parte de su voluptuosidad. Tuvieron tiempo de subir a la pensión y bajar mientras yo esperaba.

Puesto que se hacía tarde y seguía sin haber señal alguna de los secuestradores, me decidí a subir a la pensión, pensando que quizás fuera allí donde la tuvieran. Al entrar comprobé que no había nadie en el recibidor. Toqué el timbre y apareció un tipo gordo y desaseado que me preguntó si buscaba habitación y por cuánto tiempo la quería. Le

contesté que no era eso lo que me había llevado allí, sino que estaba buscando a mi madre. Él, al oírlo, rompió a reír.

—¿Qué pasa, que tu mamá viene a menudo por pensiones de este tipo?

—No, pero alguien me dijo que la encontraría aquí.

—¿Y tu padre, qué dice de que tu madre frecuente estos sitios? Supongo que no será con él con quien venga, ¿verdad, muchacho?

Y volvió a reír.

Me encontraba tan bajo de moral que no me detuve a contestarle. Abatido, inicié la vuelta a casa convencido de que los secuestradores debían haber cambiado de idea.

Me llevé una enorme sorpresa al encontrar a mi madre haciendo la cena tranquilamente. Era obvio que no había tenido ningún contratiempo. No quise asustarla contándole lo que había pasado y me limité a darle un espontáneo beso en la mejilla.

—¿Qué te pasa, Daniel? Es raro verte tan besucón.

—Cualquier momento es bueno para demostrar cariño a una madre. ¿No te parece?

—Por supuesto que sí, pero lo haces tan pocas veces...

Después de cenar estuve meditando lo del secuestro. Había sido una estratagema para llevarme allí, y probablemente con la intención de echarme el guante. Pero, ¿por qué no habían aparecido? Estaba harto de ese amuleto que solo me había traído desgracias. Sentía deseos de tirarlo, pero pensé que si esos energúmenos estaban tan interesados en él, quizás fuese mejor no hacerlo; estando tan locos como para organizar lo de aquella tarde, obviamente sería mucho mejor seguir conservándolo.

Apenas había amanecido cuando me despertó el abuelo. Venía de otra reunión política a la que, con buen criterio, yo ya no había asistido. Se encontraba tremendamente alterado porque la BBC había anunciado la muerte de Franco, y se había vestido con su harapiento uniforme militar republicano. Todavía medio dormido, me levanté con la intención de ducharme pero el abuelo cambió mis planes porque, según él, no era momento para «chorradas»; había llegado la hora de movilizarse y cada segundo era importante. Todavía no me encontraba en condiciones de intentar discutir y me vestí lo más sigilosamente que pude, puesto que el abuelo temía que si mi padre se despertaba trataría de impedirnos la salida. Por supuesto que yo no tenía intención de hacer ningún tipo de sabotaje o lo que el abuelo tuviera pensado, pero como tampoco estaba dispuesto a que él se fuera con sus camaradas y se metiera en un lío, creí que lo mejor era vigilarlo de cerca. Salimos de casa, no sin antes dejar una breve nota en la que comenté a mis padres que nos habíamos ido de «excursión sorpresa», pues pensé que eso les tranquilizaría.

Mientras íbamos camino del apartotel Hamilton, que era donde había quedado en

encontrarse con sus camaradas, me percaté de lo mucho que llamaba la atención el traje de mi abuelo. Pese a las continuas miradas de cuantos viandantes nos cruzamos, todo fue bastante bien hasta que nos topamos con una pareja de policías. No creo que su intención fuera la de detenernos, al menos en un principio, sino más bien la de instarme a mí a que llevase a aquel viejo disfrazado a su casa. No llegaron a hacerlo. Cuando apenas estaban a dos pasos de nosotros, el abuelo, en un movimiento más rápido de lo que le creía capaz, se abalanzó sobre uno de ellos y puso una navaja, cuya existencia yo desconocía, en su cuello. El policía que quedaba libre echó mano a su pistola, pero en ese momento el abuelo gritó:

—Antes de que saques la pistola, le he rebanado el cuello a este cabrón.

El policía pareció dudar durante unos instantes pero terminó alejando su mano del arma. Debió considerar que el viejo estaba lo suficientemente loco como para llevar a cabo su amenaza, y yo he de reconocer que también lo pensé. Sin soltar en ningún momento al que tenía agarrado, el abuelo me mandó quitar la pistola a su compañero, lo que no hizo ninguna gracia al policía que aún quedaba libre. Puse cara de circunstancias, tratando de explicarle mudamente que yo también era víctima de lo que estaba sucediendo, y me hice con la pistola. Como no conocía el manejo del arma, el abuelo ordenó al «poli» que me explicase qué tenía que hacer para quitar el seguro. Fue un momento de gran tensión, sobre todo porque, dicho esto, presionó más intensamente su navaja y un hilo de sangre fluyó por el cuello del policía. El agente que estaba conmigo, al percatarse de ello, me explicó rápidamente lo que tenía que hacer. Quitó el seguro y tuve serias dudas sobre la conveniencia de entregarle la pistola, pero finalmente pensé que si su intención era matar a alguien, ya podía haberlo hecho; además, D. Ricardo Santana, antiguo militar republicano, puede que estuviera un poco zumbado, pero no era un asesino. Confié en él, pese a que la única forma de cargarse a los dos policías era precisamente hacerse con esa pistola; se la acerqué lentamente y la cogió con la mano contraria a la que tenía la navaja. Utilizó el arma para apuntar al policía libre y me ordenó tomar la pistola del que él mismo aún tenía a raya. Seguí al pie de la letra sus instrucciones e incluso quité el seguro, tal y como había hecho con la otra. Al retirar la navaja, el agente cayó al suelo respirando ruidosamente, entonces el abuelo me quitó la segunda pistola y se echó hacia atrás un par de pasos mientras apuntaba a cada uno con su respectivo arma; después pasó a hablarles en un tono amenazador y los obligó a tumbarse en el suelo. Finalmente, me mandó coger las llaves del coche policial que tenían detenido en la esquina de la calle, y, tras hacerme con ellas, ambos salimos corriendo hacia el vehículo. Yo ocupé el asiento del conductor y él, el de al lado. Arranqué el coche y entonces vi cómo los dos policías venían corriendo hacia nosotros.

Aunque no tenía carné, sabía conducir, pero con los nervios se me caló el coche. Cuando ya estaban a unos quince metros de distancia, el abuelo abrió la puerta y puso fin a su estúpida carrera con un par de tiros al aire. Los «polis» se dieron la vuelta y corrieron, más si cabe, en dirección contraria. Conseguí poner el vehículo en marcha nuevamente, y por fin salimos sin problemas. Yo estaba aterrado, él rebosaba de alegría y cantaba intercalando entre estrofa y estrofa estentóreas risotadas.

—¡Ya empieza lo bueno! —gritó.

Después de que se calmara un poco, intenté sermonearle:

—¡Hace falta estar loco para amenazar, navaja y pistola en mano, a dos policías y robarles el coche! ¡En maldito momento me he dejado convencer para seguirte precisamente en el día en que la BBC ha anunciado la muerte de Franco!

Lo único que conseguí fue que se riera con más ganas.

Al llegar al apartotel nos encontramos con Fraternidad, quien al ver detenerse el coche policial a su altura, echó a correr. Hice sonar el claxon con la melodía de los cuatro muleros y estuve más brillante que mi hermana en la reunión clandestina, ya que apenas me hicieron falta unos pocos compases para que detuviera su carrera y se volviese hacia nosotros.

—¡Qué susto me habéis dado! ¿Se puede saber qué hacéis en ese coche?

El abuelo se lo contó a su manera, exagerando lo que ya de por sí era un disparate, como bien dijo Fraternidad una vez que el impetuoso D. Ricardo Santana hubo terminado el relato.

—Creo que lo mejor que se puede hacer ahora, dadas las circunstancias, es quemar el coche para eliminar vuestras huellas. Después os recomendaría que os largarais a casa y no volviérais a salir de allí hasta estar seguros de que la policía haya dejado de seguir vuestra pista. Es posible que no den con vosotros a no ser que, en vista del uniforme, se pongan a buscar excombatientes republicanos, en cuyo caso tendrían bastantes más posibilidades de encontraros.

—¿Pero qué leches estás diciendo? Franco ha muerto, estamos en guerra. ¿Crees que la policía no va a tener nada mejor que hacer, que perseguirnos a nosotros? Además, esto ha sido un juego de niños comparado con la que pienso organizar. Ahora mismo me voy a la sierra a crear comandos de combate.

—Abuelo, ni se te ocurra hacer otra locura.

—¡No me digas, muchacho, que te vas a acojonar! Ningún Santana lo hizo nunca. Si queréis quemamos el coche ahora, pero después yo me largo a la sierra a prenderle fuego al Valle de los Caídos para ir abriendo boca.

Yo no estaba convencido de que quemar el coche fuera una buena idea, pero como

ellos dos parecían estar de acuerdo, me dejé convencer. Cedió a Fraternidad el sitio del conductor y nos pusimos rumbo a algún lugar tranquilo donde prender fuego al vehículo. Elegimos tomar la carretera del pueblo de Colmenar Viejo pensando que sería la más segura de las salidas de Madrid por la ausencia de vigilancia policial. Sin embargo, nada más dejar la ciudad, tuvimos el primer momento complicado; un coche patrulla permanecía detenido en el arcén. Al verlo, el abuelo y yo reaccionamos agachándonos, y Fraternidad aceleró un poco la marcha con la esperanza de que no fijasen su atención en nosotros. Pasamos a su lado y aparentemente no ocurrió nada salvo el hecho de que uno de los policías, según Fraternidad quien con disimulo lo observó por el retrovisor, se nos quedó mirando. Afortunadamente no salieron en nuestra busca y, una vez se pasó el susto, el abuelo y yo volvimos a incorporarnos. Se nos ocurrió encender la radio del coche por si estaban dando alguna pista sobre nosotros, y tuvimos la suerte de conectarla cuando justamente presentaban la noticia de nuestra acción. En el mensaje alertaban a todas las patrullas operativas para procediesen a detenernos tachándonos de individuos muy peligrosos. Inmediatamente pensé en la patrulla que habíamos dejado atrás y no dudé de que con prontitud daría parte de nosotros, incluso era posible que se hubiera puesto ya en marcha para cazarnos. No teníamos tiempo de llevar nuestro plan a buen término, era necesario cambiar de estrategia rápidamente. El abuelo sugirió liarnos a tiros con todas las patrullas que encontrásemos a nuestro paso, pero ni Fraternidad ni yo nos dignamos discutir esa sugerencia, lo que pareció disgustarle. Yo argumenté que lo mejor era ponernos en manos de la justicia y explicar que había sido el carácter impulsivo de mi abuelo lo que nos había llevado a esa situación, con la esperanza de que, habida cuenta de su edad, él también saliese indemne del problema. Para mi disgusto, Fraternidad tenía menos confianza en la justicia que yo; y en su opinión era preferible abandonar el coche en algún lugar oculto lo antes posible y esperar un par de días antes de quemarlo, ya que con tanta policía buscándonos, el primer vestigio de humo nos delataría. Ni que decir tiene que solo me bastó observar la mirada del abuelo para comprender que para él me estaba comportando como un cobarde además de traidor. No pude con esa mirada y cometí el error de dar por buena la sugerencia de Fraternidad; de manera que, una vez llegamos a la altura de Colmenar Viejo, anduvimos por los caminos de tierra de los alrededores buscando un lugar adecuado para esconder el vehículo. Encontramos una finca aparentemente abandonada, abrí la rústica puerta de entrada hecha con palos y alambres, y metimos el coche hasta una zona de arbustos donde parecía quedar bien cubierto. Lo ocultamos lo mejor que pudimos, echando sobre él algunas ramas, y volvimos hacia el pueblo utilizando el mismo camino. Al descender por una ligera pendiente vislumbramos un Land Rover de la Guardia Civil que venía

hacia nosotros. Fraternidad y yo ya íbamos a echar a correr cuando el abuelo nos pidió calma. Su opinión, a esas alturas, estaba demasiado desacreditada como para tenerla muy en cuenta, pero la seguridad con la que lo dijo nos hizo continuar a ritmo normal. Seguimos, pues, avanzando hasta que el Land Rover, debido al desnivel del terreno, dejó de verse. Fue en ese instante cuando el abuelo gritó: «¡Ahora!»

Mientras estuvimos fuera del alcance de visión de los guardias, corrimos hacia la valla de piedra situada al lado derecho del camino, la saltamos y nos guarnecemos contra ella en espera de que pasara el coche. Una vez que nos pareció que se había alejado lo suficiente, iniciamos la carrera hasta una casa situada a unos seiscientos metros de donde estábamos. Fraternidad y yo corríamos como locos mientras el abuelo se quedaba rezagado; y solo cuando estuve a doscientos metros de la casa, tomé conciencia de que había dejado al pobre viejo a su suerte. Eché un vistazo rápido hacia atrás pero no le vi y empecé a preocuparme por él. ¿Se había fatigado y habría tenido que parar? ¿Había dado el Land Rover la vuelta y lo habrían descubierto? Continué adelante pensando que ya le buscaría más tarde, una vez que el peligro hubiese pasado. Fraternidad bajó por unas escaleras al sótano y yo lo seguí. Estaba lleno de herramientas y bebidas. El hecho de que estuviera la puerta abierta indicaba que debía haber gente en el interior de la casa, lo que podría complicar bastante las cosas. Nos agazapamos detrás de unas botellas y al poco oímos cómo llegaba un coche a las inmediaciones del lugar. Escuchamos el murmullo de una conversación, unos pasos bajando los peldaños de la escalera y finalmente a alguien que gritaba:

—Salid de ahí antes de que sea mucho peor para vosotros.

Yo aún conservaba una de las pistolas que habíamos quitado a los policías y he de reconocer que, por un momento, pensé en utilizarla, aunque de inmediato rechacé esa siniestra posibilidad. Fraternidad estaba absolutamente petrificado por el miedo, y, presa de pánico, se orinó encima. Yo tomé entonces la resolución de responder, seguro de que no teníamos posibilidades de escapar.

—Tranquilos agentes, no somos malhechores, tan solo un cúmulo de circunstancias han hecho que nos veamos en esto. Somos inocentes.

—Inocentes o no, salid de ahí muy lentamente y con los brazos en alto.

Les anuncié que iba a levantarme, les rogué que no disparasen y, aunque no hubo respuesta, empecé a hacerlo. En un principio no vi más que la puerta abierta, puesto que los guardias estaban fuera en prevención de una respuesta violenta por nuestra parte. Después de permanecer erguido durante más de un minuto, uno de ellos asomó la cabeza y gritó que quería ver también a los otros dos. Me alegró saber que al abuelo no le habían detenido. Fraternidad se levantó muy pálido y conmocionado.

—Ya está, solo somos dos —dije.

—¡Mentira! Sois tres, en el camino vimos a tres.

—Solo somos dos.

—Por la radio solo hablaban de dos, de un joven y un viejo —dijo uno de los agentes.

—Sí, pero en el camino me ha parecido que eran tres. ¿No los has visto tú? —dijo el otro.

—No. Yo solo he visto a dos.

—¡Joder! Siempre tengo que hacerlo yo todo. Te digo que vi a tres; además ese no tiene pinta de ser muy mayor. Hablaban de un viejo disfrazado, ¿dónde coño está?

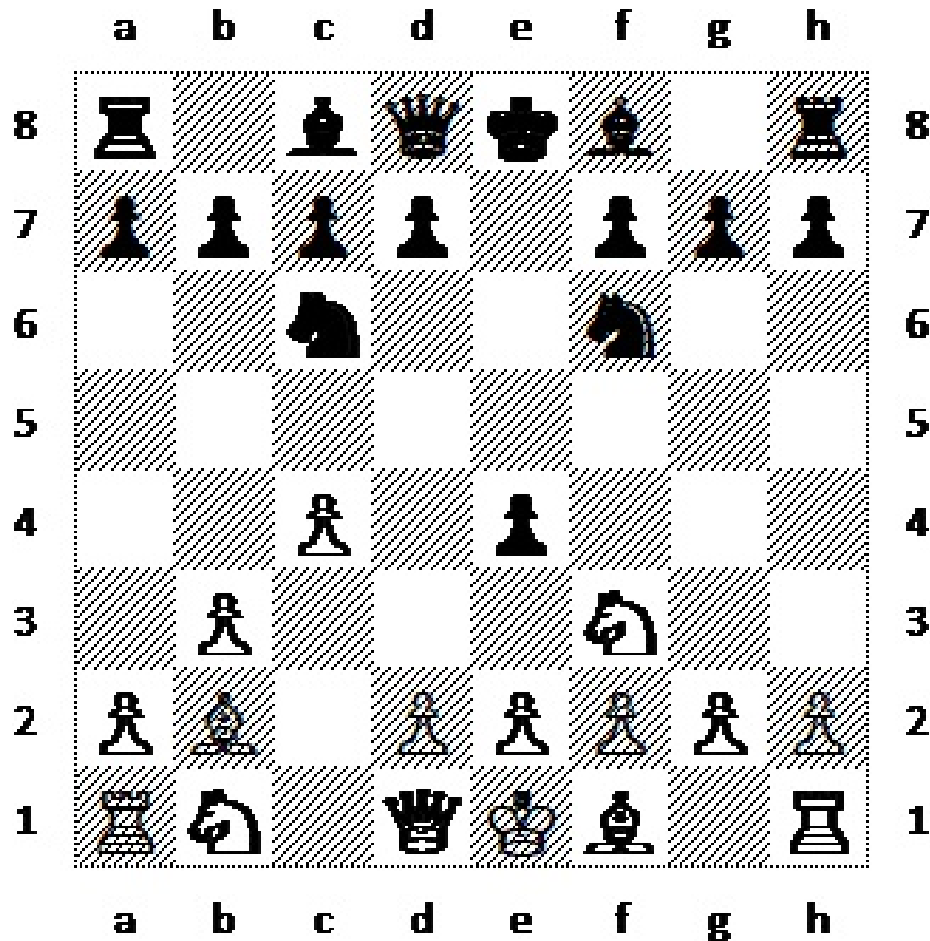
Enfrascados en su discusión, no se percataron de la presencia de una quinta persona en el sótano.

—Al primero que haga un movimiento que no me guste, le vuelo las pelotas.

Una figura menuda, con una pistola en la mano, apuntaba en la dirección de los guardias. Era un tipo muy mayor, vehemente en exceso, pero que varias decenas de años antes había sido un militar muy capaz.

Los dos guardias civiles dejaron sus armas en el suelo, y procedimos a amordazarlos para que estuviesen un buen rato inactivos. Empleamos para ello la parte sobrante de las cuerdas con las que el abuelo había estado atando a la dueña de la casa mientras los agentes se ocupaban de nosotros. Después, tomamos su coche «prestado» y nos volvimos tranquilamente a Madrid, no sin cruzarnos por el camino con varios coches patrulla. Fraternidad y yo íbamos callados. Yo pensaba en que todo lo que había ocurrido ese día nos traería consecuencias graves. El abuelo, por su parte, se lamentaba de haber conocido a aquella señora en esas condiciones tan poco propicias para el cortejo; porque, según dijo, aunque quizás estaba un poco «gordita», a él le gustaban así. Abandonamos el vehículo en Plaza de Castilla, y esta vez no nos planteamos quemarlo. Los tres éramos conscientes de que demasiada gente nos había visto y de que en demasiados sitios habían quedado reflejadas nuestras huellas. Tan solo era cuestión de tiempo que la policía diera con nosotros.

4. Cf3 e4



Me resulta extraño que no aproveche el turno para desarrollar otra pieza y pierda un tiempo con el mismo peón de rey. Claro es, por otra parte, que ese peón ahí situado vale su peso en oro siempre que consiga defenderlo convenientemente. Además, con ese movimiento me fuerza a desplazar el caballo, con lo cual yo también me veo obligado a perder otro tiempo. No, definitivamente no está mal pensado.

5. Cd4 ...

Al llegar a casa oímos como en el telediario daban la noticia de que la salud del Generalísimo seguía sin ser buena, pero no hablaban de su muerte. Consideramos que

esa versión de la realidad formaba parte de la desinformación a que el régimen tenía sometido al pueblo respecto de la enfermedad de Franco. Aún entonces, seguíamos creyendo que El Caudillo ya había muerto, tal y como había anunciado la BBC. Eran las tres y cuarto de la tarde, y mi madre nos llamó la atención por no haberle avisado con anterioridad de nuestra intención de ir de excursión. Nada de lo que nos había ocurrido por la mañana se comentó. Más tarde, a eso de las cinco, nos fuimos el abuelo y yo a la calle para dar una vuelta, dijimos, pero con la verdadera intención de averiguar qué estaba pasando realmente en el país. Para ello llamamos desde una cabina a Libertad, que era quien estaba al corriente de las noticias que se daban sobre España en el extranjero. Nos equivocamos. La falta de información era total tanto fuera como en el interior; hasta tal punto llegaba la confusión que Libertad nos anunció que la BBC había desmentido lo del fallecimiento de Franco. Eso nos sumió en un mar de dudas. ¿Sería posible que el régimen tuviese tanta influencia como para hacer desmentir, siendo cierta, una noticia tan importante a la BBC?, ¿o la prestigiosa cadena había cometido la mayor equivocación de su historia? Confrontando lo que las distintas fuentes del resto del mundo decían, parecía que en realidad había ocurrido esto último; una imprudencia de la cadena en su afán de ser la primera en comunicar una noticia que estaba al caer, la llevó a hacer el ridículo y a desestabilizar más, si cabe, la situación de España, debatida entre el desasosiego por la agonía de Franco y la angustia por el avance de la Marcha Verde organizada por el gobierno marroquí para intentar hacerse con el control del Sahara, aprovechando el desconcierto reinante en nuestro país.

Después de saber esto nos fuimos a ver a Fraternidad. Llegamos a las inmediaciones de la vivienda y no vimos ningún signo de presencia policial. Entramos en el portal, subimos a su piso y, tras tocar el timbre, nada se oyó al otro lado. Insistimos en nuestra llamada, pero esta vez de viva voz:

—¡Fraternidad entre hermanos de buena voluntad! —fue lo que se le ocurrió decir a mi abuelo para que nuestro compañero de desdichas nos reconociera.

Fraternidad vivía en la calle Ibiza, lo que era sorprendente, puesto que la zona estaba habitada por familias de derechas, y no parecía el sitio adecuado para que pasase desapercibido un tipo como él; pero había heredado la casa de un tío suyo y aunque se sentía muy comunista, no rechazaba la posibilidad de vivir en un lugar así pese al riesgo de ser descubierto. Después de nuestra segunda llamada, más propia de miembros de una congregación religiosa que de dos forajidos, oímos un «esperad, ahora abro» y disciplinadamente esperamos.

Tardó mucho en aparecer por la puerta, y para cuando lo hizo empezábamos ya a impacientarnos y a sufrir cierta ansiedad. En nuestras circunstancias cualquier cosa fuera

de lo normal nos alteraba enormemente.

—¡Coño ya era hora de que abrieras! —dijo el abuelo.

Nada más entrar percibí que algo raro pasaba en esa casa. Fraternidad se fijaba constantemente en nuestros movimientos, invitándonos con excesiva insistencia a que nos sentásemos, lo cual me despertó un gran interés por registrar la vivienda. Así que dije que tenía ganas de ir al baño, y le pregunté dónde estaba. Él no se limitó a explicármelo sino que me acompañó hasta la puerta. Después de que entré, debió parecerle excesivo esperar a que yo acabara con lo mío, y volvió al salón. Oí alejarse sus pasos y, cuando consideré que ya estaba de nuevo con el abuelo, salí con la intención de echar un vistazo a las habitaciones. La primera que inspeccioné estaba justo enfrente del baño y, en apariencia todo parecía normal en su interior. Llamaron mi atención unas revistas que tenía debajo de una repisa y me acerqué para contemplarlas mejor. Eran pornográficas, de origen francés y, sin duda, constituían un tesoro en esos tiempos. Por un momento pensé que quizás fuera eso lo que tenía que ocultar, pero luego consideré que no era algo tan grave como para que hubiese reaccionado con tanto celo. Es más, gustosamente yo se las habría enseñado a los amigos si hubieran estado en mí poder, y por otra parte, con el tiempo que tardó en abrirnos, habría podido esconderlas mejor. Decidí continuar mi búsqueda ya con el convencimiento de que no era eso lo que ocultaba. Salí de allí y elegí la habitación contigua al baño para seguir investigando. Abrí la puerta y penetré con urgencia al oír que Fraternidad se había levantado y al considerar que, por el sonido de sus pasos, de un momento a otro aparecería por el pasillo. Imagino que debía venir para controlar mis movimientos en vista de que estaba tardando demasiado. Afortunadamente tuve la previsión de dejar la puerta del baño cerrada y, por tanto, no pudo saber que yo no estaba dentro. Oí que me preguntó desde fuera si me encontraba mal. Yo, como estaba junto a la pared colindante con el baño, me arriesgué a contestar pensando que él no podría distinguir si la voz salía de su interior o del sitio real donde me encontraba. Le respondí que tenía el estómago un poco revuelto, y él, antes de volver a alejarse, dijo que sería cosa de los nervios. Me molestó el tono paternal que empleó, después de haber sido él, y no yo, quien se había meado en los pantalones esa misma mañana. La habitación estaba oscura; pero, pasado algún tiempo, mis ojos fueron acostumbrándose a la falta de luz, y poco a poco fui distinguiendo un escritorio, una silla y una cama, cuyas sábanas estaban hechas tal lío que parecía como si una persona estuviera acostada en ella. Me picó un poco más la curiosidad y tiré de la sábana superior. En ese momento un grito me aterrorizó tanto o más de lo que estaba la persona que lo había producido, que no era otra que Ricarda vestida apenas con unas bragas. Instantes después entró Fraternidad en la habitación con cara de pocos amigos, me reprendió por ir figoneando

casas ajenas y yo contraataqué criticándole por estar acostándose con mi hermana. El último en llegar fue el abuelo que, ajeno a nuestra discusión, venía muy risueño con un sujetador en la mano. Al ver a Ricarda, en un principio se puso muy serio, pero luego volvió a relajar el gesto y siguió riendo a la vez que comentaba lo mayor que se había hecho su «nietecita».

Mientras ella se ponía algo más decente, salimos los tres de la habitación y fuimos al salón con la intención de discutir el tema que nos había llevado hasta allí. Una vez sentado, me percaté de cómo Fraternidad escondía detrás del sillón una media que, con las prisas, también habían olvidado recoger. Opté por levantarme y propuse continuar la conversación en la cocina con la excusa de que al ser el punto de la casa que no compartía pared con los vecinos, evitaríamos posibles escuchas. Sin embargo, la verdadera razón por que lo hice fue que no me parecía serio continuar la charla en un salón donde ya habían aparecido una media y un sujetador de mi hermana, pruebas del combate sexual que allí se había estado desarrollando antes de nuestra llegada.

Pasados los primeros momentos de incomodidad, intentamos analizar la situación lo más objetivamente posible. Pese a los deseos de quitarle importancia, los tres éramos conscientes de que teníamos un pie en la cárcel. Dado esto por seguro, consideramos las alternativas siguientes: aguardar ese momento y confiar en que la situación política pudiera cambiar en un futuro próximo (se empezaba a hablar de amnistías), esperar que mi padre apelara a sus contactos y nos favoreciera de algún modo, o desaparecer del país por una temporada. En lugar de estas alternativas, el abuelo propuso otras dos. La primera consistía en seguir con su alocado plan de enfrentamiento con el régimen y lanzarnos a la sierra; la segunda, casi tan disparatada como la anterior, era la de alistarnos como voluntarios para luchar contra la Marcha Verde, pues pensaba el viejo que si finalmente había guerra y nosotros hacíamos un buen papel, nos condonarían la pena. Le notaba rejuvenecido con la actividad que estaba teniendo los últimos tiempos, y creo que le agradaba imaginarse otra vez en un frente.

Desestimamos ambas propuestas, pero de una forma mucho más cortés que de costumbre; tras el atípico día que habíamos vivido, el abuelo seguía siendo el mismo, pero a nosotros el valor y la astucia que había demostrado con los guardias civiles nos habían hecho la suficiente mella como para juzgar que, en ese cuerpo pequeño y castigado por la edad, se alojaba “un gran tipo”.

Tras una larga discusión, nos pareció una quimera salir legalmente indemnes de la situación por muchas excusas que diéramos. Confiar en la intervención de los contactos de mi padre era demasiado arriesgado. Hasta que no llegaran los cambios políticos de los que todo el mundo hablaba, nuestro caso tenía muy mala pinta, por tanto, solo nos

quedó como opción adecuada la de tomarnos unas pequeñas vacaciones y largarnos de España hasta que el transcurrir de los acontecimientos hicieran adecuada nuestra vuelta.

Fraternidad era partidario de ir a Francia, lugar donde el partido comunista contaba con una fuerte infraestructura y donde quizás alguien pudiera darnos cobijo durante algún tiempo. Teníamos el inconveniente de que nuestra acción no había sido todo lo honorable que nos hubiese gustado, y, puesto que nuestro peso político era muy pequeño dentro del partido, nos surgieron dudas sobre si la oposición fuera del país se dignaría a echarnos una mano. Al fin y al cabo, no éramos más que unos tipos que habíamos sustraído un coche de policía y habíamos amordazado a «una civil» y a un par de guardias, en una más que dudosa operación en contra del régimen. Hubiera sido necesario dotar a nuestra acción de un significado político que de momento no podíamos justificar plenamente pese a los antecedentes comunistas de Fraternidad y de mi abuelo. En vista de los pocos argumentos que podíamos encontrar a nuestro favor, finalmente decidimos que lo mejor era organizar el exilio por nuestra cuenta, sin tener que depender de la ayuda del partido. Lo ideal era desplazarnos a un país donde los tentáculos del régimen lo tuvieran muy difícil para detectarnos y en el que, además, dispusiéramos de algún contacto en caso de que las cosas se complicaran. Pensé inmediatamente en Guatemala; era un país muy alejado y en el que podríamos contar con la ayuda de Rosalina y sus padres. Si las cosas se demoraban más allá del tiempo en que ellos estuvieran allí, nos quedaría todavía el recurso de su familia guatemalteca. Mi propuesta de viajar a Guatemala fue acogida muy favorablemente por mi hermana y Fraternidad, mientras el abuelo siguió abogando por sus dos opciones anteriormente rechazadas.

En la reacción de mi hermana percibí un ánimo de querer acompañarnos en nuestra huida, y me negué a que lo hiciera.

—A donde va mi novio, voy yo.

—¿Pero cómo vas a ir? ¿No te das cuenta de que esto no es un viaje de turismo, que no es un juego? Estamos huyendo de la justicia. No tienes nada que ver. ¿Qué sería de tu trabajo si de repente le dices a Prendes que por las buenas te vas de vacaciones?

—Por eso no hay problema; ya no tengo trabajo, he sido despedida. Ayer por la tarde vino a buscarme Fraternidad, y, aprovechando que no había nadie en la tienda..., se quedó conmigo. Lamentablemente, por alguna extraña razón le dio a Prendes por aparecer y..., nos pilló.

—¿Cómo que os pilló? Yo también he coincidido con él en la tienda y nunca se ha quejado.

—Ya, pero es que cuando vienes tú no es lo mismo. Nos metimos en uno de los probadores y..., bueno ya sabes..., tú también tienes novia ¿no?

—¡Joder, Ricarda! Y tú, Fraternidad, ¿tampoco tienes cabeza o qué?

—Perdona, Daniel, pero es que ...

—¡Abuelo di algo a estos dos inconscientes!

—Ricardita..., creo que sí que te has hecho mayor. Sinceramente, Daniel, a mí no me parece tan mal que venga; de hecho, yo también querría llevar a alguien conmigo.

—¡Lo que faltaba! ¿Pero es que tú también me vas a decir que tienes novia?

—Pues mira, sí. Tu abuela murió hace ya muchos años y no es bueno que el hombre esté solo.

—Abuelito..., te has hecho más joven—dijo entonces Ricarda.

—¿Y quién es tu novia, si puede saberse?

—La conoces y no te va a gustar. Es Convivencia.

—Esto es una pesadilla. ¡A Guatemala no va ni la una ni la otra!

—Claro, como tú tienes la novia allí los demás que se jodan ¿no? —dijo el abuelo.

Fue Fraternidad el siguiente en tomar la palabra.

—Analizándolo fríamente, Daniel, nos hace falta alguien que venga con nosotros y que dé la cara para el tema de los papeleos y las compras.

—Para esa tarea se me ocurren cientos de personas más indicadas que mi hermana y Convivencia.

La discusión se prolongó algunos minutos más. Eran tres contra mí, y desafortunadamente en un momento de debilidad tragué con lo de Ricarda, aunque me mantuve firme con lo de Convivencia. Le eché en cara a mi abuelo que era él el causante de vernos obligados a salir del país. Conseguí con ello minar su moral y el viejo, por una vez, terminó cediendo. Acordamos, pues, partir a Guatemala lo antes posible, y quedé encargado de llamar a Rosalina para avisar de nuestra inminente llegada.

Mi padre permaneció callado tras oír las razones por las que habíamos decidido partir hacia Guatemala. Durante los minutos en los que el abuelo, Ricarda y yo, aprovechamos para tranquilizar a mi madre, él continuó en silencio reflexionando sobre el asunto. Por fin, no sin cierta solemnidad, comentó que efectivamente lo mejor era que desapareciéramos del país cuanto antes. En ese momento las pocas dudas que me quedaban sobre lo acertado de nuestra decisión se disiparon. De todos nosotros, mi padre era quien mejor podía conocer la situación que podría creársenos, y si ni él mismo juzgaba que su ayuda o la de sus amigos pudieran servirnos de gran cosa, no había duda de que debíamos huir.

Guatemala no le pareció mal sitio. Por lo que él sabía de aquel país, el poder estaba en manos de militares, concretamente, desde el año anterior en manos de un tal General Kjell. La situación interna era muy complicada, y, desde luego, las autoridades

guatemaltecas estaban lo suficientemente ocupadas como para poder tomarse mucho interés por detectar a unos prófugos de la justicia española.

Asumida la decisión de seguir adelante con la huida, mi padre se comprometió a conseguirnos los billetes y la documentación necesaria para el viaje. No creo que estuviese muy convencido de la necesidad de que nos acompañara Ricarda, pero tampoco puso ninguna objeción.

Al día siguiente fui a despedirme de mi abuela. Clara escuchó lo que nos había ocurrido, prestando como siempre gran atención a todos los detalles y preguntando sobre algunas de las cosas por las que yo había pasado un poco por alto. Lamentaba tener que perderme de vista por una temporada, pero quitó importancia al asunto y me animó comentándome lo interesante que sería ese viaje para mí. Después me dio una medalla con la virgen y el niño para que la llevase siempre conmigo, y yo le agradecí mucho el obsequio; aquella medalla había pertenecido a mi abuelo materno quien, a su vez, la había heredado de su padre.

Para no perderla, la guardé en casa y me imagino que aún sigue allí.

Mi padre, tan eficaz como de costumbre, organizó el papeleo a la perfección y dejó todo preparado para que en apenas dos días nos pusiéramos rumbo a Guatemala. Pienso que debía sentirse muy contrariado porque, con nuestra huida, también facilitaba la de Fraternidad, un comunista al que de buena gana en otras circunstancias habría ayudado a que le encerrasen en la cárcel.

Por la tarde me despedí de mis compañeros de la facultad diciéndoles que me iba de viaje a El Ferrol, el pueblo de mi abuelo, porque al viejo le habían entrado ganas de volverlo a ver y se estaba poniendo pesadísimo. Todos los que me conocían bien, me habían oído hablar de él, y no les extrañó nada ese viaje.

Me puse en contacto con Rosalina para anunciarle nuestra inminente llegada. Fue bastante difícil establecer la comunicación, pero una vez en contacto, le relaté una versión muy imaginativa de las razones por las que íbamos a su encuentro. No recuerdo exactamente qué le dije. De lo que sí me acuerdo es de que fui muy claro al expresarle que para vivir necesitaríamos un sitio muy discreto, un lugar al que la policía no fuera a hacer ningún control rutinario. Creo que ella, más que alegría por nuestro encuentro, sintió una gran extrañeza y un interés real por conocer las verdaderas razones que nos llevaban hacia allí.

Mi madre se encontraba en un estado de ánimo bastante malo, y me daba una inmensa pena dejarla. De repente, sus dos hijos, además de su suegro, se iban a un país al otro lado del Atlántico, huyendo de la justicia española y a enfrentarse a un futuro de lo más incierto. Ella era una mujer que vivía fundamentalmente para los demás; en todo

momento nos había ayudado lo máximo posible, y ahora nada podía hacer por nosotros salvo desearnos suerte. Siempre pensé que en el futuro tendría tiempo de retribuirle todo lo que había hecho por mí a lo largo de mi vida. Pero en ese momento, ante la incertidumbre de lo que nos podía pasar, no pude hacerlo. Lloré mientras la abrazaba en el aeropuerto y le dije lo mucho que la quería. Mi padre salió al paso y cortó la triste escena de despedida.

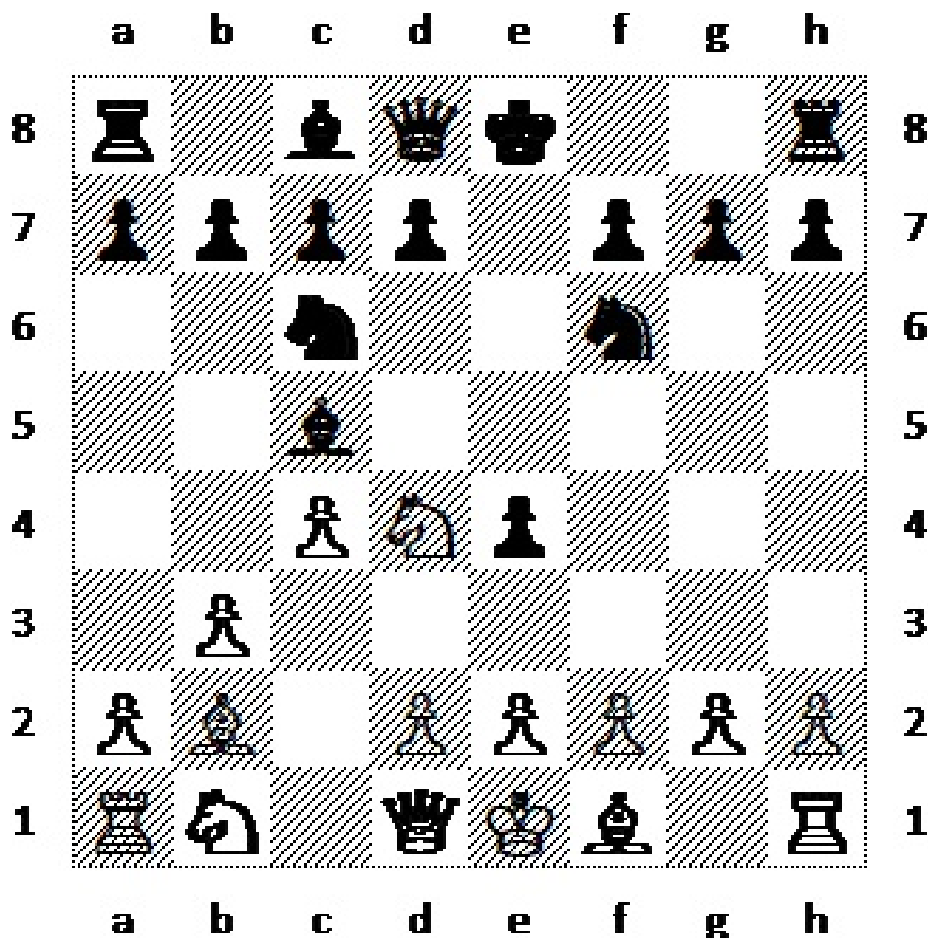
—Vamos, vamos. ¡Ni que fuera la última vez que os vais a ver!

Si algo he aprendido desde entonces, es que no es bueno dejar esas cosas para el día siguiente, porque aunque al nacer hay alrededor de veintisiete mil posibilidades frente a una de que ese día siguiente llegue, esa una existe y, lo que es peor, la probabilidad de que se manifieste crece constantemente.

Estaba nublado cuando aterrizamos en Guatemala.

VI

5. Cd4 Ac5



Sorprendente, con ese movimiento facilita que yo cambie caballo por caballo y que consiga doblarle un peón, lo que en principio representa una ventaja para mí. No veo gran inconveniente en hacerlo; acepto, pues, el envite.

6. Cxc6 ...

Los trámites en la aduana se desarrollaron de forma perfecta. No es que dudara de la eficiencia de mi padre en ese tipo de asuntos; sin embargo, dada la naturaleza del viaje, solo me quedé tranquilo cuando las autoridades dieron su visto bueno.

Rosalina, junto con su padre, nos estaba esperando en el aeropuerto. Me abrazó y

miró con cierta sorna a mis compañeros de viaje. Tendí la mano al padre para saludarle, y, pese a que dudaba de si él correspondería mi gesto, lo hizo. Parecía que le estaban sentando bien las vacaciones. Fraternidad y el abuelo repitieron mi saludo y tuvieron también éxito; es más, el padre de Rosalina incluso se ofreció a llevar las maletas del viejo, quien declinó la oferta siendo fiel a su carácter.

Salimos del aeropuerto y nos dirigimos a Antigua, población muy cercana a Ciudad de Guatemala.

Subimos al coche y nada más iniciar la marcha pude comprobar la enorme diferencia entre ese país y el mío: los rasgos de su gente, su diferente forma de vestir... Más tarde supe que, si bien aquello me había parecido muy distinto a mi país, esa era precisamente la parte de Guatemala más similar a España.

Siempre he sido muy curioso respecto a la cultura de los lugares que he conocido, y he procurado informarme lo mejor posible sobre la historia y formas de vivir de sus habitantes. En esos primeros momentos, fue Rosalina quien me hizo las veces de guía y he de confesar que me resultó sorprendente a la vez que muy satisfactorio lo bien que desempeñó ese papel.

La ciudad de Antigua Guatemala o, simplemente, Antigua, situada en el valle del Panchoy a una altura aproximada de 1500 metros sobre el nivel del mar, está custodiada por los volcanes Agua, Fuego y Acatenango, imponentes moles que recuerdan permanentemente la poca cosa que somos los humanos, no solo por la menor belleza de nuestras obras comparadas con las de la naturaleza, sino por la historia de destrucción periódica de lo edificado por el hombre que ha caracterizado a esa tierra. Antigua o, también, la muy notable y leal ciudad de Santiago de los Caballeros de los Goathemala, fue construida a mediados del siglo XVI sobre terreno virgen (no había ningún asentamiento indígena previo) y rezuma hispanidad por todos sus rincones.

Al visitarla imaginaba a nuestra gente de Cáceres, Badajoz, Huelva, Sevilla, León..., de España entera, lanzándose a ese mundo hostil y desconocido, prácticamente con lo puesto; y oír hablar nuestra lengua a muchos indígenas y a la totalidad de la población ladina, me produjo un cierto orgullo patriótico, no tanto por la conquista, hecho brutal en la mayoría de los casos, sino por el coraje de los españoles que fueron capaces de arrojarse a una aventura de tales características.

Antigua, bajo la influencia hispana, fue el centro de poder de Centroamérica hasta que en 1773 comenzó su terrible final. Durante meses la ciudad fue víctima de una serie de terremotos que redujeron a escombros casi todo lo que allí se había edificado. En 1776, se fundó un nuevo asentamiento en lo que hoy se conoce como la Ciudad de Guatemala. Posteriormente Antigua, gracias a su repoblación propiciada por el

comienzo del cultivo del café, empezó a ser reconstruida, y el resultado es una alternancia de viejos edificios restaurados y conventos destruidos por el cataclismo, lo que induce a pensar en ella como una ciudad en la que una vez se detuvo el tiempo.

Nos habían buscado alojamiento en la Posada Doña Ana, un tugurio de mala muerte. Al ver al tipo que la regentaba, daban ganas de salir huyendo. Con camiseta de manga corta llena de manchas y olor a sudor de reserva, ese bigotudo de rasgos occidentales, entre bocanada y bocanada de su puro, nos explicó que las habitaciones eran limpias y no solo con derecho a baño, sino que este era incluso un baño con taza. La utilización de las tazas de los servicios no era algo muy habitual para algunas personas, como me fue fácil comprobar al ver el estado en que el visitante anterior había dejado la del nuestro.

Lucía, que así se llamaba la tía de Rosalina, nos había reservado una única habitación para los cuatro. El dueño cobraba por persona alojada y no reservaba más de una habitación por grupo. De esa forma, incrementaba sus ganancias al apiñar en el mismo habitáculo a todos los miembros de una misma familia con independencia de su número. Si este era muy grande, suplía la ausencia de camas con colchones en el suelo sin que esto representase ninguna rebaja en el precio. Lucía había elegido ese sitio pensando que para hacer difícil un encuentro con la policía lo mejor era alojarnos en un lugar como aquel, en el que a ningún extranjero se le habría ocurrido parar. Además, allí no era necesario dejar el nombre. Se pagaba por adelantado y el dueño se cuidaba de no tener problemas con nadie, pues llevaba a sus espaldas una turbia historia que ocultar y trataba de pasar lo más desapercibido posible. Lucía era una de las pocas personas que sabía de ese pasaje de su vida.

Al parecer en un principio las habitaciones de esa posada no contaban ni siquiera con baño, y era necesario abrir zanjas en el jardín para quienes se veían forzados a desalojar sus inmundicias. Hacía ya mucho tiempo que no se cavaba en ese lugar, previsiblemente por el temor del dueño a que pudiera desenterrarse el cadáver de una indígena que había desaparecido varios años atrás y con la que él había mantenido una relación..., lamentable por llamarlo de alguna manera. Ella tenía catorce años cuando empezó a trabajar para él, entre otras cosas, abriendo y cerrando las famosas zanjas. Una noche en que estaba borracho, el muy canalla la violó. La pobre criatura decidió no volver a su poblado después de aquello (hay que tener en cuenta que los indígenas tienen un alto concepto de la honorabilidad; prueba de ello es que no suelen ver con muy buenos ojos que las jovencitas simplemente hablen con los muchachos y cosas similares). Ella, malinterpretando ese concepto del honor de los suyos y sintiéndose manchada por lo ocurrido, decidió no volver y quedarse irónicamente a vivir con él, puesto que ese era el único sitio que le daba la oportunidad de ganar el suficiente dinero

para poder pagarse un viaje a alguna otra zona del país donde intentar rehacer su vida. Se quedó, pues, en la boca del lobo. A partir de entonces, las violaciones se repitieron con asiduidad hasta que un día aquella muchacha desapareció. Según él, ella se había ido porque quería vivir lejos de allí. La comunidad creyó su versión porque se sabía que ese era el plan que hacía mucho tiempo había mencionado la desdichada. Sin embargo, Lucía, que también trabajaba en el mismo lugar como cocinera, se temió lo peor desde un principio ya que la misma noche de la desaparición de la muchacha, él había ordenado precisamente a Lucía preparar una zanja de una profundidad muy superior a la habitual. ¡El muy hijo de puta ni se molestó en cavar la tumba de su víctima! Después despidió a la tía de Rosalina y cerró la pensión durante una temporada. Cuando volvió a abrirla, reformó las habitaciones y a todas les puso baño, de manera que ya no hubo necesidad de seguir cavando. Casi con completa seguridad, aquella chica seguía enterrada en ese jardín pero para las autoridades fue suficiente la explicación del posadero. No hubo investigación; la muerte de una indígena no merecía tantas molestias. El caso desde su inicio estaba cerrado, y la desgracia de esa pobre chica solo sirvió para que su asesino se convirtiera en uno de los tipos más herméticos de toda Guatemala.

La tía de Rosalina, en un principio nos ocultó todo esto por temor a que nos buscásemos problemas que en ningún modo iban ya ayudar a la víctima. Al contrario que su sobrina y su hermana, Lucía seguía pensando al modo indígena, una gente que ha soportado una injusticia tal que ya no tiene claro lo que es justo. Ella, a sabiendas de que nosotros no reaccionaríamos de la misma manera, trató de ahorrarnos problemas ocultándonos este hecho, y ninguno de nosotros tuvo conocimiento de él hasta tiempo después.

La primera noche que pasamos allí no conseguimos prácticamente pegar ojo ninguno de los cuatro. La excitación del viaje, la diarrea que todos salvo Fraternidad sufrimos ese primer día y la propia incomodidad de aquellas sábanas sucias sobre camas de muelles rotos, impidieron nuestro descanso.

Pasamos esa semana convalecientes de nuestras diarreas, incluido Fraternidad que se terminó uniendo a nosotros, y durante aquellos días apenas dimos unos cortos paseos por los alrededores. Rosalina y sus padres estaban alojados en la casa de Lucía, situada a unos cinco kilómetros de Antigua, en el pueblo Ciudad Vieja cuya historia se remonta a los primeros años de la conquista española, cuando Pedro de Alvarado, después de la revuelta cakchikel, decidió trasladar la capitalidad de la ciudad de Iximché al valle Almolonga fundándose en 1527 la primera ciudad de Santiago, que fue la segunda capital de la Centroamérica hispana. El 10 de septiembre de 1541, muerto ya Alvarado en tierras mexicanas, y tras un periodo prolongado de tormentas al que siguió un

terremoto, una avalancha de barro del cráter del Volcán Agua, en cuyas faldas estaba la capital, dejó todo arrasado, incluidos los restos de la viuda de Alvarado. En la actualidad aquel emplazamiento sigue bajo tierra y se lo sitúa a unos dos kilómetros de la actual Ciudad Vieja, que es realmente el desarrollo de un suburbio indígena que se salvó de la catástrofe. Después de la tragedia, la capitalidad se trasladó a Antigua, cuya historia fue dramáticamente parecida.

Cuando me recuperé de mis problemas estomacales (esta vez auténticos, no como los tan frecuentemente esgrimidos como excusa en mi época universitaria), empecé a disfrutar de mi estancia allí. Deambulé por Antigua a gusto, hablando con la gente y aprendiendo del país. Por momentos pude olvidarme de mi obsesión por volver pronto a España. Yo me veía a mí mismo como un turista un tanto especial. En el mercado, nos compramos ropa del lugar y conocimos la importancia del regateo cuando allí se va de compras. Fue un tanto humillante saber que habíamos pagado más de un 1500% de lo que se habría gastado un guatemalteco por la misma mercancía que habíamos recibido a cambio.

Nuestra calidad de huidos de una dictadura fue una buena carta de presentación para que la comunidad a la que pertenecía Lucía nos acogiera con cariño. Nos pusieron en antecedentes sobre lo que estaba ocurriendo en Guatemala; el terrible drama en que vivía esa sociedad en general, y la indígena en particular; drama con el que egoístamente no me sentí muy conmovido entonces, puesto que mi pensamiento estaba centrado únicamente en mis propios problemas.

Durante esos días que pasamos juntos, creí que lo de Rosalina y yo podía arreglarse. Ella parecía sentirse feliz a mi lado y no puedo decir que no me gustase aquello. No era tanto amor como que me hacía sentirme orgulloso de mí mismo ver cómo la mujer que apenas unos días antes me había despreciado, ahora pareciese tan apasionada conmigo. Digo que no era amor, porque mis sentimientos hacia ella continuaban siendo los mismos que antes del viaje; sin embargo, yo sí que me quería más a mí y eso me hacía sentirme muy bien. Daba de alguna manera la razón a aquellos que piensan que uno no ama a la otra persona, sino que solo se ama a sí mismo, de forma que en función de cómo se valore a la teóricamente amada, cada cual se valora más y se siente mejor si tiene un muy alto concepto de ella. Alimenta el ego el que alguien considerado de gran valor le quiera a uno. Desde luego, toda esta explicación del amor es ingeniosa, y quien la inventó probablemente no tuvo la suerte de enamorarse pese a que no le faltase ingenio. Lo cierto es que volvimos a parecer una buena pareja y disfruté mucho oyendo sus explicaciones sobre Guatemala.

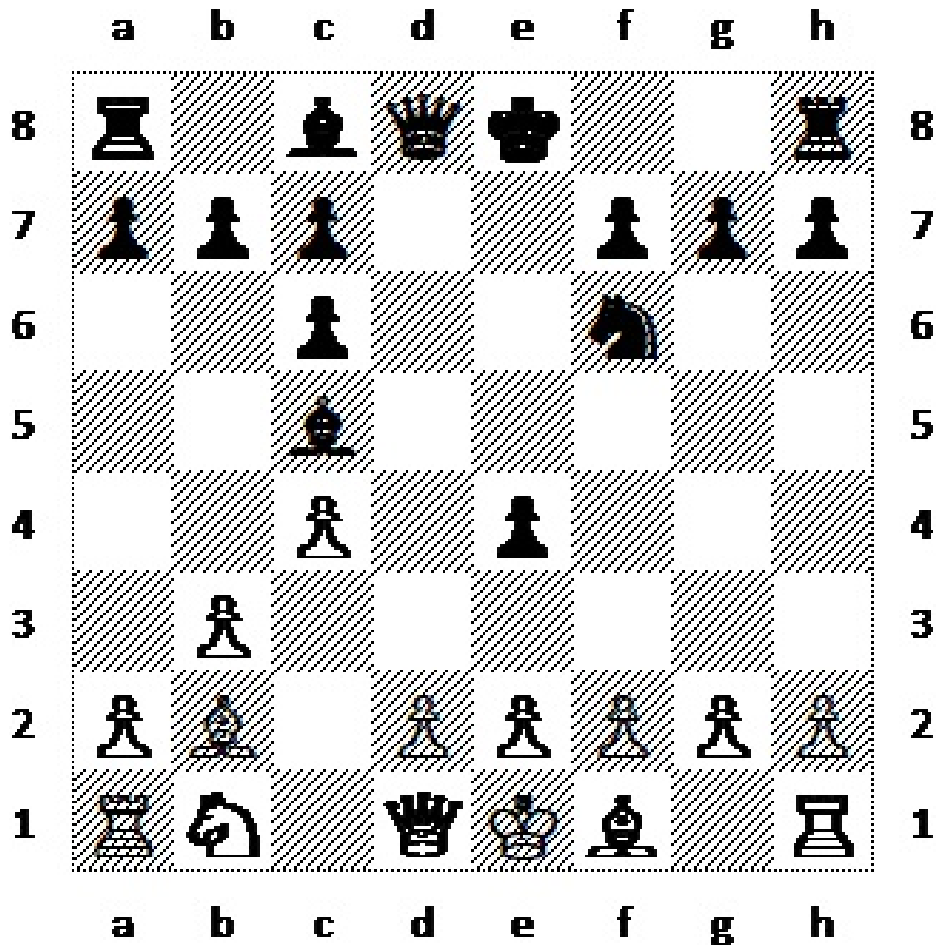
Mientras tanto su madre se dedicó a su negocio de brujería. La inmensa mayoría de

sus clientes eran ladinos, ya que los indígenas sabían reconocer mucha patraña en sus ritos, que no eran más que una mezcla de las ceremonias indias y las extraídas de su propia cosecha como, por ejemplo, mostrar orgullosamente que era capaz de tragarse una banana sin atragantarse.

Fueron días apacibles, felices, muy diferentes a los que quedaban por venir.

VII

6. Cxc6 dxc6



Es posible que d4 no fuera mala, pero no termina de convencerme. Aún estoy lejos de tener la posibilidad de enrocar, cuando mi rival ya puede hacerlo. Me quedo finalmente con e3; con ello facilito la salida del alfil, doy más posibilidades de juego a la dama y avanzo un movimiento hacia el enroque.

7. e3 ...

Conseguimos hablar con mi padre. Fue toda una odisea ya que resultaba tremendamente dificultoso entrar en comunicación con España. Como no nos parecía

seguro llamar directamente a casa, por aquello de que el teléfono pudiera estar intervenido, intentamos comunicar con él por mediación de Carlos, un compañero de confianza de mi padre que estaba al corriente del tema y cuyo teléfono del ministerio conocíamos. La inmensa mayoría de las veces este hombre estaba ausente de su despacho, no puedo asegurar si en reuniones o en un eterno desayuno, pero por fin un día conseguimos localizarle y rápidamente avisó a mi padre. Papá nos comentó que apenas un día después de nuestra partida se habían presentado unos policías en casa, y nos contó que les narró nuestra versión de los hechos, pero que no prestaron casi ningún interés. El régimen necesitaba hacer escarmientos y le debía dar igual los posibles atenuantes para una acción como la nuestra. Habíamos atentado contra el moribundo sistema y este buscaba recuperar su fuerza, precisamente, escarmentando de forma brutal a los que atentaban contra él en esos momentos de debilidad. Lógicamente, mi padre les dijo que no se había puesto en contacto con nosotros y que no tenía ni idea de dónde estábamos. Sus amigos nada pudieron hacer para retirarnos la orden de busca y captura, y apenas habían podido librarle a él mismo de la sospecha de habernos facilitado la huida. En fin, sus noticias no fueron nada alentadoras. En cualquier caso, algo había ocurrido que podría afectar bastante a nuestro futuro inmediato: a las cuatro y media del 20 de noviembre de 1975, Franco había muerto dejando atrás treinta y nueve años de mando y treinta y nueve días de terrible agonía. Después de múltiples operaciones, que no habían hecho sino alargar su vida inútilmente, había fallecido por paro cardíaco sufrido como final del curso de un *shock* tóxico por peritonitis, según la versión oficial. Su heredero, el hasta entonces príncipe D. Juan Carlos, había tomado el poder y, por lo que había manifestado en sus primeros actos oficiales, aparentemente iba a ser un continuista del régimen; aunque también había dejado entrever tímidamente que habría ciertas reformas, logrando de esa manera, a juicio de mi padre, defraudar a los demócratas y fomentar el recelo en los defensores del espíritu del 18 de julio del 1936, es decir, nadie estaba contento y todos aguardaban con impaciencia a que se definiera completamente.

En otro orden de cosas, se había evitado la guerra con Marruecos gracias a una histórica bajada de pantalones respecto al tema del Sahara, que, si bien humillante, había sido lo mejor que se podía haber hecho, ya que la alternativa de organizar una carnicería con la Marcha Verde y la consiguiente guerra con Marruecos, hubiese costado más vidas que la de todos los habitantes de esos territorios. Hassan había sido muy listo a la vez que inconsciente: por un trozo de tierra seca había expuesto a cientos de miles de sus súbditos a la muerte. Se salió con la suya y le colmaron de elogios aquellos mismos a los que había expuesto. Ironías de la vida, su fortuna se fundamentó en haber tenido en frente a un gobierno más cuerdo que él, que había preferido las críticas por su muestra de

debilidad, a cambio de evitar una tragedia. La historia es cruel con los que valoran la paz por encima de cualquier cosa, sin embargo, exalta a los que siembran el terror. Como una vez le oí decir al catedrático de Derecho Romano de mi facultad, si se preguntase a la gente sobre cuál fue el más ilustre de los emperadores romanos, la mayoría nombraría a Julio César, el «golpista» que, después de masacrar primero a las tribus de Hispania y luego a las de las Galias, montó una guerra civil; un hombre que sobre sus espaldas llevaba, entre unas cosas y otras, más de un millón de muertos cuando encontró su trágico final en el momento que estaba a punto de partir a Asia, para seguir matando gente. Pues bien, ese nefasto personaje es admirado cuando no fue sino un asesino cegado por el poder. ¡Qué pocos hombres de paz son recordados! A César Augusto, quien gobernó después de Julio César, pese a su conflicto con Marco Antonio y algunas que otras actuaciones bélicas, se le tiene como un hombre de paz, y no son muchos los que saben algo de él a pesar de que su mandato fue muy positivo para el imperio. En general, a la gente le llama más la atención las acciones de sacrificadores de pueblos como: Mario, Sila, Pompeyo y Julio César. ¡Qué atracción ciega por la guerra, la lucha, la sangre...! Quizás queda todavía demasiada animalidad en el hombre para que se dé por terminado su proceso evolutivo.

Al contar a mi abuelo lo de la muerte de Franco, cerró los ojos, se dio la vuelta y se alejó en silencio. Yo no comprendía su reacción. Lo seguí a cierta distancia hasta que se detuvo a sentarse bajo un árbol. Sacó de su pitillera un cigarrillo, lo encendió, dio una larga bocanada y sorprendentemente, una lágrima se deslizó por su mejilla.

—La última vez que hablé con Franco fue después de la batalla de Guadalajara. Los republicanos, con más arrestos que material de combate, habíamos conseguido evitar que los «chulos» de los italianos tomaran Madrid. Fueron tan engreídos que despreciaron la ayuda del propio Franco pretendiendo erigirse como los únicos triunfadores de la contienda española. De haber caído Madrid entonces, con toda seguridad la guerra hubiera terminado mucho antes, pero el coraje de un pueblo consiguió que no se salieran con la suya. El mismísimo Franco creo que no debió lamentarse mucho por el resultado del combate. Fracasado el intento de toma de Madrid, las derrotas de los fascistas en la batalla del Jarama y en la de Guadalajara, dieron alas a la parte republicana, y en esa coyuntura todos fuimos conscientes de que las cosas no les serían tan fáciles a los franquistas. Era un momento idóneo para que la República negociase con ellos, y, debido a mi antigua amistad con Franco, pensé que yo tendría la posibilidad de ser un interlocutor válido. No contaba con que fuera fácil establecer contacto con él, pero probé haciéndole llegar un mensaje por mediación de un comandante fascista conocido y en el que se incluía un número de teléfono donde, si

quería, podría comunicarse conmigo. Para mi sorpresa, no pasó demasiado tiempo hasta que recibí una llamada que nunca olvidaré; era de Franco. He de reconocer que me puse nervioso, traté de intercalar alguna frase recordando los viejos tiempos, pero él me interrumpió y secamente me preguntó que qué era lo que quería. Traté de explicarle cuál era mi análisis de la situación que se había producido en la guerra, le manifesté que era el momento de sentarse a negociar por el bien de España. Tras esto, me preguntó de parte de quién llamaba, a lo que respondí que de mí mismo. Después, me dijo que no volviera a hacerle perder el tiempo y colgó.

—¿Por qué te afecta tanto su muerte? En lo personal te despreció pese a que le habías salvado la vida. Eres de los que vivieron la tragedia de una guerra civil en la que él fue el primer protagonista.

—Cuando finalmente los fascistas consiguieron entrar en Madrid, casi tres años más tarde, rápidamente se pusieron a hacer las depuraciones o, lo que es lo mismo, su versión terrenal del purgatorio. Estas fueron sufridas por los militares que habían participado activamente en el bando republicano y por muchos otros desgraciados a los que el recién estrenado régimen pasó a torturar por su colaboración con dicho bando. Yo, pese a mi actividad militar, nunca fui detenido.

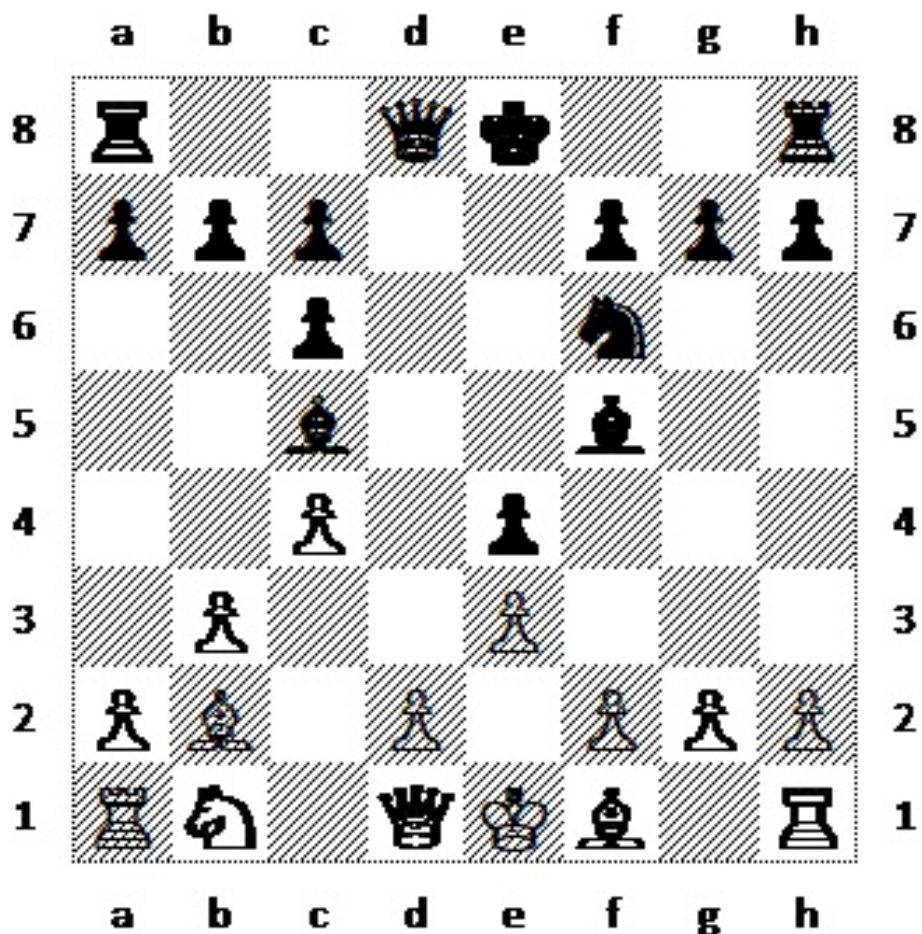
—Pero es que tú le habías salvado la vida, ¿cómo iba a hacer algo contra ti? Te lo debía. ¡No me digas que vas a sufrir por él!

—No, supongo que no. No sé qué me pasa.

Después se aisló en sus pensamientos y no volvió a decir palabra durante esa noche. Era la primera vez que me había hablado de la guerra dejando aparte sus habituales exageraciones. Estaba muy triste. Creo que sentía que, con la muerte de Franco, una parte importante de él mismo también había muerto.

VIII

7. e3 Af5



No está mal; a la vez que desarrolla una pieza defiende ese importantísimo peón. ¡Pero si hay alguien que necesita mejorar el desarrollo de sus piezas en este momento, soy yo! Es tiempo de mover el alfil de rey; de esa manera, además de desarrollarlo, conseguiré por fin tener la opción de enrocarme.

8. Ae2 ...

Pasaban los días y veíamos que nuestra estancia habría de prolongarse más de lo que en un principio teníamos previsto. Habíamos traído dinero; pero, aunque la vida allí resultaba bastante económica, no era el suficiente como para pasar una larga temporada.

Me sentía un poco frívolo comportándome como un turista y, para no dar más complicaciones a mi padre, empecé a contemplar la posibilidad de buscarnos alguna ocupación para ganar los suficientes quetzales como para costearnos nuestra permanencia en esas tierras. Comenté esto con mis compañeros de viaje y todos estuvieron de acuerdo. Antigua no nos pareció el lugar más indicado para ello; la Ciudad de Guatemala estaba demasiado cerca, y creímos que lo mejor para no tener ningún problema con las autoridades era adentrarnos en el interior de país, a alguna zona donde no hubiese tanto control policial y donde unos extranjeros como nosotros no llamaran mucho la atención. Según la recomendación de Lucía, el sitio ideal, que combinaba el alejamiento de la capital y la presencia de muchos turistas, era Panajachel, pueblo situado a la orilla del lago Atitlán y conocido hoy como “Gringotenango” por la habitual presencia de extranjeros, en general, y americanos, en particular.

Panajachel es un lugar de una belleza sublime. El lago, situado a 1562 metros sobre el nivel del mar y custodiado por tres bonitas y verdes montañas, induce a pensar que si la tranquilidad tuviese un hogar, este se encontraría allí. Sin embargo, por las tardes el *xocomil* (el viento del norte), despierta su espíritu haciéndolo más inestable, como si de alguna forma quisiera recordarnos que el paradisíaco y tranquilo paisaje no es lo que parece. De hecho, esas tres bonitas montañas, son los volcanes Tolimán, a 3158 metros sobre el nivel del mar, San Pedro, a 2995 y Atitlán, a 3537, y el precioso lago no es sino un cono volcánico colapsado y lleno de agua, con una profundidad de treientos veinte metros. Además en esa época, la región era una de las más peligrosas del país, ya que allí se estaban produciendo brutales enfrentamientos entre los indígenas de la guerrilla y el Ejército. En la década anterior la afluencia de turistas había sido muy importante, sin embargo, en los 70, la guerra había alejado a muchos de ellos aunque aún era de los lugares más visitados por los viajeros dados a la aventura.

Rosalina y su familia no nos acompañarían; el negocio de brujería estaba siendo de lo más rentable y querían aprovechar algo más el tirón.

Lucía, sin embargo, sí que vendría con nosotros, puesto que quería realizar algunas compras en la zona.

Desde Antigua cogimos un autobús con destino al lago Atitlán y que pasaba por la importante ciudad de Chimaltenango. Realmente se trataba de una vieja camioneta sin asientos numerados, muy diferente a los llamados «galgos norteamericanos» (Pullman) de mucha mejor categoría. Estas viejas camionetas, casi en su totalidad, tenían también origen estadounidense, eran utilizadas para el transporte escolar en ese país y, una vez envejecidas, pasaban a Guatemala donde se les rectificaba el motor y se las «redecoraba». La nuestra, por ejemplo, era muy llamativa con una mezcla de tonos y

formas geométricas que la hacían reconocible a muy larga distancia. El conductor era el dueño de la compañía integrada exclusivamente por ese vehículo, y, para hacer más rentable su negocio, trataba de realizar la mayor cantidad posible de viajes, de forma que el tiempo que invertía en ellos era el mínimo que la carretera le permitía. Su forma de conducir, le había llevado a ganarse el apodo del Rápido, y desde el principio no me agradó tener que viajar precisamente con él.

Por fortuna, nosotros cuatro llegamos de los primeros, lo que nos permitió conseguir asiento. Ricarda se situó junto a Fraternidad, el abuelo junto a Lucía, y yo compartí viaje con un «plomo»; un pesado de esos que tienen tan asumido que son pesados que, aunque les hagas saber que son pesados, siguen siendo pesados.

Al partir, la camioneta ya iba abarrotada de gente, hasta el punto de que incluso había individuos que ocupaban plaza en el techo. Pese a ello, en muchos lugares del camino donde no había ninguna señal de parada, se encontraban personas que indicaban al conductor-empresario que se detuviese y a las que él les permitía subir.

El pesado que me tocó al lado era suizo aunque se defendía bastante bien en español. Antes de preguntarle qué tal, ya me lo había contado. En un principio me pareció que podía tener algo interesante que decir y le di conversación. Quizás de no haberlo hecho hubiese podido evitar al menos parte de mi sufrimiento, pero me equivoqué. Después de la presentación de rigor, me preguntó por el motivo de mi estancia en Guatemala. Yo le dije que estaba de turismo y cometí el error de preguntarle si también él estaba de turismo. Lo fácil hubiese sido que hubiera dicho que sí: cuando alguien lo está suele decirlo. Sin embargo, él reaccionó con un expresión de duda, arrugó su pálido rostro, se le hinchó una vena en la frente, apretó los labios, giró su rubia cabeza, contorneó su cuerpo y sus manos como si de una demostración de artes marciales se tratara, y por último, de su garganta salió un quejido largo y monótono que finalizó con un rápido «sí y no», y después de un «verás», pasó a contarme que de pequeño su madre acostumbraba a coserle los botones de las camisas con ellas puestas, y que el ver la aguja tan cerca de su cuerpo entrando y saliendo de la finísima tela le había hecho comprender que él sería un hombre de mundo, siempre viviendo junto al peligro. Tras esa tontería se me quedó mirando con cara de pistolero, y yo puse una expresión de asombro por la estupidez, que él confundió por admiración ante alguien tan especial; de modo que siguió contándome que en el parque siempre se tiraba de espaldas por el tobogán y, no contento con eso, que acostumbraba a saltar los charcos sin mirar al suelo. El remate fue que siendo adolescente se había bebido una noche cuatro copas en menos de dos horas. Apasionante todo. Tras esas experiencias tan estremecedoras, desde luego, ¿qué otra salida le quedaba que la de ser un hombre de mundo?

Deduje que llevaba varios años preparando este viaje y que por primera vez estaba viviendo una auténtica aventura. Era arquitecto aunque no había llegado a ejercer. Su madre, una mujer de alta cuna, había conseguido jubilar a su padre el día que se casó, y a su hijo, el día que nació. Así pues, mi acompañante se dedicaba a sus caprichos y uno de ellos había sido ir a darse una vuelta por el mundo. Viajaba solo, no tanto por la aventura, sino porque imagino que nadie hubiese sido capaz de soportarle. Ya había estado por Europa, Asia, África y Norteamérica y, antes de visitar América del Sur, le había dado «morbo» pasar por Guatemala, un país en guerra. ¡Un hombre como él no podía pedir más! Hasta esa fecha su viaje se había reducido a la toma de aviones de unas ciudades a otras, con intervalos para descansar en lujosos hoteles cuyas reservas ya tenía gracias a las muchas agencias de viajes que se habían puesto las botas con él. El atractivo dibujo de la camioneta le hizo cambiar de planes y, por una vez, su *snobismo* pudo con su programa de viaje y le hizo cambiar el cómodo asiento de un avión por el de aquella camioneta.

De Antigua a Chimaltenango tuvimos que hacer tantas paradas que, aunque el energúmeno del conductor le pisaba fuerte, no recorría tramos muy largos sin que tuviera que detenerse para que se bajara algún viajero o subiera otro. Pese a ello, la marcha no era agradable a esa velocidad y yo particularmente lo estaba pasando mal, de manera que en cuanto el vehículo alcanzaba la mayor rapidez, yo suspiraba por algún viajero que le mandase parar o por que apareciera otro esperando para subir. Durante la marcha, el pesado me contó, primero, toda su vida hasta antes del viaje; luego, el viaje, y después me repitió otra vez su vida y su viaje. Lo dicho. ¡Qué pelmazo!

Cuando llegamos a Chimaltenango hubo bastante gente que se bajó de la camioneta, pero no la suficiente como para que todos los que estaban en el techo pasasen al interior. En vez de tomar la carretera panamericana que, si bien estaba en un estado lamentable, era la más segura de todo Guatemala, seguimos otro recorrido. Imagino que, con ello, el empresario-conductor trataba de evitar una mayor competencia con otras compañías de transporte de sus características, lo que le permitiría cobrar más caro el trayecto a los nuevos pasajeros. Lamentablemente, no encontró el esperado número de clientes; alguna otra camioneta se había debido adelantar a sus planes ya que no se veía a nadie en los lados de la carretera. Eso fue el detonante que acabó con su escasa paciencia y le hizo pisar más a fondo el acelerador. El nuevo camino era mucho más peligroso; transitaba por zona montañosa y los derrumbes de tierra sobre la calzada eran tan habituales que la velocidad establecida por el conductor hacía de esa marcha una auténtica locura. Era tal el peligro que el pesado, pendiente de la dificultad del trayecto, cerró la boca dejándome por fin tranquilo. Las ruedas chirriaban en cada curva y el loco del volante seguía

pisándole y pisándole hasta tal punto que incluso los propios guatemaltecos, acostumbrados a escalofriantes viajes, solo tenían ojos para la carretera. Frenazos, derrapes y acelerones se sucedían constantemente. Fraternidad, desde su sitio, le gritó que aminorara la marcha, y la respuesta del conductor fue acelerar aún más. Las quejas empezaron a generalizarse, pero no sirvieron de nada. En los cambios de rasante se levantaba la parte delantera del vehículo para luego caer bruscamente sobre el irregular firme de la carretera. En las curvas nos golpeábamos con los cristales, con nuestros asientos, con el pasajero de al lado... Íbamos a matarnos estúpidamente. Habíamos dejado atrás nuestro país por miedo a un incierto futuro, y ahora estábamos en manos de un energúmeno, a punto de encontrar la muerte de una forma absurda. El abuelo hizo por levantarse pero volvió a caer en su asiento impulsado por el movimiento de la camioneta al tomar una curva. Ricarda gritaba histérica. En un giro vi por el cristal cómo caían a la carretera tres hombres procedentes del techo del vehículo. Gracias al retrovisor, desde mi sitio pude observar la cara enloquecida del conductor que apretaba los dientes como con rabia. Algo había que hacer. Me incorporé y pasé por encima del suizo. Dando tumbos y de rodillas, sin poder levantarme del suelo, me fui hacia la parte delantera de la camioneta mientras trataba de pensar en cómo podría evitar la catástrofe. La solución no era fácil, ya que, si tiraba del freno de mano el accidente sería seguro; pero, si sujetaba de alguna forma al conductor, también era muy posible que terminásemos estrellándonos. Íbamos tan al límite que una acción de ese tipo podría ser la gota que colmase el vaso; un leve despiste, una simple dificultad de movimiento, podrían acelerar el final, pero de lo que no cabía duda es de que era necesaria una acción inmediata. Cuando prácticamente estaba a su altura, un indígena sentado en la primera fila de asientos se me adelantó, machete en mano. Desde mi posición pude ver cómo le rebanó el cuello al conductor y rápidamente se sentó encima de él haciéndose cargo del volante. Al moribundo aún le quedaba algo de vida y seguía acelerando a la vez que tratando de impedir que su asesino tomara la siguiente curva correctamente. Le sujeté los brazos. Llegó la curva y no pudimos impedir salimos de la carretera. El lateral de la camioneta impactó con algunas ramas de árboles que rompieron varios cristales, pero irónicamente, gracias al acelerador pisado a fondo por el Rápido no volcamos y logramos entrar otra vez en ruta, momento en el que el indígena consiguió levantarle el pie del acelerador y frenar la camioneta. Cuando nos detuvimos, tanto el indígena como yo estábamos llenos de sangre y el conductor agonizaba.

Yo me encontraba estupefacto, mientras el Rebanador de Cuellos limpiaba tranquilamente su machete. Un pasajero envolvió la herida del Rápido con un paño en un intento desesperado de frenar la hemorragia, mientras otro procedió a darle un

improvisado masaje cardíaco que apenas sirvió para comprobar que, pese a la enorme cantidad de sangre que ya había salido de su cuello, aún se podía sacar más. Ambas cosas resultaron ineficaces y a los pocos minutos el Rápido expiró.

Por primera vez había sido testigo de la muerte de alguien, una muerte violenta, hasta cierto punto necesaria, al menos eso parecía. Yo mejor que nadie estaba convencido de que se debía hacer algo, pero dudaba de que lo que había hecho el indígena fuese lo único posible. Puede que con una amenaza el conductor hubiera puesto fin a su frenética marcha o puede que no. El indígena se me había adelantado asumiendo él solo la responsabilidad y liberándome a mí de tener que adoptar una decisión. El resultado: un muerto y muchos supervivientes. ¿El precio pagado era imprescindible? No dejaba de preguntarme esto mientras observaba al autor de los hechos quien, percatándose de mi interés por él, me dijo:

—Tantito más y no lo contamos. Tuvimos suerte.

—Pero él..., ha muerto.

—No pierda su tiempo pensando en ello. De cierto que tuvo la culpa de lo que le pasó.

Callé. Puede que tuviese razón. Es posible que estuviera delante de un héroe que acababa de salvar más de cien vidas; pero, aunque fuera cierto que la única alternativa era aquella, no consiguió tener mi reconocimiento.

—¿Qué vas hacer?

—Ahorita mismo me voy de acá. Sería difícil explicar esto a las autoridades. Además..., soy guerrillero y podría tener problemas si me quedo.

Aunque Lucía nos había hablado de los guerrilleros, yo de un modo bastante equivocado los había imaginado como expertos soldados mercenarios, muy diferentes a ese indígena «rebanador» de cuellos que tenía delante; aun así, la seguridad con la que él lo dijo me resultó convincente. El resto de viajeros estaban tan ocupados con el muerto que nadie prestaba atención a lo que decíamos, no obstante, me pareció una temeridad que confesase eso tan abiertamente. Desconozco cuántos pasajeros estaban a favor de un bando o del otro. La mayoría de ellos eran indígenas, y aunque por el modo de vestir varios parecían ser ladinos, ciertamente ninguno tenía aspecto de ser muy pudiente. Según Lucía, la guerra no era tanto un enfrentamiento entre razas, sino una lucha de gente desesperada por intentar salir de la miseria; así que pensé que la mayoría debía ser prog guerrillera y que quizás por ello aquel hombre no había tenido mucho reparo en afirmarlo.

—¿Qué va a hacer usted, pues?

—Bueno, nosotros vamos a Panajachel.

—¿Quiénes sos?

—Mi hermana, su novio, mi abuelo y yo. Estamos haciendo turismo.

—¿De dónde venís?

—De España.

—De España ¿eh? Ustedes nos trajeron la gran desgracia. Claro, que de no haber sido los españoles, hubiesen sido otros. Además, fueron aún peores los que se quedaron con el mando después de echarlos a ustedes. Aún hoy seguimos sin poder disponer de lo que siempre fue nuestro. Nos quitaron todo. Nuestro pueblo sufre hambre, infecciones, pobreza. Los niñitos se nos mueren apenas nacer, y raro es el indígena que llega cumplir más de cincuenta años. Pero hubo un tiempo en que fuimos un pueblo grande y poderoso. Eso no lo olvidamos. Algún día volveremos a ser lo que fuimos. Ahorita tengo que irme. Si alguna vez necesitan ayuda, pregunten por mí. Me llamo Diego y vivo en El Quiché.

Tras la corta conversación, cogió su bolsa y se adentró en la maleza mientras yo me reunía con mis compañeros de viaje. Mi hermana parecía tratar de recuperarse de la angustia pasada, y Fraternidad procuraba animarla. El abuelo era el que parecía estar de mejor humor:

—Abuelo, tú intentaste también levantarte, ¿qué tenías previsto hacer?

—Agarrarlo de los cojones hasta que parase.

—¿No crees que de haberlo hecho nos hubiéramos matado en cualquier viraje?

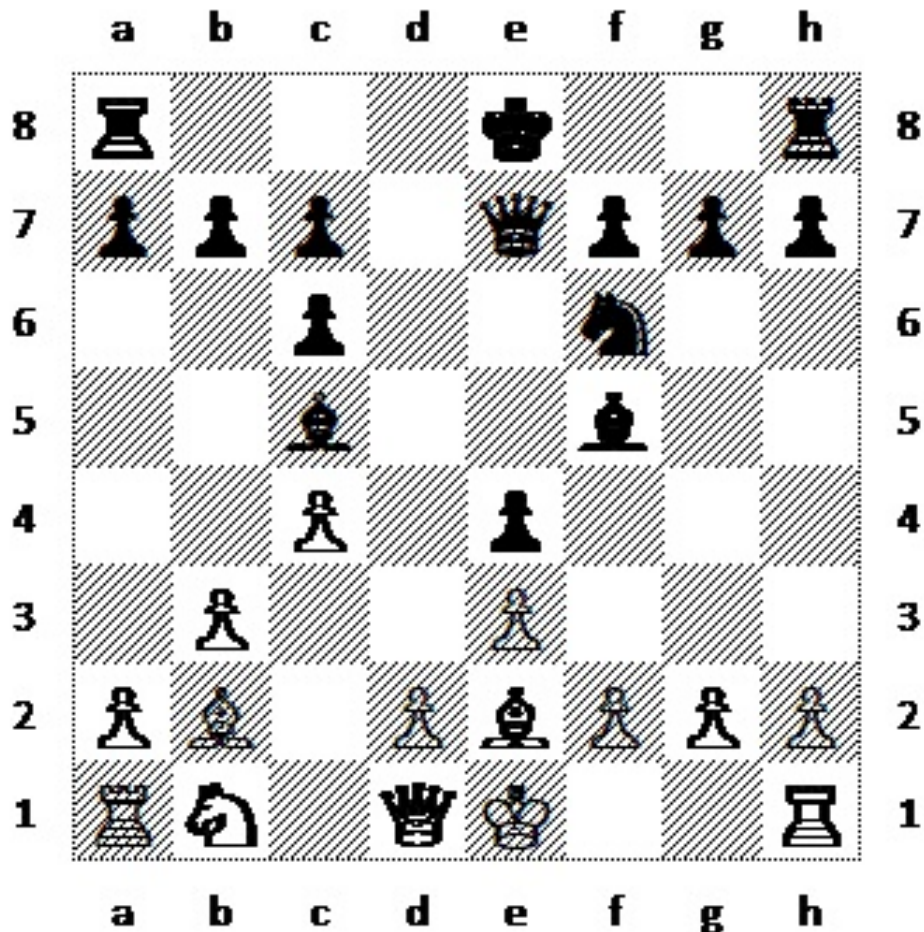
—Es posible, pero yo no tenía ningún cuchillo.

—¿Qué te ha parecido que ese indio le cortara el cuello?

—Bien. Una vez oí que «caballo que se desboca, mejor muerto que vivo».

IX

8. Ae2 De7



Por si era poca la defensa de su peón en e4 con alfil y caballo, ahora la refuerza con la presencia de la dama, a la vez que se hace con el control de una de las columnas centrales y tiene la oportunidad de realizar también el enroque largo. No me gusta cómo va esto, me he cegado. En mi apertura he buscado el control de la diagonal principal y lo he conseguido, sin embargo, eso es poco. Además mi interés por el peón de e4 me está creando demasiadas complicaciones. Sigue siendo inaccesible; está muy bien protegido por piezas mayores, aunque continuo pensando que esa posición tan avanzada no es natural. ¡Qué ironía! Yo que he querido salirme de la teoría, albergo ahora la esperanza de un posible fallo de mi rival por lo atípico de la posición de uno de sus peones, una posición probablemente producida por la propia irregularidad de mi apertura.

Podría intentar f4. No me asusta que decida tomar al paso, puesto que en el movimiento siguiente acabaría con ese maldito peón de una vez por todas; pero no termino de estar muy convencido ya que mi defensa quedaría bastante debilitada.

Definitivamente voy a mover algo que me parece menos arriesgado.

9. Dc2 ...

Debíamos decidir qué hacer. Obviamente, dada nuestra situación, no era lo más indicado permanecer allí y aguardar la llegada de las autoridades. Si desaparecíamos, existiría el inconveniente de que al hacerlo nos convertiríamos en sospechosos, ya que no es muy normal que unos simples turistas se larguen monte arriba después de un incidente de esas características. Sin embargo, llegamos a la conclusión de que esa era la mejor alternativa, ya que dimos por seguro que, aunque solo nos necesitasen como testigos, harían algún tipo de comprobación con nuestros pasaportes, lo que podría significar que nos enviaran de vuelta a Madrid en caso de que solicitasen los correspondientes informes a la policía Española. De modo que, una vez más, me vi forzado a huir de la justicia sin ser culpable de nada, lo cual me resultaba tan increíble y absurdo que pensé por momentos que todo lo que me estaba ocurriendo se trataba tan solo de una pesadilla. Lamentablemente no era así.

Decidimos adentrarnos en la vegetación pero sin perder el rumbo de Panajachel, que seguía siendo nuestro destino.

Pensamos que lo mejor era no involucrar a Lucía y optamos por que se quedase con el resto de pasajeros. Le aconsejamos que si alguien la relacionaba con nosotros, dijese que no nos conocía de nada y que simplemente nos había dado conversación. Confiábamos en que los guatemaltecos silenciaran lo que habían visto, y ella se quedó con el resto del pasaje mientras nosotros huíamos a toda prisa.

Al dejar la camioneta nos adentramos en la maleza, y una vez que nos hubimos cerciorado de que el terreno estaba libre de soldados, accedimos nuevamente a la carretera y fuimos recogidos por un camionero que, por un modestísimo precio, nos llevó a Sololá. Desde esta ciudad, fundada también por españoles, reiniciamos nuestro camino hasta Panajachel. Nuestra primera intención fue la de contactar con Lucía. Acudimos a la posada donde habíamos convenido alojarnos y allí nos dijeron que aún no había llegado, lo que nos resultó sorprendente. Esperamos varias horas y siguió sin aparecer. No era lógico. Asustados, llamamos a Rosalina y fue ella quien se puso en contacto telefónico con las autoridades y a quien estas le informaron de la detención de su tía.

En un principio parecía bien tomada la decisión de haber dejado a Lucía en la camioneta. Supimos que habían interrogado a todos los ocupantes del vehículo y que ningún guatemalteco había dado noticia ni de nosotros ni del indígena que con tanta maestría había rebanado el cuello del conductor. Sin embargo, para nuestra desgracia, en el vehículo viajaba un pasajero singular que no fue tan discreto como el resto, un repelente y pesadísimo suizo que dio una descripción exhaustiva de los hechos y de todos los que íbamos allí, y que también comentó la familiaridad con que Lucía se dirigía a nosotros. Gracias a la «bocaza» de aquel tipo, las autoridades guatemaltecas nos declararon espías y emitieron una orden de busca y captura en nuestro honor, y lo que fue peor, a Lucía la detuvieron y la llevaron a Panajachel. Allí, durante tres días, la sometieron a varias palizas, en las que aparte de llenar de cardenales todo su cuerpo, terminaron rompiéndole dos costillas y reventándole un ojo. Después de esto, y en vista de que aún seguía manteniendo que no nos conocía de nada, la dejaron libre.

Aquel gesto y el profundo remordimiento que padecí por lo que le habían hecho por nuestra causa, hicieron sentirme en deuda con ella y con su gente, capaz de soportar el dolor como creo que nadie más puede hacerlo.

Después de la liberación de Lucía, Rosalina, que se había desplazado con su familia a Panajachel para tratar de interceder por ella, me dejó muy claro que, a partir de ese momento, tendríamos que arreglárnoslas solos. Lógicamente, habida cuenta de la tragedia ocurrida, tampoco nosotros guardábamos ninguna intención de buscarles más problemas y nos despedimos de ellos agradeciéndoles su ayuda y pidiendo mil perdones por la desgracia que les habíamos llevado.

Durante nuestra estancia en Panajachel, nos alojamos en la posada Los Chumpipes, palabra con la que se conoce en Guatemala a los pavos comunes. El nombre se debía a lo bien que la dueña cocinaba ese ave, lo que en realidad constituía el único atractivo de aquella posada que, además, resultaba demasiado cara para el poco dinero que nos iba quedando. De mutuo acuerdo, expusimos nuestras dificultades económicas a Doña Manuela, que así se llamaba la dueña, y esta nos instó a que buscásemos alguna colocación, imagino que por miedo a no cobrar lo que le debíamos. Según la «cocinera de pavos», los occidentales teníamos fama de ser buenos trabajadores y sin mucha dificultad encontraríamos empleo en alguna finca de la zona. Seguimos su consejo, y al día siguiente Fraternidad y yo nos fuimos a buscar trabajo. En la primera finca que visitamos hablamos con un tal Sr. Martínez, quien sin ningún problema efectivamente nos ofreció ocupación para todos. Nos alegramos mucho por nuestro éxito, pero antes de marcharnos Fraternidad le preguntó que cuánto íbamos a cobrar, y, al oír su respuesta, el alma se nos cayó a los pies: trabajando una jornada de doce horas, Fraternidad y yo

apenas seríamos capaces de ahorrar unos cuantos quetzales después de pagar la habitación, y tanto el abuelo como Ricarda difícilmente cubrirían sus gastos. Resultaba indignante, pero después de preguntar en otras fincas y comprobar que el salario que ofrecían era muy parecido, nos quedamos con la primera por ser la más cercana a nuestro lugar de alojamiento.

La finca de Martínez era, como casi todas las de los alrededores, una pobre plantación de maíz, ya que la tierra de esa zona es prácticamente lava volcánica y poco puede recogerse. El trabajo era muy duro; consistía en interminables jornadas después de las cuales nos daban algo de comida (un engrudo de difícil catalogación, que nos pareció casi incomedible el primer día y delicioso al quinto). Nos encargaban las tareas que se les iban ocurriendo sobre la marcha, sin que hubiera ninguna rutina. Aquella vida no era para sentirse contento, pero nos parecía bastante segura, y mal que bien, iban pasando los días. De cuando en cuando tratábamos de hablar con mi padre para que nos informara de las novedades de España, pensando siempre en el mejor momento para preparar nuestro regreso. Le contamos el suceso de la camioneta, así como lo que habían hecho a la tía de Rosalina, siempre con el fin de que fuese consciente de las dificultades de la vida en Guatemala y de nuestra necesidad de volver tan pronto como fuera posible.

Trabajando en aquella finca observé el respeto de los guatemaltecos por el maíz. Este forma parte de su cultura y religión, además de ser el alimento fundamental y a veces único de muchos de sus habitantes. Me viene ahora a la memoria la imagen de las indígenas preparando las tortillas de maíz al alba, con el fin de que estuvieran listas justo a la hora adecuada para que sus familias se alimentaran antes de ir al duro trabajo.

Echaba de menos España, su gente, mi hogar..., recordaba con añoranza cosas como la Puerta del Sol o la calle Arenal, lugares por los que había pasado habitualmente sin prestar atención, y que ahora descubría como parte de mi vida. Me preguntaba qué tal estaría mi madre, qué se diría de mí en la facultad... Pensé en el tipo de la tienda de Ricarda y en el amuleto que aún conservaba en el cuello. ¿Qué habría sido de todo aquello? Imaginaba que quien me buscara, debía de haberse quedado extrañado con mi súbita marcha. Con la cantidad de nuevas experiencias vividas últimamente no había pensado en ello, pero seguía pareciéndome muy extraño. Me preguntaba también qué querría advertirme el malogrado D. Pedro. Desde luego el «amuleto-día» no me había traído suerte; nada más encontrarlo, mi vida había ido a peor; sin embargo, seguía sin querer deshacerme de él.

No recuerdo exactamente qué día fue. Nos dirigimos a la finca para afrontar una jornada más. No había grandes cosas que hacer; y eso me extrañó, pues todos los días teníamos un montón de tarea asignada. Se nos encomendó limpiar aquí y allá sin

demasiada especificación. A media mañana, vimos cómo un camión del Ejército se detuvo frente a la puerta de la finca. Todo fue muy rápido, no hubo tiempo de reaccionar. En breves instantes nos vimos encañonados y obligados a introducirnos en el camión. Dentro había varios indígenas también detenidos, algunos con claras muestras de haber sido tratados con violencia. Aunque solicitamos una explicación, no hubo más respuesta que empujones. Cerraron las puertas del vehículo dejándonos en la más completa oscuridad. Se inició la marcha. Nos faltaba el aire, el olor era nauseabundo, el calor asfixiante, y el miedo atroz.

El viaje duró varias horas. No recogieron a nadie más. Intentamos inútilmente abrir la puerta trasera del camión pero estaba cerrada por fuera.

Al llegar comprobamos que nos habían conducido a una base militar. Volvieron los empujones y golpes. Nos separaron del resto de indígenas del camión y nos encerraron en un calabozo a los cuatro juntos. La desesperación nos sumió en una especie de estado catatónico que trató de romper el abuelo:

—Lo tenemos jodido para salir de aquí.

—Creo que lo mejor que podemos hacer es confesarlo todo aunque nos deporten a España. Estoy convencido de que por malo que sea lo que nos espera allí, nunca será como esto —comentó Fraternidad.

Mi hermana rompió a llorar.

Después de unas dos horas de espera nos hicieron subir a las oficinas para interrogarnos. El encargado de hacerlo fue un tal capitán García, un tipo de rasgos bastante occidentalizados, barba de varios días y uñas largas y sucias. Su falta de higiene, también reflejada en su traje militar llenó de lamparones, denotaba un total abandono personal y producía un aspecto muy desagradable; pero en mi opinión, lo que le hacía todavía más detestable era su socarrona sonrisa consistente en una mueca despectiva que acostumbraba a esbozar sin motivo aparente. Nos recibió con los pies encima de la mesa y con un apestoso puro en la boca. Antes de que nos preguntase nada, Fraternidad empezó a narrarle nuestro caso: el robo del coche policial, el trato que dimos a los guardias civiles y nuestra huida de España, sin hacer mención de su pertenencia a una asociación comunista. El capitán le dejó hablar sin mostrar en su rostro ninguna expresión que nos permitiera desvelar sus sentimientos. Cuando hubo acabado, Fraternidad sonrió de forma estúpida, presa de los nervios, e incluso intentó ser gracioso con una bobada que no recuerdo.

—¿Creen que estoy tomado?

—¿Cómo?

—¿Que si creen que los oficiales del Ejército de Guatemala «chupan guaro»

constantemente?

—Perdone, no entiendo lo que quiere decir.

Fraternidad seguía, con muy poco éxito, llevando el peso de la conversación. Para entonces yo ya sabía que «tomado» era borracho, «chupar» era beber, y «guaro» era aguardiente, pero por cobardía no fui capaz de sustituirle en el mal trance que estaba pasando. García, con un humor cada vez peor, optó por agarrarle de la camisa y gritar:

—¿Van a decirme ahora qué hacen aquí y quién los envió?

—Él le ha dicho la verdad —gimoteó Ricarda.

Tras el comentario de mi hermana, García ostentó su repelente sonrisa. El abuelo permanecía callado y miraba alternativamente a los dos soldados que compartían la sala con nosotros; algo debía andar rondando en su cabeza y yo suspiraba porque no hiciera nada que empeorase aún más las cosas. Oímos un chillido de dolor procedente de alguna otra sala de aquel lugar de torturas. El alarido nos dejó helados y García volvió a sonreír. Alguien lo estaba pasando bastante peor que nosotros.

—Desnúdense.

Ricarda y Fraternidad me miraron y yo asentí para que cumplieran la orden del capitán mientras el abuelo continuaba muy pendiente de los dos soldados.

—¡Apúrense! —gritó García.

Tímidamente Fraternidad, Ricarda y yo nos quitamos las camisas, y entonces mi amuleto llamó la atención del capitán:

—¿Para qué llevas eso en el cuello?

—Para que me traiga suerte.

—Pues por lo que veo funciona —dijo riéndose.

Me pareció que tenía interés por seguir hablando del tema; pero, al ver que el abuelo continuaba sin hacer ningún movimiento, cambió de conversación.

—Vos también viejito —le dijo al tiempo que le lanzaba una patada en la entrepierna, que le hizo caer.

Al verle en el suelo retorcido por el dolor, intenté ayudarle; pero ambos soldados me encañonaron sus armas en cuanto me moví y tuve que volver a mi sitio. Al cabo de poco tiempo el abuelo consiguió incorporarse y, temblándole la barbilla por la furia contenida, empezó a desvestirse.

—Vamos ¿a qué esperan? Fuera todo.

Cuando ya estábamos completamente desnudos, volvió a preguntar:

—¿Qué vinieron a hacer aquí y quién los envió?

—Nadie —dijo Fraternidad.

—No quieren colaborar ¿eh? Les aseguro que van a lamentarlo.

Volvió a su sitio y cogió una porra. Fue mirándonos uno a uno mientras la hacía chocar en su mano. Cuando llegó a la altura de Fraternidad la alzó y le propinó un tremendo golpe en la cara que hizo que rápidamente manase abundante sangre de la ceja izquierda. Después, el muy sádico, ordenó a uno de los soldados que separase a mi hermana y la llevara junto a él. Cuando lo hubo hecho, comenzó a pasar muy lentamente la porra por la cara de Ricarda, sonriendo y gozando del pánico que claramente se reflejaba en el rostro de ella. Con la punta le rozó los ojos, la nariz, los labios, bajó por la barbilla y contorneó los hombros. Después la deslizó por los pechos, entreteniéndose en los pezones antes de seguir una línea recta hasta el ombligo. Tras ello ralentizó la marcha pero no cambió su trayectoria descendente. Justo antes de llegar al pubis, y sin haberlo tocado, cambió la dirección y pasó a ocuparse de los muslos. Se entretuvo bastante con ellos, haciendo recorridos de abajo a arriba y deteniéndose cada vez en un punto más alto. En uno de los ascensos, alcanzó la altura de la entrepierna de Ricarda. Aguardó unos instantes y después empujó. Ella gritó e intentó retirarse, pero no pudo porque el soldado que la había separado de nosotros la sujetaba con fuerza. El maldito capitán García volvió a empujar con mayor saña, y el segundo grito de Ricarda fue más agudo y prolongado que el anterior. Hubo una tercera vez antes de que sacase su porra de donde la había introducido y terminase estampándosela en la cara, como antes había hecho con Fraternidad.

A ella le reventó el pómulo.

—Mañana proseguiremos con el interrogatorio. Hoy ya me estoy aburriendo —dijo y salió de la sala.

Nos permitieron coger nuestra ropa y volvieron a encerrarnos en el mismo calabozo. Estábamos llenos de humillación, mi hermana, por lo que había tenido que padecer directamente, y nosotros, por no haber intentado nada para impedirlo.

Durante la noche ocasionalmente se oían gritos, prueba evidente de que los interrogatorios continuaban.

Cuando apenas había amanecido, notamos cierta actividad en el patio, que cesó súbitamente tras el sonido de unos disparos. Para algunos había terminado el sufrimiento.

A las ocho de la mañana más o menos, un carcelero se acercó a nuestro calabozo y nos dejó algo de comer, lo que nos hizo concebir ciertas esperanzas. Quizás se habían puesto en contacto con España y habían decidido entregarnos. Salvo mi hermana, los demás comimos algo, ya que desde el día anterior no habíamos probado bocado y estábamos hambrientos. Un poco más tarde, vinieron a recogernos los mismos dos soldados que habían estado en el interrogatorio previo. La tensión volvió a aumentar. Nos subieron a la sala y allí estaba de nuevo el repulsivo capitán García.

—Buenos días señores. Anoche nos pusimos en contacto con la policía de su país y parece que la versión de los hechos que me contaron se acerca bastante a la realidad, sin embargo, omitieron un detalle importante y es que son ustedes unos malditos comunistas. Los vamos a mandar de vuelta a España, pero antes hemos de hacer nuestras propias averiguaciones sobre sus actividades en Guatemala. Aquí tenemos mucho cuidado con los comunistas, no queremos que pase como en Cuba. El nuestro es un país libre y no nos gusta que vengan comunistas a estropearlo todo. Los militares guatemaltecos nos dedicamos a salvaguardar el orden y a impedir que elementos subversivos ensucien nuestra patria. Antes de mandarlos de vuelta, los vamos a retener cierto tiempo en Guatemala. En lo sucesivo no van a poder disfrutar de mi compañía porque este destacamento no está en un sitio muy adecuado para alojarlos. Los envío, pues, a otro donde tendrán el cien por ciento de posibilidades de que sean con ustedes tan amables como he sido yo —dijo antes de obsequiarnos su sonrisa.

La realidad era que aquel campamento estaba situado en una zona donde la guerrilla actuaba con cierto éxito y de un momento a otro podía verse atacado.

—Deseo que les vaya muy bien y disfruten de nuestro lindo país.

Nos subieron en un camión distinto al que utilizaron para conducirnos allí. También en él se encontraban otros detenidos, además de algunos exdetenidos que habían dejado de serlo con los disparos que oímos al amanecer. La capota del camión era de lona, y, a diferencia del anterior, en este sí podíamos vernos en penumbra unos y otros. De algunos de los cadáveres aún manaba sangre de los orificios producidos por las balas. Los restantes debían de haber sido asesinados hacía uno o dos días a juzgar por el nauseabundo hedor que empezaban a desprender. Entre los vivos, algunos iban prácticamente muertos. En concreto, uno de ellos se quejaba amargamente del dolor proveniente de los muñones que le habían quedado en las manos después de haberle cortado los dedos. Observando los rostros de los detenidos comprobé que la guerra en Guatemala no era una cuestión racial, tal y como me había explicado Lucía, pues aunque la mayoría de cadáveres y detenidos eran indígenas, también los había ladinos.

Después de más o menos una hora de marcha, el camión se detuvo. Oímos como si se apartasen de él los dos Jeeps que nos daban escolta, y luego sobrevino el silencio. En un primer momento permanecimos sin movernos. Más tarde, y en vista de la inactividad, me acerqué a uno de los laterales y miré al exterior levantando algo la lona. Incomprensiblemente no parecía haber nadie por los alrededores. Nos habían abandonado. Se lo hice saber al abuelo, que repitió mis movimientos y constató que efectivamente se habían ido. Aquello no tenía sentido. Levantamos completamente la lona de la parte trasera y nos cercioramos de que realmente allí no quedaba nadie. Me

aventuré a bajar del camión, no sin cierto miedo. Le di la vuelta completa y por ningún lado vi rastro de los soldados. Incluso el conductor había desaparecido. Nuestra primera intención fue la de aprovechar la ocasión para salir huyendo. Fraternidad bajó del camión y cuando se disponían a hacerlo el abuelo y Ricarda, uno de los heridos nos comentó:

—Si aún tienen alguna esperanza de salir vivos, no lo hagan.

—Pero si no hay nadie —dije.

—¿Por qué creen que se han ido, si no es precisamente para que hagan lo que están pensando?

—No entiendo.

—Es evidente que ustedes no son guatemaltecos. Los militares saben que si los matan descaradamente, tendrán problemas con su país; así pues, pretenden aplicarles la Ley de Fuga.

—¿Qué es eso?

—Fue un viejo invento de Ubico; permitir que un sospechoso tratara de escapar para poder matarlo de forma legal por intento de fuga. Si echan ustedes a correr, irán directos a la muerte.

—¿Qué otra alternativa tenemos?

—Quédense. Si nos mataran acá tendrían que transportar nuestros cadáveres lo suficientemente lejos para que parezca que hemos intentado huir, y eso puede que haga que se lo piensen un poco más. Les repito que de lo que no hay duda es de que si se alejan de este camión, de seguro que los matan.

Al oír aquello me sentí desfallecer, las piernas me temblaban. Me tumbé en el camión prácticamente sin sentido y así permanecí durante un buen rato. Al cabo del tiempo empecé a sentirme algo mejor, pero cada vez que pensaba en nuestra situación volvía a venirme abajo. Ricarda me acariciaba la frente mientras lloraba, y no tengo ni idea de lo que hacían Fraternidad y el abuelo, ya que mi conciencia no daba para más. Desconozco si llegué a perder el conocimiento, lo que sí recuerdo fue el momento en que regresaron los Jeeps. Un par de soldados se asomaron a la parte trasera del camión, echaron un vistazo al interior y con expresión de fastidio volvieron a bajar la lona. Me pareció oír que varios de ellos discutían. Finalmente el camión arrancó y continuamos la marcha.

Me animé pensando que quizás hubiesen decidido no matarnos y devolvernos a España. Necesitaba creer en ello y, cuando conseguí hacerlo, me sentí totalmente recuperado.

Continuamos otra hora dando tumbos sin ninguna novedad destacable hasta que

súbitamente escuchamos una fuerte detonación. El camión frenó en seco. Al oír el ruido de metralletas todos nos tiramos al suelo. Luego se produjo otra explosión y percibimos una gran llamarada a través de la lona. El tipo que nos había aconsejado antes no abandonar el camión gritó: «Ahora sí. Es la guerrilla». Él y Fraternidad subieron rápidamente la lona y, mientras saltábamos, uno de los soldados del Jeep disparó una ráfaga contra nosotros. Noté gente caer, pero a mí no me dieron y huí hacia la parte derecha del camino mientras el resto de soldados disparaban hacia el monte situado en la parte izquierda, que era el lugar de donde provenía el ataque. Tropecé varias veces con matorrales ya que no podía entretenerme en comprobar dónde pisaba; mi objetivo era alejarme de allí lo antes posible. Mi corazón estaba a punto de reventar. Corría y corría, y cada vez oía los disparos más lejos. Creo que hasta después de haberme alejado por lo menos dos kilómetros, no me volví a comprobar qué era lo que realmente estaba ocurriendo. Cuando lo hice, vi que el vehículo en el que veníamos ardía y que uno de los dos Jeeps había desaparecido mientras el otro permanecía volcado delante del camión. Cesaron los disparos. Sentía pánico por acercarme, pero necesitaba saber qué había sido de los míos. Volví sobre mis pasos con miedo de encontrarme con algún soldado. Me dio un vuelco el corazón cuando vi a mi hermana correr hacia abajo y a la derecha de mi posición. No le avisé, lo mejor era que ella siguiese corriendo y se alejara lo máximo posible. La lucha había terminado, pero yo dudaba del resultado de la contienda. La acción de la guerrilla parecía haber sido fulminante, pero bien podía ocurrir que los guerrilleros se hubiesen retirado y aún siguieran soldados allí. Tenía entendido que sus acciones consistían en un ataque rápido seguido de huida, para conseguir desgastar al Ejército con las mínimas bajas posibles. Lo más prudente hubiese sido quedarme oculto o retroceder, pero el hecho de que uno de los dos Jeeps no estuviera me hizo pensar que los soldados lo habrían utilizado para escapar, lo que significaba que la victoria debía haber caído del bando de la guerrilla. Avancé hacia el punto donde había tenido lugar el enfrentamiento y en un arbusto cercano distinguí a una persona agazapada que me miraba en silencio. Gracias a Dios era el abuelo. Cuando estuve lo suficientemente cerca de él para ver con claridad su rostro, no me fue difícil interpretar su claro gesto de desaprobación por mi avance hacia la zona de combate. Me agazapé en otro arbusto con la intención de recabar más información sobre lo que había ocurrido antes de dejarme ver. El silencio reinante apenas era interrumpido por el sonido del fuego de los vehículos y algún que otro sollozo de los heridos. Debieron ser pocos los minutos de inmovilidad en mi nuevo escondite pero a mí me parecieron horas. Después observé que tres indígenas salieron de entre la maleza del lado por el que había venido el ataque. Fueron muy cautelosos en su acercamiento a los vehículos, y, tras

comprobar que los soldados que no habían conseguido huir ya nada podían hacerles, empezaron a conversar. No entendí nada de lo que decían; para mi sorpresa no se expresaban en castellano y hablaban en alguno de los múltiples lenguas mayas, pero lo que estaba claro era que la guerrilla había acabado con nuestros «verdugos».

Por temor a que al vernos los guerrilleros nos disparasen creyendo que éramos soldados, empecé a gritar:

—¡Amigos, somos amigos!

Observé entonces cómo el abuelo me miraba con los ojos desorbitados. El «pobre», un poco duro de oído y corto de vista, no podía distinguir desde su sitio los rasgos indígenas de los rostros y el lenguaje que empleaban para comunicarse entre ellos. Traté de tranquilizarle con un movimiento de mi mano, pero él frunció el ceño en un signo claro de desesperación.

Arriba, alguien en un español muy acentuado nos gritó:

—Vengan con las manos en alto.

Me levanté y fui a su encuentro. A medida que me acercaba empecé a dudar sobre si estaba haciendo lo correcto.

—¿De qué parte está?

—Venía en el camión detenido.

—¿Y cómo podemos saberlo?

Me fijé en cinco cuerpos que yacían tendidos cerca del camión. De ellos, tres permanecían absolutamente inmóviles pero los otros dos parecían estar aún con vida. Entre los muertos se encontraba el indígena que con su sabio consejo nos había salvado la vida, y uno de los heridos era Fraternidad.

Traté de acercarme hasta él, pero mi instintivo movimiento sobresaltó al guerrillero y este me amenazó con su arma.

—Aquel tipo de las barbas venía conmigo —dije.

En ese momento Fraternidad, que pese a su mal estado había escuchado nuestra conversación, se volvió hacia nosotros asintiendo con la cabeza y dando, de ese modo, credibilidad a mis palabras.

Dejaron de apuntarme y fue entonces cuando oí a mi abuelo gritar:

—¡Amigos, somos amigos!

Tras explicarles quién era el abuelo, fui hacia Fraternidad para comprobar cómo estaba. La bala le había alcanzado en un costado y había salido sin que aparentemente hubiese tocado ninguna parte vital. La herida era bastante escandalosa y sería necesario evitar que se le infectara, pero afortunadamente no parecía ser mortal.

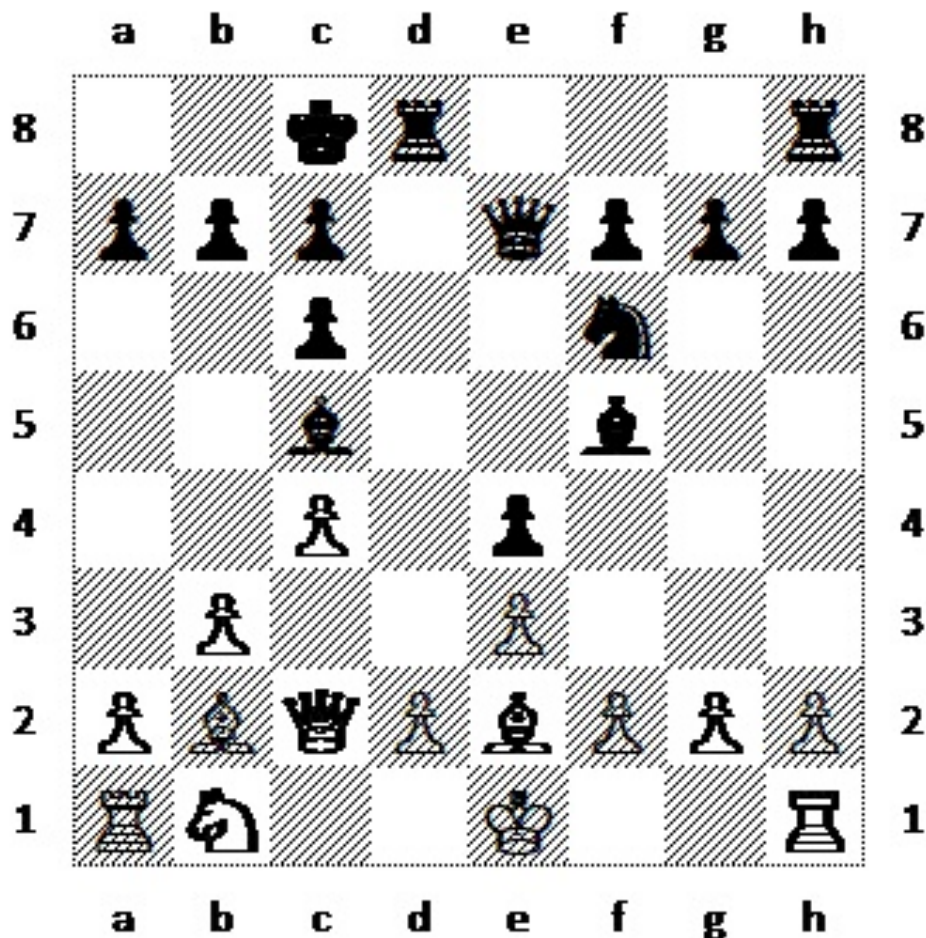
Como había que salir de allí antes de que aparecieran más unidades del Ejército, se

hacía imprescindible encontrar a Ricarda rápidamente. Les comenté mi objetivo y salí corriendo en su busca acompañado de un par de guerrilleros; mientras, el resto comenzó a ascender la montaña cargando con los heridos y los cadáveres.

Nos costó bastante dar con ella. Yo gritaba su nombre con todas mis fuerzas para que supiera que andábamos buscándola y, gracias a esto, fue ella la que vino a nuestro encuentro. En cuanto se unió a nosotros, volvimos sobre nuestros pasos y desde un pequeño claro pudimos divisar que varias unidades del Ejército se dirigían hacia el lugar donde había ocurrido el combate. El Jeep que faltaba había puesto rápidamente en conocimiento de los refuerzos lo que le había sucedido al convoy, y estos ya venían con la intención de iniciar su venganza. Así pues, corrimos tanto como pudimos y en poco tiempo dimos alcance al grupo guerrillero. Después marchamos todos juntos durante media hora más, y comprobamos con alegría que habían dejado de seguirnos; era grande el respeto que los soldados tenían a las fuerzas de la guerrilla, sobre todo en zonas de gran vegetación. A partir de entonces continuamos la ascensión hasta el campamento guerrillero, ya de manera muy tranquila.

X

9. Dc2 O-O-O



Ha preferido el enroque largo al corto. En principio, parecía que su defensa hubiera sido incluso más fuerte de haber realizado el corto, pero al no tener ninguna amenaza ha optado por esta variante más ofensiva.

Por mi parte puede que lo más seguro fuera enrocarme, pero yo también voy a asumir riesgos y, antes del enroque, intensificaré mi presencia en el centro del tablero con mi peón de alfil-rey. Veremos si finalmente se decide por «tomar al paso».

10. f4 ...

El campamento guerrillero era un lugar improvisado consistente en una serie de

tiendas militares, habitáculos contruidos con planchas de chapa apiladas no sin cierta habilidad y alguna que otra vivienda de argamasa. La media de edad del grupo era muy baja. Algunos todavía no habían cumplido los catorce años y ya empuñaban unas armas que parecían enormes comparadas con sus pequeños cuerpos. Aunque la mayoría eran varones, también podía verse alguna que otra mujer.

En nuestra calidad de enemigos del Ejército, de forma inmediata nos ganamos el título de amigos de la guerrilla y fuimos tratados con mucha amabilidad. No nos hicieron demasiadas preguntas, ya que un acontecimiento ocupaba mucho más su atención, y era la preparación de los ritos que tendrían lugar esa misma noche en honor a los caídos. Enseguida me di cuenta que de todas las muertes, la que causaba mayor desolación era la de Juan, el guerrillero al que nosotros debíamos tanto y que precisamente había sido el mando del campamento. El ataque al convoy militar se había realizado precisamente con el objetivo de intentar liberarlo. Pese a lo arriesgado de la operación, sus seguidores se habían decidido a atacar, habida cuenta de que era práctica habitual que a los personajes como Juan, después de extraerles toda la información posible a base de torturas, se les trasladase para darles muerte de forma pública y de la manera más espantosa posible, con el fin de atemorizar a los indígenas que estuvieran pensando en incorporarse a la acción guerrillera. Es decir, que, aunque Juan finalmente había muerto en el intento, su única posibilidad de vivir pasaba por ese ataque.

La lengua que emplearon en los ritos funerarios no fue castellano sino el quiché. Aunque, por supuesto, yo no entendía nada de lo que decían, mi nuevo amigo, Aníbal, el guerrillero que me había acompañado en busca de Ricarda, me lo fue explicando.

Todo el campamento vino a velar a los muertos, tanto a los pertenecientes a esa unidad guerrillera como a los de otras de los alrededores, si bien a estos últimos, no de una forma tan completa y sentida. La ceremonia más llamativa de todas fue la que se le hizo a Juan y estuvo repleta de cosas que me parecieron muy curiosas. La principal fue saber que ese no era el primer funeral que se le hacía, puesto que en vida ya había tenido uno al que él mismo había asistido. Eso, que ciertamente me llamó la atención, al parecer no era algo tan raro, ya que muchos indígenas antes partir a luchar a las montañas y en previsión de que pudieran morir en combate, anticipaban su funeral en su propio pueblo. Estos funerales previos reciben el nombre de «ceremonias de las recomendaciones». En ellas los homenajeados transmiten a los seres queridos las experiencias y lecciones más importantes de sus vidas, para conseguir con ello que su conocimiento sirva a los demás. Juan no tuvo agonía en la que pudiese comunicar al resto lo aprendido en los últimos tiempos, y esto les apenó mucho; aun así contaban con el consuelo de haber celebrado ya ese primer funeral.

La organización básica de la ceremonia consistió en la colocación de candelas y flores junto al cadáver, además de la preparación de una comida bastante aceptable, dadas las circunstancias, y que junto con «el trago», que también formaba parte del rito, hizo las delicias de los comensales. Toda la noche los participantes en la ceremonia se pasaron hablando de la vida del muerto. No lo ensalzaban como habitualmente hacemos nosotros, sino que rememoraban tanto lo bueno como lo malo.

Al alba, los enterraron a todos guardando en cada tumba sus objetos personales y algunos otros a los que habían tenido mucho aprecio, como su machete o su sombrero. Recuerdo que en el momento del entierro se produjo una pequeña discusión porque algunos eran partidarios de introducir la pistola de Juan en el ataúd. Finalmente se salió con la suya la facción que estaba en contra de hacerlo en vista de la escasez de armas que tenían. Otra cosa que me sorprendió fue saber que la caja-ataúd de Juan estaba preparada desde incluso antes de que lo apresaran. Aníbal me comentó que otra costumbre de los indígenas es tener ya hechos sus ataúdes en vida. Por razones prácticas, entre los guerrilleros eso no era muy habitual puesto que cargar con ellos representaba un gran inconveniente para los desplazamientos de la guerrilla, pero el de Juan había sido un caso excepcional por aquello de ser el líder del grupo, y pudo ser enterrado en su caja.

Después del entierro, algunos aún permanecieron charlando junto a las tumbas, pero yo me fui a dormir, pues llevaba cerca de cuarenta y ocho horas sin poder hacerlo y me encontraba agotado.

Cuando desperté, el abuelo ya estaba en pie y fumaba un cigarrillo bajo la sombra de un árbol cercano.

—¿En qué piensas abuelo?

—En nada especial muchacho.

—Vaya historia la nuestra, un poco más y no lo contamos, ¿eh?

—Sí, toda una historia, ¡y yo que pensé que se me habían acabado los tiros!

—Esta no es nuestra guerra.

—Te equivocas, para mí ya sí lo es. Después de lo que has visto, ¿no crees que tenemos el deber de unirnos a ellos?

—¿Y qué vamos a poder hacer nosotros?

—Luchar, podemos hacer tanto como cualquier guerrillero.

—No sé, abuelo, desde luego siento náuseas al ver la injusticia que se está produciendo aquí, pero hemos estado a punto de ser comida para zopilotes. Esto no va con nosotros. Lo mejor que podemos hacer es regresar a España, arreglar nuestros asuntos y, una vez allí, contar nuestra experiencia para colaborar a que el mundo sepa

cuál es la realidad de lo que está ocurriendo en Guatemala.

—Mira, Daniel, estos tíos están matando a diestro y siniestro. Como bien dices, si podemos contarlo es de milagro o, más bien, porque esta gente nos ha salvado la vida. Tres de los que hemos enterrado no iban en el camión, eran guerrilleros que murieron, entre otros, por nosotros cuatro. Esos hijos de puta del Ejército nos maltrataron. Ya viste lo que hicieron a tu hermana. Te aseguro que hasta que no me lleve alguno por delante no descansaré lo mucho o poco que me quede de vida. Esto sí va contigo, forma parte del mundo en el que vivirás. Yo ya he participado en dos guerras y producto de ellas fue el mundo en el que he vivido. A mí poco me queda, pero tú tienes prácticamente la vida por delante y esta dependerá también de lo que ocurra en sitios como este. Es nuestro deber colaborar. Tú puedes hacer lo que te dé la gana, pero yo me quedo porque lo que aquí ocurre me parece mucho más importante que lo que esté pasando en España en este momento.

—Puede que tengas razón, pero entonces, ¿cuándo volveremos, si es que volvemos algún día?

—Eso lo dirá el tiempo.

—¿Has hablado de esto con Fraternidad?

—Todavía no, pero pienso que él también elegirá quedarse.

—Bueno, está bien, yo también me quedaré, pero Ricarda no tiene ninguna cuenta pendiente en España y se irá.

—Eso lo tendrá que decir ella.

Encontré bastante mejorado a Fraternidad. Le comenté lo que habíamos decidido y estuvo de acuerdo tanto en lo de quedarse como en lo de que mi hermana volviera a España.

Cuando planteé nuestro plan a Ricarda, di por sentado que nos quedaríamos los tres y que ella se iría, pero se negó en rotundo. Con lágrimas en los ojos, me recordó lo que había hecho el capitán García durante lo que él había denominado un «interrogatorio». Intenté convencerla, pero Ricarda sentía tanto odio que nada podría haberle hecho cambiar de opinión.

Los guerrilleros estaban desorientados sin su jefe. Se hacía imprescindible nombrar rápidamente un sustituto, y el elegido no fue otro que Aníbal, lo que facilitó aún más nuestra integración en el grupo. Gracias a su amistad pasamos a formar parte de la tropa, no sin que varios pusieran antes algunas objeciones porque mi abuelo les parecía demasiado mayor para la vida que íbamos a llevar. Pero él les enumeró sus experiencias como militar; les contó con pelos y señales lo de la guerra civil y lo de Marruecos, incluyendo, por supuesto, la anécdota de cómo le salvó la vida a Franco. Tras esto

llegaron a la conclusión de que él también podía serles útil.

La primera misión que tuve la compartí con otros dos compañeros, y consistió en hacernos con víveres en un pueblo que no quedaba excesivamente alejado de nuestra posición. Sus habitantes simpatizaban totalmente con la guerrilla; de hecho, los dos que me acompañaron eran de allí y buena parte de la población los conocía.

Debido a la fuerte presencia de la guerrilla en los alrededores, las unidades del Ejército ahí destinadas eran muy asustadizas y sus miembros se convertían en desertores con relativa facilidad; la tropa, en buena medida formada por los propios indígenas que a la fuerza eran arrancados de sus familias para hacerlos soldados, tenía muy poca profesionalidad, lo que facilitaba mucho las cosas en determinadas ocasiones.

La población indígena intentaba evitar que sus congéneres fueran soldados incluso en tiempos de paz, ya que los que iban al Ejército dejaban de pensar como mayas y volvían cambiados, según la opinión generalizada de la comunidad. En tiempos de violencia el rechazo era aún mayor, pues en muchas ocasiones esos soldados indígenas terminaban siendo los verdugos de su propia gente. Por su parte, el gobierno trataba de reclutarlos, prometiendo que quienes se convirtieran en soldados, no volverían a pasar hambre y se les enseñaría cosas útiles para triunfar en la vida, como hablar español o aprender algún oficio. Con esas promesas conseguían que alguno de buen grado se uniera a ellos. Aun así, como no eran suficientes los voluntarios, al resto se les obligaba a la fuerza. Una vez reclutados, el español que aprendían era el que ellos mismos iban asimilando por el contacto con quienes lo hablaban y era muy extraño el caso de que alguno llegara a saber escribirlo. Respecto a lo del oficio, el único que se les enseñaba era el de soldado: lo que ya nunca dejarían de ser. Los soldados indígenas perdían lo poco que tenían, el cariño de su pueblo y su orgullo maya, y pasaban a convertirse en «parias» tanto para los suyos como para el resto de un Ejército que difícilmente llegaría a reconocerlos como soldados iguales a los demás.

Sentí la necesidad de aprovechar la visita al pueblo para llamar a mis padres. Hacía varios días que no recibían noticias de nosotros, y, en vista de las dificultades que tendríamos para comunicar con ellos en el futuro, me pareció importante hacerlo. Manifesté a mis compañeros mi intención de llamar, pero traté de no implicarlos en algo que yo consideraba muy peligroso. Para mi sorpresa se lo tomaron a guasa y, entre risas, me aseguraron que me acompañarían. Insistí en que no se arriesgaran por mi culpa, pero ellos no prestaron atención a mis palabras y continuaron riéndose.

El pueblo solo contaba con un teléfono que estaba en una minúscula oficina de Guatel, la compañía telefónica de Guatemala, uno de los pocos sitios donde se podía ver a algún que otro soldado en ese municipio.

Al llegar a la casa de nuestro contacto, le preguntamos por las provisiones. Tal y como estaba previsto, estas se encontraban ocultas en una *na* (choza) situada en las afueras. Después le comentamos lo de la llamada y, aunque puso cara de extrañeza (lógicamente no estaba acostumbrado a que vinieran al pueblo guerrilleros a hablar por teléfono), no se negó a ello; eso sí, puso la condición de que deberíamos seguirle a distancia con el fin de que él pudiera preparar previamente el terreno. Así pues, antes de atravesar la plaza en la que se hallaba la oficina de Guatel, dejamos que él la recorriese en solitario. Pensé que quizás nuestra actitud era muy cobarde al dejar a su suerte a ese hombre, pero mis dos compañeros parecían muy seguros de lo que hacían. Entró en la oficina y, tras breves instantes, vi que dos soldados salieron lentamente, se alejaron unos treinta metros, depositaron sus fusiles en el suelo y se tumbaron boca abajo. Después de eso, mis dos compañeros y yo iniciamos el camino a la oficina. Durante ese corto recorrido no dejé de mirar a los soldados, por si se movían. Cuando entramos, nuestro contacto salió para vigilarlos. Marqué el número de teléfono de casa y no respondió nadie. Probé en el ministerio y no conseguí localizar ni a Carlos ni a mi padre. Por último, decidí llamar a Rosalina para que les transmitiese ella nuestras noticias, aunque me pesaba abusar otra vez de su confianza. A ella sí la localicé y me informó de que aún no sabía cuándo dejarían Guatemala, ya que todavía estaban esperando a que Lucía se recuperase.

Después, aunque su tono de voz fue muy frío, se comprometió a hacer lo que le pedí.

Al salir comprobé que los dos soldados permanecían en la misma posición. Nos alejamos y, ya a mucha distancia de ellos, me volví y aún seguían igual.

—¿Por qué hicieron eso los soldados?

—Porque nuestro contacto les dijo que la guerrilla venía a hacer una llamada de teléfono.

—¿Pero es que estaban esos soldados compinchados con vosotros?

—No, simplemente les gusta vivir. Este pueblecito nos pertenece y si alguien nos dispara, lo paga con su vida.

—¿Y para qué están entonces?

—Oficialmente tienen que estar aunque no estén.

—¿Y no hace nada el Ejército?

—En otros sitios sí; han masacrado pueblos enteros, mujeres, niños y viejitos incluidos. Es posible que algún día decidan también hacer eso con este, pero trataremos de impedirselo.

—¿Y la gente sabe el peligro que corre?

—Sí, claro, no son estúpidos, pero esta tierrita es su vida. Cuando a uno le quitan

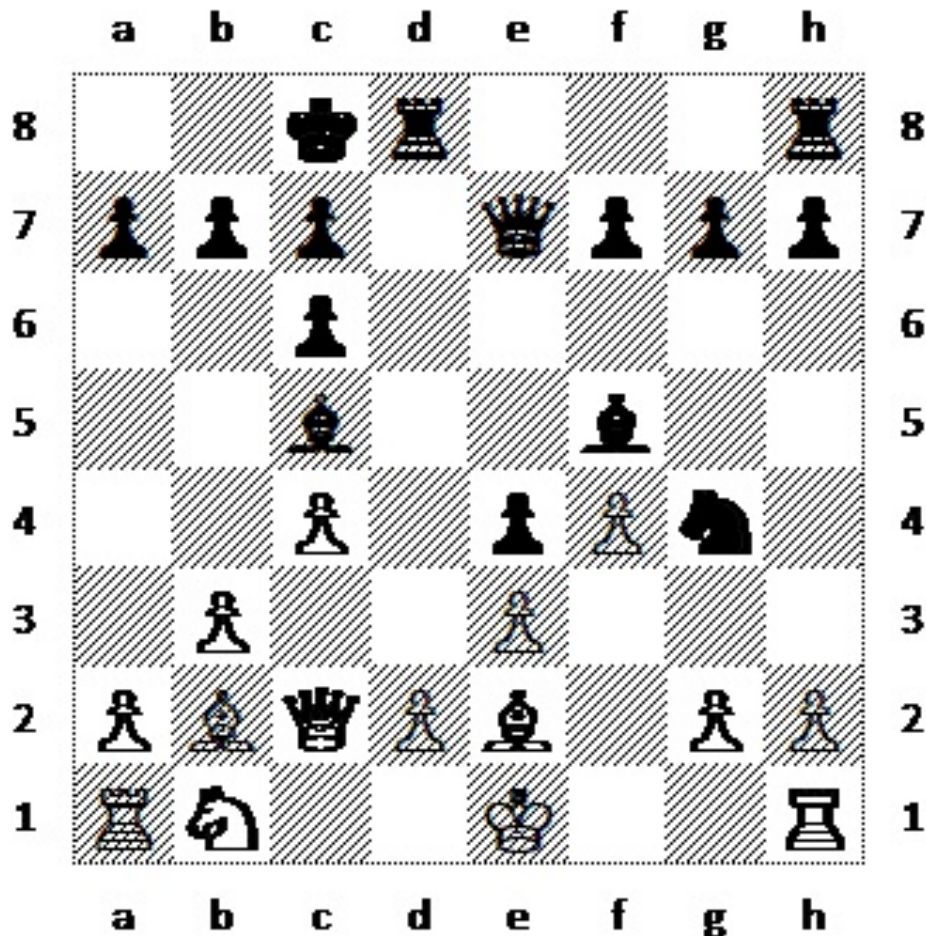
casi todo, no se tiene tanto miedo a morir y merece la pena luchar por lo poco que aún se conserva. Mi papá vive aquí y, como usted sabe, yo me fui con la guerrilla. Mi mamá y mis hermanos están muertos. Hubo un tiempo en que nuestros antepasados mayas cultivaban sus propios campos, pero se los quitaron. Mucho tiempo después, hace unos veinte años, un tal Presidente Arbenz devolvió a algunas de nuestras familias algo de lo que, por miles de años, había sido nuestro. Eso molestó a los terratenientes que habían tenido que ceder parte de lo que poseían, y consiguieron convencer a los gringos de que Arbenz y los indígenas éramos unos peligrosos comunistas. Pocos conocíamos lo que significaba esa palabra, la mayoría de nosotros solo sabíamos de nuestra milpa. Se equivocaron los gringos y, con su ayuda, los terratenientes volvieron a quitarnos las tierras. Después empeoraron las cosas. Yo decidí irme a la montaña, y en represalia por mi partida, mataron a cuantos pudieron de los míos. Asesinaron a mi mamá, a mi mujer, a mi hijito. Mi papá se salvó de puro milagro puesto que el día de la masacre estaba trabajando en la finca de uno de esos caciques. Cualquier día acabarán también con nosotros, pero hasta entonces, antes de vagabundear o de huir, prefiero luchar; se lo debo a los muertos que perdieron la vida porque yo tomé las armas. No sé mucho de política, pero sí sé que mi pueblo pasa hambre y sufre injusticias. No deseo ni comunismo, ni capitalismo, ni nada; lo que quiero es comida para mi pueblo y tierra para trabajar. Eso es lo que deseo y estoy dispuesto a matar para conseguirlo.

¿Cómo era posible que yo, un universitario español, no supiese nada de esto antes de ir a Guatemala? ¿Por qué el mundo cerraba los ojos ante esa injusticia?

Fraternidad mejoraba muy rápidamente, ya podía levantarse y aunque la herida le seguía supurando, parecía que se le iba a cerrar pronto. En el momento que llegué, hablaba con Ricarda. Me resultaba sorprendente el cambio experimentado por mi hermana desde que habíamos salido de España. Lo cierto es que ninguno de nosotros éramos los mismos que antes del viaje. Ricarda, Fraternidad y yo habíamos madurado rápidamente, y el abuelo se diría que había rejuvenecido. La imagen de viejo demente, que de alguna forma tenía hasta entonces de él, había desaparecido.

XI

10. f4 Cg4!



Esto sí que no lo esperaba. Ahora tengo ya la amenaza de un jaque en h4.
Analizaré la jugada:

Si 11. 0-0?, Txd2!; 12. Cxd2, Cxe3; 13. Dc1, Cxf1+; Rxf1, Dh4 y estoy perdido.

Si 11. Axf4, Dh4+; 12. g3, Dxf4. Con lo que: mi retrasado desarrollo, la debilidad de las casillas blancas en el ala del rey, y el dominio de la columna “d” por parte de las negras, me privarían de esperanza alguna.

Me he equivocado en la jugada anterior. Debería haber movido Axf6 y continuar con Cc3 en espera de tiempos mejores. Ya no tiene remedio. Ahora lo mejor que se me ocurre es mover g3 e impedir que coloque su dama en h4.

Los días siguientes transcurrieron de forma tranquila. Fraternidad se recuperó del todo y Aníbal se hizo definitivamente con el control del grupo. El vacío de poder creado tras la muerte de Juan motivó una falta de actividad que la mayoría aprovechó para recuperarse de tanta lucha y yo para recaudar toda la información posible sobre el país. Lo más destacado a nivel político era que el gobierno del tal General Kjell Laugerud había sido producto de unas elecciones fraudulentas ganadas realmente por el general Ríos Montt, candidato del Frente Nacional de Oposición, que reunía al Partido Demócrata Cristiano (PDC), al Frente Unido de la Revolución (FUR) y al Partido Social Democrático (PSD). Esta alianza había vencido a la coalición oficialista formada por el Movimiento de Liberación Nacional (MLN) y el Partido Institucional Democrático (PID), la cual se vio obligada a amañar el resultado para mantener el poder. Hubo manifestaciones populares de protesta contra el fraude cometido que no prosperaron, y el PDC negoció un arreglo político con el régimen antes de aceptar finalmente el resultado.

En lo que a nuestro grupo se refiere, fui informado de que éramos una facción del Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP) que buscaba la lucha por su cuenta por desavenencias entre Juan y la dirección oficial. Aníbal me ponía al corriente de todas estas cosas generales, pero yo intuía que guardaba con recelo informaciones relativas a nuestros planes de acción, pues entonces todavía debía tener algunas dudas sobre nosotros, lo que no era muy extraño debido al poco tiempo transcurrido desde que nos habíamos conocido.

Recuerdo con nitidez aquel 25 de diciembre del 75. ¡Qué Navidades tan diferentes a las que hasta entonces había vivido! El campamento guerrillero no era un sitio especialmente apropiado para celebraciones, pero solicitamos a Aníbal permiso para que durante la hora de la comida, nos liberase de nuestras labores habituales para poder juntarnos a celebrar ese día tan señalado. Él entendió nuestros sentimientos y no se opuso, de modo que pudimos compartir mesa los cuatro; sin embargo, eso no impidió que aquella fuera la más triste comida de Navidad que recuerdo.

Durante la noche, tuvimos que recuperar la guardia perdida y, a eso de las doce, los cuatro fuimos a nuestros diferentes puestos de vigilancia. Habitado a la guardia de día, me encontraba muy cansado a esas horas y la verdad es que no podía resistirme a dar varias cabezadas en mi puesto. Serían como las tres de la madrugada cuando me sobresalté por la presencia de alguien cerca de los matorrales que ocultaban mi posición. No di la voz de alarma al percatarme de que los pasos procedían de nuestro

campamento, y antes de alertar a los demás, creí conveniente comprobar si era uno de los nuestros; por tanto, abandoné mi puesto y fui al encuentro de quien venía. Me agazapé tras un árbol y esperé a que el intruso llegara a mi altura. Cuando por fin lo hizo, di el alto y pedí la contraseña. Con voz entrecortada alguien contestó: «Guatemala grande», que era el santo y seña de aquella noche. Afortunadamente se trataba de un compañero. Le pregunté qué hacía por allí, y él me contestó que andaba mal del vientre y que se había alejado del campamento para hacer sus necesidades.

Tras el breve diálogo, el compañero siguió su camino y yo volví a mi sitio. Me senté en el puesto para continuar con mis labores de vigía, pero algo volvió a ponerme en alerta; un lamento apenas audible que me pareció provenir de la zona donde se suponía debía estar el guerrillero con el que acababa de hablar. Permanecí expectante unos segundos intentando identificar de qué se había tratado. No oí nada más, pero aquel quejido era lo suficientemente claro como para pensar que algo anormal podía estar ocurriendo allí. Se me pasó por la cabeza que el sonido hubiese sido producto del mal estado del estómago del compañero, pero después rechacé esa posibilidad y nuevamente, para no dar una alarma injustificada, quise comprobar por mí mismo lo que estaba ocurriendo. Me sentía algo ridículo pensando que podía tratarse de una paranoia mía e imaginando la vergonzante situación que se podía crear una vez se produjera el encuentro con él, de manera que para evitar esto último, lo llamé en voz baja pero por respuesta solo obtuve el silencio. Tensé los músculos y comencé a sentir miedo. La noche era muy cerrada y eso creaba un ambiente sobrecogedor. Agarré con más fuerza mi fusil y giré la cabeza hacia los lados tratando desesperadamente de encontrarle, pero no vi a nadie. Seguí caminando cada vez más despacio. Lo llamé por segunda vez. Nadie contestó y súbitamente percibí un olor muy desagradable. Continué avanzando hasta que tropecé con algo que me hizo caer, y al hacerlo, un grito de pánico surgió de mi garganta sin que pudiera refrenarlo. Después emití un segundo grito al distinguir lo que me había hecho caer: era el cuerpo sin vida del compañero con un cuchillo clavado en el corazón. El desdichado, al expirar, había evacuado.

Mis gritos hicieron cundir la alarma y en muy poco tiempo acudió en mi ayuda el centinela más cercano, quien al ver la escena disparó al aire para alertar de la presencia de enemigos. Todo el campamento se movilizó en pocos instantes. Me temí lo peor pero afortunadamente no hubo lucha. La explicación que posteriormente dimos a lo sucedido fue que el ejército había detectado nuestra posición y debían estar preparando un ataque sorpresa. Ya habían actuado así en otros lugares; solían hacerlo alrededor de las cuatro de la madrugada, que, al parecer, es la hora en que los vigías suelen estar más agotados. Por casualidad aquel guerrillero debió toparse con su avanzadilla, y sintiéndose

descubiertos, lo mataron. Posteriormente, y gracias a la oscuridad de la noche, no consiguieron encontrarme lo suficientemente rápido como para hacer lo mismo conmigo, y mis gritos hicieron inviable una operación sorpresa.

La noche se saldó, afortunadamente sobre todo para mí, con una sola baja.

La seguridad de que habían descubierto nuestra guarida, nos obligaba a dejar el campamento cuanto antes. El Ejército solía descubrir las posiciones de la guerrilla al cabo de bastante tiempo, pese a los constantes vuelos de reconocimiento de sus aviones, pues las tupidas zonas que escogían los guerrilleros para sus bases dificultaban las tareas de reconocimiento y los aviones se veían forzados a volar muy bajo, lo que hacía que necesitaran muchas más horas de vuelo para cubrir cada zona. Por fortuna los medios del Ejército, aunque inmensamente mayores, también eran limitados, y la guerrilla podía contar con asentamientos razonablemente estables. De hecho en la mayoría de los casos tan solo eran descubiertos cuando el Ejército peinaba el monte con unidades de «a pie», tal y como debió haber sido el caso de aquella noche.

Al alba hubo una asamblea organizada con intención de analizar el futuro inmediato. Sin duda la marcha de allí era obligada, pero antes de ello se consideró conveniente analizar la posibilidad de arrasar el campamento del Ejército en el que habíamos estado detenidos nosotros cuatro. Era grande la tentación porque se tenía confianza en que no representaría una gran amenaza para nuestras fuerzas. Teníamos buena información respecto a las unidades allí destacadas, y no parecían ser las suficientes como para poder vencernos. Por otra parte, resultaría muy importante llevar a cabo esa acción porque, aparte de elevar la moral de la tropa, representaba una magnífica oportunidad de hacernos con más armas y municiones, algo de lo que estábamos muy necesitados, máxime cuando íbamos a tener que emprender de nuevo el camino hacia lo desconocido.

Los más cautelosos argumentaban que si la noche anterior habían intentado atacarnos, eso indicaba que debían haber recibido refuerzos, pero en opinión de los más audaces el hecho de que se hubiesen retirado nada más dar la voz de alarma, inducía a creer que no contaban con las fuerzas suficientes para un enfrentamiento con posibilidades de éxito si nosotros estábamos prevenidos.

Se sometió a votación y ganó la facción partidaria del ataque. Entre los que votaron a favor nos encontramos nosotros y lo hicimos por el odio que sentíamos por el maldito capitán García, al que queríamos hacer pagar lo que nos había hecho.

Nos pusimos en marcha sin contar con un meditado plan de ataque, y dudo si realmente hubiéramos tenido éxito de no ser porque el ejército cometió una gran equivocación, como fue la de creer que, conocedores de que nuestra posición había sido descubierta, huiríamos esa misma noche. Muy temprano García y los suyos se pusieron

rumbo al pueblo con la intención de masacrarlo a placer, pero tuvieron la mala suerte de que los interceptáramos en plena montaña. Nos fue muy fácil divisarlos desde nuestra elevada situación y ubicarnos en las posiciones más ventajosas. Sorprendidos en un lugar donde la huida natural hacia abajo les era imposible, puesto que el paso que habían dejado atrás era lo suficientemente estrecho como para que fuese fácilmente controlable por pocos de nuestros hombres, no les quedó más remedio que seguir hacia delante justo al lugar elegido por nosotros para la lucha. En poco tiempo acabamos con ellos sin que hubiera apenas bajas por nuestra parte. Yo, aunque vacié repetidas veces mi cargador, creo que no di a nadie. El abuelo, sin embargo, se vanagloriaba de haberse «ventilado» a tres, y también Fraternidad aseguraba con orgullo que se había cargado a uno. Yo creo que Ricarda tampoco le dio a nadie, aunque no hablé con ella de eso. Al acabar el combate, la vi buscar al capitán García entre los heridos y los cadáveres. Cuando lo encontró, él ya estaba muerto, pero eso no fue impedimento para que ella lo apuntase con su arma y le disparase un tiro en la cabeza. Después permaneció un rato junto al cadáver sin dejar de observar los recientemente desparramados sesos del capitán.

En vista del siniestro futuro que esperaba a los habitantes del pueblo que tan amablemente nos habían ayudado, Aníbal dio la orden de dirigirnos allí para explicarles su trágica situación e instarlos a que se unieran a nosotros. Me sorprendió comprobar cómo, una vez expuestas las turbias intenciones que tenía el ejército para con ellos, costó convencerlos de que abandonaran sus tierras y nos siguieran. Aun así, terminaron recogiendo sus cosas (realmente no había mucho que cargar debido a la escasez de sus bienes), y se dispusieron a acompañarnos. La nueva composición del grupo haría que nuestra marcha fuera más lenta de lo previsto y nuestra capacidad de respuesta ante un ataque enemigo, lógicamente peor. El plan de Aníbal consistía en intentar ir dejando a la gente inútil para los fines guerrilleros en los distintos pueblos por los que pasáramos, evitando de esa forma que toda aquella población se quedara localizada en un mismo sitio y firmara, de esa manera, tanto su sentencia de muerte como la del pueblo que los hubiera acogido. Propuso, pues, que los individuos que pudieran valerse por sí mismos se alejasen solos y trataran de encontrar otros lugares por su cuenta, y que los demás nos acompañaran hasta que poco a poco fuéramos soltando el lastre que representaban. Por último, invitó a todos los que estuvieran dispuestos a luchar, a unirse a nosotros de forma definitiva reforzando así nuestro potencial de combate.

En un principio la marcha estuvo exenta de incidentes y fuimos cumpliendo con nuestro plan. Para ello contamos con el apoyo de diversas cofradías religiosas que fueron muy sensibles a la desgracia de esa gente. Era habitual que este tipo de asociaciones prestase ayuda a los guerrilleros en casos de esa naturaleza, aunque era

necesario tener el máximo cuidado con quien se establecía el contacto, puesto que existía una especie de cisma en la Iglesia del país con respecto al enfrentamiento entre el Ejército y la guerrilla. Una parte de la comunidad religiosa se había puesto claramente del lado de los guerrilleros colaborando en tareas humanitarias o incluso participando, en algunos casos, en la propia acción militar; pero otra, se había decantado por el régimen. No era fácil distinguir a los pertenecientes a uno u otro bando y hubo ocasiones en las que nos enteramos de que algunos miembros de la Iglesia habían entregado a las autoridades a personas que habíamos dejado a su cargo. A pesar de ello, se puede hablar de una gran ayuda en la mayoría de los casos, pues normalmente les facilitaban cobijo durante los primeros días, lo cual era muy peligroso para los propios religiosos, y luego se encargaban de encontrar la manera de integrarlos dentro de la población indígena local.

El Ejército sabía de nuestro desplazamiento a medida que iba descubriendo algún que otro grupo de realojados. Sin embargo, cuando actuaban ya nosotros nos encontrábamos muy lejos. Para dificultar nuestra búsqueda, cambiábamos de rumbo con frecuencia y tan solo el señuelo de las personas descubiertas, les permitía inferir nuestra dirección. Por eso, era muy importante que, al llegar estas personas a las poblaciones, fueran alojadas secretamente durante varios días, de manera que la distancia a la que estuviéramos hiciese difícil la movilización de una fuerza suficiente para atacarnos. Después de esos primeros días, los religiosos amigos entraban en contacto con los representantes de las comunidades indígenas que estuviesen dispuestos a alojar a los refugiados. Como había varias comunidades alrededor de cada población, resultaba mucho más seguro para nosotros contactar con las instituciones religiosas que con los distintos representantes, pues tales comunidades se encontraban bastante alejadas unas de otras y desplazarse entre ellas hubiera entrañado mucho riesgo. Desconozco el porcentaje de éxito de nuestras gestiones. En general fue elevado, pero hubo fracasos. Uno de ellos fue el de Chichicastenango, y de él precisamente Fraternidad y yo fuimos tristes protagonistas.

Chichi, que así se la conoce a la ciudad, era un antiguo asentamiento cakchiquel llamado Chaviar. Los cakchiqueles movieron su capital a Iximché cuando comenzaron la guerra con los quichés, quienes tenían su capital en Uatlán a veinte kilómetros de Chaviar. Tras la conquista de Uatlán por Alvarado, en 1524, los supervivientes fueron trasladados a este lugar llamado Tzitzicasteango (el lugar de las ortigas) por los aliados mexicanos y Siguan Tinamit (la ciudad rodeada por barrancos) por los quichés.

Fuimos informados de que Chichi era una de las ciudades de Guatemala más conocidas gracias a su famoso mercado. Durante dos días a la semana su plaza y las

calles adyacentes, se llenaban con todo tipo de artesanía, sobre todo telas y máscaras, y otros productos. Efectivamente fue tal la afluencia de visitantes esos días, que Fraternidad y yo no tuvimos ningún problema en efectuar los contactos previstos sin llamar la atención. Desafortunadamente las cosas no salieron bien, el ejército inspeccionó uno de los conventos donde habíamos dejado a algunos refugiados y los soldados mataron, además de a estos, a tres monjitas.

Respecto al tema religioso en Guatemala, aprendí que los *chuchkajues* (sacerdotes indígenas) han fundido los rituales antiguos con los cristianos. Ellos son los mediadores entre los santos (o los ídolos) y los hombres, de forma que canalizan las peticiones individuales de los creyentes, ya sean de ayuda, curación o agradecimiento. Los rituales se celebran en las iglesias o, en algunas ocasiones, ante los ídolos; en este último caso el rito se suele acompañar del sacrificio de una gallina, y se ofrendan velas, flores y alcohol. En una ocasión, tuve la suerte de asistir a una de esas ceremonias que fue ciertamente atípica. En ella participaban dos *chuchkajues* (sacerdotes), uno era bastante experimentado y el otro estaba aprendiendo del maestro para las futuras ceremonias que tendría que officiar. El caso es que luego de las palabras previas al sacrificio, en el momento de echar mano a la gallina, un devoto se precipitó hacia el *chuchkajue* más viejo. Fuimos cinco de los presentes los que nos ocupamos de reducirlo, no sin esfuerzo. Tras ello, el indígena confesó entre sollozos que la gallina era su nahual (el animal con el que se asocia cada indígena al nacer) y que se sentía muy apenado con el sacrificio. Lo dijo con una pasión tal, que he de reconocer que estuve a punto de enternecerme. El *chuchkajue* más viejo, por el contrario, la escuchó dejando entrever un claro gesto de desconfianza. Sin parecer consternado como el resto de los presentes, de pronto, el viejo cortó en seco la conversación alegando que no estaba dispuesto a que cayese una desgracia sobre la comunidad por no haber llevado a buen término la ceremonia, y en un movimiento rápido, sorprendiéndonos a todos, le pegó un tajo al «bicho» con una especie de espada que portaba para el sacrificio. La cabeza de la gallina salió despedida a unos dos metros de distancia y el cuerpo corrió durante unos instantes alocada y patéticamente antes de terminar también cayendo. El pobre indígena estaba desesperado. Recogió el cuerpo de la gallina, que aún se movía de forma compulsiva, y se lo llevó con muestras de gran tristeza. El *chuchkajue* que había cortado el cuello trató de impedirselo, pero fue detenido por quienes lo rodeaban y que estaban sobrecogidos por el drama de ese pobre hombre. Después de un forcejeo, el viejo *chuchkajue* desistió en su empeño pero protestó mientras veía cómo el otro se alejaba con el cadáver de la gallina. El ritual terminó con brevedad y con inequívocos signos de desgana por parte de los religiosos conscientes de que esa noche tendrían que pensar qué otra cosa iban a

cenar.

Continuamos marcha hacia Huehuetenango, ciudad situada a una altura de 1902 metros sobre el nivel del mar, al pie de los imponentes Cuchumatanes. Para entonces, nuestro grupo ya solo estaba compuesto por los elementos combativos y nuestras posibilidades de respuesta y huida eran por fin las adecuadas, sin la carga de población civil que hasta entonces habíamos llevado. El viaje fue muy duro; nos desplazábamos siempre por zonas donde un encuentro con el Ejército fuera altamente improbable. A las dificultades del recorrido se unían los problemas de abastecimiento ya que, aunque los poblados indígenas donde solicitamos ayuda estaban de nuestra parte, a veces esta nos era denegada debido al atroz miedo que tenían al Ejército, puesto que todo el mundo conocía las masacres padecidas por pueblos que habían ayudado a la guerrilla. Pese a ello, siempre hubo algunos individuos que por su cuenta nos dieron una parte de lo que tenían, y con eso, mal que bien, fuimos tirando.

Recuerdo perfectamente el intenso dolor de mis pies, producto de lo poco acostumbrados que estaban a las largas caminatas y del duro calzado de que me habían provisto. Para mi sorpresa, el abuelo y Ricarda no parecían estar demasiado mal; sobre todo él, que diría yo que incluso disfrutaba de lo que hacíamos. Realmente estaba rejuvenecido. A esas alturas de viaje, ya no quedaba nadie del grupo que no hubiese oído hablar de Marruecos, de Franco y de todo lo demás. Ricarda estaba aguantando francamente bien y Fraternidad ya se encontraba totalmente recuperado de su herida. Casi se podía pensar, luego de nuestro pasado reciente, que eran buenos tiempos. Después de cenar, acostumbraba a quedarme hasta tarde charlando con el abuelo. Él se repetía un poco con algunas de sus historias; pero, a pesar de ello, yo disfrutaba volviéndolas a escuchar. Varias tenían mucho que ver con lo que vivíamos en ese momento: marchas por el monte, guardias... Me viene ahora a la memoria una que me llamó poderosamente la atención.

En África, según mi abuelo, un día en que se habían internado en zona enemiga, tuvieron la mala suerte de ser detectados por un nutrido grupo de soldados marroquíes. Las fuerzas con las que contaban los españoles también eran numerosas y el enfrentamiento fue muy duro. Estuvieron batallando durante varias horas sin que ninguno de los dos bandos cediera ante las fuerzas del contrario. Las bajas eran muchas y la igualdad hacía más encarnizado el enfrentamiento. En medio del combate, en plena línea de fuego, aparecieron sobre sus camellos siete viejos nómadas del desierto. Era relativamente habitual ver grupos de nómadas vagando por la zona de un sitio a otro, siguiendo los mismos caminos que habían recorrido sus antepasados durante generaciones. Aquel combate se estaba produciendo en mitad de una de esas rutas. La

lucha no pareció alterarlos, y montados sobre sus camellos, lentamente empezaron a cruzar por el medio de la zona de combate. Los españoles quedaron perplejos ante tan alocada acción, y, sin que nadie diera la orden, se dejó de disparar. A los marroquíes debió ocurrirles algo similar, ya que ellos también dejaron de hacerlo. Durante el tiempo que duró el paso de los siete viejos nómadas, el silencio fue absoluto y los dos bandos guardaron una respetuosa calma, permaneciendo como hipnotizados por el cansino caminar de los camellos y sus amos. Una vez hubieron traspasado la línea de fuego, la calma continuó. Después, espontáneamente se comenzó a atender a los heridos, se abandonaron las posiciones de ataque y, de forma inexplicable, tanto los marroquíes como los españoles se retiraron sin disparar ningún otro tiro.

El dormir al raso era molesto, pero ahora recuerdo con nostalgia el encanto de sentirse tan unido a la naturaleza. En esas noches estrelladas de una temperatura muy agradable, resultaba una delicia escuchar aquellas viejas historias recostado en una piedra y con el ruido de fondo de algún animal nocturno. Hablábamos muy bajo para no interrumpir tanto el sueño de los que descansaban como las labores de vigilancia de los que permanecían de guardia, ya que de noche es tan importante el oído como la vista.

Pese al dramatismo de nuestra situación, yo seguía teniendo una gran curiosidad por los edificios y la historia de los lugares por los que iba pasando, y mis constantes preguntas y mi interés en estos temas hizo que mis compañeros me pusieran como apodo el Guerrillero Turista. De Huehuetenango aprendí que es un núcleo importante de transporte y comercio de la región. Su nombre viene del náhuatl y significa la «Ciudad de los Viejos». Está construida sobre lo que fue uno de los suburbios de la capital del reino Mam en la época previa a la conquista. Durante la colonia fue un pequeño centro regional que ofrecía unos limitados yacimientos de plata.

Como me había especializado en misiones de abastecimiento de comida, fui elegido, junto con otros tres guerrilleros, para hacer una incursión a la ciudad en busca de alimentos. Fueron pocas las cosas que pudimos recoger allí. La fuerte presencia militar hacía de Huehuetenango un sitio muy inseguro para nosotros. Lamentablemente, se había corrido el rumor de lo acontecido en Chichi y la gente tenía bastante reticencia a ayudarnos. A nivel particular, yo estaba seguro de que el Ejército ya disponía de mi descripción detallada, puesto que yo me había encargado de establecer muchos de los contactos anteriores; no obstante, pese al cada vez mayor peligro, convencí a Aníbal para que siguiese confiándome ese tipo de misiones. Mi falta de experiencia en combate me hacía poco útil para la lucha, sin embargo, la habilidad demostrada en temas de logística, me proporcionó un puesto respetado dentro del grupo. Siendo sensible a mis deseos, Aníbal permitió que participase una vez más en una misión de este tipo, aunque solo

como apoyo sin intervención directa, es decir, como simple escolta a cierta distancia de mis compañeros, por si las cosas se ponían mal. Como digo, fue realmente poco lo que allí conseguimos, apenas algo de comida y muy poca ropa de abrigo, lo que era importante porque, pese a que disfrutábamos de buen tiempo, nos dirigíamos a los Cuchumatanes, y allí las noches son muy frías. Dejamos aquella ciudad de gris recuerdo y nos dirigimos a lo que se iba a convertir en nuestra nueva base, situada en una zona boscosa de los alrededores de la población de Todos Santos Cuchumatán.

Los Cuchumatanes, con alturas de 4000 metros sobre el nivel del mar, forman la cadena montañosa no volcánica mayor de Centroamérica. Se extiende desde la plataforma rocosa próxima a la frontera mexicana hasta las inmediaciones de Huehuetenango, y hacia el este atraviesa la región norte del área quiché hasta terminar formando los altiplanos de la Alta Verapaz. La traducción de su nombre es «lo que fue unido por las grandes fuerzas» si se toma en cuenta la combinación de las dos palabras mames: *cucuj* (unir) y *matan* (fuerza superior). Las vías de comunicación que existían eran caminos de tierra que discurrían entre paredes verticales, riscos y barrancos, combinados con fértiles y profundos valles en los que se asentaban pequeñas aldeas.

Los mames son los indígenas de estas tierras, y por no ser una región excesivamente interesante para los conquistadores, la influencia occidental en la vida de estas gentes ha sido más bien escasa, lo que les ha permitido conservar, más que en otras zonas, sus tradiciones y hábitos ancestrales.

La sierra de los Cuchumatanes entonces era una región bastante conflictiva, pues había numerosos grupos guerrilleros diseminados por sus montañas. Entramos en contacto con varios de ellos relativamente rápido, ya que el pueblo de Todos Santos Cuchumatán, sin llegar a estar de forma descarada de parte de la guerrilla, contaba con muchos simpatizantes de esta. Nuestra presencia no fue del todo bien acogida por el resto de grupos debido a la independencia con que Juan antes y, ahora, Aníbal, habían estado actuando. De alguna manera, nos veían como un grupo de independientes que iban a motivar que el Ejército estuviese más alerta en aquella zona. Eso no alteró los planes de Aníbal, quien, aunque decepcionado por el frío recibimiento que le habían brindado sus compañeros de lucha, no estaba dispuesto a seguir vagando por el país y tenía la esperanza de que entre todos los grupos se crease en los Cuchumatanes un lugar tabú para el Ejército.

Así pues, establecimos nuestro campamento y una vez más el primer problema a resolver fue el suministro de comida.

Todos Santos Cuchumatán era un pueblo rodeado por multitud de pequeñas casas y de aldeas que dependían de él para su vida cotidiana. Esa cantidad de gente de los

alrededores representaba un grave problema por la escasa tierra disponible, hasta el punto de que muchos habitantes habían de buscar su sustento bajando a las plantaciones de la costa. De ahí que no fuera una zona donde se pudiera pedir mucha ayuda, pese a eso, su estratégica ubicación nos hizo considerarlo como un objetivo importante para el futuro, y por ello nos establecimos en sus alrededores.

Intentamos abastecernos con el apoyo siempre más fácil de solicitar y recoger que nos ofrecieron algunas viviendas aisladas de las aldeas vecinas, pero esta resultó demasiado escasa para el contingente humano que formábamos. Tampoco pudimos contar con la ayuda del resto de grupos guerrilleros debido a la enemistad que sus líderes tenían con nosotros. Aníbal llegó al convencimiento de que solo una acción espectacular podría sacarnos de nuestra encrucijada y como primer paso de su particular reconquista, planeó atacar de forma inmediata una de las aldeas que estaban en manos del Ejército. El plan era muy arriesgado; la lucha hasta el momento había sido propiamente la de una guerrilla: atacar y huir, en una labor puramente de desgaste; pero su objetivo a partir de ese momento sería la toma de posiciones estables. Él estaba convencido de que al tomar esa primera aldea, entonces sí contaríamos con la ayuda del resto de tropas guerrilleras para poder defender y posteriormente aumentar el territorio. Una vez anexionadas las poblaciones de los alrededores, habría llegado el momento del asalto a Todos Santos Cuchumatán. Entonces estableceríamos contactos con todas las asociaciones sindicales y grupos de agricultores organizados, hasta crear un auténtico ejército de campesinos. El material de combate habría de buscarse en el extranjero. Aníbal daba por supuesto que si teníamos una zona claramente delimitada en nuestro poder, sería fácil recibir grandes cantidades de armamento. Este podría venir de quien fuera: países capitalistas, comunistas, en definitiva, del primero que creyera en nuestra causa. Personalmente la idea de la guerra convencional no me atraía en lo más mínimo. Toda guerra es terrible, y si los planes de Aníbal seguían adelante, la de Guatemala se iba a recrudecer. Hasta entonces mi colaboración con la guerrilla había sido producto de la suma de la venganza inmediata por los abusos del Ejército con nosotros y del sentimiento del deber ante la injusticia que allí se vivía. Aunque ya había participado en combates, fue en ese momento cuando comencé a sentir recelos sobre la conveniencia de seguir allí y contribuir al desarrollo de un tipo de guerra en el que moriría aún mucha más gente. Mi conciencia me decía que la legitimidad de algo se perdía en el instante en que se cimentaba su aplicación sobre la muerte. Transmití estos pensamientos a mis tres compañeros de viaje, pero ninguno fue receptivo a mis inquietudes. Estaban aún llenos de sed de venganza y se encontraban tan identificados con la problemática de los indígenas que no prestaron demasiada atención a lo que les dije.

Aníbal eligió para el primer asalto la aldea denominada Santa Fe, una de las más grandes de la zona y situada a cuatro horas de marcha de Todos Santos Cuchumatán. El ataque se realizaría a pleno día, puesto que en las incursiones previas realizadas para conocer el terreno, comprobamos que el acceso era bastante complicado y se pensó que si lo hacíamos por la noche, correríamos el riesgo de desorientarnos en un terreno que no conocíamos demasiado bien. Se trataría de un ataque rápido y contundente. Los guerrilleros más expertos serían quienes abrirían hueco en las calles para que posteriormente fuéramos asentando posiciones los que teóricamente estábamos menos capacitados. Así pues, aquella mañana del 6 de enero, Día de Reyes, nos dispusimos a atacar Santa Fe.

Avanzamos por el tupido bosque que rodeaba el pueblo de la forma más sigilosa posible. El ataque estaba previsto para la una y media considerando que en ese momento muchos soldados estarían comiendo o descansando. Desde donde terminaba el bosque hasta la entrada de la aldea había unos cien metros de terreno llano y despejado que nos harían perfectamente visibles. Este detalle lo conocíamos previamente, pero no se le había dado la importancia tan vital que tenía, y solo una vez llegamos al final de la arboleda, fuimos conscientes de la peligrosidad que entrañaba una distancia tan larga y de la complejidad de realizar un ataque sorpresa en esas condiciones. Podría ser un mal presagio la falta de cuidado en la elaboración del plan. Aníbal envió algunos guerrilleros a buscar otro posible acceso. Tardaron más de media hora en volver sin que ninguno hubiera encontrado otra vía de entrada. La aldea estaba rodeada por una pared rocosa que hacía inviable otra alternativa. Si queríamos llegar a nuestro objetivo, era imprescindible atravesar esa larga distancia «a pecho descubierto». Desde nuestra posición divisábamos a los cuatro centinelas que custodiaban la única entrada y a los que sería muy difícil sorprender.

Se estableció un diálogo entre Aníbal y el resto de cabecillas sobre la posibilidad de abortar el plan y elegir otra aldea más conveniente para nuestros fines. Aníbal opinaba que un ridículo así nos pondría en una posición muy delicada frente al resto de tropas guerrilleras, cuya confianza en nuestra pericia militar era fundamental para nuestros posteriores planes. Consiguió salirse con la suya y convinimos finalmente atacar de forma inmediata.

Ocho de los nuestros avanzaron a rastras por la llanura con la vana esperanza de no llamar la atención de los centinelas, pero no lo consiguieron; eran bultos oscuros y móviles demasiado llamativos como para pasar desapercibidos, y se empezaron a oír los primeros disparos cuando apenas habían avanzado unos quince metros. A partir de ese instante, todos nos lanzamos a una frenética carrera por alcanzar la entrada. Era una

carrera a ciegas contra la muerte; cualquiera podía ser el elegido para encontrarla. No había vuelta atrás. Era necesario alcanzar la meta, y, por desgracia, estaba ubicada en el lugar de procedencia de los disparos. Noté cómo el compañero que corría a mi lado caía abatido, pero no era momento de socorrer a nadie. Seguíamos adelante sin más protección que la suerte de cada uno, y disparábamos prácticamente sin apuntar mientras que los cuatro centinelas, perfectamente apostados durante todo ese tiempo, nos mataban a placer. Fue una carrera angustiosa e interminable. Cuando apenas nos faltaban alrededor de veinticinco metros para alcanzar su posición, los cuatro soldados salieron huyendo. Eso los hizo vulnerables a nuestros disparos y tres de ellos cayeron nada más comenzada su huida. Traspasada la puerta, seguimos avanzando alocadamente por las calles. Los disparos habían puesto en alerta a las tropas oficiales, que rápidamente tomaron posiciones dentro del pueblo. Al llegar a la plaza, situada más o menos a treinta metros de la entrada, cayeron abatidos de golpe alrededor de una docena de los nuestros, lo que nos hizo retroceder. Nuestro objetivo de ataque sorpresa había fracasado. La defensa del pueblo estaba mejor preparada de lo que habíamos pensado. Fuimos desplegándonos por las calles adyacentes a la plaza. Corrimos de puerta en puerta, de esquina en esquina, bajo los disparos de los francotiradores del Ejército. Continuamos avanzando a costa de tener muchas más bajas que ellos. En ocasiones uno no sabía si seguir a la calle siguiente o volver hacia atrás, ya que los tiros nos venían por todas partes. Mi concentración en el ruido de los disparos y el silbido de las balas era total. Me resultaba imposible divisar a los soldados que, bien escondidos y en una cantidad suficiente, nos estaban acribillando. Los atacantes nos habíamos convertido en las víctimas, en los objetivos móviles de los teóricamente defensores. Nos habíamos dividido tanto que cada uno luchaba únicamente por salvar su vida. No teníamos orden y cada vez teníamos menos esperanza. La situación era pésima incluso para una teórica huida. De hecho, cada uno desconocía si el resto ya se había replegado. Nos hubiesen aniquilado uno a uno de no haber sido por algo con lo que no contábamos: la reacción de los propios habitantes del pueblo, que, de una forma espontánea, nos abrieron las puertas de sus casas para que pudiéramos refugiarnos, a la vez que arrojaban a los francotiradores del Ejército objetos como cuchillos, cuencos, piedras..., de manera que estos se vieron forzados a abandonar las cómodas posiciones donde hasta entonces se habían instalado. Muchos de los que nos ayudaron perdieron su vida, ya que los soldados cambiaron buena parte del destino de sus balas hacia ellos, y eso nos permitió a nosotros contar con el tiempo suficiente para tomar posiciones más ventajosas. A partir de entonces, poco a poco la balanza empezó a inclinarse de nuestro lado y la mayoría de los soldados huyeron hacia su cuartel. Yo sentía cierta euforia al doblar cada esquina y

volver a ver compañeros en posiciones de avance. Comenzamos a agruparnos y a fijar objetivos. El mando se tomaba de forma espontánea. Me uní a un grupo de cuatro guerrilleros con los que no había tenido mucho trato anteriormente. Conseguimos cercar a un soldado que disparaba desde una vivienda; al percatarse de nuestra proximidad intentó escapar, pero cayó abatido por nuestras balas. Entré en la choza para comprobar si había algún otro oculto. Al traspasar el umbral, el contraste de la luminosidad del día con la oscuridad del interior me produjo una momentánea ausencia de visión que me hizo sentir un súbito pánico. Forcé los ojos y me pareció distinguir un bulto que se movía a mi izquierda. Apunté con mi fusil hacia ese lugar y, en el momento en que empezaba a presionar el gatillo, dos pares de implorantes ojos detuvieron lo que estaba a punto de hacer. Era una pareja de niños aterrorizados que estaban agachados contra una de las paredes de aquella infame vivienda.

La toma de la iglesia fue bastante complicada; en su interior se había cobijado un grupo de soldados. Entre nuestros compañeros guerrilleros existía un profundo sentimiento religioso cristiano, de modo que ese edificio sagrado contaba con el respeto de nuestros hombres, lo que dotaba de cierta impunidad a los que allí se refugiaban. Desde fuera disparábamos inútilmente cada vez que nos parecía ver a alguno, bien por la puerta, bien por el tejado, o por una pequeña torre que hacía las veces de campanario, pero nuestro esfuerzo resultaba infructuoso. Para entonces la mayoría de soldados ya se habían recogido en su cuartel, pero antes de atacar este último era imprescindible haber reducido a los atrincherados en la iglesia.

Fue necesaria una arriesgada maniobra de asalto para conseguirlo. Un flanco del edificio quedó despejado de soldados debido a nuestras ráfagas de metralleta, y eso nos permitió apoyar un carro en la pared, lo que nos facilitó alcanzar la altura suficiente como para acceder a la parte más baja del techo del templo. Desde allí y no sin bajas, conseguimos ir haciéndonos con el control del tejado. En el campanario varios soldados nos lo pusieron muy difícil disparándonos desde su elevada posición, hasta que una granada los silenció. Una vez que quienes permanecían en el interior se percataron de que nos habíamos hecho con el control de la plaza y de la parte alta del edificio, se rindieron, y yo mismo pude oír cómo avisaban de que iban a salir con las manos en alto. Para entonces yo también estaba en el tejado, y aunque no había tomado ningún protagonismo en la lucha, me sentí muy orgulloso de haber sido uno de los que estaban en ese momento allá arriba. Los disparos habían cesado. Un soldado con un trapo blanco pendiente de su fusil salió a paso lento de la iglesia. A este le siguieron una docena de ellos que formaban la totalidad de los que se habían refugiado allí. Ya afuera, ocurrió algo que yo nunca habría imaginado: con estupor contemplé cómo pese a la protección

moral de la bandera blanca y de sus brazos en alto, todos fueron abatidos por los disparos de algunos de los nuestros. Hubo momentos de confusión. A la inmensa mayoría de los presentes nos pareció deplorable este acto. No solo había sido una carnicería, sino que, después de aquello, los soldados que aún estaban recluidos en su cuartel y que, pese a la distancia entre ambos edificios, habían sido sin duda testigos oculares de la escena, ahora no saldrían de allí sin luchar hasta el final, seguros de que no existiría clemencia por nuestra parte, lo que significaba aún más muertes y lucha. Aníbal reaccionó violentamente contra los que habían disparado y llegó incluso a golpear a uno de ellos. Las miradas de odio de unos y otros no daban lugar a dudas sobre la profunda grieta que había aparecido en nuestra unión. Al ver los resultados de tan salvaje acto, la pesadumbre que había empezado a sentir por la guerra volvió. No hay ideales que merezcan esos resultados. En toda lucha, por muchas razones que se tengan, siempre acaban el odio y la venganza por aparecer y frente a eso ninguna razón es válida. Al observar a los caídos en la plaza, empecé a pensar en «el enemigo» de otra manera; hasta ese momento para mí era un ente deshumanizado, sin rostro, algo que había que eliminar. Sin embargo, entonces, contemplando aquellos cuerpos sin vida, comprobé que no solo tenían rostro, sino que este era muy parecido al de mis compañeros, la mayoría de ellos también indígenas, víctimas como nosotros de una guerra en la que los verdaderos culpables no eran los que morían. Me sentí abatido y, mientras Aníbal y el resto de mandos discutían sobre cómo habría de llevarse a cabo la toma del cuartel, busqué consuelo en el abuelo, Ricarda y Fraternidad aunque ellos no estaban tan afectados como yo.

—No sé si será verdad, pero se dice que bajo la vista gorda de la República se produjeron unas cincuenta mil muertes injustificadas; ya sabes, lo de los conventos, fusilamientos sin juicios justos y esas cosas, pero creo que por el lado nacional hubo más de cien mil, la razón quedó de nuestro lado.

—Abuelo, cincuenta mil muertos, si es que esa cifra se ajusta a la realidad, son más que suficientes para quitar cualquier tipo de razón a nadie; sobre todo, si fuisteis vosotros, los republicanos, los que empezasteis con esas prácticas.

—Mira chico, ni sé quién empezó, ni los números exactos de asesinatos cometidos por un bando o por el otro, pero desde luego lo que sí que sé es que en toda guerra o estás con unos o estás con los otros.

—Empiezo a desear no estar a favor de ninguno de los dos bandos, ahora los dos me parecen lo mismo.

—No digas gilipolleces, ¿es que no has visto con tus propios ojos lo que hacen con esta gente aquí?

—Sí, abuelo, pero en estos momentos creo que es peor el remedio que la enfermedad.

—Oye chaval, deja de decir tonterías. En pocos sitios la razón está tan clara de una parte como aquí. Resolver este problema de esta forma no es lo ideal, pero es lo que hay, ¿qué le vamos a hacer? A mí también me hubiese gustado ser capaz de echar ocho polvos seguidos, y nunca he podido.

—Mira esas caras, abuelo, podrían ser las de cualquiera de los nuestros. Tiene que ser terrible tener que luchar contra tu propia gente.

—Sí, pero te digo una cosa: prefiero ser yo quien las vea ahora ahí sin vida, a que fueran ellas las que mirasen mi cadáver. Por supuesto que siento pena por ellos, pero ya está hecho. Ya se encargará Aníbal de que no vuelvan a ocurrir cosas parecidas. Ahora lo que hay que ver es cómo tomamos el cuartel, porque con todo este lío esos no salen de ahí hasta que los saquemos con los pies por delante.

—Abuelo, esos que están ahí tirados en el suelo también son de los nuestros. Nos estamos matando nosotros mismos.

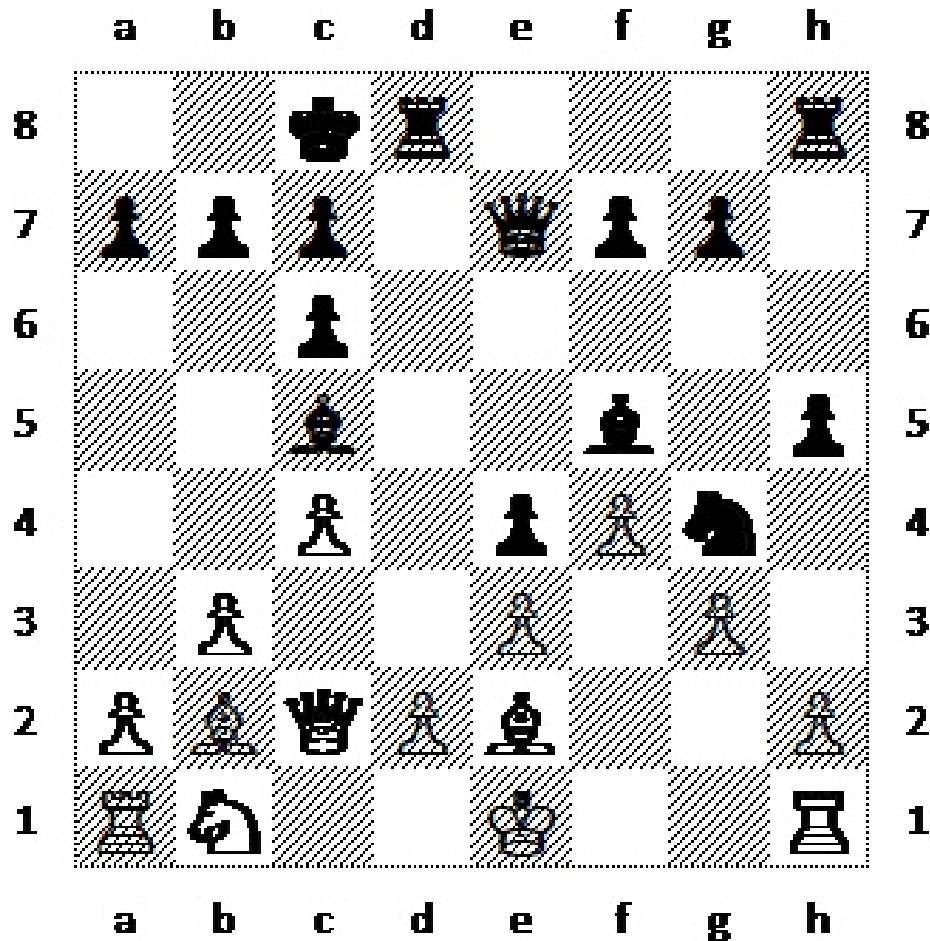
—¡Joder!...

Dio media vuelta y se alejó. Aunque su condición de militar no le permitiera reconocerlo, él por su experiencia sabía mejor que yo que en las guerras los soldados de cualquier bando suelen tener más cosas en común con los soldados enemigos que con sus jefes, lo cual las hace completamente absurdas. Una vez alguien me dijo que las guerras pueden retrasar o acelerar el devenir, pero que no lo rigen. De ser eso cierto, todavía tendrían menos sentido.

Como era de esperar, de nada sirvieron nuestras palabras para que los refugiados en el cuartel se entregaran sin luchar. La toma fue brutalmente sencilla. Ante la negativa de los soldados a rendirse, no se tuvieron los mismos miramientos que con la iglesia, y el edificio fue castigado a fuerza de granadas hasta que la estructura terminó viniéndose abajo, de modo que los pocos que aún debían seguir vivos, quedaron sepultados entre los escombros. No hubo ningún superviviente..., bueno, esto no es del todo exacto; al empezar el asedio al cuartel hubo un perro que salió corriendo de allí y nadie disparó contra él.

XII

11. g3 h5



Por su movimiento, entiendo que le agrada la posibilidad de cambiar su caballo por mi alfil, pero que no quiere recuperar esa pieza con su alfil blanco sino con el nuevo peón desplazado. Si esas son sus intenciones, no pienso darle el gusto; avanzaré mi peón de torre para forzarle a retirar ese caballo.

12. h3 ...

Enterramos los cadáveres y se los veló al modo indígena, pero con una ceremonia bastante gris ya que todos estábamos demasiado cansados para homenajes. Aníbal sostuvo una larga conversación con Pablo, que era el cabecilla del grupo que había

dictado la pena de muerte a los rendidos de la iglesia. Parecieron limar asperezas, al igual que yo con el abuelo después de nuestra breve discusión. Quizás los que mejor debieron pasarlo fueron Fraternidad y Ricarda, que desaparecieron a una hora bastante temprana de la noche y no volvieron hasta casi el amanecer. Recuerdo que traían el cabello lo suficientemente alborotado como para pensar que no solo debían haber estado durmiendo, tal y como ellos dijeron. La excusa pienso que no se debió tanto a un ataque súbito de puritanismo como a lo que debían considerar una falta de respeto a los muertos. En mi opinión sobraban las explicaciones, no creo que a los caídos les importase ya nada de lo que hiciéramos; además, el hecho de que alguien tuviese ganas de hacer el amor daba un cierto toque de humanidad a una noche tan inhumana.

El mucho tiempo transcurrido sin dormir y la tensión vivida, hicieron que mi cuerpo estuviese exhausto. La cabeza me dolía y me parecía sentir los latidos de mi corazón más fuertes que nunca, como si fuera lo único de mi cuerpo que funcionase con normalidad y de forma independiente del resto. Por fortuna, a eso de las doce del mediodía conseguí dormirme sobre el suelo, bajo la sombra de un árbol.

Me desperté en mitad de una copiosa lluvia y con un hambre voraz que calmé parcialmente con un atracón de tortillas de maíz y frijoles. Fui informado de que se había convocado una reunión para determinar qué íbamos a hacer ante la previsible respuesta del Ejército. En la reunión discutimos sobre si debíamos defender la aldea o volver al monte para estar más seguros. Regresar a la montaña significaba dar un paso atrás en nuestro plan de tratar de establecer una guerra convencional; pero, por otra parte, permanecer allí iba a ser muy comprometido puesto que nuestras fuerzas habían quedado más castigadas de lo previsto. Aníbal propuso seguir adelante con su idea de establecer contacto con las fuerzas guerrilleras de los alrededores, y aunque entre nosotros mismos parecía empezar a haber problemas de desunión y no estaba nada claro que fuéramos a contar con apoyo exterior, consiguió imponer su criterio y finalmente se determinó enviar emisarios para que transmitiesen nuestro mensaje al resto de guerrilleros de la zona. Para ello se organizaron cinco grupos de diez personas cada uno y de los que ninguno de nosotros cuatro formamos parte.

El primero de los grupos tardó dos días en volver. Habían conseguido comunicarse, pero la respuesta a nuestra demanda había sido «no», al parecer, por temor a ser aniquilados todos debido a una acción que juzgaban como descabellada. Al día siguiente aparecieron otros dos grupos con respuestas idénticas. Pasó otra jornada sin que volviese ninguno más. Tras una semana de espera, y cuando ya nos teníamos lo peor, llegó a la aldea uno de nuestros compañeros con la información de que su grupo había sufrido una emboscada de la que solo él había quedado con vida. Malherido como

estaba, decidió cambiar de rumbo y dirigirse con destino al contingente con el que tenían que contactar Pablo y los suyos. Consiguió encontrarlos y comprobó que ellos, lejos de buscar ayuda, se habían unido a los otros guerrilleros sin intención alguna de volver con nosotros. Aquello significaba que solo contaríamos con nuestro escaso potencial de combate para efectuar la defensa de la aldea, y volvió a abrirse el debate sobre qué hacer. Quedarse era casi un suicidio, y huir, al margen de abandonar nuestro plan, significaba dejar a su suerte a toda la población de esa aldea, a no ser que repitiésemos un peregrinaje parecido al que nos había llevado hasta allí. Rechazamos esta última posibilidad recordando lo lamentable de la experiencia, y fue una lástima, porque era la mejor de las alternativas.

Decidimos, pues, quedarnos e intentar organizar la defensa de la aldea, con la esperanza de que quizás si conseguíamos resistir, el resto de guerrilleros creerían por fin en nuestra causa. La reacción de los disconformes con la decisión no se hizo esperar, y esa misma noche tuvimos cerca de doce desertiones. Al menos, a partir de entonces, supimos con lo que realmente íbamos a contar.

En vista de cómo se había desarrollado la toma del pueblo, quedó claro que nuestra única posibilidad era hacernos fuertes en la entrada y no permitir que el enemigo traspasase esa interminable explanada. Todos éramos conscientes de que no habría ninguna esperanza en caso de que nos derrotaran; las tropas gubernamentales no eran conocidas por su clemencia; pero si esta había sido escasa a lo largo de la guerra, con nosotros sería inexistente. Por tanto, la consigna era resistir o morir.

En uno de aquellos días de tensa espera, me ocurrió algo terrible. Hacía mucho tiempo que habían dejado de molestarme los numerosos mosquitos que incluso en esa zona de Guatemala eran tan abundantes, (uno llega a dejar de prestar atención a que se le posan, y solo cuando lo hacen en los ojos o en la boca, resultan lo suficientemente molestos como para tomarse el trabajo de espantarlos). Debido al calor me quité la camisa dejando al descubierto aquel amuleto que tan extraña suerte me había traído, y caminando hacia mi puesto de guardia descubrí que dicho amuleto llamó la atención de un viejo indígena quien al cruzarse conmigo, de forma brusca se dio la vuelta y se quedó observándolo. Al ver el interés que ponía en él, y no pareciéndome muy elegante contarle la forma en que me había hecho con la talla, le dije que me lo había regalado un paisano suyo en España. Cuando oyó mis palabras, el viejo lacónicamente dijo:

—Eso no es cierto.

No supe salir muy airoso de la situación y le pregunté por qué decía aquello. A eso ya no respondió y, en vista de sus pocas ganas de hablar, me alejé sin decir nada más. Cuando avanzaba, tuve la suerte de ver el reflejo de su sombra y gracias a ello pude

percatarme de cómo alzaba su cuchillo tras de mí. A pesar de reaccionar rápidamente, no conseguí evitar que la hoja me rozase el hombro. Rodé por el suelo y traté de levantarme, pero empleé más tiempo del debido y noté que el cuchillo desgarraba parte de mis pantalones y me producía otro corte. Reculé a la vez que retiraba el seguro de mi fusil y, a la tercera tentativa de asesinarme, le disparé al pecho y el indígena cayó fulminado.

Por aquel entonces yo era un guerrillero que ya había participado en varios combates, pero ninguno de mis disparos habían matado a nadie. Ese día una de mis balas acabó con la vida de un hombre, y ni siquiera fue un enemigo, sino un pobre viejo.

Intenté reanimarle pero fue totalmente inútil; el disparo había ido directo a su corazón. De haber sido un soldado experimentado no lo hubiera hecho mejor, con un solo tiro me lo había cargado. Solo cuando me hube cerciorado de la inutilidad de lo que hacía, observé que en el cuello él llevaba otra talla de madera de igual tamaño que la mía, con el mismo contorno exterior y los mismos motivos en su parte inferior, aunque con distintos grabados internos. La de ese pobre viejo, en vez de la estrella de cuatro puntas y los cuatro círculos, tenía tan solo dos formas elipsoidales a modo de granos de trigo o algo así. Llegué a la conclusión de que su reacción estaba relacionada con esas tallas, y sentí súbitamente la necesidad de resolver ese misterio. Le quité la suya y la guardé.

Conté a Aníbal cómo había sido el incidente, ocultando en un principio los detalles sobre los amuletos. Después, puesto que no me pareció que él se creyese que un viejo chiflado hubiera intentado matarme «por las buenas», pasé a relatarle toda la verdad, desde la forma en que me había hecho con mi talla, hasta la manera en que había reaccionado el viejo al verla. Él se mostró muy interesado y me pidió que se las enseñara.

—*Lamat y Chicchan*.

—¿Qué significa eso? —pregunté aunque conocía que mi amuleto era la representación de un día en madera como ya me había explicado Rosalina.

—*Lamat y Chicchan* son los nombres de dos de los veinte días con los que se forma el círculo sagrado del calendario maya.

—¿Pero cómo alguien puede estar dispuesto a matar o a morir por unas tallas de madera en que se registran dos nombres de días?

—Esas tallitas representan mucho más. En el departamento de El Petén existió un reino denominado Ixchicaj que entró en guerra y prácticamente fue aniquilado antes de la llegada de los españoles. Los únicos veinte supervivientes del exterminio acordaron separarse y repartirse veinte tallas de madera que representaban los correspondientes

días del círculo sagrado. Su intención era que las tallas les sirvieran a ellos o a sus descendientes para identificarse como miembros del clan en el futuro, pues tenían la ilusión de poder llegar a unirse y volver a fundar su reino. Cada una de esos objetos sería la prueba de su origen, y solo aquellos que tuvieran la correspondiente talla compartirían los secretos de su cultura. Pese a su derrota final, los ixchicaj habían sido uno de los pueblos más avanzados de la antigüedad maya, y se cuenta que entre sus secretos estaba el de poseer el absoluto control de la mente sobre el cuerpo.

—¿A qué te refieres con eso?

—Pues, según se dice, eran capaces de controlar el dolor; algunos acá aseguran que por terrible que fuera su muerte, la padecían en absoluto silencio. En fin, debe haber mucha leyenda mezclada con la verdad. Entre esas leyendas está la de que también poseían un formidable tesoro que sus invasores no encontraron, y, lo que es más importante, que nadie hasta la fecha ha descubierto. Personalmente creo que nunca existió tal tesoro, porque después de tantos años es muy raro que no haya habido alguien sido capaz de encontrarlo. Lo cierto es que eso de lo del tesoro solo les trajo aún más desgracias, pues esos veinte últimos ixchicaj fueron perseguidos el resto de sus vidas con objeto de que revelaran dónde lo habían escondido. Algunos se atreven incluso a asegurar que ese tesoro tiene un altísimo valor tanto económico como cultural, ya que al parecer los ixchicaj poseían un extenso número de códices donde habían anotado todo el conocimiento que poseían. Ya sabés que ustedes los españoles se encargaron de prender fuego a los códices mayas por considerarlos perjudiciales para su plan de catolizarnos, de manera que en cuanto se tenía conocimiento de la existencia de alguno, se organizaba el fuego correspondiente. En el siglo XVI, un fraile franciscano llamado Diego de Landa se convirtió en Provincial de la Orden y en él recayó la dirección de los asuntos eclesiásticos de nuestra tierra. Este hombre, pues, dominado de fervores inquisitoriales, llevó una política de castigos tan terrible que incluso contravino las instrucciones del pontífice Pablo III. Entre sus actuaciones más conocidas destaca el acto de fe que celebró en Maní, donde en un solo día quemó varios miles de «ídolos», es decir, códices sobre los que escribas mayas habían registrado innumerables tradiciones. Desaparecieron en ese fuego un sinnúmero de documentos en los que los mayas habían anotado su saber. Después de aquello Landa fue enviado de vuelta a España para juzgarlo por sus excesos. Estuvo once años allá y su caso fue revisado por una comisión de sabios y teólogos que terminaron exonerándolo, de forma que cuando el escándalo amainó, pudo volver al Yucatán, esta vez como obispo. Durante el tiempo que duró el proceso, tuvo ocasión de preparar, como parte de su defensa y puede que por propio arrepentimiento, un documento denominado *Relación de las cosas del Yucatán* basado

en sus observaciones y en testimonios de diversos informantes mayas. Hoy en día ese escrito representa una de las principales fuentes de conocimiento sobre nuestra cultura, e irónicamente todos los interesados en temas mayas están obligados a estudiar como fuente fundamental de información el texto escrito por una de las personas que más daño hicieron a esa cultura. Ese documento, junto con apenas creo que cuatro códices que se salvaron de las hogueras, además de las inscripciones de los monumentos, son los hilos de información fundamentales que nos unen con nuestro pasado. ¿Podés imaginar que después de toda la historia de Europa, lo único escrito que quedara fuesen las inscripciones de las catedrales, cuatro libros y un resumen de impresiones de uno de los individuos que más colaboró en su destrucción?

—Pero vosotros sois sus descendientes, conserváis esa cultura.

—Eso no es verdad. Con el paso de los años la gente olvidó su forma de escribir, sus conocimientos, hasta el punto que incluso muchos de los mayas actuales creen que son obra de los dioses las colosales ciudades hechas por sus antecesores. A decir verdad no todo esto fue culpa de los españoles, pues cuando ustedes llegaron acá las ciudades ya habían sido abandonadas; de hecho, el declive de la cultura maya se inició varios siglos antes. Sin embargo, de lo que sí que son culpables, es de no haber preservado todos esos lazos que todavía nos unían con nuestro pasado, como era el caso de los códices que quemaron. En esa época todavía existían indígenas capaces de interpretarlos, como uno al que el mismo Landa interrogó para aprender algo de la olvidada escritura.

—¿Cómo es que sabes tanto de todo esto? —la pregunta era algo improcedente, pero sirvió para relajar la charla. Al oírla, Aníbal sonrió.

—Imagino que vestido de esta forma y yendo por ahí pegando tiros, no parezco un estudioso, pero hubo un tiempo en que lo fui. En mi época de estudiante sentí auténtico interés por la historia de mi pueblo. Creo que conocer su glorioso pasado y compararlo con su injusta situación actual es lo que me llevó a hacer lo que hago.

Aníbal, además de guerrillero, era un hombre culto e inteligente y quién sabe si algún día llegaría a ser el Presidente de la Guatemala justa...—Tampoco ahorita vos tenés pinta de abogado, ¿verdad?

—No, supongo que no —dije antes de echarme a reír.

—La leyenda dice que junto al tesoro de los ixchicaj, están esos códices que resumen los conocimientos que adquirieron hasta entonces. De ahí que por preciosos que sean los objetos que se encuentren, se estima que esos códices pueden serlo aún más. Volviendo al asunto de las tallas, de las veinte originales, dieciocho fueron encontradas de forma casual por un agricultor cuando excavaba un pozo para el abastecimiento de

agua. Junto a las tallas había algunos útiles más, y todo lleva a pensar que sus dueños originales volvieron a unirse años después para refundar su pueblo, pero alguna otra tragedia debió ocurrirles porque no se tiene ningún indicio de su desarrollo. La zona del hallazgo fue laboriosamente excavada y no se encontró nada más de interés. La muerte de esos ixchicaj y el ocultamiento de su secreto, creo que son la razón en la que se basa la leyenda de que podían soportar el dolor y todo eso. Respecto a las dos tallas de madera que no se encontraron, ha habido explicaciones para todos los gustos. La mayoría piensa que los dos miembros que faltaban debían haber muerto con anterioridad a la formación del nuevo pueblo, y puede que ese sea el motivo por el que esas tallas siguieron un camino independiente. Existe una leyenda negra en torno a ese tesoro, que viene a decir que por su culpa se han cometido muchos crímenes durante estos cientos de años. El conocimiento de su localización es clave, y muchos fueron los que trataron de hacer negocio vendiendo informaciones falsas que acabaron costándoles la vida. Como te digo, yo nunca he creído en nada de esto, pero la reacción de ese viejito me lleva a pensar que tu talla y la de él pudieran ser las auténticas ..., en fin, quizás él fuera el único que conociera toda la verdad.

—¡Dios! ¿Qué es lo que he hecho? —dije lleno de desesperación.

—Salvar el pellejo; por eso no se le puede culpar a nadie. En cualquier caso, hay algo positivo dentro de esta tragedia, y es que al menos ahora sabemos que aún existe alguien que tiene la información, que probablemente sigue en España, y que, aunque haya perdido el control de su símbolo, puede que sepa dónde se encuentra el tesoro.

—Estoy avergonzado. Quédate tú con las tallas; eres mucho más digno de conservarlas que yo. Ojalá nunca me hubiese encaprichado de esa maldita talla. Me siento como un ladrón, aunque te juro que si no la dejé en la tienda, no fue por otra cosa que porque la juzgué como algo sin valor.

Aníbal pareció dudar, pero finalmente dijo:

—Guardála vos la vuestra. De todos los que andamos metidos en este lío de guerra, yo soy el que tiene menos posibilidades de salir con vida. Puede que vos sí lo hagás, y podrás hacerla llegar a quien corresponda. Quédala, pues, vos y por nada del mundo digas a nadie que la tenés. La otra intentaré hacérsela llegar a algún familiar del viejito, al menos así sus familiares tendrán la posibilidad de vivir bien si son capaces de venderla a buen precio.

La muerte del viejo me había dejado bastante deprimido, pero enterarme del motivo me hundió aún más. En un principio pensé en compartir esta información con el abuelo, pero después rechacé esta posibilidad; ya había cometido demasiadas equivocaciones y Aníbal me acababa de advertir que no desvelase a nadie lo de la talla. No obstante, en

vista de la necesidad de consuelo que sentía, me fui a conversar con el abuelo sobre mi tristeza por la muerte de aquel hombre, pero sin entrar en detalles sobre el motivo que había tenido para atacarme.

—No te preocupes muchacho, ese viejo loco iba a por ti e hiciste lo que tenías que hacer o, lo que es lo mismo, lo único que podías hacer. Él se lo buscó. Lamento que no te hayas cargado antes a un soldado, eso te haría ahora sentirte algo mejor. La primera vez que te cargas a alguien es duro, pero la segunda ya no lo es tanto. Si el viejo chiflado hubiese sido un asesino reconocido, estoy seguro de que casi te sentirías feliz de haber librado al mundo de algo de escoria, pero qué se le va a hacer, te cargaste a un viejo chiflado y eso no es algo de lo que puede uno sentirse muy orgulloso. No pudiste elegir, lo fundamental es que salvaste la vida, no pienses más en ello, él se lo buscó. El primer tío que maté en África fue un joven moro de no más de diecisiete años. Entonces también me sentí muy mal, pero gracias a eso ahora puedo contarlo.

—Hablas de estas cosas con una tranquilidad que causa escalofríos. Acabar con la vida de un ser humano es terrible, y aunque haya razones que me asistan, nada puede aplacar mi sentimiento de culpabilidad.

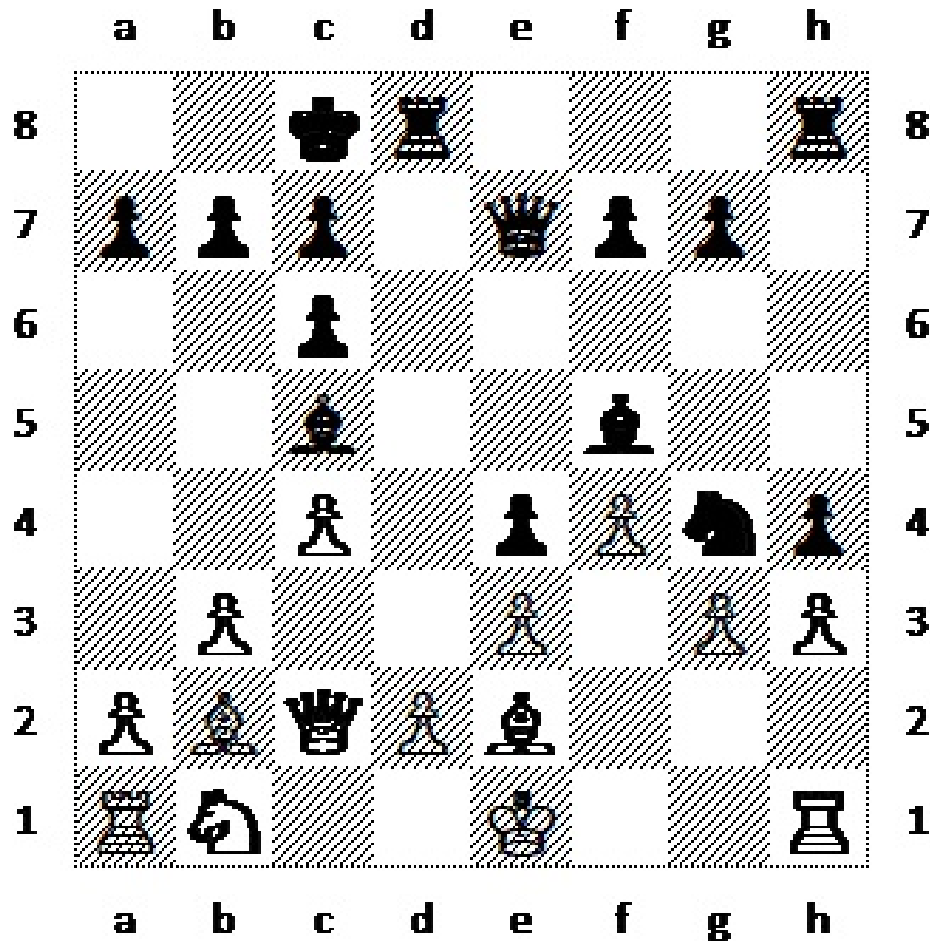
—Daniel, nadie mejor que tú sabe en estos momentos la gravedad de lo ocurrido. He tratado de ayudarte quitando importancia a algo que desde luego la tiene.

—Lo siento, Abuelo. Gracias por tu apoyo.

Lo había tratado injustamente y había tenido que terminar disculpándome, pero me sentía mejor después de nuestra breve charla. Conseguí conciliar el sueño pero una pesadilla me despertó. Yo estaba de pie, atado a un poste, y el viejo al que había dado muerte se me acercaba con una lanza en cuya punta ardía incandescente mi amuleto. Justo antes de que me lo clavara en el pecho, me desperté presa de la angustia.

XIII

12. h3 h4!



Ahora sí que no entiendo nada; me ofrece tomar el caballo gratis. Me resisto a pensar que se trate de un error. Es posible que la invitación a que tome la pieza sea el billete a un callejón sin salida, pero por más que miro no encuentro ese callejón. Si tomo, mi defensa queda en muy mal estado; sin embargo, con mover mi caballo, me será luego posible efectuar el enroque largo y conseguir organizarla. Imagino que su objetivo es no dejarme hacerlo, pero no veo cómo podría impedirlo. Si se decide después por tomar mi peón g3 (no puedo g4xf5 por Txh1+), yo podría retirar mi torre amenazada a una posición más segura. Por mi parte, no encuentro ninguna otra jugada alternativa que sea lo suficientemente buena como para que pueda compararse a la toma de ese caballo. Dudo, es demasiado fácil para que no haya nada detrás, no suele cometer errores y

menos aún uno como este, de todas formas, voy a por ese caballo y después intentaré soportar lo que venga.

13. hxg4 ...

Por la mañana, y al igual que en días pasados, divisamos varias unidades del Ejército observándonos desde la montaña. Hasta aquel momento se habían limitado a estudiarnos, pero aquel fatídico día su misión iba a consistir pura y llanamente en intentar borrarlos del mapa.

El ejército llegó a la conclusión de que una lucha cuerpo a cuerpo les iba a resultar muy dura, y optaron por una solución más sencilla y sin duda más eficaz como era la de asolar la aldea con bombas lanzadas desde sus aviones, sin importarles en lo más mínimo la vida de cuantos estábamos allí, guerrilleros y no guerrilleros. Su plan era devastar el pueblo «sin despeinarse» y conseguir con ello un escarmiento ejemplar que sirviera de advertencia para el resto de la guerrilla y para cualquier otra población que se planteara ayudarla. El primer edificio en reventar fue la escuela, y allí tuvimos muchas bajas ya que ingenuamente habíamos considerado que sería un sitio interesante para reforzar a base de concentrar gente, esperando que su forma de tratar de tomar el pueblo fuera parecida a la que habíamos efectuado nosotros. Estúpidamente a ninguno se nos ocurrió pensar que, puesto que lo nuestro se había convertido en el símbolo que buscaba Aníbal para su futura guerra, el Ejército emplearía todo su potencial para aniquilarnos, echándonos encima cuantas bombas fueran necesarias hasta que nada en la aldea quedase en pie. Ni nuestra disposición dentro del pueblo, ni nuestro reforzamiento de la entrada efectuado con la intención de sacar partido a aquella explanada que tantas bajas nos había causado, iban a servir para nada; tanto los guerrilleros como los aldeanos seríamos a enterrados sin la menor oportunidad. La visión del templo hecho escombros nada más empezar, me hizo comprender inmediatamente que sus intenciones eran esas y que, lejos de cualquier posibilidad de victoria por nuestra parte, salvar la vida iba a ser el único objetivo. Bombardearon el poblado a discreción. En pocos minutos, desde la más pequeña hasta la más grande de las edificaciones habían recibido los impactos de los proyectiles. Recuerdo con total nitidez el inconfundible silbido de las bombas al caer y luego la infernal detonación. Durante la toma del pueblo, debido al repugnante e improvisado fusilamiento de los soldados que se rindieron en la iglesia, no habíamos hecho ningún prisionero, y, aunque los mandos del Ejército no debían saber esto, ni siquiera se lo habían planteado puesto que nos bombardearon con la intención de matar a todo el que estuviese allí abajo, sin tener ningún reparo si entre ellos caían

también de los suyos.

Era evidente la enorme equivocación de nuestro plan militar. Había sido un error atacar el pueblo y todavía más grave fue quedarnos allí para defenderlo.

El bombardeo produjo un incendio que las deficientes viviendas ayudaron a propagar con enorme rapidez. La destrucción iba a ser total. Los pobladores corrían de un lado a otro sin saber dónde refugiarse. Los aviones fueron sustituidos por los helicópteros militares que, gracias a su mayor versatilidad de movimiento, alcanzaban sus objetivos con mayor seguridad. A ellos sí les disparábamos creyéndolos más vulnerables que los aviones y con la esperanza de hacer caer a alguno. No lo conseguimos, pero sí que infundimos a sus pilotos el suficiente respeto para que se alejaran momentáneamente. No obstante, tras una breve calma, volvieron los aviones y continuaron con su infernal lluvia de bombas. Llegó un momento en que prácticamente no quedó nada en pie. Muchos habían muerto, y los vivos, comprendiendo que la forma más fácil de dejar este mundo era permanecer en los lugares que teníamos asignados para defender las calles, salimos a cielo abierto. No nos quedaba más alternativa que una huida hacia el bosque, donde no podríamos ser vistos desde lo alto. Para ello, era necesaria otra dramática carrera por aquella explanada en la que durante el viaje de ida nos habían llovido disparos, y ahora, en el de vuelta, nos caerían bombas.

Mientras duró el bombardeo permanecí en todo momento junto a mi abuelo. Recuerdo que me atenazaba el miedo. Pensaba en mi madre y me sentía como un niño mientras la llamaba entre dientes. Sin embargo, el abuelo parecía estar mucho más sereno; seguía los aviones con la mirada y me indicaba la dirección a tomar en cada momento. Creo que si ahora puedo recordar lo ocurrido, es gracias a él. Yo tenía el convencimiento de no estar dando la talla, y eso me impedía decirle que teníamos que huir, que allí no teníamos ya nada que hacer y que quería ganar el bosque lo antes posible. Él, aparte de prestar atención a los aviones, creo que trataba de encontrar a Ricarda y a Fraternidad, pero era imposible distinguir a nadie entre tanto humo y tanto polvo. La mayoría de los nuestros se encontraban en las inmediaciones de la entrada del pueblo, y algunos incluso ya estaban corriendo por la explanada camino del bosque. Yo permanecía con el abuelo aunque mi corazón hacía rato que estaba camino de los árboles. En las calles interiores, aparte de nosotros, ya solo quedaban los que no podían correr, bien porque estaban heridos o bien porque ya habían «corrido» a un lugar mucho más lejos que a ese bosque. El calor era insoportable. Los helicópteros volvieron a hacer acto de presencia. Al doblar lo que apenas hacía unos minutos había sido una casa, una ráfaga que cayó cerca nos dejó paralizados. En ese momento me salió del alma un:

—Abuelo, ¿nos vamos?

—Echando leches —contestó él.

Nos dirigimos por la calle principal hacia la salida donde encontramos los cadáveres de muchos de los compañeros que se habían apostado allí dispuestos a hacer el pueblo inexpugnable. Afortunadamente, entre ellos no estaban ni el de Ricarda ni el de Fraternidad. Al comenzar el angustioso viaje nos percatamos de que un helicóptero vigilaba la explanada tratando de impedir que logaran su objetivo los que huían hacia el bosque. Empezamos a correr intentando adivinar sus movimientos. Hizo un giro muy rápido y enfiló hacia nosotros. Juzgamos que no podríamos alcanzar los árboles y retrocedimos sobre nuestros pasos, volviendo a entrar en el pueblo acompañados del estruendo de dos proyectiles cuya onda expansiva nos hizo caer al suelo.

—¡Lo tenemos muy jodido muchacho! ¡Mientras ese cabrón siga ahí no podremos llegar al bosque! —gritó el abuelo.

Lo peor era que dentro tampoco había protección posible. Los helicópteros, en un número de cuatro, se habían hecho cargo del resto de la operación intentando alcanzar los objetivos móviles que aún quedábamos con vida. Desde el aire no solo acababan con los heridos, que con sus movimientos delataban aún el hilo que los unía con la vida, sino que hacían volar también en pedazos a los muertos, a los edificios caídos, y a todo, buscando realizar la mayor obra de desolación posible.

El helicóptero que nos había perseguido fuera, nos detectó en el interior y vino directo hacia nosotros. Daba igual estar dentro que fuera. Corrimos nuevamente a la salida y después tomamos caminos distintos, supongo que porque ambos pensamos que, una vez que el helicóptero fijara su objetivo en uno de nosotros, podía ocurrir que no tuviera tiempo de ir a por el otro antes de que este hubiese alcanzado el bosque. El piloto se percató de esa posibilidad, e imagino que viendo que mi carrera era mucho más veloz que la de mi abuelo, me eligió a mí como primera víctima. Zigzagueé en cuanto me percaté de su rumbo. Lanzó un proyectil en la dirección que yo había abandonado momentos antes en uno de mis quiebros, y la proximidad del impacto volvió a hacer que perdiera el equilibrio y rodase por el suelo. Instintivamente me hice el muerto, maniobra que resultó creíble, pues el piloto viró hacia el abuelo dejándome a mí el camino despejado. Rápidamente me levanté y volví a correr, esta vez recto hacia la añorada arboleda. Descubierta mi estratagema, el piloto lanzó apresuradamente otro proyectil hacia el abuelo que afortunadamente cayó muy lejos de su posición, y, lo más seguro molesto por haber sido engañado, prefirió volver hacia mí desinteresándose del viejo. Todavía me separaba demasiada distancia del bosque y el helicóptero aún contaba con tiempo suficiente para interceptarme; y hubiera conseguido su objetivo de no ser por la acción de un tercer hombre que salió de entre los árboles disparando contra nuestro

ejecutor. Era Fraternidad, que viendo nuestra desesperada situación, vino a ayudarnos. Las balas incomodaron al piloto más que la rabia por la artimaña con la que yo le había engañado, y me pareció que volvió a alterar su rumbo. Fraternidad tiró su fusil y se giró para batirse en retirada. Hubo un instante en que los tres nos encontramos en línea, puesto que el ritmo más lento del abuelo quedó compensado con el tiempo que yo perdí al hacerme el muerto, y Fraternidad no inició su carrera de vuelta hasta que ambos llegamos a su altura. Corríamos enloquecidos hacia el bosque; a la izquierda el abuelo, en el centro Fraternidad y, a la derecha de ellos, yo. Ya estábamos muy cerca, apenas nos separaban veinte metros de nuestro cobijo, nuestra salvación, pero detrás..., el mortífero helicóptero. Recuerdo que oía el ruido de sus hélices muy cerca, pero que desconocía su posición exacta. Volví a zigzaguear. Una vez más escuché un silbido y después la tremenda detonación. Caí. Al rodar pude ver cómo salía despedido en mi dirección un cuerpo mutilado, que no pude reconocer. Al entrar en el bosque volví a cambiar la dirección buscando internarme en el área más frondosa para hacerme invisible a los ojos del piloto. Hubo más detonaciones pero ninguna muy cerca de mi posición. Cuando consideré que había llegado a una zona lo suficientemente segura para no ser visible desde el aire, me agazapé y no me moví aunque sentí pasar el aparato sobre mí en varias ocasiones, antes de que se alejara definitivamente para seguir sembrando destrucción en el pueblo.

Continué largo rato en mi escondite. El bombardeo por fin cesó, y mientras dos helicópteros siguieron patrullando, los otros dos aterrizaron sobre la explanada, supongo que para rematar de una forma más barata a los que aún estuvieran con vida, si es que todavía quedaba alguno. De cada helicóptero se bajaron unos diez soldados. Me encontraba muy cerca de la explanada, y, por si se internaban en el bosque en busca de los pocos que habíamos escapado de la masacre, decidí alejarme de allí. Comencé a subir el monte, siempre por la parte con mayor maleza para no ser detectado desde arriba. Mientras ascendía me preguntaba qué habría sido de Fraternidad y del abuelo, resistiéndome a creer que el cadáver que vi saltar en pedazos fuera el de alguno de ellos dos. ¿Pero de quién iba a ser si no había nadie más con nosotros? En varias ocasiones dudé en bajar a buscarlos por si alguno necesitase ayuda, pero me atenazó el miedo. Cuando aún me debatía en si retroceder o no, de un matorral cercano vi emerger la figura menuda del abuelo con la cara desencajada por el cansancio.

—Te he dicho ya muchas veces que has de esconderte mejor; desde donde yo estaba se te veía perfectamente.

—Sí, creo que soy un penoso soldado.

—Sigamos andando.

—¿Y Fraternidad?

—Se quedó allá abajo.

Reanudé la ascensión con el corazón encogido por el dolor; su respuesta fue la confirmación de que lo que había visto en ese fugaz instante era parte del cuerpo de Fraternidad.

—Se portó como un valiente, ¿verdad abuelo?

—Sí, le echó un par de cojones; era un gran tipo.

—Hay que ser muy valiente y una persona fuera de lo normal para hacer lo que ha hecho.

—Tanto en la guerra de Marruecos como en la civil, tuve ocasión de ver algún que otro acto parecido; personas que arriesgaron sus vidas por los demás y que también las perdieron. Una vez, comentando algunos de esos casos con un psiquiatra muy «finolis» con el que coincidí, me vino a decir que esas acciones no corresponden a individuos necesariamente valientes, sino más bien a personas muy impulsivas que las realizan por una falta de análisis en instantes en que la mente tiene que decidir entre lanzarse a algo tan desesperado o aferrarse a su propia supervivencia. Según él, las acciones de ese tipo no son producto de un sentido de la solidaridad especialmente desarrollado, sino de ignorar las consecuencias que pueden tener. Vamos, que en vez de héroes trató a esas personas de irresponsables.

—¿Y tú qué piensas de ello?

—Que la humanidad habría ganado bastante si, en vez de Fraternidad, fuera ese psiquiatra cagón quien estuviera allá abajo con el cuerpo reventado.

En mi interior, el hecho de que Fraternidad hubiera alcanzado el bosque antes que nosotros me hizo concebir esperanzas de que Ricarda lo hubiese conseguido junto con él.

Ascendimos a la parte más elevada y nos topamos con dos de los guerrilleros que montaban guardia, tratando de proteger al escaso contingente que, como nosotros, había logrado escapar del pueblo huyendo al bosque. Les pregunté por mi hermana y me confirmaron que tenía una contusión en la cabeza pero que no representaba ninguna gravedad. Tras hablar con ellos, aceleramos la marcha para alcanzar al grupo. La primera reacción que tuvo Ricarda al vernos fue de alegría.

—¡Oh Dios! Estaba tan intranquila que también pensé yo en bajar a por vosotros, pero Fraternidad me lo impidió.

La miraba a los ojos mientras intentaba encontrar las palabras más adecuadas para transmitirle la dramática noticia. No di con ellas. Fruncí los labios, me comenzó a temblar la barbilla, y los ojos se me llenaron de lágrimas. No hizo falta más para que su

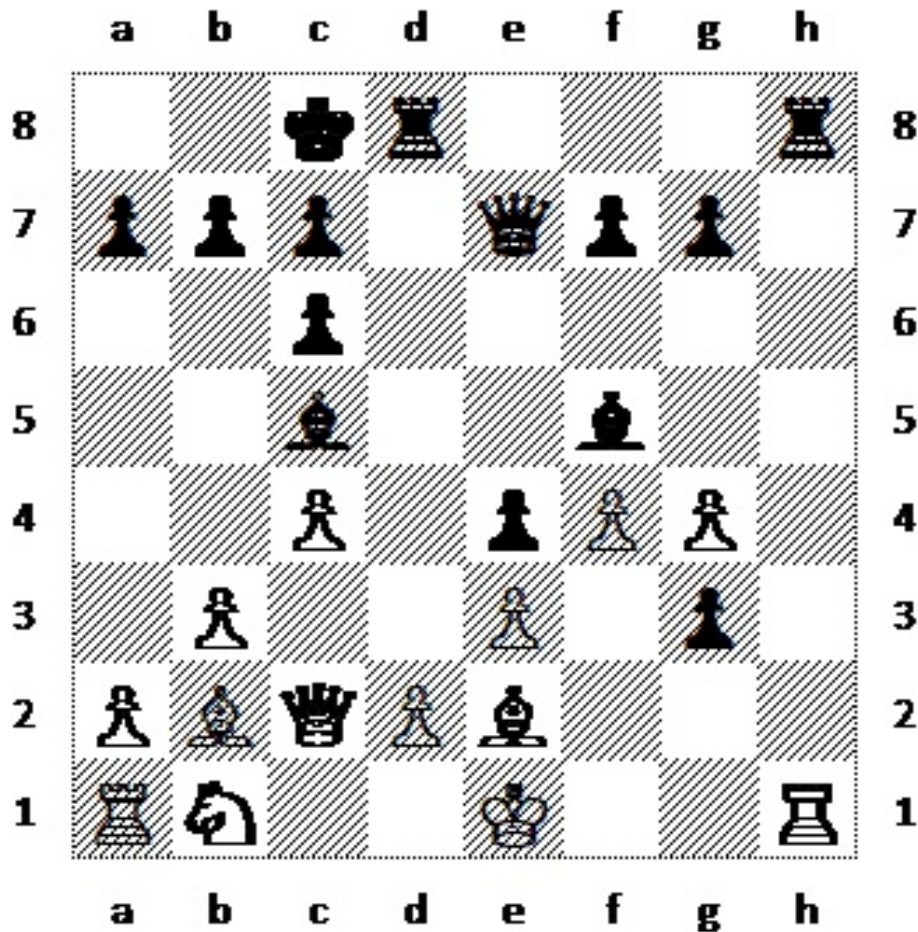
expresión se volviera trágica y también rompiera a llorar. Lo único que finalmente acerté a decir fue que nos había salvado la vida.

No había rastro de Aníbal; también debía haber caído en la matanza. Todos estábamos moralmente hundidos. No hubo nadie que diera la orden, pero hicimos lo mejor que podíamos hacer, dispersarnos. No creo que, después de la experiencia, fueran muchos los que desearan unirse a otros grupos guerrilleros, y menos aún, siguiendo con el plan de Aníbal, intentar convencerlos sobre la conveniencia de enfrentarse directamente con el Ejército. Queda para la historia el análisis de lo que hubiese podido ocurrir si el proyecto de unir a toda la guerrilla de esa zona se hubiera llevado a cabo. Su intento fracasó completamente y supuso un freno para quienes alguna vez compartieron su idea. Guatemala estaba condenada a vivir una larga lucha de desgaste que quizás lo único que iba conseguir sería empobrecer más un país ya de por sí muy pobre. Ni el abuelo, ni Ricarda, ni yo habíamos variado en el convencimiento de en qué parte estaba la razón, pero el abatimiento y la sensación de la inutilidad de la lucha era lo que nos quedaba de la experiencia de nuestra participación en la guerra. El tiempo sería lo que pusiera las cosas en su sitio, y sin duda la lucha armada no era la mejor de las alternativas para acelerar el proceso. Así pues, tomamos nuestro propio camino de descenso del monte y continuamos nuestro particular viaje.

Debido al peligro de tener algún encuentro con unidades del Ejército, no pasamos ni por caminos generales ni por aldeas, y durante todo el día deambulamos sin rumbo fijo por las montañas, recorriendo lugares de mucha vegetación, para no ser vistos, y con el único objetivo de alejarnos de la zona de combate. Al caer la noche elegimos el saliente de una roca para guarecernos, y allí tratamos de dormir. Al cabo de dos horas el abuelo había conciliado el sueño, yo seguía desvelado pensando en todo lo que habíamos vivido y Ricarda lloraba amargamente.

XIV

13. hxg4 hxg3



Sigo sin comprender qué es lo que pretende; sé que no debo mover g4xf5 por Txh1+, pero cuento con la posibilidad de cambiar primero las torres y luego ir a por ese alfil... No, sin duda la posición de su peón en g3 es demasiado inquietante como para no prestarle atención inmediata. He de reconocer que ha sido un movimiento ingenioso. Tengo que dejar para más tarde lo de su alfil, pero eso no enturbia el hecho positivo de que aparentemente el caballo sí me haya salido gratis. Respecto a lo de su peón en g3, empiezo a percibir la amenaza que representa; de momento no está muy claro que pueda pasar de ahí, sobre todo cuando cuento con la posibilidad de hacer un movimiento que, a la vez que salva mi torre de la amenaza de la suya, puede incordiar a ese peón.

El despertar no fue mejor que el momento de acostarnos. Había conseguido conciliar el sueño bien entrada la noche, y por la mañana el peso de la realidad volvió a abrumarme. Ricarda y el abuelo también se habían despertado, o más correctamente, el abuelo se había despertado, ya que Ricarda, después de pasar la noche en vela, permanecía sentada en una roca cercana con una mirada ausente de ojos rojos, propios de una noche de llanto. Estaba como ida; la tragedia de la muerte de Fraternidad, unida a la tensión acumulada en esos últimos días, había conseguido que llegase al límite de sus defensas mentales.

Me fui a hablar con el abuelo para conocer qué idea tenía sobre nuestro futuro.

—Tu hermana está muy mal. Ha debido pasarse toda la noche llorando.

—¿Qué crees que deberíamos hacer?

—Tú y yo no lo sé, ella está claro que ha de irse ya mismo a España. A fin y al cabo, no tiene ningún problema allí.

—No tenía que haber venido.

—Ahora es fácil decirlo, pero quién iba a pensar que todo esto iba a ocurrir.

—Yo desde un principio dije que no tenía que haber venido; pero no es el momento de darle más vueltas, hemos de pensar qué hacer a partir de ahora.

El Ejército sabía de la existencia de cuatro españoles: un viejo, dos jóvenes varones y una mujer. La desaparición de Fraternidad y la marcha de mi hermana nos dejarían al abuelo y a mí solos, lo que nos haría menos identificables. Trataríamos de aprovechar esto en un futuro y ambos buscaríamos otro trabajo para ir tirando hasta que pudiéramos volver a nuestra tierra. Lo prioritario entonces era sacar a Ricarda de allí. Ella tendría que coger el avión de vuelta a España en Ciudad de Guatemala y, para llegar hasta allí, habría antes de recorrer buena parte del país. Ricarda no parecía estar en condiciones de realizar ese viaje sola, por tanto, era necesario que al menos uno de los dos la acompañásemos. Estimamos que lo más seguro era que fuese yo quien lo hiciera, por aquello de que llamaría menos la atención una pareja que bien podía tratarse de un matrimonio joven, que una compuesta por un abuelo y su nieta.

Habíamos pasado ya muchas horas sin comer, y, puesto que no estábamos muy lejos de Huehuetenango, decidimos acercarnos a esa ciudad pensando que por su tamaño sería la población más segura para nosotros.

¡Qué lejos quedaba nuestra España! Recordé el primer día que pusimos los pies en Guatemala. ¡Qué distintas emociones de las que ahora sentía! Uno de nosotros ya no nos acompañaba, mi hermana daba claras muestras de desajuste mental y todo ello me

producía una tristeza tan grande que no tenía ánimo para nada. Sentía enormes deseos de volver a nuestro país, pero las dificultades legales y económicas impedían que eso fuera posible, de modo que tanto el abuelo como yo estábamos condenados a permanecer allí por más tiempo.

En España fue mi padre quien se ocupó de conseguirnos toda la documentación necesaria para el viaje y, por tanto, desconocíamos si sería necesario hacer mucho papeleo para la vuelta. Esto nos asustaba un poco ya que si para emitir el billete había de pedirse algún permiso especial, las cosas se nos podrían complicar bastante. Al no tener Ricarda cuentas pendientes con la justicia española, el único peligro vendría de las fichas que nos habían tomado en el cuartel de aquel asqueroso capitán García. Cabía dentro de lo posible que hubieran sido procesadas, en cuyo caso el Ejército ya estaría al corriente de los datos de mi hermana. Sin embargo, tanto el final de ese destacamento como el hecho de que pensarán «borrarnos del mapa», nos hicieron concebir esperanzas de que las fichas estuvieran perdidas y no existiese un registro de nuestras identidades, es decir, de que salvo por una identificación visual, Ricarda pudiera salir sin dificultades. De no ser así, la única esperanza consistiría en intentar «ayudar» económicamente al funcionario de turno, lo cual no resultaba muy seguro, entre otras cosas, porque no era mucho el dinero que nos quedaba.

Ir directamente a sacar un billete de avión, llevar a Ricarda al aeropuerto y esperar que no fuese detenida era tremendamente arriesgado, pero no se nos ocurrió una alternativa mejor.

Buscamos alojamiento en Huehuetenango. Decidimos hacerlo en sitios distintos, por un lado el abuelo y, por otro, mi hermana y yo. Antes, llegamos a la conclusión de que nuestras desgarradas ropas eran una nefasta forma de intentar no ser identificados, y optamos por cambiarlas por unas nuevas. El abuelo adoptó una vestimenta muy habitual en el país. No es que sus rasgos le fueran a hacer pasar por un guatemalteco; pero de lejos y con un sombrero de paja que en la medida de lo posible le ocultase el rostro, no llamaría tanto la atención. Así pues, se atavió con una camisa blanca, un pantalón negro, y el mencionado sombrero. Ricarda y yo nos hicimos con las típicas y tópicas camisetas blancas con el nombre de Guatemala, y con unos pantalones todo lo occidentales que fuimos capaces de encontrar, pues nuestra intención seguía siendo la de pasar por turistas. Después llegó el momento de buscar alojamiento. El de mi abuelo creo recordar que se llamaba Posada Rosita. Era bastante malo y poco higiénico, pero todo un lujo comparado con los sitios en los que habíamos dormido durante nuestra experiencia guerrillera. Mi hermana y yo nos hospedamos en un sitio mucho más agradable, que elegimos no tanto por su mayor comodidad como por ser un lugar al que acudían turistas.

Siguiendo nuestro plan de pasar por una pareja de enamorados y puesto que nos saldría más económico, solicitamos una única habitación doble. La encargada afortunadamente tan solo me pidió a mí la documentación, por tanto, no pudo comprobar que éramos hermanos, lo que hubiese echado al traste nuestra coartada. Por primera vez en muchos días pasé una buena noche durmiendo «a pierna suelta». Nos levantamos temprano y acudimos al salón a desayunar. La comida había sido servida en una mesa muy grande que ocupaba buena parte de la habitación comedor. Allí vi por primera vez a Irina, una mujer esbelta y bellísima, de pelo rojizo y ojos verdes muy intensos. Recuerdo que ese día llevaba pantalones vaqueros y una camisa tipo militar, que no impedían resaltar que poseía un cuerpo delgado y elegante con unas curvas que no dejaban lugar a dudas sobre su gran feminidad. Su edad era indefinida, estimé que sería algo mayor que yo, unos siete años o algo así. Esa mujer de manos muy finas, nariz pequeña y respingona, piel pálida con unas minúsculas pecas muy tenues, dientes perfectos y labios sugerentes admirablemente trazados, era una mezcla preciosa de delicadeza y dulzura, siempre bajo el permiso de su intensa y poderosa mirada. Ese contraste me cautivó desde el primer momento. La acompañaba un tipo rubio de ojos azules y cara de bobalicón, que hablaba constantemente sin dar muestras de percatarse de que la estaba aburriendo.

Descaradamente me fijé en ella, y en alguna que otra ocasión intercambiamos nuestras miradas. Creo que esto no fue tanto por su interés en mí, sino porque debido al hastío que le producía la conversación de su acompañante, de cuando en cuando dirigía sus ojos al tendido y casualmente se encontraron con los míos. Yo, por contra, sí que la miré por puro deleite.

Cuando Ricarda y yo terminamos nuestro desayuno, abandonamos el local para encontrarnos con el abuelo.

Habíamos quedado en un bar cercano a la gasolinera situada en la parte norte de la ciudad. Llegamos antes de lo fijado, pero el abuelo ya nos esperaba tomando un carajillo. Pedimos un par de cafés y nos fuimos a una mesa apartada con la intención de hablar más a gusto. Al sentarnos, me fijé en un tipo que me resultaba conocido aunque no sabía exactamente de qué. Cuando aún estaba intentando recordar dónde le había visto, aquel hombre miró hacia nuestro lado y sonrió con mucha familiaridad. Entonces caí; era Diego, el pasajero que de forma tan eficaz había cortado el cuello del conductor enloquecido que a punto había estado de acabar con nosotros camino de Panajachel.

Diego recogió su bebida y vino a sentarse con nosotros.

—¿Qué tal les fue?

— Bueno, hemos hecho un poco de todo —contesté.

Charlamos sobre trivialidades, sobre lo bonito que nos parecía el país y cosas similares. Él nos indicó sitios a donde podríamos ir para admirar más la belleza de aquellas tierras y nos confesó que en muchos de ellos no había estado, aunque los describiera con mucho entusiasmo. Ricarda permanecía callada, totalmente abstraída, y tan solo cambió su silencio por un significativo llanto cuando El Rebanador de cuellos nos preguntó por el barbudo que iba con nosotros. Tras la reacción de mi hermana, quedó al descubierto que habíamos fingido durante la conversación, y Diego cambió el semblante y nos instó a que fuéramos con él a algún otro lugar donde pudiésemos hablar más tranquilamente sobre nuestras dificultades. Dejamos el bar y cogimos un camino que salía de la ciudad. No era muy juicioso irnos con aquel hombre con quien apenas habíamos compartido un café, además de una ejecución más o menos necesaria; pero Diego tenía una forma de hablar y actuar que de no haber presenciado en primer plano el ajusticiamiento del conductor loco, hubiese apostado a que era incapaz de matar a una mosca. Así que, aunque al principio tuve mis reservas, accedí a acompañarlo.

Tras media hora de marcha llegamos a una pequeña casa rodeada de un diminuto huerto. Allí se encontraba una mujer jugando con tres niños que al verlo salieron corriendo y gritando «papá». Esto hizo que desaparecieran totalmente mis reservas. Imagino que buena parte de los asesinos que pululan por el mundo también tienen hijos que los llaman «papá», pero por alguna extraña razón a mí eso me pareció definitivo. Instamos a Ricarda a que se tumbase en una cama para que se relajara, pues no había interrumpido sus sollozos desde que los comenzara en el bar. Sin duda, era necesario enviarla cuanto antes de vuelta a España; emocionalmente estaba destrozada y no me quedaban dudas de que requería de asistencia médica, ya que su comportamiento empezaba a rondar el desequilibrio. Cuando conseguimos que se durmiera, me sinceré con Diego y le conté la verdad sobre todo lo que nos había pasado. Él se interesó mucho por nuestro paso por la guerrilla y me hizo bastantes preguntas al respecto. Cuando di por concluido mi relato, Diego me explicó que precisamente era uno de los encargados de facilitar la huida, a través de México, de los combatientes a los que el régimen había puesto cerco. Oír eso me sonó a música celestial; por fin habíamos tenido un golpe de suerte y podríamos salir de Guatemala. Le comenté que habíamos pensado sacar a mi hermana por el trámite normal, pero que teníamos miedo a que la detuvieran. Nos aseguró que eso hubiera sido una enorme equivocación y se prestó a ayudarnos. Según él, el paso por la frontera mexicana entrañaba cierto peligro, pero esa forma de salir era mucho más segura que la que habíamos pensado nosotros. Diego se vanagloriaba de haber facilitado la huida ya a ciento veintitrés personas. También nos comentó que sería necesaria una aportación económica por nuestra parte, ya que eran muchos los que

querían huir de Guatemala y resultaba muy costoso pagar el silencio de ciertas patrullas fronterizas con las que se tenía un acuerdo verbal, consistente en que, por cierta cantidad de dinero, dichas patrullas se comprometían a no ser todo lo eficaces que cabría esperarse. El aliciente económico era el equivalente a cuatrocientos dólares por cada una de las personas «trasladadas». Echamos cuentas y, puesto que el abuelo y yo considerábamos que, una vez en México, Ricarda habría de volar a España de forma inmediata, apartamos el dinero necesario para su billete y su pase fronterizo, y apenas nos quedó lo suficiente para que uno de nosotros dos pasase la frontera. Pese a la insistencia del viejo, decidí que sería yo quien me quedara provisionalmente hasta hacerme con la cantidad suficiente para poder pagarme el «peaje». Diego pareció arrepentirse de habernos pedido el dinero e insistió en que le acompañásemos los tres, pero por miedo a que la rebaja pudiera poner el peligro el éxito del plan, desestimé la propuesta a pesar de las enormes ganas que tenía de irme. Agradecí a Diego que se prestara a sacarlos a ellos, así como que hubiera estado dispuesto a arriesgarse por mí, pero hice irrevocable mi decisión. ¡Ya encontraría algún modo de hacerme con esa cantidad, y en breve yo también dejaría Guatemala!

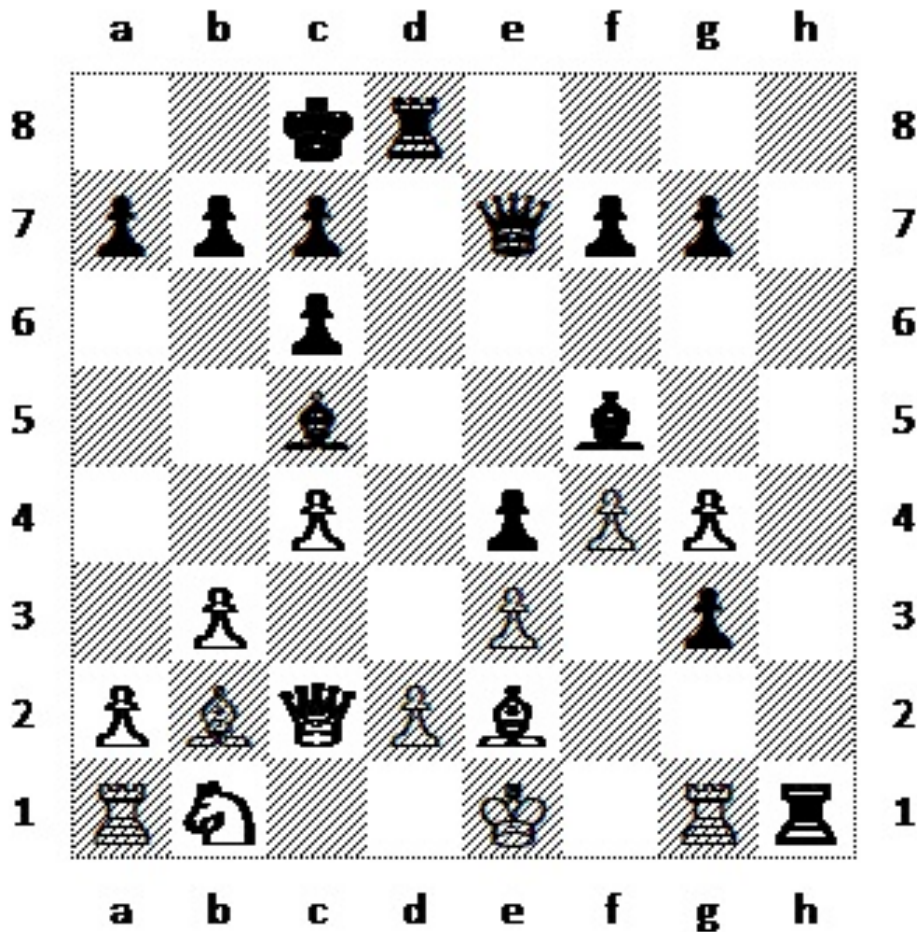
La operación de huida comenzaría al día siguiente puesto que cada minuto que pasábamos en Huehuetenango aumentaba el peligro. Dormimos en los mismos lugares donde lo habíamos hecho la noche anterior y, antes del amanecer, nos dirigimos a la casa de Diego, que era el sitio donde habíamos acordado encontrarnos. El recorrido se realizaría en todo momento a pie, y cruzarían la frontera por un lugar cercano al río Cuilco. No quería despedirme de ellos allí mismo y opté por acompañarlos en su marcha durante aquella mañana. Parecía que Diego, pese al poco tiempo transcurrido, había preparado todo muy bien. Los tres llevaban una mochila con víveres para el largo camino, además de sacos de dormir, y en definitiva, todo el material necesario para la marcha. Después de andar durante cuatro horas, decidí que era el momento de volverme. Diego de nuevo insistió en que no me preocupase y me uniera a ellos, asegurándome que había comida suficiente para los cuatro, pero volví a negarme con los mismos argumentos del día anterior. En mi interior dudada, pero exteriormente permanecí inflexible y me despedí de ellos aunque no pude dejar de emocionarme al decirles adiós. Retomé el camino de vuelta y, al cabo de unos veinte minutos, me arrepentí de haberlos dejado. Tuve una gran sensación de soledad e incluso pensé en intentar alcanzarlos; pero, como desconocía el camino que habrían seguido y lo más probable era que me extraviase, continué rumbo a Huehuetenango.

Al llegar a la ciudad decidí pasar por la casa de Diego. Seguía sintiendo angustia por mi recién estrenada soledad, y, puesto que su esposa e hijos eran los únicos

conocidos que allí me quedaban, pensé en detenerme a conversar un rato con ellos creyendo que eso ayudaría a mejorar mi ánimo. Cuando divisé la casa, me llamó poderosamente la atención la calma que allí se respiraba; los niños no jugaban en el jardín, las ventanas permanecían cerradas y todo parecía indicar que el lugar estaba vacío. Me senté a observar, sobrecogido por la ausencia de actividad. En ningún momento Diego nos había informado de que su familia abandonaría el hogar. No sin cierta zozobra, permanecí esperando a que algo ocurriera. Era lógico pensar que esa familia corría un grave peligro y que bastaba con que alguien se fuera de la lengua para que los detuviesen. Me sentí muy inquieto. Si los habían cogido, estaba claro que no pararían hasta dar con Diego, puesto que a esas horas previsiblemente su mujer, bajo tortura, les habría dado información sobre la misión que estaba desarrollando su marido, lo que significaba que Ricarda y el abuelo podrían estar corriendo un serio peligro. Esperé durante largo rato y continuó todo en calma. Cuando el día tocaba a su fin distinguí el sonido de un motor. A medida que se iba acercando fui descubriendo la clase de vehículo de la que se trataba. Era un Jeep del Ejército. Me sobresalté. Del coche salió la mujer de Diego, entró en la casa sola mientras los niños y un par de soldados permanecían en el vehículo. Al cabo de unos minutos, salió con una bolsa bastante voluminosa. Uno de los soldados bajó del coche para ayudarla a cargar con el bulto. Ese trato de cortesía era impropio del correspondiente a una detenida del Ejército. Mi desolación fue tremenda. Cuando se alejaron, salí de mi escondite y me fui rápidamente a la ciudad para llamar a casa. Por suerte lo cogió mi padre; me hubiese sido mucho más penoso informar de la mala noticia a mi madre. Le conté lo ocurrido y le insté a que se pusiera en contacto con todo el que pudiera interceder por Ricarda y el abuelo.

Diego, ese hijo de la gran puta, nos la había jugado y las consecuencias de ello podrían ser trágicas.

14. Tg1 Th1!!



Esto sí que es increíble; no contentándose con el sacrificio previo del caballo, ahora entrega también una torre. Una de dos: o estoy frente a una de las partidas más formidablemente jugadas por mi oponente, o ante la más desastrosa. Lo peor en mi caso es que a estas alturas todavía no sé cuál de las dos posibilidades anteriores es la correcta. La toma de la torre le va a permitir avanzar el peón a $g2$, adoptando una posición muy peligrosa y de la que no veo cómo salir, pero lo que sí está claro es que si consigo zafarme de su ataque, tendré todas las de ganar, pues son muchos los sacrificios que ha efectuado para alcanzar esa posición. Durante bastante tiempo ha estado analizando este movimiento y me imagino que debe tener poderosas razones para haberlo hecho, pero los riesgos que ha asumido son grandes; es una posición complicada

y puede que se haya dejado algún cabo suelto. Ojalá sea así. De momento voy a tomar esa torre.

15. Txhl ...

Preferí no pasar por la pensión después de haber hablado con mi padre, temiendo que hubiese alguien allí para detenerme. Al fin y al cabo, lo poco que me quedaba de dinero lo llevaba encima al igual que la documentación. Estaba abatido, había sufrido en mis propias carnes los métodos del Ejército y me daba terror imaginar lo que les estaría pasando a Ricarda y a mi abuelo, si es que aún seguían con vida. Mi padre me sugirió que acudiese a la embajada a pedir asilo, pero después de lo ocurrido tenía pánico a confiar mi vida a nadie, por muy embajador que fuese. Además, ¿cómo podría estar seguro de que la embajada se dignase a protegerme? Para ellos era un problema darme cobijo, y tuve serias dudas sobre si estarían dispuestos a complicarse la vida por un fugitivo de España. Ricarda y el abuelo ya no tenían otra alternativa que confiar en que las autoridades españolas se tomaran interés por su tragedia, pero yo aún estaba libre y preferí confiar solo en mí mismo.

Le dije que, de momento, no acudiría a la embajada y que trataría de buscar una forma más discreta de salir del país. Él, por su parte, se comprometió a recabar toda la información que me pudiera servir, aunque dudaba de poder serme útil desde tan lejos.

Finalmente se despidió, tal y como acostumbraba, con su lacónico «cúidate mucho».

Pensé en el disgusto que se llevaría mi madre al conocer la noticia, pero confié en el buen hacer de mi padre para explicarle la gravedad del asunto de forma que no pareciera tal. Sabía que mi madre era una mujer inteligente y conocía perfectamente a mi padre, pero pese a que supiera que detrás de unas palabras tranquilizadoras podía esconderse un auténtico drama, creo que el impacto de la noticia debió ser más llevadero que si se la hubiera contado cualquier otro.

Me alojé en otra pensión y buena parte de la noche la pasé desvelado, recreándome en el humo de mis cigarrillos y distraído por el ruido procedente de la habitación contigua. No sé quién estaría en ella, pero he de reconocer que pese a que se durmieron algo antes que yo, fueron merecedores de una felicitación por su fogosidad.

Me dirigí muy temprano a la terminal de autobuses, compré el billete del primero que partía, y hasta que estuve dentro no me enteré de hacia dónde iba. Su destino era Tikal, en la selva de El Petén. Ya había oído hablar de ese lugar, una de las más prósperas ciudades mayas, también misteriosamente abandonada siglos antes de la conquista española. Exponente del enigmático final de la cultura clásica maya, Tikal

contaba con algunas de las más formidables edificaciones de dicho pueblo. Me pareció bien mi lugar de destino, pues pensé que mi aspecto de turista me ayudaría en un sitio como ese. No llevaba equipaje, lo cual era bastante irregular, pero ya me proveería del mismo en cuanto tuviera ocasión. Me alegró advertir que subiera al autobús la singular pareja que vi en el último hotel en el que habíamos dormido mi hermana y yo. Pensé que observarlos, tal y como había hecho durante ese desayuno, me ayudaría a distraer mi mente de la pena que me embargaba.

El recorrido era muy largo y tendríamos que hacer varias paradas durante el trayecto, pero lo que más me preocupaba eran las detenciones adicionales por los controles del Ejército. A esto se sumaba el problema económico: el billete me había costado lo suficiente como para que mis reservas monetarias fueran prácticamente inexistentes. Pese a todo, apenas iniciado el viaje, pude dormirme.

En Cobán nos dieron media hora de descanso para comer algo antes de continuar. No me sentía particularmente hambriento pese a que no había comido nada desde los bocadillos de la mañana anterior; pero me bajé del autobús para estirar un poco las piernas. Paseé sin rumbo fijo, haciendo tiempo. Mientras deambulaba por las calles de Cobán, vi cómo Bobalicón y su amiga Irina entraban en un bar, y otra vez tuve la necesidad insana de espiarlos. Entré en el local y tomé asiento descaradamente en la mesa contigua a la suya. Traté de entender lo que decían pero me fue imposible ya que hablaban en un inglés muy fluido y nunca he sido un virtuoso en el conocimiento de esa lengua. Bobalicón debía estar de lo más inspirado ese día, ya que dijo algo que la hizo reír a la vez que él se carcajeaba. Situado enfrente de ellos y mirándolos fijamente, debieron pensar que había oído sus comentarios y, tras la gracia, me dirigieron una mirada. Estúpidamente sonreí como si lo hubiera comprendido, y ambos volvieron a reír. Tras ello, Bobalicón orgulloso de su ingenio y queriendo sacarle más partido a su jocosos comentario, añadió algo más dirigiéndose esta vez a mí directamente. Por supuesto, tampoco entendí lo que dijo, y confundido por no saber si esperaban respuesta por mi parte, no reaccioné. Él, volvió a repetirlo más alto y yo le respondí que no hablaba muy bien inglés y que no le había comprendido. Mi acento era tan malo que tuve que repetírselo dos veces para que él lo entendiera. Acto seguido, ella sonrió con benevolencia mientras él se rió de forma despectiva. No pude ocultar mi malhumor por la humillación y ella, supongo que para relajar el ambiente, me habló en un español muy correcto, pero con un apenas perceptible acento que no supe identificar de dónde procedería:

—¿Hablas español? —preguntó.

—Bastante mejor que inglés —respondí.

Irina era una historiadora lituana, experta en arqueología precolombina, que se encontraba allí llevando a cabo investigaciones sobre la cultura maya. Preferí no indagar demasiado, aunque me apetecía mucho saber cómo era eso de ser soviética y estar por ahí fuera haciendo investigaciones, si teóricamente lo que yo tenía entendido era que nadie podía salir de ese país. Me sobrepuse a mi malsana curiosidad, puesto que, por razones obvias, yo era precisamente el menos apropiado para entrar en conversaciones más íntimas. Después me presentó a su acompañante. Bobalicón era belga. Por lo que me contó a continuación, deduje que se habían conocido antes de ese viaje, pero que no formaban una pareja muy consolidada; y me incliné a pensar que debían estar teniendo un «lío» viajero que no tenía muchos visos de continuidad, a juzgar por la cara de aburrimiento que había venido observando en ella cada vez que hablaba con él. Bobalicón era una eminencia en el mundo de la historia, pero no hablaba casi nada de español. Al poco tiempo, dio claras muestras de impaciencia por saber de lo que conversábamos, e interrumpió a Irina para que lo pusiese al corriente. Creo que su traducción debió ceñirse a la realidad, y cuando Bobalicón puso un claro gesto de orgullo, deduje que ella le informaba de que me estaba poniendo a mí al corriente de los muchos méritos que él tenía. En ese momento Irina retomó la conversación conmigo y él se limitó a asentir sin entender lo que ella continuaba diciéndome. Al verle en esa actitud, me acordé de cuando él se había mofado de mí por haberme reído con un chiste suyo que yo no había entendido. Ahora, era él el que asentía a algo que no podía comprender, y en mi interior me lamentaba de que ella no lo estuviese poniendo de vuelta y media, lo que sí hubiera sido muy divertido. Pienso que llevado por esta idea, no pude refrenarme e impertinente le dije a Irina:

—Debe ser un sabio, pero tiene cara de bobalicón.

Durante unos instantes permaneció seria, creo que no tanto por enfado como por sorpresa, pero afortunadamente terminó añadiendo:

—Sí, eso también es verdad. —Y se echó a reír.

Por su parte, Bobalicón también rio.

Me sentí un poco cortado después de mi salida de tono. Aunque a ella le había hecho gracia, no había venido a cuento. La verdad es que me parecía una crueldad, puesto que, al fin y al cabo, ese tipo no me había hecho gran cosa, así que, arrepentido, me disculpé.

—Siento lo que he dicho. Aunque él no me haya entendido, te pido disculpas a ti.

—No tiene importancia —dijo ella.

—Es que últimamente estoy un poco nervioso.

—Ya te digo que no importa. ¿Qué es lo que has venido a hacer tú a Guatemala?

—Estoy de turismo. Lo mío son las leyes, pero también soy aficionado a la historia.

Vine a Guatemala con mi novia y su familia y, cuando estábamos aquí, les surgió un imprevisto grave y tuvieron que volver a España.

—¿Qué les pasó?

—Bueno..., una tía suya que vive en España enfermó repentinamente y tuvo que ser operada, de modo que se fueron para hacerle compañía. Yo preferí quedarme ya que es la primera vez que vengo a Guatemala y el viaje es lo suficientemente caro como para volver sin haber visto nada. Sé que no he quedado muy bien con ellos, pero no me siento tan vinculado a la familia como para tener que hacer compañía a la tía de mi novia; además la cosa no era tan grave, de hecho, tengo entendido que ya está bien.

Mi mentira había sido tan extensa, que Irina ya había empezado a poner la misma cara de aburrimiento que ponía en las conversaciones que mantenía con Bobalicón. Este, por su parte, parecía volver a impacientarse.

Aunque llevábamos ya un buen rato en el bar, ningún camarero se acercó para tomar nota de lo que queríamos hasta que Irina llamó a uno de ellos. Aproveché ese momento para levantarme de mi sitio, ya que todavía seguía en la mesa de enfrente, y aunque no me habían invitado a sentarme con ellos, lo hice. Bobalicón pareció molestarse y no ocultó su cara de desaprobación, lo cual borró mi arrepentimiento por haberme metido con él. A Irina pareció divertirle la situación, y me dedicó una sonrisa. Ellos pidieron un par de cervezas y dos hamburguesas, y yo me conformé con una Pepsi-Cola. Bobalicón pasó rápidamente al ataque intentando hacerme quedar como un bulto sospechoso, hablando solo con ella e ignorando completamente mi presencia. Irina contestaba a sus rápidas preguntas casi con monosílabos y parecía buscar el momento adecuado para volver a dirigirse a mí, pero él no le dejaba tiempo y seguía lanzando su batería de preguntas y comentarios con la intención de que no lo hiciese para, de esa manera, hacerme sentir a mí lo más incómodo posible. Preferí tomármelo con calma, saqué un cigarrillo y empecé a fumármelo con deleite; no tenía ninguna prisa y aunque a ellos les pareciese increíble, estaba disfrutando. Finalmente, Irina le hizo callar mirando hacia mi lado y, manteniendo apoyada su mano en el antebrazo de él, me explicó que comentaban lo mal que estaban las carreteras guatemaltecas.

Yo, como si no hubiese escuchado lo que me había dicho, cambié completamente de tema y le pregunté a qué se debía su interés por la cultura maya.

—Resulta fascinante ver estas ciudades que en un tiempo fueron muy prósperas, que alojaron a miles de personas en su interior, que estuvieron dotadas de unos edificios impresionantes y que misteriosamente fueron abandonadas casi al mismo tiempo. Comprobar el aspecto que tienen en la actualidad, situadas en los lugares de gran vegetación que las mantuvieron ocultas durante siglos, acrecienta aún más mi interés por

ellas.

Siguió explicándome algunas cosas más sobre los mayas y yo disfruté mucho con sus comentarios. Después de algunos minutos más de charla, bruscamente, Bobalicón, que ya había agotado su paciencia, agarró a Irina por un brazo, la obligó a levantarse y a abandonar el local de una forma muy poco elegante, sin decir ni adiós y pese al evidente malestar que le causó a ella. Eso sí, he de decir en su defensa que tuvo al menos la delicadeza de dejar sobre la mesa dinero más que suficiente para pagar nuestras consumiciones.

La grotesca escena llamó la atención de otra pasajera del autobús, que sentada junto a dos amigas había permanecido pendiente de nosotros.

—Parece que no le gustaba demasiado que hablases con ella —dijo riendo.

—No, no mucho. —Yo también reí.

—¿De dónde eres?

—De Colorado, en USA.

—¡Ah, donde el famoso Cañón del Colorado!

—No, el Cañón del Colorado está en Arizona —dijo y volvió a reír.

—Vaya, perdona mi ignorancia.

—No importa, estoy acostumbrada a que casi todos los españoles con los que hablo me digan lo mismo, y es que al decir el Cañón del Colorado, pensáis en el estado y no en el río Colorado. Nosotros los americanos lo llamamos el Gran Cañón, y aunque haya gente que no sepa dónde está, nadie supone erróneamente que está donde no está. ¡Es curioso que fuera precisamente un español el primer occidental en recorrerlo, y ahora seáis vosotros quienes lo situáis sistemáticamente en otro estado!

—¿Conoces a muchos de mi país?

—Pues sí. Estudié en el Instituto Español de Denver, y varios de mis profesores eran españoles, por eso he reconocido tu acento.

—¿Y cómo es que te metiste allí?

—Bueno verás..., los orígenes de mi familia por parte de padre fueron mexicanos, y aunque él no sabe hablar español, le hacía mucha ilusión que yo lo aprendiera.

—Qué curioso..., por cierto, aún no me has dicho cómo te llamas.

—Mary, ¿y tú?

—Daniel.

Mary era una estudiante que, junto con sus compañeras Betty y Nancy, estaba pasando sus vacaciones en Guatemala. No se trataba de una mujer excepcionalmente guapa, pero sí que su largo y ondulado cabello negro, su piel morena y su bonito cuerpo, la dotaban de una belleza exótica que la hacía muy atractiva. Dadas las violentas

circunstancias que se estaban produciendo en el país, me resultaba difícil imaginar a tres chicas como ellas haciendo turismo. Casi desde el momento en que puse mis pies en esa tierra, me vi envuelto en una vida frenética y peligrosa, y solo entonces empecé a comprender que Guatemala era más que un lugar donde se había aprendido a convivir con las masacres. También era un país maravilloso al que algunos conseguían extraer parte de sus mejores futuros recuerdos. Desconozco cuál de las dos visiones (la de Mary y sus amigas o la mía) era más real, pero lo que es seguro es que para conocer de veras ese país eran necesarias ambas. Los turistas no desconocían la existencia de la guerrilla, pero no vivían la realidad de los hechos en toda su dimensión, pues apenas soportaban las incomodidades de los continuos controles policiales, y tan solo si tenían mala suerte, se topaban con alguna acción violenta más o menos cercana a los sitios por donde transitaban, de forma que en general no sufrían grandes contratiempos y disfrutaban del bonito paisaje y de los muchos lugares de interés que Guatemala posee. La televisión no se tomaba muchas molestias para contar lo que estaba aconteciendo en algunas zonas, y se daba la paradoja de que mientras unos sufrían y morían, otros pasaban plácidos momentos a pocos kilómetros de distancia.

No me pude resistir a preguntar a Mary sobre lo que sabía de la actividad guerrillera.

—Como sabes, Guatemala lleva muchos años de guerra, pero es una guerra distinta, de modo que si no vas a ciertas zonas..., o no conduces de noche..., en definitiva, si tomas las medidas oportunas para no buscarte problemas, se puede visitar perfectamente. Tengo entendido que hace poco ha habido un levantamiento bastante importante en la zona de Todos Santos Cuchumatán. Puede que las cosas estén algo más revueltas de lo habitual. Esperemos que se tranquilice la situación —concluyó.

—Sí, fue terrible. Lo vi por televisión —dije.

—¿Cómo por televisión? ¡Pero si en las noticias no dijeron nada, de hecho yo lo sé porque he hablado precisamente hoy con mis padres y allí sí se ha informado del asunto!

—Sí bueno..., efectivamente yo también me he enterado hablando con los míos. Perdona, pero me resulta extraño que decidieseis venir precisamente aquí a pasar vuestras vacaciones.

—¡Pues no entiendo cómo te parece tan raro, si tú has hecho lo mismo! Por cierto, ¿has venido con alguien más?

Preferí no darle la misma razón que a Irina y omití lo de mi novia. Le conté que había venido para asistir a la boda de un primo hermano y que, aprovechando el viaje, me había permitido hacer algo de turismo antes de volver a España.

Se estaba haciendo tarde y decidimos iniciar la vuelta hacia el autobús. Al

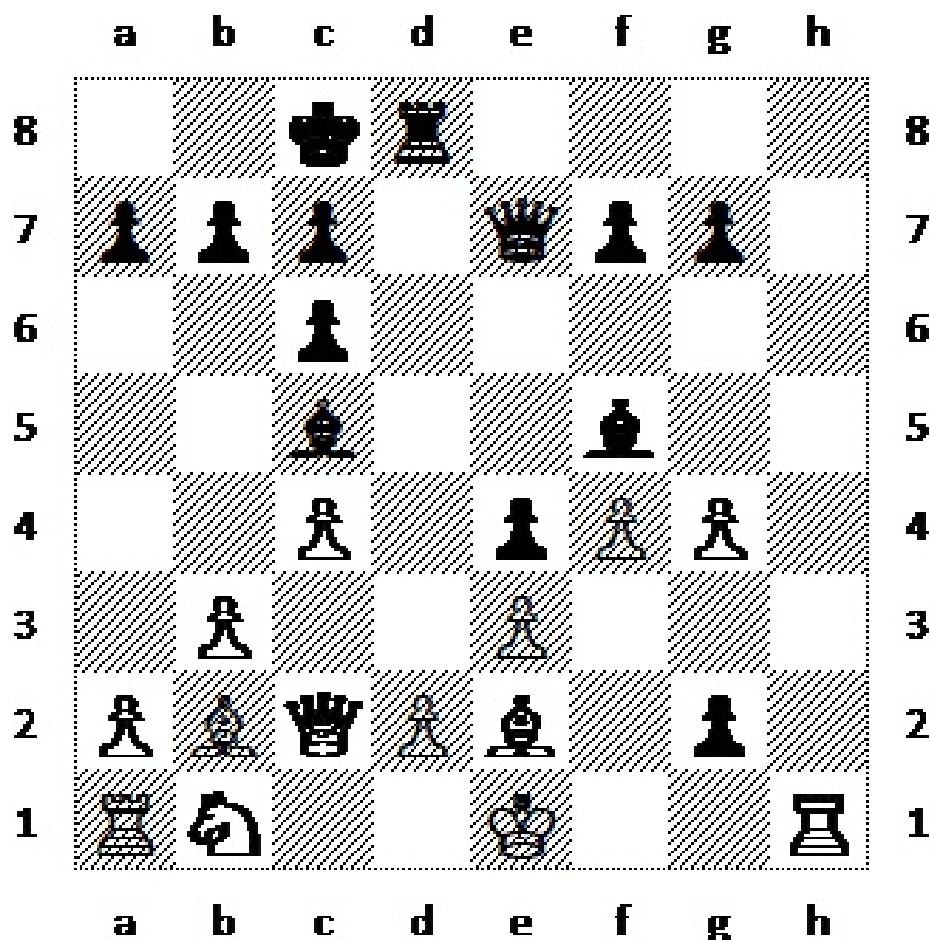
levantarse comprobé que la altura de Mary estaba en consonancia con la mía y me pareció que hacíamos una buena pareja. Como digo, era bastante agraciada, aunque menos que Irina y, desde luego, parecía una chica muy simpática, de manera que no me fue difícil sentirme atraído por ella.

Una vez en el autobús, me entretuve en observar a los ocupantes, jóvenes mochileros en su mayoría. Lógicamente, Guatemala no era un país que recibiera mucho turismo pese a sus hermosísimos parajes y su gran interés cultural, pero entonces ya era receptora de esa clase de viajeros-aventureros y algo inconscientes, que con pocos recursos recorren el mundo. Yo, que conocí el terror en ese país, no pude por menos que verlos al principio como frívolos acomodados que viajaban allí con la intención de dejar boquiabiertos a sus amigos al contar su aventura, pero luego cambié de opinión y vi en ellos una esperanza para un futuro mejor, una especie de embajadores de la comprensión entre pueblos distintos.

Después volví a pensar en el abuelo y Ricarda. Intentaba engañarme a mí mismo imaginando que habrían cruzado la frontera y que estarían a salvo, pero cuanto más trataba de convencerme menos lo creía. No tenía previsto llamar a casa en breve, pues pensaba que como no había nada que pudiera hacer, lo mejor sería dejar pasar algo de tiempo. Me hice el propósito de afrontar los siguientes días como si se trataran de un descanso, aunque no pasaba mucho rato sin que de forma obsesiva se me apareciera en la mente esa última imagen de Ricarda y el abuelo internándose en el bosque con Diego. El engaño, bien pensado aunque imperfectamente ejecutado puesto que yo había salido indemne del asunto, me producía una sensación de rabia y angustia casi incontrolables, y extrañamente hasta que no estuve dispuesto a admitir que en esos momentos ambos podían estar muertos, no empecé a controlar mi ansiedad.

XVI

15. Txh1 g2



Intuía que avanzaría ese peón. Intentaré salvar la torre con Tg1, ya que moverla a f1 es suicidarse por su respuesta Dh4+.

16. Tg1 ...

No se me ha dado mal el ajedrez. Recuerdo que cuando apenas había aprendido a mover las piezas, gané el campeonato escolar de mi edad, y a los once años ya era el mejor jugador del colegio. Todo apuntaba a que iba a convertirme en un buen ajedrecista. Mi padre, animado con mis progresos y convencido de que ese noble y didáctico juego sería útil para mi desarrollo intelectual, me apuntó al Club de Ajedrez

Chamartín, donde comencé mis «pinitos» en la liga madrileña jugando de sexto tablero en un equipo de tercera categoría. Cada uno de estos equipos se componía de seis jugadores con un orden de fuerza establecido según su nivel de juego. Mi sexto tablero era el más flojo y, dado que tercera era la categoría más baja, mis contrincantes fueron los peores de todo el campeonato liguero; aunque había que considerar que para, un chaval de mi edad y con una escasísima experiencia, sí parecían rivales a tener en cuenta. Lo hice francamente bien, obtuve la categoría especial que se concedía a los que ganaban prácticamente la totalidad de sus partidas, y, aunque las victorias fueran debidas en buena parte a la candidez de los contrincantes, fue un bagaje muy prometedor. En vista del éxito, el año siguiente me pasaron a primer tablero dentro de la misma categoría, y esta vez me fue incluso más sencillo repetir el éxito anterior pese a la mejora de calidad de mis oponentes. No era un niño prodigio ni mucho menos. Había aprendido a jugar demasiado mayor para eso, pero sí que empezaba a creer seriamente en la posibilidad de convertirme en un jugador profesional, quién sabe si excelente. Un año después, me enfrenté al reto de jugar de tercer tablero en la liga de segunda categoría. Ello representó un buen acelerón a mi carrera ajedrecista, y, motivado, dediqué bastante tiempo al estudio de esa tabla con sesenta y cuatro cuadros. Me apunté tanto a los torneos internos del club como a todos los organizados en mi barrio y, para orgullo de los míos, obtuve muy buenos resultados. Gané varios campeonatos de los organizados en el barrio, cuyo nivel lógicamente era más bajo; y en los del club, jugando contra adversarios de categorías superiores a la mía, también conseguí buenos resultados. Mi proyección fue en aumento hasta que, cumplidos los catorce años, me empezó a resultar menos divertido el ajedrez. En la liga mis resultados siguieron siendo buenos, aunque ya no tan espectaculares. Coseché algunas derrotas, normalmente debidas a la falta de conocimientos teóricos; mis ascensos de categoría no habían ido parejos a mi dedicación al estudio de libros de ajedrez. Esas derrotas me impidieron volver a repetir la categoría especial por tercer año consecutivo, pero no fueron suficientes como para que no ascendiera una vez más de posición, de modo que la siguiente temporada jugué de tercer tablero de primera. Por encima de primera quedaba la categoría preferente, que era la inmediata anterior al Campeonato de España de Ajedrez. Primera representaba un alto nivel de juego, donde ya no quedaban enemigos fáciles. Había pocos jugadores de edades parecidas a la mía, y generalmente me enfrenté a tipos bastante mayores y resabiados. Jugué buenas partidas pero también sufrí humillantes derrotas. Cada enfrentamiento resultaba una agonía hasta que superaba el inconveniente de mis pobremente teorizadas aperturas y defensas. Si quería seguir avanzando debía dejar de ser autodidacta y estudiar teoría de forma seria, con ayuda de profesores. Así lo hice, y

el resultado fue que el excesivo tiempo empleado en ese juego-deporte afectó a mis notas. Por otra parte, las victorias no me acompañaban tanto como yo quería y empecé a dudar de mis posibilidades como futuro jugador profesional. Así pues, mi padre perdió antes que yo las esperanzas de que llegase a ser un campeón. Para poder vivir del ajedrez, como en tantas otras cosas, no basta con ser bueno, hay que ser excelente; y, pese a que él apenas sabía mover lo que llamaba fichas en lugar de piezas, llegó a la conclusión de que su hijo no estaba dotado para triunfar en ese terreno. Yo sabía perfectamente que si mis resultados habían dejado de evolucionar según lo previsto, se debía a la falta de conocimientos teóricos, lo cual era superable con más horas de estudio. Bien es verdad que no me creía ya un jugador llamado a la historia, pero pensaba que nunca podría estar completamente seguro de que no había genialidad en mí si no me dedicaba intensamente a ello. Desalentado tanto por mi padre como por el resto de la familia, terminé por perder el poco aliciente que me quedaba para seguir intentándolo. Ese año lo acabé de una forma muy mediocre, y pese a que en el siguiente volví a inscribirme en la liga, tras ascenderme el club a un modesto segundo tablero de la misma categoría, fueron muy pocas las partidas a las que me presenté. No me apetecía ya jugar; para no tener que ir alegaba excusas absurdas y debía ser sustituido por cualquiera de los reservas del equipo con el consecuente descontento del club.

Aquel fue el último año que estuve federado.

Continué la marcha de mis estudios escolares de forma mediocre, y ahora todavía sigo preguntándome si debería arrepentirme o alegrarme de haber dejado el ajedrez. A veces he imaginado cómo sería mi vida si hubiese llegado a ser un jugador profesional, y a menudo me planteo si de haber concentrado todas mis fuerzas en ello, aun a costa de mi formación académica, lo habría conseguido. Creo que quizás debería haberlo intentado, al menos durante un lapso de dos o tres años, no excesivo para poder echar marcha atrás en caso de tener que recuperar el tiempo perdido, pero sí suficiente como para estar seguro de no haber equivocado el camino de mi vida. Sin saber la respuesta a lo que hubiera ocurrido, trato de contentarme pensando que el hecho de no haberlo intentado significa que ese no era realmente mi destino.

Sea de un modo u otro, ahora, en esta partida, hecho en falta no haber alcanzado un mayor nivel teniendo en cuenta lo que está en juego.

Tras muchas horas de autobús, por fin llegamos a Flores, capital de El Petén, un centro de población que mantiene una dedicación muy especial al turismo que visita las muy importantes ruinas en su entorno. La ciudad no era como para volverse loco, sin embargo, lo que hasta entonces había empezado a ver de El Petén, sí había atraído poderosamente mi curiosidad. Este es el mayor de los departamentos de Guatemala,

pero en él vive apenas alrededor de un dos por ciento de la población del país debido a sus duras condiciones climáticas. El Petén posee una mezcla paisajista de vegetación selvática, sabanas y pantanos, todos ellos lugares de vida, cuando menos, incómoda. Imponía el ver ese extenso manto de vegetación; a aquella hora tardía en la que habíamos empezado a recorrerlo, los árboles y sus sombras invitaban a todo menos a adentrarse allí. Observé que la mayoría de los pasajeros del autobús iban embadurnándose con repelentes de insectos, ya que por esa zona se incrementa el riesgo de contraer la malaria. La verdad es que nunca pensé que esta representase un grave peligro, y, puesto que no había visto a ningún guatemalteco usarlos, yo tampoco sentía la necesidad de hacerlo. No obstante, como el individuo que estaba a mi lado amablemente me ofreció el suyo, yo lo acepté no por miedo a la malaria sino por simple curiosidad. No olía demasiado mal pero sí que resultaba molesto después de un rato. Fue la única vez que me eché, y lo cierto es que pude comprobar que efectivamente a uno se le posaban menos bichos al usarlos.

Llegamos al final de nuestro trayecto, y dejé que el resto de viajeros salieran antes que yo y fueran ocupándose de sus equipajes. Yo era el único que no llevaba nada más que lo puesto y me pareció más adecuado hacerme el «remolón» en el asiento para que nadie pudiera percatarse de ello.

Bajé cuando arriba ya no quedaba nadie. Para entonces casi todos se habían alejado del autobús con sus bolsos. Precisamente en ese momento, Irina estaba haciéndose cargo de su maleta, que era una de las que estaban más al fondo, y disfruté observando cómo tuvo que agacharse por el hueco y adoptar una postura con la que, además de mostrar sus magníficas formas, la camisa se le salió del pantalón y se ahuecó de tal manera que dejó al descubierto su firme vientre. Irina no se percató de mi presencia hasta que terminó con la maniobra, y antes de irse me dedicó, a modo de despedida, un simpático movimiento de cejas. Por contra, su acompañante, no se dignó ni siquiera a dirigirme la mirada.

No sé si fue una asociación de ideas inconsciente, pero acto seguido me fui a hablar con Mary que también esperaba turno para recoger sus maletas. Ella me saludó con una bonita sonrisa a la que respondí con la mejor de las mías. Esperamos a que todos sacasen sus equipajes, y Mary se introdujo por el hueco para hacerse con el suyo. Gentilmente la ayudé a salir y ese gesto pareció encantarle, de manera que procuré alentar esa impresión poniendo mi mejor cara de honorable caballero. Tras esto, aguardó a que yo hiciera lo propio con mi equipaje, y me hubiera sido complicado explicar por qué no podía hacerlo, pero afortunadamente no hubo necesidad. El conductor estaba ocupado en el interior del autobús ajeno a lo que hacíamos, y solventé la situación cogiendo la última bolsa que quedaba y que, sin duda, era la suya. Eché a

andar rápidamente hacia la posición más alejada donde nos esperaban las amigas de Mary. Sin muchos preámbulos, las invité a tomar algo en algún bar de la zona, y sin esperar a que me respondieran afirmativamente, tiré de ellas para que me siguieran. Mi auténtico interés consistía en continuar la conversación con Mary, pero en un lugar lo suficientemente apartado como para que no me descubriera el conductor. Percibí que a Betty y a Nancy no les hizo mucha gracia la invitación a seguirme, pero Mary parecía entusiasmada. Caminamos con celeridad y, al cambiar de dirección en la primera esquina, me señalaron un local donde ir y que yo rechacé sin dar explicaciones. No me gustó su excesiva proximidad al autobús, pues temía que el conductor pudiera husmear por allí, una vez descubierto el robo. Así pues, continuamos hasta llegar al siguiente cruce y volvimos a girar. En el momento que lo hacíamos miré hacia atrás y no vi a nadie, lo cual me tranquilizó. Divisé al fondo de la calle otro bar y, en vista de que las amigas de Mary mostraban ya claramente su fastidio por la enigmática marcha, las animé a dirigirnos a aquel lugar. Una vez dentro, me percaté de que no era tanto un bar sino un restaurante muy bien montado. No estaba dispuesto a salir nuevamente a la calle, y, pensando en limar asperezas con Betty y Nancy, me ofrecí a invitarlas a cenar, gesto de caballero que volvió a agradar a Mary y que, al menos, no disgustó a sus amigas.

Nos asignaron mesa y para cuando nos trajeron la comida, el ambiente era ya bastante más relajado. La conversación se centró en España, yo hablaba mientras Mary iba traduciendo parte de lo que decía. Les conté cosas de Franco, personaje del que no tenían ningún conocimiento, y ellas me hicieron algunas preguntas tan tópicas como si tenía algún amigo torero y cosas así. Fracase en los chistes ya que nuestro humor no parecía ser muy similar al de ellas, además de que en la traducción debía perderse lo mucho o poco que podía haberles parecido gracioso. También ellas me contaron algún que otro chiste, que yo reí por educación más que por otra cosa. Aún recuerdo alguno, y puede que lo utilice si algún día dispongo de un público menor de ocho años. Durante el café me preguntaron en qué hotel iba a alojarme, a lo que respondí que no tenía hecha ninguna reserva. Mary rápidamente apuntó que podría hospedarme en el mismo que ellas tenían previsto. Dudé, no tanto porque no me agradase continuar con esa recién estrenada amistad, sino porque después de la cena no me iba a quedar dinero ni para pagar la habitación. No obstante, ya estaba acostumbrado a salir de situaciones comprometidas, y, consciente de que iba a tener que ingeniármelas para dejar el hotel sin pagar, me juzgué perfectamente capaz de hacerlo; de modo que les dije que sí, que las acompañaría a ver si encontraba habitación allí, lo que entusiasmó aún más a Mary que parecía estar absolutamente lanzada. Pagué dejando una propina de alrededor del cinco por ciento, detalle que no les pareció del todo correcto, a juzgar por las expresiones de sus rostros.

Pregunté a Mary si ella creía que yo había actuado mal dejando ese dinero al camarero y me disculpé explicándole que no se trataba de una limosna que pudiera significar un menosprecio para él, sino que en España entendíamos que dejar propina era un signo de buena educación. Ella me respondió riendo que lo que realmente le había sorprendido era la escasez del monto.

«En América, ser camarero debía ser más interesante que en España», pensé.

Cuando salí del restaurante volví a sentir cierto miedo, pues recordé al conductor del autobús, pero afortunadamente no hubo ni rastro de él. El hotel al que nos dirigíamos no quedaba muy lejos de donde nos encontrábamos, e hicimos el recorrido a pie. Al llegar, solicité una habitación individual. Solo les quedaban sin ocupar dobles, pero no puse ningún inconveniente; tenía en el bolsillo apenas ocho quetzales y, puesto que estaba obligado a irme sin pagar, ¿qué más daba una que otra? De las dobles tenían varias para elegir y me quedé con la contigua a la de ellas. Repartí mi fortuna con el mozo que me subió la bolsa y, una vez se hubo ido, me senté en una silla de madera que había al lado de una mesita escritorio y contemplé el más lujoso alojamiento de cuantos había disfrutado en Guatemala. Me resultó sorprendente la «caradura» que había conseguido desarrollar y el «lujo» que me había permitido al entregarle los cuatro quetzales al mozo, que iba a ser el único que cobrase algo de mi estancia allí. Antes de nada, tenía que planear cómo escapar por la mañana. En recepción había dicho que mi intención era visitar Tikal y que, al igual que mis nuevas compañeras, tan solo tenía previsto pasar una noche allí. Eso representaba un problema; pues, de haber dicho dos, me hubiera sido muy fácil salir al día siguiente del hotel sin levantar sospechas, ya que no tenía ninguna necesidad de llevarme el equipaje. Sin embargo, al decir solo una noche, estaba obligado a ingeniar algo. Mientras pensaba, me entretuve con la bolsa que tan amablemente me había «cedido» el conductor. La abrí con la esperanza de encontrar algo que me fuera útil, y lo primero que vi fue ropa, como era normal. Me probé una camisa y descubrí que la talla del conductor era bastante más pequeña que la que yo usaba. Seguí revolviendo y entre la ropa encontré un abultado sobre, que abrí llevándome una grata sorpresa. Era dinero, posiblemente la paga del conductor. Sentí pena por él, pero no pude por menos de romper a reír de forma estridente y sin control, supongo que producto de la tensión acumulada. Tanto fue así, que me llevó tiempo percatarme de que alguien estaba golpeando mi puerta. Mi risa cesó al instante y fue sustituida por una reacción de pánico, motivada por la incertidumbre de desconocer quién estaba al otro lado de la puerta. Al abrir..., encontré a Mary que había escuchado mis carcajadas y que, al percatarse de su persistencia, había acudido para ver qué era lo que me pasaba.

Llevaba puesto el pijama más horrible que había visto en mi vida, y así se lo dije en cuanto entró en la habitación. Lejos de molestarse, con mucho desparpajo contestó que si tanto me desagradaba, no tenía más que quitárselo. Yo por mi parte, sin mucho romanticismo y rompiendo el encanto de la situación, pregunté:

—¿Y qué pasa si te quedas embarazada?

Ella arrugó la frente en un claro gesto de desagrado, pero luego adoptó una expresión más relajada y añadió:

—No te preocupes por eso. Sé lo que hago.

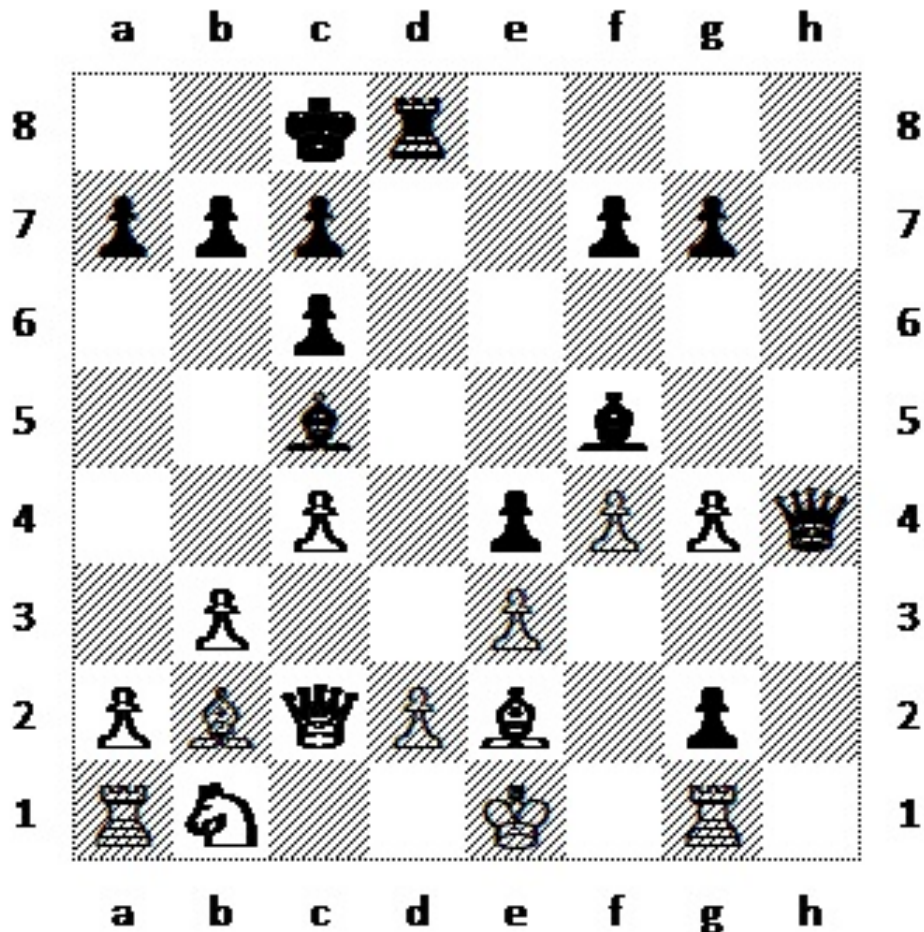
Acto seguido, se desabotonó la parte superior del feo pijama y la dejó caer al suelo mientras con su mirada me invitó a que continuase yo mismo con la ropa que le quedaba puesta. Me sentí algo cohibido y no reaccioné con la suficiente celeridad, lo que motivó que siguiese ella sola. Hasta que no estuvo totalmente desnuda, yo no empecé a desprenderme de mi ropa.

Al poco tiempo comprobé satisfactoriamente que ella era bastante más ducha que yo en esas lides.

Cuando terminó la pasión y llegó la hora de dormir, agradecí que solo hubiesen quedado disponibles habitaciones dobles.

XVII

16. Tg1 Dh4+



Ahí está su jaque con la dama. No tengo otra alternativa que la de mover el rey anulando la posibilidad de enrocarme. Mi defensa es caótica. Solo dispongo de un movimiento posible, así que no voy a consumir más tiempo.

17. Rd1 ...

Me desperté con el ruido de la ducha, y nada más hacerlo, me acordé de mi hermana y mi abuelo. Era angustiioso no saber qué había sido de ellos. Me sentí frívolo pensando que podían estar siendo comida de zopilotes mientras yo acababa de pasar una muy agradable noche de amor con Mary.

No sabía muy bien qué papel adoptar con ella; apenas nos conocíamos y ya nos habíamos acostado juntos. Dudaba si se tomaría nuestra relación en serio o si por su parte simplemente se había tratado de una noche loca. Entonces yo creía que las historias que comenzaban así según venían se iban, por tanto, pensé que lo más probable fuera que, una vez terminada la ducha, volviese con sus amigas para no saber nunca más de mí.

Al salir del baño me dedicó una cálida sonrisa que rápidamente se convirtió en pícaro. Esta vez no estuve nada tímido y fui directamente hacia ella, la besé intensamente mientras la despojaba de la toalla que la cubría y volví a hacerle el amor. Todo lo demás habría de esperar.

Cuando terminamos nuestro encuentro carnal mañanero, nos metimos en el baño juntos; ella para darse su segunda ducha del día y yo, la primera. Mientras nos enjabonábamos el uno al otro, yo me preguntaba en silencio si terminaríamos repitiendo la misma actividad que habíamos estado practicando minutos antes, pero ella no me dio opción; se lavó rápidamente y mientras se secaba, me dejó a mí acabar con más calma. Le pedí que me prestase una camiseta puesto que mi ropa, dije, estaba sucia. Ella, muy solícita, contestó que enseguida volvería con una que le estaba bastante grande y que creía que me quedaría bien a mí.

Me entretuve disfrutando del agua caliente, y para cuando terminé, ella ya estaba llamando a la puerta con la camiseta. Salí a abrir púdicamente tapado con la toalla. Mary me comentó que ellas tres ya bajaban a desayunar y que me esperarían en el comedor. Su forma de actuar me indujo a pensar que de momento seguiríamos juntos, y me alegré.

La camiseta me quedaba perfecta, y también aproveché uno de los calzoncillos del conductor aunque me estaban estrechos. Guardé el dinero en el sitio que me pareció más seguro y revisé la bolsa por si había alguna otra cosa de valor.

Para cuando bajé al comedor, ellas ya habían empezado a desayunar. Betty y Nancy estuvieron muy simpáticas e incluso hicieron el esfuerzo de desearme los buenos días en español. Al parecer, yo había empezado a formar parte de la familia.

Para ir a Tikal tendríamos que coger otro autobús desde la misma estación donde nos había dejado el del día anterior. No me agradaba nada tener que volver por allí con la bolsa y decidí deshacerme de ella antes de llegar. Para ello, a mitad de camino les dije que tenía que llamar a casa desde una oficina de Guatel y las convencí para que fueran ellas delante mientras yo realizaba dicha llamada. Mary insistió en quedarse conmigo, pero conseguí persuadirla de que siguiera con sus amigas.

Lejos de ir a una oficina de Guatel, lo que hice fue buscar un lugar discreto donde abandonar la bolsa. Después me dirigí hacia la terminal de autobuses, pero antes de dejarme ver aguardé observando desde lejos al autocar en el que había de subirme;

quería estar en la parada el mínimo tiempo posible. Me fue muy fácil saber cuál era, ya que Mary me esperaba junto a la puerta con claros gestos de impaciencia. Tan solo cuando el conductor puso en marcha el vehículo, una vez transcurrida la hora de partida, eché a correr a su encuentro. Llegué en el momento justo para subirme, tal y como me había propuesto. Mary, al verme, se alegró, aunque luego puso cara de reproche. Me excusé por mi tardanza diciéndole que me habían robado la bolsa de viaje. Ella se indignó mucho y me apuntó la posibilidad de ir inmediatamente a la policía, pero puesto que ya habían comprado los billetes y, como dije y ella entendió perfectamente, no iba a servir de nada salvo para perder el autobús, nos subimos. La tranquilicé comentándole que en el bolso solo tenía ropa y que el dinero, al igual que la documentación, permanecían conmigo.

El viaje a Tikal fue de lo más apacible. La selva me atraía mucho; tan inquietante y bella, formada por la exuberante vegetación entre la que se escondían ciudades fantasmas cuyo abandono era un enigma. El interés por el lugar, así como las nuevas amistades que había hecho, me ayudaron a superar la ansiedad y la angustia que me acompañaron desde la desaparición de Ricarda y el abuelo.

No tardamos demasiado en llegar. Pese a que aún era temprano, ya había mucha gente; por un lado, turistas visitando las ruinas y, por otro, personal trabajando en los restos arqueológicos. Mis tres nuevas compañeras de viaje buscaron un transporte para trasladarse al hotel en el que tenían previsto alojarse y dejar su equipaje. Yo, como no tenía equipaje que dejar, preferí ir directamente a visitar las ruinas y quedar con ellas dentro, una vez terminasen con sus cosas. Mary de forma muy natural, me hizo saber que reservaría una habitación para los dos, y me pareció francamente bien; no solo por pasar la noche con ella, sino porque ese hotel, aparte de ser magnífico y de estar ubicado junto a un lago, en un lugar paradisíaco en mitad de la selva, contaba con una tienda de ropa que me sería muy útil, habida cuenta de mi falta de equipaje.

Me despedí de Mary con un apasionado beso en la boca que pareció molestar a Betty y Nancy. No había quien las entendiera; me había acostado con su amiga prácticamente nada más conocernos, y eso no había parecido causarles ningún problema; sin embargo, el hecho de haberle dado un beso en público motivó que me lanzasen inequívocas miradas de desaprobación.

—No sé por qué se escandalizan, tampoco ha sido para tanto.

—Ya, pero es que en América solemos dejar estas cosas para cuando estamos en casa.

—¿En casa?, dirás en el parque —dije riendo.

—¿En el parque? ¿Por qué dices eso?

—Bueno..., en casa suele estar la familia, por eso hay que utilizar los parques, ¿no?

—Oye Daniel, no te molestes por la pregunta pero, ¿a qué edad abandonan los jóvenes españoles la casa de sus padres?

—Pues..., cuando se casan.

—¡Ya me lo imaginaba!

Tenía razón Mary, los españoles abandonábamos la casa de nuestros padres demasiado tarde, pero claro, irse antes no era tan sencillo de hacer como ella creía, y por eso, los parques seguirían cumpliendo esa función aunque sin duda no fueran el lugar ideal para dichos menesteres. «Tanta hierba metida en el culo no puede ser nada bueno», recordé que solía decir el abuelo.

En la entrada del recinto arqueológico fueron varios los que se me ofrecieron para mostrarme las ruinas, pero rechacé la posibilidad de contratar a alguien y preferí comprar una guía para ir leyendo por mi cuenta. Comencé visitando los grupos Q y R, dos parejas de pirámides gemelas. Seguí el camino hacia la izquierda y, cruzando la Plaza Este, llegué al Templo I, llamado el Templo del Jaguar debido al bajorrelieve que se encuentra en el dintel de la puerta. Según leí, su altura es de cuarenta y cuatro metros y fue construido en el año 721 d. C. como templo funerario para albergar los restos de Ah Cacau (un antiguo gobernador de la ciudad). Cuanto más admiraba esas construcciones, más me asombraba el hecho de que todos esos edificios hubiesen permanecido olvidados y absorbidos por la naturaleza durante cientos de años. A juzgar por la grandiosidad del lugar, aquello tenía que haber sido una ciudad impresionante. ¿Qué había hecho que tanto esa como muchas otras, fueran misteriosamente abandonadas?

Tomé asiento en una piedra de los alrededores del Templo I. Me pareció buena idea recapacitar un poco. Mientras pasaba revista al pasado reciente, observé que una imagen femenina que me era muy familiar venía hacia mí. Se trataba de Irina. Vestía una falda que le llegaba un poco más arriba de la altura de sus rodillas y una chaqueta del mismo color y tela haciendo juego. Me sonrió al llegar a mi altura y se sentó frente a mí en una piedra algo más elevada e incómoda que la mía y que, debido a su inclinación, la obligó a permanecer con su brazo izquierdo apoyado para poder guardar el equilibrio.

De Bobalicón, para mi fortuna, no había ni rastro.

—¿Qué ha sido de nuestro común amigo?

—Se ha quedado atrás observando unas edificaciones. Como te dije, Franck es un experto en arquitectura antigua y aquí hay construcciones de gran interés. Piensa en la altura que poseen algunos de estos templos..., rascacielos centenarios.

—¿Y tú también sabes de eso?

Sonrió y cruzó las piernas adoptando una postura más relajada.

—Algo sé, pero mi especialidad es la epigrafía. Soy experta en la lectura de símbolos de escritura.

—Parece interesante lo que haces.

—Te aseguro que sí. Es muy poco lo que nos ha quedado escrito de la cultura maya. Durante la conquista española, hubo un auténtico exterminio de documentos escritos. Como afortunadamente los mayas dejaban impresas algunas informaciones en sus edificios, tratamos ahora de descubrir su historia con lo poco que quedó grabado en ellos.

Al escucharla, recordé lo que me había contado Aníbal y el motivo de la reacción del pobre viejo al ver mi amuleto. Pese a sentir cierta vergüenza por ese negro episodio y a la promesa que le hice a Aníbal de ser muy cauteloso en todo lo referente a la talla de madera, no pude reprimir mis deseos de hacerme el interesante ante esa excepcional mujer y le pregunté si conocía la historia de los ixchicaj.

Irina se sorprendió mucho por mi pregunta.

—Sí, claro que la conozco.

Entonces, abrí mi camisa para que pudiera ver mi amuleto. Ella se levantó como un resorte para contemplarlo más de cerca. En ese momento, me arrepentí de mi acción, pero la proximidad de su cuello mientras lo observaba y el dulce olor que emitía su cuerpo y que yo percibía gracias a esa proximidad, compensaron con creces el malestar que me produjo mi indiscreción. Irina palpó la talla con sumo interés durante un buen rato, completamente ajena a los sentimientos que me estaba inspirando. Después se incorporó y afirmó:

—Es auténtico. ¿Eres consciente de lo que llevas colgado del cuello?

—Sí, sé de su valor aunque yo no sea descendiente de ellos. La verdad es que una serie de circunstancias, en las que yo me he visto inmerso de forma ingenua, han hecho que me hiciese con esta talla. Conozco algo de la historia de los ixchicaj; su final, lo del tesoro con los códices y alguna que otra cosa más, pero te aseguro que si ese tesoro existe, no tengo ni idea de dónde puede estar.

Se quedó pensativa. Imagino que dudaba de que yo estuviese contándole la verdad; nadie que conociera el secreto hablaría de los ixchicaj tan alegremente como yo lo había hecho, y supongo que esa actitud debió convencerla de que no sabía mucho más de lo que le había confesado, lo cual era cierto.

—En cualquier caso, esto explica por qué has venido aquí y qué es lo que buscas.

Dadas las circunstancias, me pareció una explicación magnífica para justificar mi presencia en Guatemala, y la adopté como buena de inmediato.

—Efectivamente, pero no sé por dónde empezar; necesito a alguien como tú, puesto

que desconozco casi todo sobre los mayas. Al venir, pensé que el hecho de llevar esto que yo llamo «mi amuleto» me ayudaría a contactar con alguien que me guiase hasta el tesoro. Estoy dispuesto a pagar por la información e incluso, si llegara el caso, a presentarme como el descendiente y digno heredero del legado de los ixchicaj, aunque no sea cierto. Quizás es una tontería todo lo que he hecho; el venir, el contarte esto a ti ahora... ¿Pero por qué no probar? ¿Quién sabe si tú y yo juntos podríamos encontrarlo? ¡Por favor, ayúdame a cumplir mi sueño!

En aquel instante, con tal de estar con ella, era capaz de ponerme a buscar tesoros, tallas de madera, inscripciones..., lo que fuese. Algo tenía esa mujer, más allá de su belleza física, que me atraía poderosamente. No nos conocíamos casi de nada y, sin embargo, ya me sentía muy a gusto en su presencia, como si nos hubiéramos tratado toda la vida. Su sola compañía me hacía transportarme a más altas cotas de felicidad que las que nunca había tenido con Rosalina, antes, y últimamente con Mary. Hasta entonces, había sido un tipo bastante escéptico respecto del amor, la pasión, el flechazo..., y todo eso. Pero en ese momento, comenzaba a padecer esos síntomas que hacen que uno se atolondre y pierda bastante del sentido de la realidad. Súbitamente me sentía enormemente atraído por Irina, y ello pese a contar con una relación “estable” con Rosalina y una recién estrenada amante. ¿Qué era lo que me resultaba tan cautivador de ella? ¿Por qué me sentía tan atraído por su tímida sonrisa? ¿Por qué su mirada era tan dura, cuando sus gestos irradiaban sensibilidad?

La historia del amuleto me pareció una buena excusa para conseguir permanecer a su lado.

—Es muy peligroso lo que creo que me estás proponiendo; además, lo lógico es poner en conocimiento de las autoridades lo de esa talla de madera para que sean expertos quienes continúen la investigación sabiendo que aún existe una vía importante de estudio hacia los ixchicaj. Puede que te veas obligado a entregarles «tu amuleto», pero posiblemente eso sea lo justo. Todavía no me has explicado cómo fue a parar a tus manos, y me temo que no habrá sido de forma legal.

—Si las autoridades no lo han encontrado aún, es porque no han puesto mucho interés; y te diré otra cosa: esta pieza es mía porque yo la encontré y, por cierto, muy lejos de Guatemala.

—No tienes razón en ninguno de los dos casos. Muchos arqueólogos han estado buscando ese tesoro durante largo tiempo y si han dejado de hacerlo es porque hace ya mucho que se han dado por cerradas todas las vías de estudio. Ese trozo de madera que posees representa un nuevo camino. Además, el hecho de que te la encontrases no implica que tengas derecho a quedarte con ella. ¿Te parecería justo, por ejemplo, que si

estando de viaje perdieses algo, dejaras por ello de ser su legítimo dueño?

—¿Crees que esta talla es auténtica?

—Forma parte de mi trabajo como historiadora la comprobación de la autenticidad de los objetos que llegan a nuestra universidad, y he de reconocer que para tener la seguridad de que es genuina, debería someterla a ciertos tratamientos. Pero la verdad es que lo parece tras un primer análisis visual.

— Si te sirve de algo, un tipo estuvo a punto de matarme por ella. Creo que eso corrobora tu teoría sobre su autenticidad.

— ¿En serio? Razón de más para que dejes todo este asunto en manos de las autoridades. Esa talla no te pertenece y, menos aún, el hipotético tesoro.

—El tesoro será de quien lo encuentre. Estoy seguro que el Océano Atlántico está lleno de galeones españoles llenos de oro, y dudo mucho que sea España quien se quede con su carga si se llegan a recuperar algún día. Además, ¿en manos de qué autoridades íbamos a dejarlo? Imagino que piensas que ese tesoro pertenece a los indígenas guatemaltecos y que, por tanto, cualquier otro gobierno está desautorizado para poseerlo, es decir, que si borramos de la lista a cualquier otro país, tendríamos que dejarlo en manos de Kjell y compañía. ¿Crees que esos tipos son los más indicados para quedarse con la herencia de los mayas cuando se están cargando en las montañas a buena parte de ellos?

—Puede que el actual gobierno no sea el mejor de todos los posibles pero, ¿qué te propones? ¿Encontrar tú el tesoro para luego venderlo en el mercado negro de la arqueología? ¿Eso te parece más justo?

—Créeme si te digo que estoy muy unido sentimentalmente a los indígenas de este país y mi intención no es hacerme rico con parte de su patrimonio. Si te sirve de consuelo, ni siquiera pienso quedarme con el maldito amuleto. Quiero encontrar ese tesoro y, una vez hallado, trataré de descubrir la forma de que sus verdaderos dueños, los indígenas, lo disfruten. Dudo de que haya muchos que sepan lo suficiente de su propia cultura como para intentar dar con ello. Apostaría a que en este momento, de entre todos los visitantes de estas ruinas, no hay ni un solo maya. Con este panorama, más vale que nos ocupemos tú y yo de investigar, en vez de dejarlo en sus manos. ¡Ellos bastante tienen con conseguir cada día algo que llevarse a la boca!

—Lo que dices no es del todo cierto. Existen arqueólogos de origen maya que podrían estudiar perfectamente este tema y que están mucho más preparados que nosotros para llevar a cabo esa investigación.

—¿Ah sí? ¿Y con qué fondos iban a contar? Yo te lo diré: con fondos estatales, lo que significa que volvemos al mismo punto; el gobierno terminaría quedándose con todo.

Nosotros, sin embargo, ya tenemos la financiación resuelta. Puesto que te han enviado aquí para desarrollar una investigación sobre los mayas, te propongo que colabores con el más apasionante estudio que se puede hacer hoy en día sobre ellos. ¿Vas a perder la posibilidad de encontrar esos códices, por dedicarte a leer las inscripciones de un puñado de templos? En algún sitio ahí fuera, un formidable tesoro cultural está esperando a que alguien lo rescate y yo no pienso perder la oportunidad de ser quien lo haga.

—¿Pero crees que puedo alegremente abandonar mi investigación y gastarme el dinero en buscar un tesoro que muchos otros intentaron encontrar sin conseguirlo?

—Seguro que si diéramos con él, tu universidad no te echaría la bronca. No olvides que contamos con más información que los que nos precedieron; tenemos la seguridad de que existe una nueva vía de estudio y que esa vía pasa por un tipo al que yo podría reconocer. No me extrañaría que estuviese ahora buscándome aquí en Guatemala. Puede incluso que yo pudiera convencerle de que nos contara lo que sabe.

—¡Lo que sospechaba! ¡Si te busca es porque se la robaste! ¿Y estás tan loco que crees que ese tipo va a estar dispuesto a ayudarte? ¡Tendrás suerte si sales vivo de este asunto! La arqueología mueve mucho más dinero del que te imaginas, y te aseguro que si es cierto todo lo que se dice del legado de los ixchicaj, debe haber más de uno dispuesto a hacer lo que sea con tal de conseguirlo, y cuando digo lo que sea, es lo que sea, ¿me entiendes?

Con tantos problemas, no me había acordado de los tipos que andaban buscándome antes de que huyésemos de España y de lo extraño del fingido secuestro de mi madre. Efectivamente, si tenían auténtico interés en encontrarme, había ciertas posibilidades de que estuviesen por allí, puesto que tras la desaparición de Ricarda y el abuelo, mi familia, para tratar de interceder por ellos, se habría visto forzada a hacer público que estábamos en Guatemala.

—Mira Irina, lo que pasó simplemente fue que el tipo que la llevaba la perdió y yo la recogí. No tuve ocasión de devolvérsela. De veras que si hubiese podido, lo hubiera hecho.

Se me quedó mirando largo rato. De un lado de la balanza pesaba el riesgo personal de inmiscuirnos en un asunto peligroso y, del otro, su interés por una investigación en la que cualquier arqueólogo desearía participar, la oportunidad de hacer algo realmente grande. Para gente como ella, con una vida casi consagrada a los libros de historia, una oportunidad así era demasiado tentadora como para poder resistirse.

—Debo estar loca...

Se levantó y comenzó a caminar en silencio. Dejamos atrás el Templo I, avanzamos

por la Plaza Mayor y pasamos frente al Templo II y al Complejo N. A la altura de este último, espontáneamente empezó a contarme algunas generalidades sobre los mayas. Pasamos bastante más tiempo entre explicaciones y desplazamientos de unos sitios a otros hasta que por fin llegamos al Templo de las Inscripciones, donde, según me dijo, debía haberse centrado su investigación. Irina me explicó que el citado templo debía su nombre a los textos jeroglíficos grabados en la parte posterior de la gran cresta que culminaba su pirámide. Para entonces yo ya tenía una ligera sensación de estar perdiendo el tiempo, e irracionalmente sentía unas irrefrenables ganas de adentrarme de forma inmediata en la investigación del legado de los ixchicaj. Lo que había empezado siendo una excusa para estar más tiempo con ella, parecía que podría convertirse en algo más.

—Pero entonces, ¿pone algo ahí de los ixchicaj o no? —pregunté, sin esperar a que ella acabase de explicarme uno de los símbolos.

Irina pareció sentirse disgustada por mi interrupción.

—Los ixchicaj fueron masacrados en algún lugar de estos alrededores allá por el clásico tardío, cuando la cultura maya estaba envuelta en guerras terribles y sangrientas entre sus diferentes pueblos. Nuestra investigación es muy complicada puesto que en esa época tan tumultuosa, la gente tenía bastante con intentar salvar sus vidas, y se dejó de escribir en las edificaciones de esta zona. Algunos monumentos fueron incluso destruidos para utilizar sus piedras con el fin de construir murallas de forma rápida. Soy pesimista sobre la información que vamos a poder obtener aquí, no obstante, trataré de encontrar en la biblioteca de Flores algo que nos sirva. ¡Vaya, lo siento, se me ha hecho tarde! ¡Es casi la hora de comer, y Franck debe estar esperándome en el bar! Si quieres, puedes venir con nosotros.

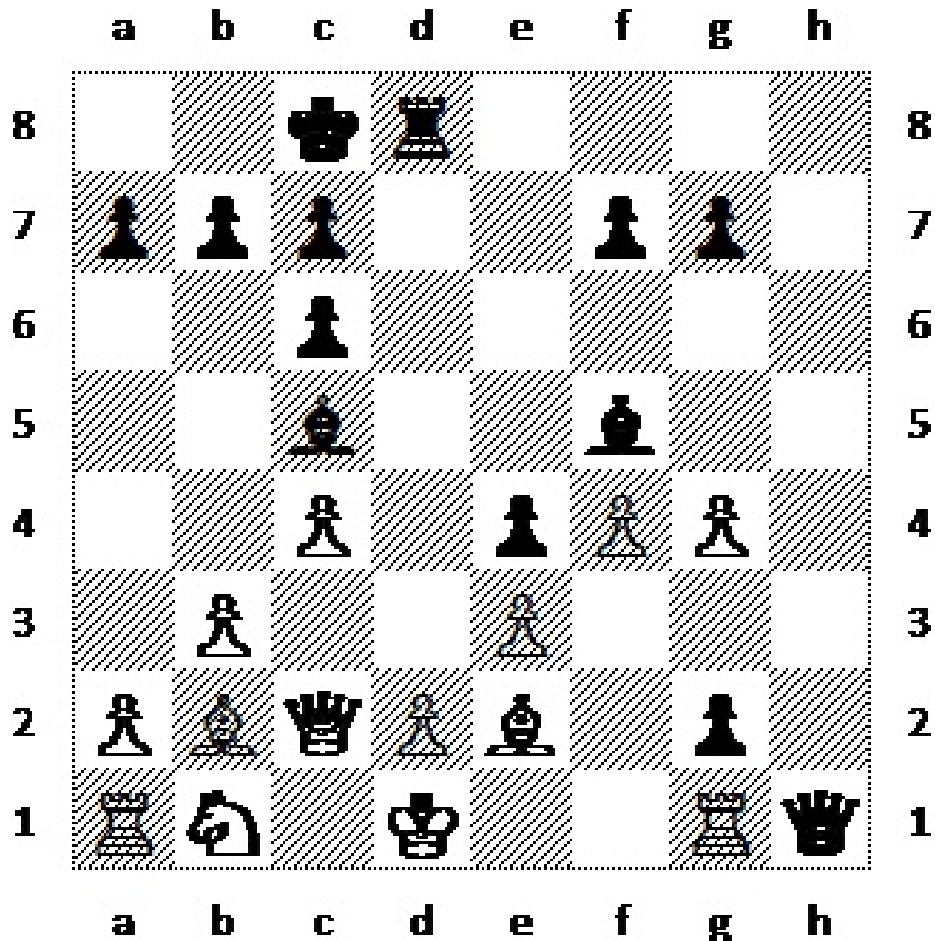
—No gracias. Dime dónde puedo localizarte. Yo voy a alojarme en un hotel que creo que está en mitad de la selva, cerca de un lago, y tengo entendido que es muy conocido.

—Sí, ya sé cuál es, no tendré dificultades en hacerme con el número de teléfono. Te llamaré si descubro algo de interés.

Intercambiamos nuestros datos personales y, a modo de despedida, nos dimos la mano de una forma muy profesional, con un firme apretón. Avancé unos pasos en dirección contraria a la de Irina y después me giré. Disfruté viéndola alejarse. Seguía sin estar seguro de la edad que tendría, pero entonces me pareció más joven que cuando la vi por primera vez.

XVIII

17. Rd1 Dh1



Qué sensación de impotencia el ver su dama al alcance de mi torre y no poder tomarla. Todavía cuento con una torre y un caballo de ventaja, pero mi situación es desesperante. Creo que lo mejor que puedo hacer es mover la dama y facilitar así una salida a mi rey, puesto que su peón en siete hace inviable cualquier maniobra con la torre o con el alfil.

18. Dc3 ...

Para cuando llegué a la entrada del recinto arqueológico, Mary y sus amigas llevaban ya un buen rato esperándome. Betty y Nancy dieron claras muestras de

desagrado por mi tardanza, pero por contra, Mary no parecía tan disgustada.

—¿Cómo te has retrasado tanto? —me preguntó Mary.

—Me he encontrado con Irina, la chica de la pareja con la que estaba hablando ayer cuando tú y yo nos conocimos. Es historiadora y está llevando a cabo una investigación aquí. Nos hemos hecho amigos.

Aunque temí provocarle celos, Mary no dio demasiada importancia a esa amistad, e incluso bromeó con la reacción que Bobalicón había tenido en el bar.

Dimos una pequeña vuelta por los alrededores, y luego nos fuimos a comer algo. Tardamos bastante en encontrar el bar que hacía las veces de restaurante en el interior del recinto monumental, y, cuando llegamos, comprobé que dentro estaban comiendo Irina y Bobalicón. Los saludé de lejos. Irina respondió con la mano a mí saludo y él no se dio por enterado. Respecto a la comida, no hubo mucho donde elegir: pollo asado de primero o pollo asado de segundo, pues aunque creo que también servían ensaladas, estas ya se habían agotado.

Poco tiempo después, Irina y Bobalicón se marcharon. Nosotros nos quedamos bastante más tiempo, y para cuando acabamos, el calor era ya mucho menos intenso, de forma que pudimos pasar una muy agradable tarde mirando los monumentos al más puro estilo turista, de prisa y sin enterarnos casi de lo que veíamos. De cuando en cuando, Mary leía en alto algo de mi guía para acto seguido traducírselo a sus amigas, pero como debía resultarle bastante aburrido, tan solo se detenía a hacerlo cuando lo visitado era muy grande. Creo que su idea de la importancia de los monumentos era proporcional al tamaño que estos tenían, de forma que se la notaba especialmente motivada cuando leía la altura de cada uno de ellos. Yo iba buscando inscripciones, aunque daba por seguro que Irina ya sabría perfectamente de cuáles se podría intentar sacar alguna información. Al haber empezado tan tarde nuestra visita, pese al veloz paso que llevábamos, no nos dio tiempo a verlo todo por lo que decidimos que volveríamos al día siguiente. Eso me vino muy bien, puesto que mi intención era permanecer allí hasta que Irina decidiese lo contrario. La verdad es que veía con escepticismo los futuros resultados de mi súbita actividad de búsqueda de tesoros, pero con ello mi mente estaba ocupada y eso me permitía sobrellevar la tensión del momento mucho mejor. Tikal estaba resultando ser un oasis en mitad del drama que me había rodeado desde que llegara a Guatemala.

Al entrar al hotel, el recepcionista me comunicó que había llamado una tal Irina preguntando por mí. Se me debió notar demasiado la ilusión que me hizo su llamada, y en esa ocasión sí que tuve que dar una explicación a Mary. Le dije que Irina había quedado en recomendarme unos libros sobre «la verdad de la conquista española» y, por raro que parezca, ella me creyó. Supongo que yo estaba adquiriendo tanta práctica en

mentir que cada vez resultaba más convincente.

Subimos a la habitación y la encontré plenamente de mi agrado; muy limpia y con unas preciosas vistas al lago. Para llamar a casa aproveché el rato en que Mary se metió en la ducha. Tuve suerte y pude establecer la comunicación al primer intento. Contestó mi madre. Parecía estar bastante tranquila aunque lamentablemente todavía no tenían noticias de Ricarda y el abuelo. Me comentó que mi padre estaba haciendo todo lo posible por aclarar nuestra situación legal en España, y que incluso contemplaba la posibilidad de viajar a México en caso de no recibir ninguna novedad en los próximos días. Seguidamente me dijo que ella había tenido algún pequeño problema de salud producto de los nervios, y me preguntó si yo contaba ya con algún plan para salir del país. Puesto que realmente no tenía la menor idea de cómo hacerlo, preferí contestarle que, aunque había barajado varias posibilidades, esperaría a que mi padre me aconsejase qué hacer cuando tuviéramos más información. Después traté de tranquilizarla respecto a la ausencia de noticias de ellos, apelando a las dificultades de comunicación con España. Nos despedimos y colgué el teléfono, emocionado. Pensé en fumar un cigarrillo, pero tenía que aprovechar la ducha de Mary para realizar otra llamada, así que descolgué nuevamente el auricular y marqué el teléfono de contacto que me había dejado Irina en su mensaje. Respondió al instante:

—Hola Daniel, te he llamado esta tarde porque he encontrado algo muy interesante en la biblioteca.

—Dime.

—Me sentiría más cómoda si te lo dijese en persona.

—Bien, ¿cuándo quieres que quedemos?

—Si no te viene mal, podríamos vernos esta misma noche.

Me tentó mucho tener un encuentro nocturno con esa mujer, pero oyendo que Mary cerraba ya el grifo...

—Creo que esta noche me va a ser imposible.

—Entonces si te parece bien, nos vemos mañana a eso de las diez en el Templo de las Inscripciones.

—Perfecto.

Colgué en el preciso instante en que salía Mary del baño. Alrededor de su cuerpo, llevaba una pequeña toalla enrollada, que por el lado superior apenas tapaba parcialmente sus senos y que era lo suficientemente corta como para que por el inferior, al moverse, se le viera parte del vello púbico. Mary, a juzgar por su maliciosa sonrisa, era consciente de ello. Parsimoniosamente se sentó en la butaca situada frente a mí, con las piernas juntas, y poco a poco, a medida que su sonrisa fue mostrando los blancos

dientes, las piernas empezaron a separarse dejando su sexo completamente a la vista. Me incorporé y fui hacia ella. Al llegar a su lado, me arrodillé..., y mientras besaba la parte interna de sus muslos pensé en la cantidad de agua que gastaba esa chica; se había duchado ya tres veces ese mismo día y probablemente lo haría una cuarta.

Salimos para Tikal bastante temprano. La ilusión por volver a ver las ruinas parecía haber descendido en Betty y Nancy, que amenazaron con querer abandonar la zona una vez hubiéramos dado un vistazo rápido a lo que nos faltaba por ver. Yo me negaba alegando que me había costado demasiado ir hasta allí para verlo en solo dos días. Mary se puso de mi parte, y en el momento en que la discusión se acrecentó, dejó de traducirme lo que se estaban diciendo. Para cuando llegamos a Tikal, el tenso debate se había transformado en un cortante silencio. Cruzamos la plaza y mientras Nancy y Betty se entretuvieron visitando el Templo II, nosotros nos fuimos a la Acrópolis Norte. Mary me comentó que habían acordado separarse. Betty y Nancy seguirían el viaje tal y como lo habían programado, de modo que inminentemente abandonarían Guatemala para irse a disfrutar de las playas de Cayo San Pedro. Por su parte, Mary había decidido quedarse conmigo algunos días más para luego unirse a ellas antes de su vuelta a casa. De forma indirecta, me insinuó la posibilidad de que la acompañase yo también, pero pasé por alto la invitación e incluso me aventuré a decirle que estaba también interesado en visitar Chichén Itzá, en México. Posteriormente me preguntó que cuántos días tenía previsto para eso, y respondí con un lacónico «no lo sé exactamente». Imagino que ella querría echar sus cuentas para ver si contaba con tiempo suficiente para estar allí conmigo antes de volver con sus amigas. Sentí lástima por esa chica, saltaba a la vista que yo le gustaba bastante. En circunstancias normales, creo que me hubiera planteado establecer una relación seria con ella, pero aquel no era el momento oportuno. Mi objetivo prioritario se centraba en salir de Guatemala y volver a España.. Para colmo estaba lo de Irina. Era plenamente consciente de las escasas posibilidades que tenía con ella, pero con su sola presencia me encontraba tan bien que quedaban eclipsados toda clase de sentimientos realmente amorosos hacia Mary.

Como se aproximaba la hora en que había quedado con Irina, insté Mary a que fuera a limar asperezas con sus amigas mientras yo visitaba algún monumento de los alrededores. Me pidió que la acompañara, pero le respondí que lo mejor era que hablasen ellas solas, y que una vez tuviese claro lo que iban a hacer, me lo dijera. Convinimos en encontrarnos una hora más tarde en el Grupo F. Me hubiera gustado contar con más tiempo, pero tratar de alargarlo hubiese sido sospechoso; por el momento no quería hacer a Mary partícipe de lo que teníamos entre manos Irina y yo.

Me apresuré para llegar cuanto antes al Templo de las Inscripciones.

—¿Qué tal te ha ido Daniel?

—Digamos que he tenido una noche bastante movida.

Ella pareció comprender y sonrió.

—Ayer pasé casi toda la tarde en la biblioteca, tuve suerte y encontré algo realmente bueno; un libro con cierta información que nos puede venir muy bien. Te lo enseñaré.

Nada más ver el grabado de la mujer con el mazo y el niño, lo recordé perfectamente. Era igual al que había sacado de la biblioteca de D. Pedro el mismo día que tuvimos el accidente.

—Conozco ese libro, tengo uno igual en casa.

Irina pareció perpleja.

—¿Y si ya lo tienes, cómo es que me dijiste que no sabías apenas nada de los ixchicaj?

—Lo tengo, pero no lo he leído.

—¡Basta ya de reírte de mí! Primero posees una de las antigüedades más buscadas en el mundo de la arqueología y dices que apenas sabes lo que es. Luego resulta que tienes uno de los libros que más información da al respecto, y no lo has leído. ¿A qué estás jugando?

—Puedes creértelo o no, pero te aseguro que fue una casualidad que llegase a mis manos, y no he leído nada de él porque hasta hoy desconocía que pudiera estar tan relacionado con mi amuleto. ¿Qué es lo que dice?

No sin cara de fastidio, Irina me contó que se había pasado casi toda la noche leyéndolo. En él se narraban los enfrentamientos entre las distintas comunidades mayas en el clásico tardío, y concretamente se mencionaba a un pueblo atacado y masacrado entonces. El libro había sido escrito en los años cuarenta y, aunque no tenía muchas referencias a ese misterioso pueblo, sí que coincidía buena parte de lo que de él se señalaba con las leyendas atribuidas a los ixchicaj. Debió ser tal la emoción por leer algo relacionado con nuestro caso, que Irina sintió el impulso de contármelo nada más descubrirlo y esa había sido la razón por la que me había llamado la noche anterior.

—He estado comparando fechas y creo que los agresores de los ixchicaj no debieron de ser los guerreros de Tikal, tal y como se da por supuesto, sino los de otra ciudad situada a unos veinticinco kilómetros al norte, Uaxactún. Puede que allí exista alguna inscripción relacionada con esa guerra. Ya te dije que los mayas solían esculpir ese tipo de acontecimientos en sus templos, por tanto, tengo la esperanza de que hicieran referencia de la masacre en alguna de sus edificaciones.

—Eso significa que tendremos que ir allí. Por cierto, ¿has pensado cómo vas a justificárselo a tu acompañante?

—Pues sí, precisamente ya le he comentado que tengo intención de ir a Uaxactún para analizar algunos grabados, y él ha insistido en ir conmigo porque también quiere conocer sus ruinas. Ten en cuenta que esa es una de las ciudades más interesantes del antiguo mundo maya; cronológicamente hablando fue contemporánea a Tikal, pero se cree que su comienzo pudo haber sido alrededor de 2000 años a. C. ¡Eso significa que para cuando se fundó Roma, Uaxactún ya tenía unos 1200 años de antigüedad! Impresionante ¿verdad?

—Sí, sí que lo es.

El llamado Nuevo Mundo no era tan nuevo, pensé.

—Bueno, entonces, ¿no te importa que él venga con nosotros?

—En absoluto, de hecho yo también llevo acompañante.

—¿Acompañante o acompañantes?

—Acompañante.

Volvió a sonreír de la misma forma que había hecho antes.

—Existe un problema para llegar allí, y es que, a pesar de que en la época seca algunos autobuses hacen el recorrido entre Tikal y Uaxactún, ahora se encuentra suspendido el servicio a causa de un incidente ocurrido hace un par de días. Al parecer un grupo de forajidos detuvo uno de esos vehículos, hicieron bajarse a todos los ocupantes y lo incendiaron. Una acción de la guerrilla creo. El resultado es que las autoridades han prohibido el paso por la carretera mientras buscan a los culpables.

—Entonces no podremos visitar las ruinas...

—En eso te equivocas, con un poco de suerte podremos hacerlo. Varios grupos de arqueólogos realizan estudios sobre la ciudad y, que se sepa, no han interrumpido sus labores. Bastará con que nos hagamos pasar por uno más de esos grupos. El único inconveniente es llegar a las ruinas. Una vez allí, Franck y yo nos identificaremos como expertos, tú y tu acompañante como estudiantes-colaboradores. Pienso que eso será suficiente para poder integrarnos en el campamento. Te repito que el principal escollo es llegar hasta allí; lo demás déjalo de mi cuenta.

—Bueno pues... adelante, ¿no?

—He de advertirte, Daniel, que el camino no es fácil. Habremos de vérnoslas con un recorrido consistente en una travesía que nos llevará entre seis y ocho horas andando bajo dos amenazas: por una parte, la de ser detenidos por el Ejército y, por otra, la de ser atacados por el grupo de guerrilleros que el Ejército anda buscando. Respecto a esta última, creo que hasta ahora los turistas no han formado parte de sus objetivos, pero nunca se sabe. Si tienes miedo podríamos dejarlo para más adelante. Quizás la situación se tranquilice en un futuro próximo.

Esta vez fui yo quien sonrió.

Nos emplazamos para salir al amanecer, tras haber convencido a nuestros respectivos..., ¡lo que fueran!

Me encontré con mis nuevas amigas en el Grupo F y comprobé que el ambiente entre ellas era más saludable. Betty y Nancy habían comprendido las razones de Mary para quedarse conmigo unos días más. Ellas definitivamente se irían ese mismo día y Mary se les uniría en breve con la intención de poder continuar el viaje las tres, tal y cómo lo habían programado antes de conocerme.

Aprovechamos la mañana visitando las ruinas hasta que llegó el momento en que Betty y Nancy fueron a recoger sus equipajes y a esperar el autobús que las llevaría desde el mismo hotel hasta Flores.

Después de despedirlas, Mary y yo nos fuimos a dar un paseo por los alrededores del lago. Era tremenda la cantidad de mosquitos que nos rondaban al anochecer, y ella iba constantemente rociándose de repelente. Había llegado a acostumbrarme tanto a ese olor que ya casi me gustaba, y me preguntaba si a los mosquitos les pudiera estar ocurriendo lo mismo.

Nos sentamos en la orilla y, mientras contemplábamos la bonita puesta de sol, Mary me habló de Colorado, de sus estudios, de su nueva vida en la ciudad de Boulder donde compartía piso con Betty y Nancy, de la tienda de deporte en que trabajaba ocasionalmente para ganarse un dinero extra. Yo volví a hablarle de España. Preferí no hacer referencia a su situación política actual y me centré en contar parte de su historia y en destacar la belleza de algunos de sus parajes y ciudades. Me comentó que le resultaba muy sorprendente el hecho de que durante tantos años hubiésemos sido un imperio tan grande y ahora fuésemos un país más pequeño que el estado de Texas. He de reconocer que no me sentó nada bien la comparación.

—Puede que ahora seamos un país pequeño, pero nuestra lengua es una de las más habladas del mundo y, que yo sepa, el idioma texano no existe.

Sin entender que había herido mi orgullo, ella reaccionó riendo.

—En eso te equivocas; en USA se habla inglés, pero en Texas se habla «texano».

Y rio aún más fuerte.

Cenamos en el restaurante del hotel. Elegimos una mesa al aire libre bajo la luz de una vela, y esa noche estuve mucho más cariñoso que las anteriores.

Nos despertó el sonido del teléfono. Era Irina, que había decidido unilateralmente adelantar la hora de salida y quería que partiésemos de Tikal a las ocho. Miré el reloj y apenas eran las cuatro y cuarenta y cinco de la madrugada. Después de pasarse la mayor parte de la noche anterior leyendo y dadas las horas que tenía de llamar, pensé que,

desde luego, no era una persona a la que le gustase mucho dormir. Antes de colgar me comentó que se había hecho con una tienda de campaña, sacos y lo que ella denominó «todo el material necesario para la marcha».

Durante la velada anterior no le había mencionado a Mary nada al respecto, así que le expliqué, sin darle importancia, que Irina y su pareja se habían prestado a acompañarnos a Uaxactún, que los dos eran expertos en arqueología y que me había parecido muy interesante pasar unos días con ellos. A esas alturas ya debía considerarme un tipo bastante raro y, más que sorprendida, la sentí molesta por no haberle informado antes. Más tarde, cuando nos levantamos, traté de ser muy considerado con ella, y creo que eso, unido al recuerdo de la dulce noche pasada, debió disipar su malestar.

Hicimos las presentaciones de rigor. Traté de estar muy cortés con Bobalicón, y él, al menos, estuvo correcto conmigo. Para justificar nuestra compañía en ese viaje, Irina le había contado que mi padre era una especie de «mecenas» muy dado a financiar investigaciones arqueológicas, y que invitarnos a acompañarlos le había parecido una buena manera de ganarse su amistad con vistas a conseguir una posible ayuda económica para sus futuros proyectos. Ella era consciente de que eso le motivaría a tratarme de modo adecuado, ya que de todos es conocido que el mundo de la cultura siempre está necesitado de personajes dispuestos a aportar dinero.

En seguida nos alejamos unos cuantos metros de la carretera para evitar el control policial, aunque permanecemos avanzando paralelos a vía para no perdernos. A pesar de que sus pases de investigadores posiblemente hubieran bastado como carta de presentación para los militares, Mary y yo no teníamos ninguna acreditación de ese tipo, y eso podría dificultar que hiciesen la vista gorda en caso de detectarnos. Por eso, tal y como habíamos convenido Irina y yo el día anterior, el plan consistiría en intentar llegar a Uaxactún evitando los controles policiales. Comentamos a Bobalicón y a Mary la situación generada por el conflicto entre el Ejército y la guerrilla en esa zona y el riesgo que íbamos a asumir, pero ninguno puso objeciones a intentar llegar a Uaxactún de esa forma. Recuerdo que al comienzo de la marcha los tres iban muy tensos, mirando hacia todas partes como si de un momento a otro fueran a aparecer los soldados, pero progresivamente fue disminuyendo su tensión hasta que dos horas más tarde cualquier observador exterior hubiera dicho que iban de excursión a comerse un bocadillo al campo. Fue precisamente entonces cuando yo empecé a estar más tenso. Hacía un rato que los ruidos propios de la selva habían disminuido, lo que me llevó a pensar que aparte de nuestra presencia, algo más incomodaba a los animales de nuestro alrededor. Insté a mis acompañantes a avanzar sigilosamente y con ello retornó su preocupación. Después me pareció escuchar algunas voces lejanas y me detuve. Los tres hicieron lo

propio.

Es curioso comprobar cómo todas las personas reaccionamos de la misma manera ante situaciones de alarma: primero nos paralizamos, después contenemos la respiración tratando de no dificultar la labor del oído, los músculos se tensan, tanto los grandes que controlan piernas y brazos como los de las cuerdas vocales (de ahí ese sonido agudo de voz propio de quien está «muerto de miedo»). Siempre que pasé por situaciones de ese tipo repetí el mismo proceso de forma inconsciente, y en mi época de guerrillero pude comprobar que al resto de los combatientes les ocurría lo mismo, aunque no tuvieran consciencia de ello.

La vista me confirmó su presencia: desde mi posición divisé un Jeep del Ejército. El control estaba compuesto por cuatro soldados que parecían bastante distraídos. Nos adentramos un poco más en la maleza para bordearlos sin ser detectados. Su falta de atención hacía que el peligro no viniera tanto de los que estaban a la vista, sino de la posibilidad de que hubiese algún otro merodeando por la zona. Caminábamos en silencio, atentos a cualquier movimiento. A Bobalicón se le notaba especialmente nervioso. Imaginé que estaría muy arrepentido de haberse involucrado en ese lío. Mary le seguía en nerviosismo. Irina, sin embargo, parecía afrontar la situación con bastante entereza. Noté que me miraba y me pareció que sentía cierta admiración por mí al darse cuenta de la frialdad con la que yo me manejaba; mi experiencia en la guerrilla me había curtido en situaciones de ese estilo. Recreándome en ello, me permití el lujo de imprimir algo más de dramatismo para seguir llamando su atención. Había pasado ya mucho tiempo desde que dejásemos atrás el control, pero yo continué deteniéndome de cuando en cuando para prolongar ficticiamente la aventura. Tan solo cuando creí que iban a empezar a sospechar de mi comedia, rompí el silencio permitiendo que ellos también se relajaran. Había conseguido esquivar el control militar y ganar una pequeña batalla en la guerra incruenta cuyo objetivo era recibir los favores de Irina.

Llegamos a Uaxactún dentro del lapso de tiempo previsto. Las pocas personas que se encontraban en las ruinas eran profesionales, es decir, un reducido número de arqueólogos acompañados por algunos trabajadores de la zona. Se estaban llevando a la vez diferentes proyectos de investigación financiados por distintos países, de manera que, nada más ver el ambiente, se podía percibir la rivalidad que existía entre unos y otros. La falta de relación de los distintos grupos fue lo que nos permitió conservar nuestro anonimato, ya que nadie se tomó la molestia de dirigirnos la palabra.

La zona prevista para acampar era muy pequeña y estaba repleta de tiendas; por tanto, íbamos a tener que buscar en los alrededores del recinto otro lugar para la nuestra. A ninguno nos apetecía dar más vueltas en ese momento y, por unanimidad, decidimos

trasladarnos directamente a las ruinas aplazando el resto para más adelante. Comenzamos nuestra visita a Uaxactún con propósitos muy distintos: Irina y yo en busca de inscripciones que nos aportaran alguna información respecto de los ixchicaj, Bobalicón para analizar sus edificios y Mary de turismo.

Hubo suerte y Bobalicón acometió su visita de forma independiente, dejándonos al resto a nuestro libre albedrío. El día no podía ir mejor.

Uaxactún posee ocho conjuntos arquitectónicos. El más importante agrupa tres templos adosados que servían de observatorio astronómico. Estos templos están dispuestos de tal manera que un observador situado enfrente puede ver cómo el día del solsticio de verano, el sol amanece por el templo situado al norte, y el día del solsticio de invierno, por del templo al sur. Detrás de estos templos se encuentra otro, muy antiguo, cuya escalera está flanqueada por dos máscaras de piedra caliza. Irina iba contándonos algunas curiosidades de los mayas a la vez que buscaba inútilmente inscripciones que nos ayudasen en nuestra, hasta entonces, secreta investigación. Durante todo el día observamos con detenimiento cada conjunto de edificios, pero el resultado fue totalmente infructuoso. Por la tarde volvió a unírse nos Bobalicón, ralentizando nuestra marcha, ya que le dio por enumerarnos todos y cada uno de los detalles constructivos de los edificios por los que pasábamos. Las largas explicaciones, unidas a la necesaria traducción al español, nos obligaron a abandonar las ruinas antes de visitar todos los conjuntos.

A la caída del día nos adentramos en la selva con la intención de buscar, por fin, un lugar de acampada. Anduvimos bastante tiempo y finalmente plantamos la tienda, con ciertas dificultades por la falta de luz, en un sitio medianamente aceptable y donde pudimos disfrutar de una agradable cena, dentro de las incomodidades propias de la ocasión.

Tras la cena, después de una breve charla, llegó la hora de acostarnos. Me las ingenié para dormir entre Mary e Irina. Hubo un momento en que pareció estar todo perdido, pues iba a ser Bobalicón quien tuviese a uno de mis lados (en el otro, por supuesto, tendría que estar Mary), pero afortunadamente Irina, en un gesto claro de cortesía más que de otra cosa, dijo que dado que Franck se movía mucho por las noches, sería mejor que él durmiera en uno de los laterales de la tienda con el fin de evitarme a mí molestias. Respondí educada e hipócritamente que no me importaba en absoluto, pero, por suerte, el orden de los sacos había sido ya alterado de forma que el de Bobalicón, dispuesto en un primer momento entre el mío y el de Irina, ahora se encontraba en uno de los laterales de la tienda, y el mío, entre los de las dos mujeres, tal y como era mi deseo.

Tardé mucho en dormirme pese a que estaba bastante cansado. Sentí cómo, uno a uno, mis compañeros de tienda iban cambiando el ritmo de sus respiraciones y hacían esos convulsivos movimientos propios de cuando uno va cayendo en los brazos de Morfeo. Me encantaba la proximidad del cuerpo de Irina. Tan solo cuando estuve seguro de que todos dormían, me recosté sobre el lado que daba hacia ella. Percibí su olor corporal acrecentado por la larga marcha, y, lejos de parecerme desagradable, sentí no poder captarlo con mayor intensidad. Ella se movió ligeramente y de forma fortuita chocaron nuestras piernas. Mi imaginación se aceleró desplegando situaciones no tan inocentes como la de ese ligero contacto. Por suerte, todas quedaron recluidas en mi pensamiento y no hice ninguna tentativa de proseguir con las acciones que me sugerían esas malévolas ideas. Me conformé, pues, con permanecer en esa posición durante algunos minutos más, al cabo de los cuales empecé a sentirme ridículo, por lo que finalmente adopté una postura más cómoda y me dispuse a conciliar el sueño.

Me despertó Bobalicón cuando se incorporó para salir de la tienda. Me desperecé y comprobé que Mary estaba con los ojos abiertos. Le di los buenos días y la besé. Irina también estaba despierta y nos saludó animosamente. Preparamos entre todos un rápido desayuno y, mientras tomábamos el café, elaboramos el plan del día. Mary y Bobalicón eran partidarios de ver algo más de Uaxactún y volver a Flores ese mismo día. Irina y yo, indudablemente, no teníamos previsto hacer tal cosa hasta agotar las posibilidades de encontrar algún detalle que nos sirviese en nuestra «especial investigación». Discutimos un poco y no fuimos capaces de elaborar un buen argumento para convencerlos. Bobalicón, supongo que bastante escamado debido al súbito interés de Irina por permanecer en una zona a la que un par de días antes ni siquiera se habían planteado visitar, se dirigió a ella de forma algo brusca. No necesité entender mucho inglés para saber que le preguntó cuál era la verdadera razón para que quisiera quedarse allí. En ese momento Irina me miró de forma bastante expresiva y acto seguido comenzó a contarle la verdad. A Mary la noté encantada con la aventura en la que la había metido, y Bobalicón, durante cierto tiempo, sostuvo un claro gesto de perplejidad. Era como si no terminase de creérselo pese a que necesitó aún menos tiempo que Irina para comprobar la autenticidad del amuleto. Más que su primera reacción, me sorprendió la actitud que adoptó después. Yo esperaba de su parte una rotunda negativa a seguir adelante con nuestro plan e incluso estaba preparado para hacer frente a la amenaza de una denuncia; pero, para mi sorpresa, no puso ningún impedimento. Bien era verdad que la importancia arqueológica de lo que andábamos buscando era más que suficiente para motivar el interés de cualquier amante de la historia, pero lejos de manifestar ciertas reservas a lo que nos proponíamos, tal y como Irina había hecho en su momento, él no argumentó nada

en contra.

A partir de entonces la conversación cambió de rumbo y nos concentramos en elaborar un plan del día acorde con nuestra búsqueda.

—Ya que estamos de acuerdo en seguir adelante con esto, propongo volver a Uaxactún para continuar buscando algo que nos ayude en nuestra investigación —les dije.

—El secreto de los ixchicaj ha permanecido oculto durante cientos de años, y si hubiera alguna evidencia de su paradero en Uaxactún, ya habría sido descubierta puesto que aunque no son ruinas muy visitadas por los turistas, sí que han sido bastante estudiadas por expertos. Quizás sería más útil dirigirnos a Nakum; esas ruinas no son tan conocidas. Es una posibilidad remota hallar algo de interés allí, pero no tenemos nada que perder —dijo Bobalicón según la traducción que me fue haciendo Mary.

A todos nos pareció muy apropiado su comentario y nos pusimos a recoger nuestras cosas para iniciar la marcha a Nakum cuanto antes.

Avanzamos a buen ritmo por la selva. La altura de los árboles y la poca luz que dejaban entrar, habían hecho que a ras de suelo la vegetación fuera menos abundante de lo que se podría pensar desde fuera. Durante la marcha pudimos disfrutar de la compañía de monos, tucanes y algunos otros animales no tan agradables como una tarántula a la que a punto estuve de pisar.

Nos hubiese sido imposible orientarnos de no ser por el mapa y la brújula que también Irina se había encargado de traer. El camino era largo, y tras unas horas de marcha sin mayores incidentes, paramos a comer. No lo hicimos en demasía, nos limitamos a unos bocadillos. La previsión de Irina, aunque grande, no había llegado hasta el punto de cargar comida para muchos días; y, puesto que desconocíamos a priori el tiempo que iba a durar nuestro alejamiento de las zonas en que podíamos hacernos con víveres, decidimos racionar la comida. Después de comer, Mary me comentó que debía apartarse un poco porque necesitaba cumplir con ciertas necesidades fisiológicas. Lo de la tarántula la hizo desechar la idea de ir sola y le pidió a Irina que la acompañara. Así pues, se alejaron juntas en busca de un sitio lo suficientemente discreto para el evento. La espera resultó algo tensa. Mi inglés era tan malo que Bobalicón apenas comprendió algunas de las pocas palabras que me atreví a pronunciar. A los pocos minutos los dos éramos plenamente conscientes de que cualquier tipo de conversación era imposible y no seguimos esforzándonos. Pasaba el tiempo y las dos mujeres no aparecían. Empecé a intranquilizarme. Por señas más que por palabras, le dije a Bobalicón que iría a buscarlas y le hice comprender que no se moviera de ese lugar por si volvían antes de que yo las encontrara. Mientras me alejaba dudé en alzar la voz para ver si respondían a

mi llamada, pero desestimé esa posibilidad pensando en que si su ausencia se debía a un encuentro con soldados, estos iban a ser los únicos beneficiados por mis gritos. Anduve largo rato y no hallé señal alguna de ellas. En un momento dado, me pareció oír el sonido de un río y fui hacia él. La zona cercana al agua sí que estaba repleta de follaje y me resultó muy difícil avanzar por ella; pero continué en mi empeño ya que temía desorientarme y pensé que la mejor manera de no perderme era tener el río como referencia. Además, supuse que si ellas estaban perdidas, harían exactamente lo mismo que yo. Seguí el curso descendente. Al bordear uno de los meandros, el río se hacía mucho más ancho y sus aguas más tranquilas. La vegetación aún me impedía avanzar cómodamente. Me preguntaba si Mary e Irina habrían vuelto junto a Bobalicón, cuando escuché algo así como un chapoteo. En un principio pensé que simplemente se trataría de un pez; pero, atraído por el sonido y pese a la gran dificultad que entrañaba acercarse aún más al agua, me abrí paso hasta casi la misma orilla. Fue toda una sorpresa comprobar cuál era la causa.

Mientras yo había estado buscándolas en continua pelea con la exuberante vegetación, sin más ayuda que mis doloridas manos y presa de la angustia producida por su desaparición, ellas habían estado disfrutando de un plácido baño. Me sentí muy molesto por su falta de consideración y a punto estuve de abroncarlas desde donde me encontraba, pero no lo hice. Mary permanecía tumbada en la orilla secándose al sol, mientras Irina disfrutaba del agua. La total desnudez de la primera me hizo pensar que lo único que envolvía en ese momento la piel de la segunda era el río. Ante la posibilidad de comprobarlo, volví a agazaparme en mi improvisado observatorio. No pasó mucho tiempo hasta que Irina lentamente se dirigió hacia la orilla. Esperé con impaciencia el instante en que la poca profundidad le impidió seguir nadando y tuvo que incorporarse. Entonces, lentamente su cuerpo comenzó a emerger del agua. Lo primero que grabé en mi memoria fueron sus pechos, dotados de una forma y tamaño perfectos, después le tocó el turno a su vientre, terso y firme, y por último su ...

Mary, que parecía estar ya seca, se levantó y comenzó a vestirse, e Irina aprovechó el mismo sitio para tumbarse. Me hubiese encantado permanecer más tiempo allí, pero temiendo que pudieran detectar mi presencia, preferí alejarme sigilosamente y volver a esperarlas donde estaba Bobalicón. Cuando llegué, este se hallaba cómodamente recostado en un tronco cercano al lugar donde habíamos comido. Entre gestos y palabras sueltas, traté de explicarle que no las había encontrado, y la verdad es que él no pareció afectarse tanto como yo esperaba. Llegué a la conclusión de que, desde luego, era un tipo muy raro.

Me dediqué a representar el papel de preocupado para que no sospechara que las

había visto, y así fue pasando el tiempo hasta que aparecieron. Lo primero que hizo Bobalicón fue interrogar a Irina en un tono que, una vez más, me pareció muy grosero. Yo también pregunté a Mary que dónde se habían metido; y ella contestó que como no habían tenido la oportunidad de lavarse desde el día anterior, les apeteció darse un chapuzón. Bobalicón montó en cólera y reaccionó de una forma exagerada que contrastó con la tranquilidad que parecía tener cuando aún no habían vuelto. Yo, por el contrario no pude hacerme demasiado el indignado. Finalmente ellas prometieron no volver a hacer algo así sin avisar, y con caras de pocos amigos continuamos la marcha. Al iniciar el camino, no pude por menos de reírme interiormente.

Cuando llegamos a Nakum nos percatamos de que la casi nula restauración de sus ruinas iba a impedirnos ver algo de interés. Irina y Bobalicón, aunque defraudados, adoptaron una postura muy profesional, pero a Mary y a mí se nos notó inmediatamente la desilusión. La maleza que rodeaba cada uno de los edificios hacía casi imposible ver algo de sus fachadas. Los cuatro nos dedicamos a deambular por la zona buscando inscripciones a simple vista, pero no encontramos nada que sirviera para nuestros propósitos. No tardó mucho en anochecer y, una vez más, nos vimos en la necesidad de buscar sitio donde acampar. Esa noche no tuve tanto interés en dormir junto a Irina; la escena del río me había parecido mucho más estimulante que tenderme a su lado, y aunque repetimos las posiciones de la noche anterior, me dormí rápidamente.

A la mañana siguiente, en vista del poco éxito que habían tenido nuestras incursiones a Uaxactún y a Nakum, pensamos que lo mejor sería buscar información en los libros. Así pues, como teníamos por delante otro largo día de marcha a través de la selva, iniciamos temprano el camino de vuelta. No hubo que preocuparse por los controles policiales ya que en todo momento caminamos muy lejos de las carreteras, y, sin pasar por Tikal, nos desviamos hacia el hotel en el que habíamos estado alojados Mary y yo. Llegamos a nuestro destino justo antes del anochecer, prácticamente exhaustos aunque contentos por ver recompensados nuestros esfuerzos con una cómoda noche en un hotel de lujo. Afortunadamente no hubo problema para conseguir habitaciones. Mary y yo ocupamos la nuestra y lo primero que hicimos, como no podía ser de otra forma, fue ducharnos juntos.

Esta vez fui yo el primero en abandonar el baño, y antes de terminar de arreglarme para bajar a cenar, llamé a casa. Respondió mi padre. Todavía no había recibido ninguna noticia del abuelo y de Ricarda. Estaba tan preocupado por ello que tenía ya todo preparado para volar a México de forma inminente, pues había llegado a la conclusión de que la manera más rápida de saber de ellos era ir él mismo a buscarlos donde se suponía que debían haber llegado. Tenía la intención de interrogar tanto a las autoridades

fronterizas como a cuantos pudieran saber de su paradero. Se disculpó conmigo por no concentrar sus esfuerzos en sacarme de Guatemala y me pidió que comprendiese que lo primero era intentar dar con ellos puesto que, de estar vivos, previsiblemente se encontrarían en peores condiciones que yo. Por supuesto que le apoyé en lo que tenía previsto hacer y, respecto a mi situación, le dije que no se preocupara ya que por primera vez estaba casi disfrutando de mi estancia en este país. Le hablé de mis nuevos amigos y de los ixchicaj. Pareció un poco disgustado por mi nueva actividad y varias veces insistió en que no me metiese en problemas. Luego me hizo contarle otra vez todos los detalles relacionados con el momento en que dejé al abuelo y a Ricarda en manos de Diego. Él, al igual que yo, pensaba que había muy pocas esperanzas de que estuvieran con vida, pero sin duda, antes de rendirse, mi padre haría todo lo que estuviera en su mano para tratar de encontrarlos. Me instó a que cada día me pusiera en contacto con mi madre para poder estar al corriente de sus propios mensajes. Después me dio por preguntarle por cómo andaban las cosas por España, y recuerdo que me respondió que habían empezado a circular monedas con la efigie del rey y que se habían celebrado elecciones de alcaldes, algo que no había ocurrido en los últimos cuarenta años. También aprovechó la ocasión para indicarme que, con el cambio de régimen, probablemente mi situación legal sería más favorable, y en cierta forma me reprendió por haber cometido la equivocación de huir de España de esa manera. Tenía razón en que había sido un enorme error, pero me molestó que a esas alturas me lo echase en cara; todos, incluido él, habíamos participado en esa estúpida decisión y, sin duda, sobran sus comentarios sobre la torpeza de tal acción cuando yo, mucho antes que él, había empezado a sufrir las consecuencias. Colgué el teléfono un poco molesto; si algo no necesitaba entonces era deprimirme pensando en que la tragedia que nos había ocurrido era producto de una estupidez.

Estuve tan concentrado en la conversación, que no me percaté de que Mary llevaba tiempo escuchando.

—Tú no has venido aquí ni para hacer turismo ni para buscar tesoros.

—No —contesté fríamente, y ella me miró fascinada.

Nos juntamos para cenar con Irina y Bobalicón, y mientras disfrutamos de una excelente comida, acordamos dirigirnos al día siguiente a Ciudad de Guatemala para estudiar los archivos de la Biblioteca Nacional, creyendo que allí habría más posibilidades de recabar información sobre los ixchicaj. No me resultaba muy agradable tener que volver a viajar por el país, transgrediendo así el consejo de no buscarme más problemas, que me acababa de dar mi padre; sin embargo, quedarme allí solo era algo que no me atraía nada y me contenté pensando que si iba a salir por la frontera mexicana,

más pronto o más tarde habría de abandonar lo que hasta entonces había parecido la zona más segura para mí. Ahora, creo que en mi decisión lo que realmente influyó fueron mis ganas de seguir en compañía de Irina y de Mary por encima de cualquier otra cosa.

El viaje a Ciudad de Guatemala lo hicimos en autobús. Para ello utilizamos una línea bastante moderna cuyos pasajeros eran casi todos extranjeros. Recordando las lamentables condiciones en las que había viajado con el abuelo, Ricarda y Fraternidad, agradecí profundamente la inyección económica dispensada por el infortunado conductor de autobuses que tan amablemente me había «regalado» su paga. Un grupo de militares nos obligaron a detenernos a mitad de camino, pero ni siquiera nos llegaron a pedir la documentación; obsesionado con dar al mundo una imagen de normalidad, el Ejército había suavizado los controles con los turistas. Al llegar a la capital nos alojamos en un muy buen hotel, con menos encanto que el situado en plena selva de El Petén, pero con todas las comodidades posibles. Después de cenar, Mary propuso ir a dar una vuelta. Al principio lo consideré una frivolidad, pero luego cambié de opinión; la última vez que había salido de noche a tomar algo por gusto había sido en España, y la verdad es que me apetecía mucho. Así pues, les propusimos nuestra idea a Irina y Bobalicón, y antes de que este diera su respuesta, ella se anticipó contestando afirmativamente, de manera que nos pusimos en camino hacia una especie de sala de fiestas de la que nos habían dado buenas referencias en el hotel y que, como cabía esperar, estaba llena de extranjeros. Pedimos nuestras copas y en seguida Mary e Irina se fueron a bailar dejándonos solos a Bobalicón y a mí que, conocedores de nuestras dificultades de comunicación, no hicimos ni siquiera intento de hablarnos. Me entretuve viendo cómo bailaban las chicas a la vez que devolvía sin mucho entusiasmo las románticas miradas provenientes de Mary; aunque como de costumbre mi atención se la llevó Irina, que estaba empezando a convertirse en una obsesión. Acabé mi copa y fui a la barra para pedir una segunda. Al hacerlo, un tipo que estaba justo a mi lado, reconoció mi acento.

—¿Eres español?

Dudé en contestarle, pero ante la evidencia y en vista de que no tenía pinta de ser policía o militar, le dije que sí.

—Yo también lo soy. No se ven demasiados por aquí —comentó él.

—Supongo que la situación del país no es todo lo ideal que podría ser para venir a hacer turismo.

—Tampoco las cosas andan demasiado tranquilas en España. Mucho cambio para tan poco tiempo.

—Imagino que sí.

—¿Qué haces por aquí? —pregunté.

—Nada en concreto, tengo previsto pasar una temporada conociendo Centroamérica. He estado en México y en Honduras, y ahora me dispongo a recorrer Guatemala, aunque está esto tan revuelto que estoy pensando en seguir viaje y dejarlo para otra ocasión más propicia. ¿Y tú?

—Pues..., junto con otras tres personas, estamos llevando a cabo una investigación arqueológica. ¿Viajas tú con alguien más?

—No.

—O sea que decides venirte a Centroamérica por las buenas, y te vienes. ¡Debes tener mucho dinero para hacer lo que haces!

—¡Qué va! En este viaje voy a gastarme lo que no debería, pero es una necesidad, se trata de un viaje de trabajo.

—¡Vaya! ¿Y en qué trabajas, si puede saberse?

—Soy escritor y viajo buscando historias.

—Yo leo muy poco. ¿Eres famoso?

—No. Estoy empezando..., y puede que también acabando.

—No entiendo.

—Trabajo en mi primera novela, y si no consigo publicarla, mucho me temo que también será la última. No puedo permitirme otra oportunidad.

El camarero trajo mis vueltas, cogí la copa y al irme no pude por menos que añadir:

—Si nos vemos en España, tal vez te cuente una historia con la que puedas hacer un buen libro.

—Te quedaría muy agradecido.

—Bueno, me voy que me están esperando. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Luis, ¿y tú?

—Daniel.

Cuando llegué a nuestra mesa, Mary e Irina ya estaban sentadas. Mantuvimos una conversación intrascendente durante una hora más o menos, y después, como estábamos bastante cansados, nos retiramos al hotel.

La mañana del día siguiente la dedicamos a la búsqueda de información en la Biblioteca Nacional. Irina y Bobalicón, mostrando sus credenciales, no tuvieron ningún problema para tener acceso a todo tipo de documentos. A Mary y a mí no nos fue tan fácil, pero Irina se las ingenió para convencer al funcionario de que éramos estudiantes colaboradores suyos y nos consiguió también la autorización oportuna.

Dentro de la biblioteca nuestros comportamientos fueron muy dispares. Irina y Bobalicón rápidamente se lanzaron a una desenfrenada búsqueda de datos, y se los veía

entre libros como peces en el agua, trabajando con una diligencia envidiable. Por contra, Mary y yo buscábamos sin orden y sin convicción. Tras varias horas infructuosas, noté que tenía hambre y les pregunté si querían ir a comer. Mary estuvo de acuerdo, pero tanto Irina como Bobalicón rechazaron la idea y, al final, ninguno nos movimos del sitio. Por la tarde, yo ya me sentía más que aburrido y trataba de distraerme con cualquier cosa que me ayudara a pasar el tiempo. Estaba convencido de que mi esfuerzo era absolutamente inútil y daba claras muestras de desinterés. A Mary le pasaba lo mismo, y, de cuando en cuando, nos enseñábamos algo curioso que poco o nada tenía que ver con lo que andábamos buscando. En una de esas ocasiones, ella se me acercó con un libro de geología...

—Fíjate Daniel, aquí dice que hace más de mil años hubo un terremoto en El Petén, que dejó un desnivel en la tierra tan grande que se formó un río...

—No me sorprende, este es uno de los países con mayor actividad sísmica del mundo.

—Ya, pero es que dice que este río está situado justo entre Uaxactún y Nakum. Puede que sea el mismo en el que Irina y yo nos bañamos.

—Puede que sí. Recuerdo que el trazado que tenía era muy raro...

Después de decir esto, me arrepentí inmediatamente. Se suponía que yo no las había visto bañarse, y el hecho de evidenciar que conocía el río en el que lo hicieron, me podía poner bajo sospecha.

Trataba de imaginar una explicación que me sirviese de coartada, cuando Irina, que había estado atenta a nuestra conversación, dijo:

—Déjame ver eso.

Mary le dejó el libro y empezó a leerlo con gran interés. Después de un rato añadió:

—¡Vaya! Estábamos encima del legado de los ixchicaj y hemos tenido que venir hasta aquí para descubrirlo.

—No entiendo lo que quieres decir.

—Por la documentación que he hallado, la desaparición de ese pueblo es contemporánea a la fecha en la que debió tener lugar ese cataclismo, es decir, que el legado de los ixchicaj ha permanecido oculto tanto tiempo, no porque ellos encontrasen el escondite perfecto, sino porque la naturaleza lo enterró durante ese terremoto.

—Si eso es así, aquí termina nuestra búsqueda.

—En absoluto. Desde luego, desenterrarlo es una operación costosa, pero no imposible, y en eso precisamente es en lo que se fundamenta la importancia de que alguien conozca el lugar exacto donde fue ubicado originalmente. Piensa que desenterrar cuatro mil metros cúbicos de tierra, es bastante más viable que todo El Petén.

—En cualquier caso, esto pone fin a nuestra investigación, ya que no contamos con los medios suficientes para realizar ningún tipo de excavación.

—Yo podría conseguir que alguna asociación internacional llevase a cabo el trabajo; por ejemplo, la Unesco o la National Geographic Society.

—Eso nos alejaría a nosotros de la posibilidad de salir recompensados económicamente del hallazgo.

—Probablemente nos pagarían algo por nuestra colaboración.

—Sí, pero comparado con ser los dueños del tesoro...

—¡Daniel! Soy una historiadora, no una contrabandista de antigüedades. Decidí participar en esto por interés puramente cultural y en ningún momento di mi consentimiento a que nos fuéramos a quedar con lo que encontrásemos. Además, no seas ingenuo. ¿De veras crees que podrás sacarlo del país? ¿Has pensado en cómo te las vas a ingeniar para vender clandestinamente todo eso? El mercado negro de las antigüedades es complejo, y cualquiera que pretenda entrar en él por su cuenta tiene muchas posibilidades de terminar en prisión o, lo que es peor, en cualquier callejón de una gran ciudad con un disparo en la cabeza. Esto es demasiado importante para unos aficionados.

—Mira Irina..., ese amuleto estuvo a punto de costarme la vida, y creo que es justo que reciba alguna compensación por ello. No estoy diciendo que nos hagamos dueños y señores de todo, pero sí que nos reconozcan nuestro mérito. ¿Piensas que podríamos llegar a un acuerdo con la National Geographic para que recibiésemos algo más que unos cuantos dólares y una mención en su revista?

—Es posible, pero no me atrevería a asegurarlo. Sin duda Franck y yo donaríamos todo lo que nos dieran; si estamos en esto es porque es nuestro deber como historiadores, no por dinero.

—¡Oh! Suena muy digno.

—No te hagas el «gracioso» conmigo.

—Perdona, era una broma...

—No importa; si lo de cobrar es una condición imprescindible para ti, allá tú y tu conciencia. Cuando me ponga en contacto con ellos les transmitiré tus pretensiones. Imagino que valorarán el hecho de que seas capaz de identificar al auténtico dueño de la talla que llevas, y eso puede que los motive lo suficiente como para pagarte bastante dinero, ya que muy posiblemente, prospecciones de terreno aparte, esa sea la única vía que conduzca al legado de los ixchicaj.

—¡Ah, otra cosa! Si vas a poner en conocimiento de alguien más todo esto, te agradecería que fueras lo más discreta posible. Las autoridades no deben saber de mi

presencia aquí.

Irina se quedó callada durante unos instantes. Sus sentimientos hacia mi debían ser contradictorios. Lógicamente no debía agradarle saber que compartía viaje con un forajido, pero sus ojos delataron el mismo interés que vi en ellos el día que evitamos el control militar cuando íbamos camino de Uaxactún.

En esta ocasión creo que tradujo fielmente nuestra conversación a Bobalicón, quien volvió a sorprenderme por su falta de objeciones y tan solo se limitó a mirarme de forma intensa.

De acuerdo con mis requerimientos, en vez de ponerse directamente en contacto con la National, llamó a uno de sus miembros de forma extraoficial, anunciándole un gran descubrimiento del que, por razones de seguridad, tenía que quedar momentáneamente al margen el resto de la organización. Su contacto era Leslie Canfield, una californiana especialista en culturas precolombinas, que había pasado varios años recorriendo distintos países del continente americano.

Los dos días que transcurrieron hasta su llegada, los aprovechamos continuando con nuestro trabajo en la biblioteca; pero, por desgracia, no tuvimos ningún otro golpe de suerte que nos ayudase a encontrar más información sobre los ixchicaj.

La Sra. Canfield, una rubia algo entrada en carnes y de edad entre cincuenta y sesenta años, desde un principio se mostró bastante cordial con todos nosotros a pesar de que Irina ya le había informado de cuál era mi interés en el asunto. Solo cuando nos anunció que a partir de ese instante los gastos que tuviésemos correrían a cargo de la National, noté que de los cuatro, mi agradecimiento fue el menos valorado.

Al día siguiente, mientras desayunábamos, la Sra. Canfield nos explicó el plan de acción: repasaríamos en la biblioteca todos los planos de la región donde se suponía que pudieran haber habitado los ixchicaj, y comprobaríamos las alteraciones de relieve que produjo el terremoto en esas zonas. Su intención consistía en seleccionar aquellos puntos donde fuera factible hacer una prospección de terreno con nuestros escasos medios. Después, para mi sorpresa, pasó a explicarnos que durante dos semanas colaboraría con nosotros en la búsqueda del legado, y que, transcurrido ese tiempo, pondría en conocimiento de la National todo el asunto para que la organización, ya de forma oficial, se ocupase del tema dejándonos a todos nosotros al margen. La Sra. Canfield en ningún momento comentó nada del dinero que percibiríamos, se encontrase el tesoro o no. Desde luego lo que nos dijo no tuvo nada que ver con lo que yo había hablado con Irina. Dudo si habrán ideado juntas ese acuerdo en el que no había ningún compromiso económico, y sí uno temporal; pero haya sido o no así, nada más se podía hacer. En el fondo, ¿qué más daba?, aunque lo de los ixchicaj había llegado a interesarme, la causa

real de mi empeñamiento por seguir con el asunto no era el dinero, sino aferrarme a algo que me hiciese más llevadera mi obligada estancia en Guatemala. La propuesta de Canfield me hacía ganar otras dos semanas, y eso era lo más importante.

Para nuestras prospecciones de terreno, aparte del material básico requerido por una intervención de esas características, (picos, palas..., que compraríamos allí mismo con el dinero de la National), también contaríamos con la ayuda de un radar de escasa potencia, que nuestra nueva acompañante trajo para detectar las zonas huecas del subsuelo.

Nuevamente en la biblioteca comprobé la gran diferencia del entusiasmo en la búsqueda de información que Mary y yo teníamos con respecto al de los, ahora, tres investigadores profesionales. Sin mucha motivación, me dediqué a leer generalidades sobre terremotos tratando de ponerme un poco al día sobre ese tema. Llegada la hora de comer, bajamos a un bar cercano y en apenas veinticinco minutos estábamos de vuelta. Por la tarde los resultados que obtuvimos Mary y yo fueron idénticos a los de por la mañana, nada especialmente interesante. Bobalicón e Irina no permanecieron con nosotros y prefirieron desplazarse a Antigua para seguir trabajando en la biblioteca de allí. La Sra. Canfield, que pasó toda la jornada ensimismada entre mapas de diferentes épocas, se hizo con un montón de copias en las que señaló varios lugares para visitar. Mis relaciones con esa mujer siempre fueron ambiguas. A mí ella me parecía una persona admirable; casi sin dudarlo había dejado atrás su país para lanzarse a una aventura de incierto final. El trato que me dispensó en todo momento fue muy correcto, pese a que teóricamente yo estaba allí tan solo para «sacar tajada». Creo que era muy intuitiva y la verdad es que estaría casi dispuesto a asegurar que no llegó a verme nunca como la clase de tipo que aparentaba ser. Posiblemente sospechó algo, y ahora me pregunto si esas dos semanas de margen, eran una forma de concederme tiempo antes de que el tratamiento oficial de la investigación pusiera en conocimiento de las autoridades mi paradero.

Llegó la hora de dejar la biblioteca y nos fuimos al hotel a cenar.

Cuando bajamos al comedor aún no habían llegado Irina y Bobalicón, así que, en vez de la cena, pedimos antes un refresco para hacer tiempo.

Mary y Canfield hablaban animosamente, enzarzadas en una conversación sobre una serie televisiva de mucho éxito en su país, y que Mary había seguido antes de comenzar sus vacaciones. Canfield, que también la veía, informaba a Mary de lo que había ocurrido en su ausencia. Aunque se comunicaban en español por respeto hacia mí, perdí rápidamente el interés por lo que decían y distraídamente recayó mi vista en una gran pecera situada en medio del salón. Los peces nunca me habían interesado demasiado, pero aquella noche algo extraño parecía sucederles y se movían alocadamente en todas

las direcciones. Al principio pensé que quizás uno de los más grandes habría decidido comer algo más que los sobres alimenticios que les echaban una vez al día. Pasó un rato y la frenética carrera en la que se hallaban no cesó. Me levanté para verlos mejor, pidiendo disculpas a Mary y a Canfield por hacerlo, continuando de esa forma con mi fingida buena educación europea. Al observarlos de cerca, me percaté de que no había ninguno persiguiendo al resto; era una huida sin sentido de todos al mismo tiempo. Su extraña actitud, también atrajo la atención de una de las camareras.

—Parece que se han vuelto locos —dije.

—Sí, como si nadaran en agua picante —comentó ella riendo.

Permanecí un par de minutos más contemplándolos y luego volví a la mesa.

—¿Te gustan los peces? —preguntó Mary.

—Solo en el plato —contesté jocosamente.

—Pues para no gustarte te has pasado mucho tiempo mirándolos.

—Es que esos no paran de moverse como locos, les han debido dar picante para comer —contesté robándole la gracia a la camarera.

Mary rio, pero a la Sra. Canfield no pareció hacerle gracia mi comentario y con el rostro muy serio se giró hacia la pecera. En ese momento llegaron Bobalicón e Irina. Canfield, entonces, se volvió hacia ellos para saludarlos y no hubo ningún comentario más sobre los peces.

Irina y Bobalicón no habían encontrado nada importante, y, después de una breve charla-resumen de lo poco que se había esclarecido, acordamos que el día siguiente sería ya el último que permaneceríamos en Ciudad de Guatemala; El Petén nos esperaba.

Recordando el buen rato pasado la noche anterior, propuse ir a tomar otra vez algo fuera del hotel. Mary respondió que sí bastante animada, y aunque la invitación era general, nadie salvo ella se dio por aludido. Abandonamos los dos el hotel y nos fuimos a tomar una copa a un lugar, algo menos turístico que el anterior, que se llamaba Marimba en referencia al instrumento del mismo nombre tan popular en Guatemala y que es una especie de xilófono de madera. El ambiente era una mezcla entre lo turístico y lo autóctono, producto de los diferentes tipos de gente que lo frecuentaban. Pasamos un par de horas muy agradables solo enturbiadas por una riña organizada porque un turista había intentado ligar con la novia de un guatemalteco «no muy liberal». Afortunadamente, el foráneo estaba lo suficientemente borracho para que el novio ofendido no le atizase como imagino que hubiese estado dispuesto a hacer de haberlo encontrado más sobrio. La disputa se zanjó cuando echaron al turista del local y, dicho sea de paso, eso fue lo mejor que le pudo haber ocurrido.

Cuando volvíamos al hotel cogidos de la mano como dos enamorados, disfrutando

de aquella preciosa noche, nos topamos con un grupo muy numeroso de ratas que cruzaron corriendo la calle justo delante de nosotros. Ya se sabe que esos asquerosos animales, aunque son muy numerosos y viven más cerca de nosotros de lo que imaginamos, no se dejan ver con frecuencia y acostumbran a permanecer ocultos en su reino de cloacas y vertederos. Lo poco común de encontrar esas ratas en mitad de la calle y en un número tan elevado, me produjo la misma curiosidad que tuve por el atípico comportamiento de los peces. Desoí los consejos de Mary sobre alejarnos de allí y me interné en el callejón por donde habían salido. Las luces de las farolas apenas iluminaban el interior, de manera que tardé en acostumbrar mis ojos a la oscuridad del lugar. El callejón estaba lleno de papeles y desperdicios; era algo así como un basurero dentro de la propia ciudad. «Los servicios de limpieza deben de hacer bastante a menudo la vista gorda», pensé a la vez que trataba de agudizar el oído. El ruido de los coches no me dejaba escuchar con nitidez los sonidos propios del callejón, pero en este parecía estar desarrollándose cierta actividad; los papeles se agitaban sin que hubiese ningún viento que los desplazara. Comencé a sentir cierto miedo, pero pudo más el interés por conocer qué era lo que allí pasaba. Al fondo, había tres o cuatro cajas de cartón dispuestas de una forma extraña, como si estuvieran apoyadas sobre una superficie irregular. Estaba demasiado oscuro, pero me pareció distinguir una alargada sombra propia de alguien tumbado sobre el suelo. Al pensar en la posibilidad de un cadáver, el temor se situó casi a la altura de mi curiosidad, y a punto estuve de retroceder por donde había venido; de hecho, si Mary me hubiera vuelto a llamar, creo que me habría ido, pero no fue así y continué hacia delante. Avancé un par de pasos y las cajas se movieron. Noté que las piernas me flojearon. De ser un humano lo que allí había, estaba vivo, y no sabía si eso era bueno o malo; nadie en su sano estado mental y físico estaría allí tumbado rodeado de tanta inmundicia. Debía cerciorarme de lo que era; quizá necesitase mi ayuda, al fin y al cabo podía que tan solo se tratara de un borracho. Me dirigí hacia ese punto, esforzándome por identificar de qué se trataba, pero la escasa luz seguía sin permitírmelo. Cuando me situé a unos cuatro metros de distancia, las cajas se tambalearon de nuevo. Tensé los músculos. Me había turbado totalmente lo lúgubre del lugar, pero estaba como hipnotizado y sentía la necesidad de continuar. Apenas a dos metros de distancia seguía sin poder identificar ese bulto negro. Sin embargo, bastante alejado ya de la calle principal, sí que empecé a reconocer los sonidos de mi alrededor y, en este sentido, percibí que justo de las cajas provenía un ruido continuo. ¿Qué estaba ocurriendo allí? Desde luego, no era algo compatible con un simple cuerpo humano. Avancé un paso más y pisé una superficie blanda que emitió un sonido agudo de dolor. Era una rata. Su quejido puso en estampida a todas las que se concentraban en las cajas

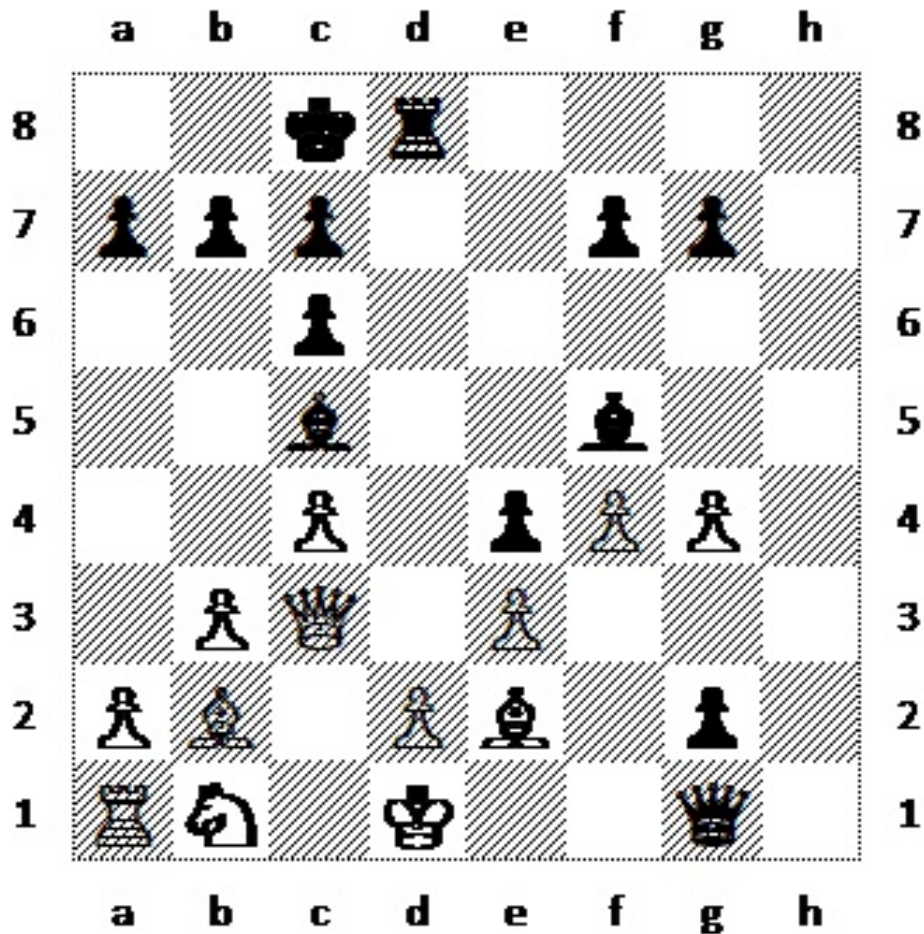
formando esa sombra alargada que tanto llamó mi atención. Vi correr cientos de ellas hacia mí e instintivamente cerré los ojos y me encogí como quien se prepara para recibir lo peor. Noté que muchas, en su estampida, chocaron contra mis pies antes de continuar su carrera. Tiempo después de que todas me dejaran atrás, seguía en la misma postura, y solo me sacó de ella el grito que emitió Mary cuando todas las ratas salieron del callejón. Antes de regresar hacia la salida, vomité la cena allí mismo. Cuando me estaba recuperando, noté que una mano tocó mi espalda. Grité presa del pánico. Era Mary, que había venido a buscarme. Esperamos unos minutos a que me repusiese un poco, y después continuamos camino del hotel con un humor muy distinto al que llevábamos al salir de Marimba.

Lo primero que hice al llegar a la habitación fue dirigirme al baño para lavarme la boca y ducharme. Aún entonces, cuando recordaba la escena del callejón, sentía náuseas. Me froté con fuerza todo el cuerpo como si las ratas me hubiesen pateado completamente, y solo cuando hube terminado, empecé a sentirme bien. Me había comportado como un estúpido al no haber seguido el consejo de Mary. El pánico y la vomitona que me entró no guardaban coherencia con la imagen de tipo duro que me había estado forjando ante sus ojos. Me sentía entristecido, y para colmo, me vino a la memoria el recuerdo del abuelo, Ricarda y Fraternidad. Quería salir de Guatemala, acabar de una vez con la pesadilla. Ni el cariño que sentía por Mary ni la admiración por Irina ni mi súbito interés por la arqueología precolombina eran ya suficientes para alejar las ganas de volver a España. Necesitaba irme ya. Quería volver atrás, a mi facultad, a mis problemas cotidianos, a mi antigua monótona pero segura vida.

Me puse el pijama que recientemente había comprado y me asomé al pequeño balcón que tenía la habitación del hotel para fumar un relajante cigarrillo. Siempre me gustó fumar en la ventana de casa por las noches y observar la tranquilidad de la ciudad cuando duerme. La vista del hotel mostraba un paisaje urbano bastante encantador sobre todo aquella noche, ya que en el cielo se apreciaba un atípico resplandor rojizo que se hacía más intenso en la línea del horizonte. Ese resplandor, la actitud de los peces y la de las ratas formaron un trío de fenómenos extraordinarios que fueron a coincidir en la misma noche. Eran las tres de la madrugada cuando yo me preguntaba mirando por el balcón de la habitación de qué forma podían estar ligados. Mi desconocimiento impidió que estableciera correctamente el motivo de los tres fenómenos, de manera que en ningún momento pensé que ellos no eran sino indicios de la venida de un cuarto acontecimiento a padecer, y que no fue otro que el terrible y devastador terremoto que asoló Guatemala la noche del 4 de febrero de 1976.

XIX

18. Dc3 Dxc1 +



La única salida posible es la que me he preparado en el movimiento anterior con el espacio libre dejado por mi dama.

19. Rc2 ...

Apenas terminado el cigarrillo volví a la habitación. Recuerdo que en el momento en que iba a depositar el paquete de tabaco en la mesa, empezó el temblor. El tintineo de las botellas del mueble-bar dejó paso al frenético vaivén de la lámpara colgante. La intensidad iba en aumento segundo a segundo. Si en un principio pensé en algo así como en un inexistente tren que transitara a nuestro lado, después noté que aquello era mucho

peor. Rápidamente pasé de ver cómo se movían los objetos apoyados en los muebles, a ver el desplazamiento de los propios muebles. Me pareció oír a Mary gritar en el baño. Perdí el equilibrio y me di de bruces contra el suelo. La puerta del armario se abrió dejando caer una de las maletas. Traté de incorporarme. Apenas avancé unos pasos y volví a caer. Afortunadamente lo hice fuera del alcance del armario, que siguió el camino de la maleta e impactó contra el suelo. Si ensordecedor me pareció el ruido del armario al caer, mayor fue el del balcón al desprenderse. De repente, me vi divisando la calle sin ventana alguna que me separase. Se fue la luz, con lo cual perdí casi totalmente la visibilidad. Mi principal referencia era el hueco de la pared que había cedido cuando se desprendió el balcón y por el que entraba algo de luminosidad. No sé exactamente cuántos segundos duró aquello. Posiblemente fueron muy pocos, pero a mí me parecieron eternos. Súbitamente, tal y como vino, cesó el temblor.

Permanecí paralizado durante un rato mientras inconscientemente temía que se repitiera. Temblaba y el corazón estaba a punto de reventarme en el pecho; demasiadas emociones para una misma noche. A medida que iba tranquilizándome, fui tomando consciencia del clamor de gritos y lamentos provenientes de todas partes. Me costaba trabajo respirar debido a la enorme polvareda. Llamé a gritos a Mary pero no me respondió. A gatas, pensando en que en cualquier momento la estructura del edificio podría ceder, me dirigí al baño. La puerta estaba abierta. Me incorporé, avancé hacia la mampara y al abrirla comprobé que Mary yacía en el suelo de la ducha. La ayudé a levantarse y la saqué del baño. La poca luz del hueco fue suficiente para que viese la profunda herida que tenía en la cabeza y la abundante sangre que manaba por ella. No sabía qué hacer, me encontraba muy confuso, acerqué mi cara a la suya y comprobé que todavía respiraba, la tendí en la cama, que era de lo poco que había quedado en pie en la habitación, improvisé un vendaje con mi camisa y cubrí su cuerpo con la sábana. Finalmente volví a auparla para poder sacarla de allí. Al salir de la habitación chocamos con varias personas que presas del pánico corrían por el pasillo. Caímos y nadie se detuvo a ayudarnos. Conseguí ponerme de nuevo en pie y comenzamos a avanzar en la oscuridad. Recibí más empujones. La falta de luz y el miedo hacían que quienes buscaban por allí la salida, lo hicieran llevándose por delante todo lo que encontraban a su paso. A trompicones, fuimos recortando la distancia que nos separaba de las escaleras. Al fondo del pasillo se veía luz y, gracias a ello, el avance por ese último tramo resultó más sencillo. No me fue necesario llegar hasta el final para cerciorarme del motivo de la extraña luminosidad en esa parte del hotel. Casi la totalidad de la fachada se había venido abajo. El efecto que me produjo este descubrimiento fue el mismo que había tenido anteriormente en la habitación; era aterrador poder ver la casa

de enfrente a través del hueco. Increíblemente, la escalera permanecía en pie, y digo increíblemente, porque tan solo se sustentaba por la unión de los peldaños entre sí. Aunque de momento había aguantado, desde luego no era nada estable, pues había perdido la seguridad del apoyo en el muro; no obstante, la ausencia de otra salida posible no me dejaba otra alternativa que intentar bajar por ahí, y comencé a hacerlo con sumo cuidado. La escalera, por un lado, mostraba el hueco propio de la zona interior, despojada de la barandilla de protección, y, por el otro, simple y llanamente la calle. Era inevitable preguntarse si la unión de cada peldaño sería suficiente para que no se viniera todo abajo al paso siguiente.

Nuestra habitación se encontraba en el tercer piso. Una vez finalizado el descenso al segundo, la oscuridad aumentó, pero lejos de desagradarme, fue un motivo de alegría ya que esta nueva falta de luz se debía a que a esa altura del edificio la fachada había aguantado en pie, lo que significaba que en ese tramo la escalera había permanecido perfectamente fija. Para entonces, Mary y yo nos habíamos quedado rezagados del resto, lo que nos permitió bajar más cómodamente. El descenso del primer piso fue similar al anterior y, una vez concluido, por fin conseguimos salir a la calle..., ni muy sanos ni muy salvos, pero vivos. Miré hacia atrás para comprobar el estado del hotel, y era espeluznante; los pisos quinto y sexto habían desaparecido y el cuarto estaba parcialmente hundido bajo el peso de los escombros de los dos superiores. La ausencia de fachada en buena parte del edificio, hacía, si cabe, aún más escalofriante su aspecto. En la calle, unos corrían de aquí para allá, otros llamaban inútilmente a gritos a los suyos, y algunos empezaban a buscar supervivientes entre los escombros. Aunque el suministro eléctrico fue de las primeras cosas que se interrumpieron al comenzar los temblores, cada vez hubo mayor claridad en las calles debido a los múltiples incendios que se desencadenaron por doquier. Las casas ardían con gran facilidad y en poco tiempo la ciudad se habría convertido en una misma pira de no haber sido porque empezó a llover.

En medio de todo ese desastre, allí estaba yo, con Mary casi inconsciente y sin saber dónde ir ni qué hacer.

Recorrí con la mirada el lugar buscando a alguien conocido y divisé a lo lejos a Irina, que permanecía sentada en el suelo con los brazos apoyados en sus rodillas y la cabeza baja. Me acerqué a ella y cuando alzó el rostro vi que estaba llorando; Irina y Franck se alojaban en el cuarto piso y en algún lugar de esa planta, él había quedado sepultado. A pesar de que nunca habíamos congeniado, sentí mucha pena.

—¿Sabes algo de la Sra. Canfield? —pregunté.

—No más que tú; que se alojaba en la quinta planta. Eso creo que es lo

suficientemente significativo para saber qué ha sido de ella —respondió entre sollozos.

Aturdido por la gravedad del momento, permanecí en silencio durante unos instantes, pero luego añadí:

—Debo urgentemente llevar a Mary a que la vea un médico.

—Yo me quedaré aquí por si puedo hacer algo.

—Volveré..., lo siento de veras.

—Gracias.

Fui en busca de Mary y nos dirigimos a un hospital situado a dos manzanas de nuestro malogrado hotel. Para cuando llegamos, el edificio ya estaba completamente en llamas. Era patético ver a médicos y enfermeras atendiendo a los heridos en la calle. Me acerqué a un médico que estaba ocupándose de un hombre que tenía prácticamente «chamuscado» todo su cuerpo y que asombrosamente conservaba intactos los ojos pese a que las gravísimas quemaduras le habían deformado el rostro. Con la ayuda de unas tijeras, el médico trataba afanosamente de cortarle la ropa que en buena medida tenía adherida a la piel, sin embargo, me permití interrumpirlo para poder mostrarle la brecha que se había hecho Mary.

—¿No ve que estoy intentando salvar a este pobrecito desgraciado?

—Ya, pero es que ella ha perdido mucha sangre...

—¿Y qué? ¡Todo el mundo perdió mucha sangre hoy!

—Pero es que está prácticamente inconsciente —agregué recordando que en los manuales de primeros auxilios se aconseja atender rápidamente a quienes están en tal estado.

Él dudó, pero finalmente abandonó a aquel hombre y se puso a revisar la herida de Mary. Creo que su cambio de decisión no fue tanto por los manuales de primeros auxilios como porque debió llegar a la conclusión de que nada se podía hacer por el pobre hombre que yacía quemado. Afortunadamente Mary empezó a retomar la consciencia poco a poco, y el médico, tras comprobar el estado de la herida, llamó a la enfermera más cercana y se fue a atender a otros enfermos. La enfermera cogió en sus brazos a Mary y se alejó hacia un camión-ambulancia que se había convertido en la improvisada Unidad de Cuidados Intensivos del ya inexistente hospital. La seguí pero no me permitieron subir al camión. La policía había empezado a tomar cartas en el asunto y trataba de establecer orden en la zona. Volví sobre mis pasos para no molestar, consciente de que no debía estar más tiempo interrumpiendo el trabajo de los médicos. Pasé nuevamente junto al «quemado», que permanecía con los ojos cerrados; se estaba muriendo y nadie se ocupaba de él. Instintivamente tomé las tijeras que se había dejado olvidadas el médico y corté algo más de su ropa. Cuando apenas había empezado la

tarea, dejó de respirar. Dudo que llegase a ser consciente de mi presencia.

No fue un caso aislado el de aquel hombre; por todas partes se producían dramas parecidos: muertos por asfixia, personas con los miembros desgarrados, cuerpos bañados en su propia sangre... Los gritos de dolor se mezclaban con los llantos. Todo ello, en plena calle, bajo la lluvia, entre las llamas y con el asolador aspecto de unos edificios demolidos por un terremoto.

Si es cierto que existe un infierno, debe ser muy parecido a aquello. Desconozco cuánto más viviré; pero, por mucho que sea, creo que jamás olvidaré el espectáculo de aquella amarga noche.

Mary estuvo dentro del camión en torno a tres horas, durante las cuales yo, pese a la lluvia, permanecí junto al cadáver de aquel hombre. Al cabo de ese tiempo, pude ver cómo la sacaban y la tumbaban en el suelo. Me dio un vuelco el corazón al pensar que podía estar muerta, pero para mi tranquilidad la vi mover un brazo y corrí hacia su lado. Al llegar junto a ella, la enfermera me informó de que le habían tenido que realizar una transfusión de sangre, y, aunque en principio su vida ya no corría peligro, me aconsejó que la llevase a algún lugar cubierto no muy alejado de allí por lo que pudiera pasar. Así lo hice; cargué nuevamente con Mary y nos refugiamos en el portal de una de las pocas casas de los alrededores que no se había incendiado. Estaba atestada de gente, pero en vista del estado en que se encontraba ella, nos hicieron hueco. Me senté a su lado y la cogí de la mano. Mary agradeció el gesto con una leve sonrisa. Pálida, con buena parte de la cabeza vendada y afeitada, tenía un aspecto lamentable pero..., ¡estaba viva!

La tapé lo mejor que pude utilizando la chaqueta de mi pijama, me recosté en la pared y allí, de esa forma tan poco confortable, pasamos el resto de aquella espantosa noche.

Las primeras luces del alba mostraron más claramente la devastación que había tenido lugar; pero pese a ello, ese amanecer, pequeño milagro cotidiano, me infundió ánimos. El día después había comenzado.

A eso de las ocho de la mañana, mientras estiraba un poco las piernas por los alrededores del edificio que nos había servido de cobijo, vi acercarse a Irina. Su rostro denotaba un profundo cansancio, consecuencia de haber pasado la noche removiendo escombros buscando los cadáveres de Franck y de la Sra. Canfield. No los había hallado, pero sus esfuerzos no fueron baldíos y tuvo la oportunidad de ayudar a salvar la vida de un niño que había quedado atrapado entre los cascotes. A diferencia de mí, Irina conservaba su documentación ya que antes de que comenzase el terremoto, siguiendo su costumbre de dormir lo menos posible, se había quedado levantada leyendo, lo que hizo que en todo momento llevase el dinero y los documentos consigo. En vista del desastre,

todo el mundo tendría que solicitar ayuda, y el hecho de que al menos ella los hubiese conservado, me pareció que nos facilitaría las cosas.

Mientras Mary continuaba descansando, Irina y yo decidimos que lo mejor sería llevarla a la embajada estadounidense; los americanos tenían fama de cuidar mucho de su gente en situaciones catastróficas, y puesto que era necesario conseguirle ayuda médica y un medio para que pudiera volver a su país, no se nos ocurrió una mejor idea que la de trasladarla hasta allí. Solicité al personal sanitario una camilla para poder transportarla, y en poco tiempo nos facilitaron una, eso sí, bajo la promesa de traerla de vuelta una vez hubiéramos dejado a Mary.

La embajada estaba abarrotada de gente que solicitaba entrar. Habían cerrado las verjas y no permitían el acceso a nadie. Alegamos el mal estado de Mary y, por supuesto, su condición de americana, para poder llegar hasta el mismo umbral de la entrada que custodiaban unos diez policías muy aparatosamente armados. Después de hablar brevemente con Irina, abrieron lo justo para que pudiésemos pasar. Acto seguido dos de los soldados se hicieron cargo de Mary y, sin muchos miramientos, nos instaron a que volviéramos a salir. De nada sirvieron nuestras súplicas para poder acompañarla hasta dentro; la llevaron al interior y nos quedamos nosotros dos fuera sin haber tenido la oportunidad de despedirnos de ella y sin poder cumplir la promesa de devolver la camilla a su sitio.

Después de mucho insistir y convencidos ya de que no conseguiríamos nada, nos alejamos de allí en dirección al hotel, para ver si había alguna noticia de Franck y de la Sra. Canfield. De camino un nuevo temblor nos heló la sangre aunque su intensidad fue mucho menor que la del primero. El poco tiempo transcurrido entre uno y otro indicaba que las placas terrestres no habían adoptado todavía su posición correcta, de manera que todo hacía prever que la actividad sísmica continuaría en los días venideros. Superado el pánico inicial, continuamos nuestro camino hacia el hotel. Al volver a verlo, su aspecto me pareció peor aún de cómo lo recordaba. De manera arbitraria el terremoto había machacado algunas partes, dejando aparentemente intactas otras. Los escombros estaban siendo retirados por diferentes grupos de gente razonablemente organizados y que hacían denodados esfuerzos para intentar liberar a los supervivientes. Cada grupo contaba con un improvisado jefe que llevaba la voz cantante. Solicitamos a uno de ellos el poder integrarnos en su grupo, y nuestra petición fue acogida con agrado, de modo que en poco tiempo nos pusimos «manos a la tarea». Desescombrar un edificio derruido entraña cierto peligro, ya que el equilibrio inestable en el que se encuentran los bloques de material constructivo hace que en cualquier momento pueda venirse abajo la montaña de cascotes; por esa razón, tuvimos que desarrollar la tarea muy lentamente. Resultaba

patético sacar a la luz los cadáveres deshechos de los que no habían tenido la misma suerte que nosotros. También se retiraban los enseres de valor que iban siendo encontrados, depositándolos en un lugar habilitado para ello. Aunque la mayoría de la gente era bien intencionada y efectivamente cumplían con el cometido de llevar a ese lugar las carteras y maletas encontradas, había otros que las abrían y tan solo las dejaban una vez que se habían cerciorado de que no contenían nada aprovechable. No me sentía con fuerzas para reprender actitudes tan bajas, pero sí que me causaba repugnancia la podredumbre moral de aquellas personas que hacían su «agosto» gracias a la tragedia ajena. A media mañana apareció un fuerte contingente del Ejército con el propósito de ayudar a los allí presentes. Por primera vez desde que llegara a Guatemala, no me produjo ningún miedo ver a mi alrededor tantos soldados, y durante al menos un par de horas me mantuve trabajando codo con codo y en pro de la misma causa junto a aquellos uniformes que tanto temor me habían impuesto en el pasado. De alguna forma me sentí especialmente unido a esos soldados; había cierto romanticismo en la idea de que después de haber estado luchando contra ellos en las montañas, ahora juntos intentásemos vencer a un enemigo común. Una vez mi abuelo me dijo que se sentía más identificado con los fascistas a los que había estado combatiendo en la guerra civil, que con la gente joven. No entendí por qué lo dijo. Me pregunto si tendría algo que ver eso con lo que yo sentí ese día.

Puesto que habían pasado muchas horas sin que hubiéramos probado bocado, propuse a Irina ir a comer algo. Después de excusarnos por nuestra marcha, nos alejamos de allí y anduvimos largo tiempo buscando comida. No fue fácil encontrarla, ya que los lugares donde antes del terremoto se hubiera podido conseguir, habían quedado divididos en dos categorías: los que permanecían cerrados y los que ya habían sido objeto de saqueos. Uno de los problemas que tendría el país para salir de aquella fatal situación, iba a ser el desorden social; aún estaban calientes los cadáveres y el pillaje ya crecía a marchas forzadas. En el transcurso de ese periplo en busca de comida comprobé que la ciudad había sido irregularmente dañada. Nuestro hotel se encontraba en la zona 8, una de las más afectadas por el temblor, al igual que las zonas 3, 7 y 19. Los que peor parte llevaron fueron los habitantes de las casas de adobe, muchas de las cuales se habían ido al suelo en los primeros instantes del cataclismo. Respecto a las demás, la suerte había ido por barrios. Dentro de las construcciones denominadas «robustas», el caso de nuestro hotel fue de los peores, como pude comprobar al ver el mejor aspecto de varios de los de su misma categoría. El incendio había «rematado la faena» que empezara el terremoto, y barrios enteros fueron destruidos por el fuego.

La ciudad ofrecía un paisaje simple y llanamente desolador.

Después de mucho andar, encontramos un puesto del Ejército en el que dispensaban alimentos. Se trataba de una antigua tienda de comestibles que los militares habían conseguido preservar de saqueos. Nos situamos al final de la larga hilera de gente que aguardaba para recibir víveres. Por persona repartían bien una lata, unas galletas o lo primero que encontraban. El soldado encargado de distribuir la comida no cumplía su misión con actitud caritativa sino que, con desprecio, arrojaba los alimentos a los que tan pacientemente esperábamos algo que llevarnos a la boca. Al llegar nuestro turno, el «susodicho» hizo un comentario despectivo sobre nuestro origen occidental, para luego agregar que por nuestro aspecto podríamos aguantar bastantes más días sin comer y que era una lástima desperdiciar alimento con quien no lo necesitaba. Tomó un triste tomate pasado y nos lo arrojó. Al agarrarlo al vuelo se abrió y me manché, lo cual le hizo mucha gracia al soldado. Después me pareció oírle proponer a Irina que tendría más comida si ella «se la chupaba» o algo así. Era un tipejo cuya deplorable conducta llamó la atención de uno de sus superiores, quien afortunadamente lo reprendió con dureza por su actitud y le ordenó que se fuera con otra unidad a recoger escombros. Tras su marcha, el oficial que lo expulsó nos pidió disculpas y nos entregó un par de latas aconsejándonos que fuésemos a nuestra embajada para que allí se ocuparan de nosotros. Le agradecemos el detalle, e Irina rechazó una de las latas argumentando que, aunque se trataba de un tipo lamentable, tenía razón al decir que había gente más necesitada que nosotros. Digno gesto por su parte, que tuvo en cuenta el oficial, y cuya consecuencia fue que nuestra ración se limitase a una única lata para los dos.

Tras nuestra «opípara» comida, volvimos al hotel. Buscamos entre los cadáveres rescatados los de Franck y de la Sra. Canfield, pero ninguno de los dos había sido recuperado.

Pregunté a unos soldados sobre la posibilidad de hacer una llamada al exterior (quería hablar con mi madre antes de que se alarmara por la noticia del terremoto), pero la comunicación era completamente imposible. Por el momento, estábamos aislados del resto del mundo.

Al volver, Irina no estaba donde la había dejado. Recorrí el lugar y finalmente la hallé junto al montón de «objetos encontrados». Sostenía una carpeta.

—¿Es tuya? —pregunté.

—Era de Franck. Me han permitido quedármela porque aparentemente no contiene nada de valor. Ya la había visto varias veces en su maleta, pero nunca supe lo que contenía. Al abrirla me he llevado una gran sorpresa.

—¿Qué es lo que tiene?

Me la mostró. Había diversos papeles en inglés y un mapa con varias cruces

señaladas.

—No entiendo de qué va esto.

—Es un mapa de los lugares donde se han hecho inspecciones para intentar encontrar lo que llaman en clave: «La auténtica leyenda del lugar florido».

—¿Qué quiere decir eso?

—La leyenda del lugar florido habla de un fabuloso tesoro enterrado en el Cerro de Oro. Es muy conocida y dada como cierta en los alrededores del lago Atitlán. Según esa leyenda: un volcán llamado Abuelo del Agua, para ocultar ciertas riquezas, arrojó encima otro volcán, el Cerro de Oro. El mapa, como puedes ver, no corresponde a la zona del lago, pero la historia coincide muy bien con nuestra teoría de que el legado de los ixchicaj permanece oculto gracias a un movimiento de tierras. Si lo observas con atención verás que ese mapa corresponde a la zona donde se supone que habitaban los ixchicaj, y las cruces señaladas no indican otra cosa que los lugares excavados por las distintas expediciones que han tratado de encontrar ese legado.

—¿Por qué no puso en nuestro conocimiento toda esta información? Por lo que veo, se han llevado a cabo muchas más investigaciones de lo que pensábamos.

—Efectivamente, en ese mapa figuran lugares que no están registrados en los libros; es la suma de las investigaciones oficiales más las no oficiales, es decir, las realizadas al margen de la legalidad, producidas sin duda por el interés que ha tenido el mercado negro de antigüedades en todo este tema.

—Me vas a tener que perdonar, pero eso no deja en muy buen lugar a tu amigo. Está claro que debía tener algún «as en la manga» para no querer mostrarnos esa documentación. El muy «zorro» debió hallarla en alguna de las bibliotecas y no nos dijo nada.

—Si te fijas, las páginas están numeradas. La primera es esta que estoy mirando, una especie de portada bajo el título manuscrito de «Apuntes mayas». Como puedes ver, lleva escrita una fecha, el 20 de octubre del 1975. ¡Entonces aún no habíamos llegado a Guatemala!

—¿Qué me dices?

—¡Lo que oyes! Además, en estas hojas hay más información sobre los ixchicaj que toda la que hemos encontrado durante estos días. ¡Franck nos ha estado ocultando muchas cosas!

Eso daba un vuelco importante a la situación. Me entretuve curioseando el resto de papeles, y en uno de los laterales de la carpeta encontré unas cartas.

—¿Has leído esto?

—No, déjame ver.

Después de un rato en que estuvo leyéndolas en silencio, su rostro pasó del asombro al desasosiego. Luego procedió a traducírmelas:

Madrid, 20 de Octubre de 1975

Estimado Franck:

Como puedes comprobar, he seguido tu consejo y a partir de este momento me comunicaré contigo solo por carta. Comprendo que temas que tu teléfono esté intervenido, pero creo que de todas formas deberías facilitarme algún otro número donde llamarte en caso de emergencia. Esta no es la primera ocasión en que la policía te hostiga, y estoy seguro de que sabrás cómo has de actuar.

Supongo que ya estás preparado para el viaje a Guatemala. Desapruebo que vayas con la tal Irina, en mi opinión su presencia solo puede buscarnos problemas. Entiendo el hecho de que ayude a fortalecer tu coartada de ir allí para esa inútil investigación, pero no deja de ser un incordio para nuestro proyecto. Espero que no dudes en deshacerte de ella de la forma más discreta posible cuando llegue el momento. Procura ser algo más cuidadoso que en ocasiones anteriores, recuerda que llegaron a interrogarte por lo de Egipto, y que, de haber sido más eficaces, hubieran sabido que fuiste tú quien mató al policía.

No te preocupes por el profesor Callejo; trataré por todos los medios de que me diga el nombre de su contacto, y si se empeña en no querer colaborar, haré lo que tú y yo sabemos.

Atentamente, Roberto.

El impacto que me produjo la carta fue enorme. Franck, el Bobalicón, no era el «ratón de biblioteca» que creía, sino un tipo de conducta más que dudosa y con amigos muy especiales. La frialdad con la que se hablaba de Irina, el mensaje subliminal respecto a lo que sería de ella junto a la velada referencia a «lo de Egipto», no dejaban lugar a dudas sobre sus perversas intenciones. Pero si todo esto resultaba sorprendente,

aún más lo era la mención del tal profesor Callejo. Puede que se tratara de una coincidencia, pero ese apellido no era tan común como para que diera la casualidad de que se refiriese a otro profesor Callejo que a D. Pedro, de quien yo sabía que estaba muy interesado en la cultura maya, tal y como él mismo me había confesado el día del accidente. La solución a todo ese entramado de coincidencias podría estar en el resto de cartas, y eso era lo siguiente que quería comprobar.

Madrid, de 17 noviembre de 1975

Estimado Franck:

Ya estarás a punto de salir para Guatemala; por tanto, esta será la última carta que te envíe. Confío en que la destruyas nada más leerla, tal y como imagino que habrás hecho con todas las anteriores. Ni que decir tiene que son sumamente comprometedoras para todos.

Pablo ha muerto, le encargué que resolviera el tema de Callejo, y no se le ocurrió nada mejor que provocar un accidente de automóvil que le ha costado la vida a él mismo. El profesor ya no es problema, también ha muerto; pero sin embargo, el chico sigue vivo. Curiosamente los dos iban en el mismo coche cuando Pablo debió precipitar sus planes e intentó resolver ambos problemas a la vez, provocando ese accidente.

Reconozco que fui un estúpido al perder la talla en la maldita tienda, y estoy seguro de que él o su hermana la tienen, ¿pero no veo cómo van a poder incordiarnos un par de ignorantes como ellos? Aunque Callejo le contase algo, lo cual me extraña, no tienen nada que hacer. De todas formas, para tu tranquilidad, me ocuparé de ambos antes de volar a Guatemala.

La viuda de Callejo ha sido bastante más juiciosa y ya sé quién era su contacto guatemalteco; se llama José Yujá, y vive en una minúscula aldea cercana a Nakum. Recuerda que ese hombre conoce el lugar exacto donde está escondido el tesoro, así que trátalo adecuadamente antes de matarlo. Esta vez estamos muy cerca y no podemos permitirnos fracasar.

Me reuniré contigo en cuanto resuelva el asunto del chico y de su hermana. Entretanto con tu amiga, pero no te encariñes con ella porque luego siempre es peor.

No había más cartas. Supuse que Bobalicón habría conservado esas dos como posible medida de presión frente a Roberto; no debía fiarse de él y todo apuntaba a que con esas cartas pretendía preservar su vida de un posible asesinato por parte de su «socio». Aunque no me había percibido antes de ello, entonces caí en la cuenta de que en mi trato con Bobalicón se había producido un cambio sustancial entre el antes y el después de que él viera mi amuleto. Si en un principio había dado claras muestras de importunarle mi compañía (lo que yo achaqué a simples celos por Irina), en cuanto supo lo de la talla cambió radicalmente de actitud y ni siquiera puso objeciones a nuestras alocadas iniciativas. Mi irrupción en escena debió parecerle un fantástico golpe de suerte. Estimé que ya habría puesto en conocimiento de Roberto lo de mi presencia en Guatemala, de manera que este último puede que incluso estuviera en la ciudad acechándonos. Si Bobalicón no se había librado de nosotros antes, presumiblemente fuese porque pensara que le podíamos ser de utilidad. Muerto este y dado que yo era capaz de reconocer a Roberto, llegué a la conclusión de que mi vida estaba en riesgo.

Hubiera sido muy esclarecedor encontrar más cartas, pero aunque no había ninguna otra, esas dos eran suficientes como saber que nuestra situación entrañaba mucho peligro; por tanto, no fue muy difícil llegar a la conclusión de que lo mejor que podíamos hacer era huir de allí cuanto antes, aprovechando el desorden que imperaba en el país.

Antes de que todo ocurriese, me hubiera sido imposible llegar a creer que el hecho de recoger ese amuleto me traería tantas complicaciones, pero lo cierto es que desde que lo hice, mi vida dio un giro de ciento ochenta grados. Las circunstancias habían determinado que volara al sitio de su procedencia y que, poco a poco, me implicase en la búsqueda del legado del pueblo que lo había tallado hacía cientos de años. Era como si ese trozo de madera hubiese guiado mi destino desde el mismo instante en que lo toqué por primera vez. Varias personas habían quedado atrás en mi largo periplo: D. Pedro Callejo, Fraternidad, mi abuelo, Ricarda, la Sra. Canfield, el indeseable de Franck... La muerte me había rondado cerca sin llegar a tocarme. Me dio por pensar en la posibilidad de que una maldición fuera unida al amuleto y que solo yo estuviera exento de sufrirla. Me sentía algo así como el elegido para desvelar los secretos de ese pueblo. Si en un principio había estado actuando impulsado más por el aliciente de gozar de la compañía de Irina; en este momento, sin embargo, estaba realmente movido por el deseo de descubrir el mítico legado. El destino me había conducido hacia ese punto y era necesario que cumpliera con mi singular misión.

Hablé largo y tendido con Irina, y, salvo lo de mi interés por ella, le conté desde el principio hasta el final toda mi historia: sentimientos, impresiones, detalles que antes creí

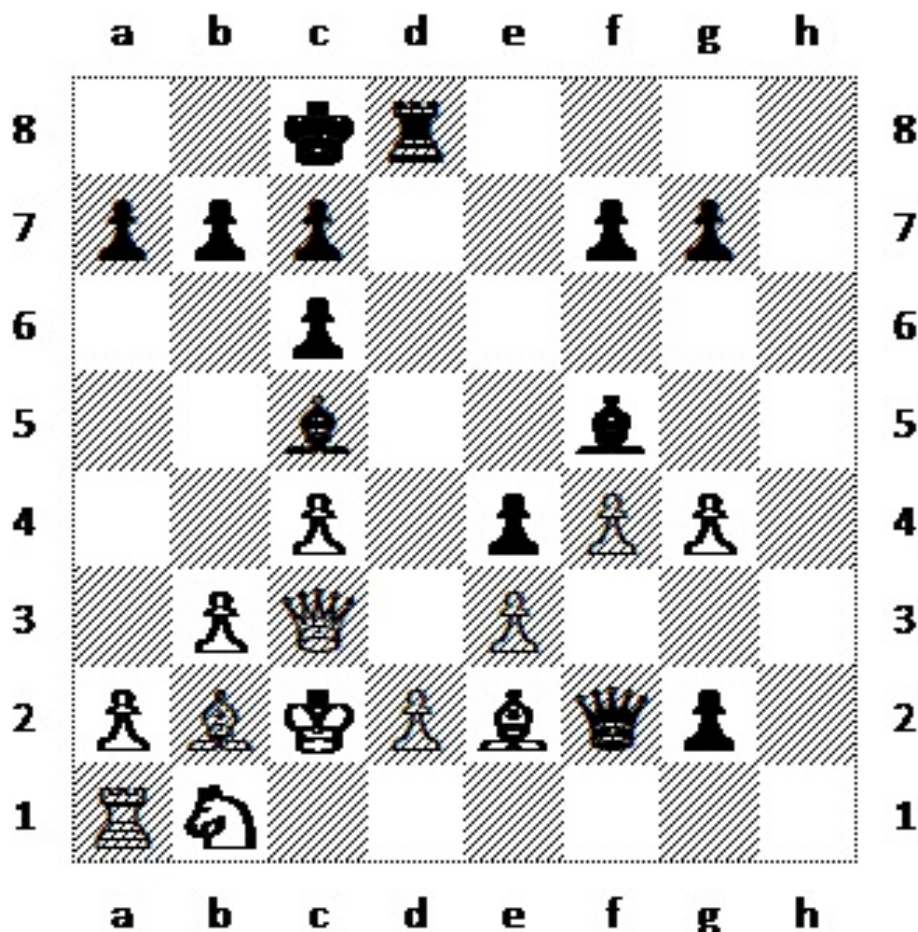
ajenos al asunto y que ahora no parecían serlo, inclusive mi nueva teoría de la posible maldición. Lo natural era que ella hubiera querido volver a su país para intentar olvidar, sin embargo, no fue así; rechazó de plano lo de la maldición, permitiéndose un comentario sobre el hecho de que yo llevaba demasiado tiempo sin dormir, y para mi sorpresa acabó añadiendo:

—Hemos llegado ya demasiado lejos como para abandonar ahora.

Al poco rato de esta conversación, hubo otro temblor. Después de cada ligera sacudida, uno no podía dejar de preguntarse si sufriríamos otro gran cataclismo.

XX

19. Rc2 Df2



No parece importarle cambiar los alfiles, lo cual me extraña porque, aunque mi defensa es muy mala, aún mantengo la ventaja de un caballo por un peón y, por tanto, un cambio de piezas me favorece. Bien es cierto que con ese movimiento deja libre paso a su peón de g2 para que corone, pero creo que eso también lo podría haber hecho después de salvar el alfil. Además, al mover el caballo consigo dejar campo libre a mi torre. Si en esas circunstancias se le ocurriera hacerlo, yo tomaría su nueva dama con la torre y si la perdiese seguidamente con su otra dama, entonces mi peón podría ocuparse de su alfil. Ha hecho demasiados sacrificios en pos de una posición ganadora. Su ataque es bueno, pero tengo la esperanza de que no sea definitivo; y como yo pueda zafarme de su amenaza, entonces sí que va a empezar a pasarlo muy mal. No quiero

albergar falsas esperanzas, pero creo que ha cometido un error de cálculo y tengo escapatoria; de hecho, en este momento no veo ninguna amenaza inminente por su parte. Moveré el caballo. Después de todo, puede que gane la partida.

20. Ca3 ...

Pasamos la noche en la calle como la mayoría de los habitantes de la capital. Cerca del ochenta por ciento de las viviendas se habían visto seriamente dañadas en la primera sacudida, y la repetición de los temblores motivó que la gente rechazase la idea de dormir bajo techo.

Al día siguiente, empezaron a conocerse noticias de cómo había afectado el terremoto al resto del país. El estado de las comunicaciones era lamentable; puede decirse que toda la información que se recibía de los sitios más afectados era gracias a los radioaficionados. Corrió el rumor de que las poblaciones de San Pedro de Zapatepeque, San Juan de Zapatepeque, San Roque y El Progreso, habían sido destruidas en su práctica totalidad. Según los primeros indicios, el terremoto del día cinco había tenido su origen en el volcán Pacaya, a ciento sesenta kilómetros al oeste de El Salvador; pero toda Guatemala se había estremecido, y las baratas construcciones de la gran mayoría del país habían sido una trampa infernal para muchos de sus habitantes.

Pasamos varias jornadas colaborando con nuestra brigada de búsqueda de cadáveres. Recuerdo que al principio, cuando encontrábamos alguno, nos impactaba mucho y tratábamos a los muertos casi con el mismo cuidado que habríamos tenido en caso de estar con vida. Más tarde, a medida que esto se fue haciendo habitual, los manipulábamos con el mismo cuidado que teníamos con los cascotes.

A las cuatro de la tarde del día 6 de febrero se encontró el cadáver de la Sra. Canfield; nos ocupamos Irina y yo de llevarlo a la embajada norteamericana para que pudiesen repatriarlo lo antes posible. Después de que dejamos a Mary no habíamos vuelto por allí. Al llegar comprobamos que las cosas no habían cambiado desde entonces y seguía siendo mucha la gente que se agolpaba en la entrada solicitando poder pasar. Tengo entendido que la aglomeración se debió a que buena parte de los extranjeros que querían salir de Guatemala, llegaron a la conclusión de que les sería más fácil hacerlo acudiendo a esa embajada en lugar de ir a sus propias delegaciones. Desconozco si acertaron en su elección.

Nos pusieron muchas pegas antes de recibir el cadáver de la Sra. Canfield, lo cual era lógico, ya que no teníamos su documentación. Cuando apenas daban abasto con los vivos, el hacerse responsables de un cadáver supuestamente americano les costó

bastante. Aun así, finalmente cedieron.

Solicitamos también permiso para poder hablar con Mary, pero no nos fue concedido. No obstante, lo que sí pude conseguir fue que me confirmasen que estaba viva, bien atendida y que pronto volaría a Estados Unidos.

Hasta el día ocho no se encontró el cuerpo de Bobalicón. La deformación de su cara y la mezcolanza de la sangre coagulada y del polvo blanco que tenía adheridos, le confería un aspecto siniestro. Por él no nos tomamos ninguna molestia y no lo sacamos del lugar donde se amontonaban los cadáveres encontrados. Era un asesino, sus próximas víctimas probablemente hubiésemos sido Irina y yo, de no haberse producido el terremoto que tantas muertes había producido y que irónicamente a nosotros nos había salvado la vida.

La primera semana después del terremoto pasó entre temblores de intensidad variable, algunos de los cuales fueron lo suficientemente grandes como para hacer caer las inestables estructuras de edificios que habían superado malamente el primero. Recuerdo que, en concreto, hubo uno que envolvió a la ciudad en una gran polvareda. El aspecto de esta seguía sin mejorar y el centro estaba prácticamente desértico. Un problema empezaba a ser de gran envergadura: los cadáveres eran tantos que resultaba dificultoso ocuparse de ellos. Así, por ejemplo, en el Hospital San Juan de Dios se improvisó un depósito en el exterior, cuyo olor no dejaba lugar a dudas sobre el problema que representaban para la salubridad de los vivos. Iba pasando el tiempo y tanto los cuerpos amontonados como los todavía no recuperados comenzaron a descomponerse. A todo esto continuaban llegando noticias de la devastación de poblaciones: «San Martín de Jilotepeque, destruida», «la práctica totalidad del departamento de Chimaltenango, en estado calamitoso». La situación era lamentable. El agua contaminada en muchos lugares del país requería de potabilizadores que nunca llegaban. Las infecciones aparecieron. La demanda de sangre al resto del mundo fue pobremente atendida. La falta de combustible propició peleas alrededor de los pocos surtidores que aún funcionaban. El pillaje alcanzó unos niveles tales que el gobierno se vio obligado a decretar el toque de queda desde las seis de la tarde hasta las seis de la mañana. La medida no funcionó, y de forma similar a las brigadas urbanas organizadas para el desescombro, se formaron patrullas para frenar el libertinaje, pero el desorden llegó a ser tan grave que incluso el Ejército decidió finalmente sacar los carros de combate a patrullar por la ciudad. La gente seguía haciendo la vida en las calles y las afecciones respiratorias estaban tan a la orden del día que fueron muchos los que enfermaron por pulmonías debido a que el tiempo era relativamente frío. Al carecer de las medicinas suficientes para la enorme cantidad de enfermos que había, el gobierno

optó por recomendar la utilización de remedios caseros en el tratamiento de las afecciones menos graves. En este sentido, pude oír cómo la mismísima Cadena Nacional explicaba la manera de elaborar en casa ciertas pociones curativas. En definitiva, Guatemala era un caos.

La frecuencia con que se repetían los temblores no disminuía. En uno solo de aquellos días, tengo entendido que se llegaron a registrar treinta y cuatro. Muchos solo eran percibidos por aparatos de medida; otros, sí que eran perfectamente apreciables a pie de calle, e incluso unos pocos todavía eran capaces de seguir haciendo destrozos en los edificios más deteriorados. Al cabo de diez días del primer cataclismo, se hablaba de unos veintiún mil muertos, aunque todo parecía indicar que esta cifra se iría incrementando a medida que pasase el tiempo. No todos los muertos eran víctimas del terremoto; algunos saqueadores morían abatidos por las patrullas urbanas y otros, cada vez más, por algo de lo que yo solo tenía conocimiento a través de los libros de historia: la peste.

No sé exactamente qué es lo que entonces me resultó más sorprendente de esa enfermedad, si sus efectos, o el hecho de que transcurrida una década desde de que por primera vez los americanos pisasen la Luna, y medio año después de que una estación espacial soviética se posara en Venus, la peste aún siguiera siendo un tema de plena actualidad en la Guatemala de 1976.

Las dificultades de la situación ayudaron a que iniciase con Irina un proceso de sincera amistad e intimáramos mucho más de lo que habíamos hecho hasta entonces. Ella me habló de su vida, de su familia, incluso de su oculto deseo de que las cosas cambiaran políticamente en su país; su profesión le había permitido ver otras formas de vivir y quería un futuro de libertad para su pueblo. Yo también le hablaba de los míos y de la amargura que sentía ante la incertidumbre por la suerte que habrían corrido el abuelo y Ricarda.

Pasaron los días, y poco a poco, el país fue saliendo del desastre. Los más afortunados retornaron a sus casas, las tiendas y bares volvieron a abrir, los periódicos salieron de nuevo a la calle y el gobierno dio a conocer el «Plan de primera reconstrucción de viviendas». Aunque los temblores persistieron, su capacidad de destrucción felizmente fue también remitiendo. La situación a las tres semanas del primer cataclismo era bastante mejor, pero eso no impedía que la cifra de muertos estimada entonces (ya unos treinta mil) continuara aumentando, fundamentalmente debido a las infecciones. La ciudad, no obstante, recuperaba su pulso, y nuestra presencia en ella comenzó a ser innecesaria; por tanto, creímos que había llegado la hora de que abandonásemos la capital y nos dirigiéramos a Nakum para continuar nuestra búsqueda.

El plan era simple : buscar al tal José Yujá, tratar de convencerle de nuestras buenas intenciones respecto del legado de los ixchicaj, y, una vez localizado el tesoro, salir de Guatemala aprovechando que esto ya no representaba casi ningún problema. «Cuantas menos bocas a alimentar, mucho mejor», había declarado uno de los generales al ser preguntado por el éxodo de guatemaltecos a México que, desde que comenzara la tragedia, se estaba produciendo gracias a la nueva filosofía gubernamental que permitía esa migración relajando casi completamente la vigilancia en las fronteras.

Antes de partir para Nakum, conseguí por fin línea con España. Llamé a casa y no contestó nadie. Temiendo que las comunicaciones quedasen interrumpidas nuevamente, me pareció buena idea aprovechar el momento para ponerme en contacto con el compañero de mi padre que nos había servido de enlace en los primeros tiempos. Hubo suerte y él mismo cogió el teléfono. Tras comprobar que no estaba muy al corriente de lo que hacía mi padre en México, y de que al menos él no tenía noticias de Ricarda y del abuelo, le hice partícipe de mi decisión de salir del país por la frontera Norte en un futuro no muy lejano y le pedí que transmitiese estas palabras a mi madre.

Me sentía culpable por alargar la angustia de mis padres al entretenerme con lo de los ixchicaj, pero..., apenas serían unos pocos días más.

Antes de nuestra partida, pasamos por la embajada americana para intentar saber de Mary. Esta vez no hubo problemas para entrar y, aunque tuvimos que esperar bastante tiempo hasta ser atendidos, amablemente nos comunicaron que había salido de Guatemala en buenas condiciones físicas y que se encontraba en los Estados Unidos desde hacía más de una semana. Antes de irnos, una funcionaria nos entregó una carta de Mary en la que aparte de una despedida muy romántica, incluía su dirección, su número de teléfono y el ofrecimiento para ponerme en contacto con ella en cuanto quisiera. Guardé sus señas pero tuve serias dudas de que fuese a utilizarlas alguna vez.

Puesto que las vías férreas habían quedado sumamente deterioradas, de nuevo tendríamos que hacer el viaje en autobús. De esa forma, tras varias semanas entre la barbarie y la desolación, abandonamos la capital cargados, entre otras cosas, con una tienda de campaña de las que el Ejército nicaragüense había cedido a Guatemala para que la gente pudiera resguardarse de la lluvia y del frío.

El plan consistía primeramente en ir a Flores para pasar allí la noche y, a primera hora de la mañana siguiente, coger un autobús que nos llevase a los alrededores de Tikal, lugar desde donde iniciaríamos la caminata hasta Ikatjum. Este era el pueblo en el que según la carta de Roberto, se encontraba José Yujá, el hombre que nos conduciría, por fin, al legado de los ixchicaj.

Durante el viaje pude comprobar el contraste existente entre el lamentable estado del

país y el positivo ánimo de la gente guatemalteca que, acostumbrada al sufrimiento, a los pocos días de haber llorado a sus muertos volvía a demostrar unas ganas admirables de vivir y rehacerse.

Irina también iba recuperando su buen ánimo y yo me sentía aún más atraído por ella. Nuestra recién estrenada confianza hizo que la considerase más a mi alcance. Mis sentimientos habían pasado de la fascinación ante la mujer inalcanzable, a una fase en la que concebía esperanzas de que pudiera conseguir gustarle; pero esto, lejos de darme más seguridad, hizo que me mostrara con ella un poco atezado. Obviamente yo quería ir mucho más allá de esa amistad, pero procuraba disimular mis intenciones, pues temía que me rechazara; me sentía feliz creyendo en la posibilidad de cumplir mi objetivo y no estaba dispuesto a perder esa sensación por «una mala jugada». En momentos en que un pequeño paso adelante podía dejar al descubierto mi propósito, daba un paso atrás hablándole de lo «mucho» que echaba de menos a Mary. Nunca tuve, durante esos primeros días, la seguridad de cuáles eran los sentimientos de Irina hacia mí. En su forma de mirarme parecía entreverse algo más que afecto, pero no era lo suficientemente claro como para poder asegurar que se tratara de algo más.

Nos fue muy complicado encontrar alojamiento en Flores. El sitio en el que finalmente hicimos noche era un «pulguero» donde la inflación de los precios se dejaba sentir con fuerza; tanto era así que el «pájaro» que lo regentaba nos advirtió de que la tarifa por habitación podría verse incrementada a la mañana siguiente, de manera que el precio acordado por el primer día de estancia no tenía por qué coincidir con el del segundo. Como no entraba en nuestros planes permanecer más que una noche allí, no discutí su proceder aunque ciertamente me quedé con ganas de decirle «cuatro cosas» al patrón de tan hospitalario establecimiento.

Indagamos sobre el estado en que habían quedado los restos arqueológicos del país después de tantos temblores, y nos informaron de que no habían sufrido desperfectos graves. Los milenarios edificios mayas habían superado otra prueba de su robustez y permanecían erguidos.

Entre los efectos producidos por el terremoto en esa zona, destacaba uno que iba a tener bastante que ver con nuestro futuro inmediato: un corrimiento de tierras había taponado el libre curso del río situado en las inmediaciones de Nakum y utilizado por Irina y Mary en aquel baño de tan grato recuerdo para mí. La recientemente formada presa había estado reteniendo el agua durante todos esos días, y ya entonces, debido al gran volumen alcanzado, amenazaba con desbordarse de un momento a otro, lo que representaba un grave peligro para Ikatjum, precisamente el poblado indígena ubicado «aguas abajo», donde vivía José Yujá. Situaciones parecidas a esta ya se habían

producido en varios puntos del país y el gobierno había solucionado el problema bombardeando las presas con prontitud para evitar de esa forma que el agua alcanzara niveles elevados. Desafortunadamente la espesura de la selva impidió que las autoridades se percataran a su debido tiempo de lo que estaba pasando en ese terreno, y cuando lo hicieron ya era necesario desalojar el pueblo antes de proceder a la rotura de la presa. El problema se agravó aún más debido a la negativa de los habitantes del lugar a abandonar sus hogares, de manera que el caudal de agua retenido había crecido hasta un punto en que ya no solo representaba una amenaza para esa localidad, sino también para otras tres poblaciones más. Esto motivó que el Ejército se decidiera definitivamente a bombardear la presa de forma inmediata, pasara lo que pasara con los vecinos del pueblo. En modo alguno el peligro del posible desbordamiento nos hizo abandonar nuestro empeño de encontrarnos con José lo antes posible, y mantuvimos nuestra firme resolución de ir a su encuentro de la forma más rápida.

Cumpliendo con lo previsto, al día siguiente continuamos viaje en autobús a Tikal y desde allí nos pusimos rápidamente rumbo a Ikatjún. Nuestro conocimiento previo de la zona nos ayudó a superar las dificultades del camino. El tiempo era bueno, las intensas lluvias de los días precedentes habían cesado. Enfrascados de nuevo en nuestra búsqueda arqueológica y pasadas las penurias vividas en la capital, nuestro ánimo se podría tildar de bueno.

En esa primera jornada de marcha no avanzamos demasiado puesto que nos encontrábamos muy cansados por el viaje del día anterior, y en cuanto vimos que empezaba a anochecer, montamos la tienda. Al hacerlo, volví a acordarme de esa primera noche que dormimos por aquellos lugares y de lo mucho que me gustó el conseguir hacerlo al lado de Irina. Me sentía contento pensando que esa escena se iba a repetir en breve, pero de un modo mucho mejor, ya que en esta ocasión solos los dos íbamos a compartir la tienda. La importancia que esto tenía para mí volvió a dificultar la fluidez de mi conversación. Ciertamente es que en las noches siguientes al terremoto habíamos estado durmiendo juntos, pero en unas condiciones nada propicias para el amor: rodeados de gente, moralmente hundidos... Más bien habíamos compartido varias horas de cabezadas en busca de un sueño continuo que nunca venía. Por contra, entonces iba a disfrutar de una experiencia muy distinta, infinitamente más íntima, la de un hombre y una mujer rodeados tan solo de la inmensidad de la selva, dispuestos a compartir la noche bajo el mismo y pequeño techo de nuestra tienda de campaña nicaragüense. Encendimos un fuego, y después de cenar, nos sentamos a charlar mientras disfrutábamos de su calor y del ruido de fondo del crepitar de sus llamas. Eran ya muchas cosas las que nos unían. La situación irradiaba un fuerte componente romántico, que yo percibí tan intensamente

que terminó venciéndome y perdí toda la confianza en mí mismo. De pronto, me sentí cohibido y creo que fue tan claro el cambio de mi comportamiento que a Irina no debió quedarle ninguna duda de a qué se debía. Cuanto más tenso me notaba yo, más cómoda parecía estar ella, lo que incrementó mi inseguridad. No dominaba en absoluto la situación y eso me alejaba del papel que creí que debía representar. El ser plenamente consciente de mis nervios y la creencia de que ella estaba al corriente de lo que me pasaba, me impedían estar a gusto, pero pese a ello no quise que nuestra charla acabara.

Durante la noche, el ambiente es muy inquietante en la selva, ya que al margen de la luz del fuego se está rodeado por una completa oscuridad. Además, los ruidos imponen mucho más por la noche, momento que han de extremarse las medidas de precaución frente a los animales: el eterno problema de los mosquitos, la amenaza de jaguares, serpientes, tarántulas... Una noche en la selva entraña bastantes peligros. En esta ocasión, sin embargo, era tal el estado emocional en que me encontraba en ese momento que ni pensé en ello.

Con Mary siempre me sentí muy cómodo, enfundado en una imagen de tipo duro que yo mismo casi creí auténtica. No conseguí llegar a quererla, pero la comodidad de nuestra desigual relación me había hecho feliz. Por el contrario, a Irina sí que la quería, pero sufría a su lado. Con ella no me resultaba sencillo representar ningún papel. Cuanto más al alcance parecía tenerla, más complicado se me hacía estar en su compañía. Siempre la había juzgado más lista que yo, y en esos momentos en que descubría que me comportaba como un idiotizado, la diferencia de nuestras inteligencias se hacía enorme. Me veía a mí mismo como un tonto al que las circunstancias le habían llevado a vivir una aventura impropia de su carácter. El hecho de haberme sincerado con ella, me dejó totalmente indefenso y lamenté no haberme «guardado algo en el tintero» para poder motivar su interés. Fumaba y hablaba compulsivamente mientras ella, con muestras inequívocas de aburrimiento, escuchaba mis banalidades. Poco a poco, a medida que iba perdiendo las esperanzas de ir con ella esa noche más allá de la tertulia alrededor del fuego, irónicamente empecé a sentirme más a gusto.

Al encender un fuego nocturno, los animales se aproximan a las inmediaciones y esperan pacientemente por los alrededores hasta que se apaga, por ello resulta particularmente peligroso adentrarse en la oscuridad. Sin embargo, si se está en compañía, es a veces necesario hacerlo para satisfacer ciertas necesidades fisiológicas. Tras la atípica tertulia, tuve que alejarme brevemente por este motivo antes de acostarme. Al hacerlo, no pude por menos de recordar el incidente del guerrillero que encontró la muerte mientras hacía lo propio cerca de mi puesto de guardia. El que acabó con su vida no fue un jaguar sino otro depredador, el más mortal de todos, el hombre, el

asesino de sí mismo. Afortunadamente esta noche no tuve ningún encuentro desagradable, y, no sin cierta congoja, pude realizar lo que me había propuesto sin mayores dificultades. Al volver, Irina ya había recogido los útiles de cocina y se disponía a pasar a la tienda para dormir. Le propuse que me acompañara mientras me fumaba un último cigarrillo antes de acostarme, y aceptó. Aproveché la ocasión para contarle algunas cosas de mi abuelo. Fue un acierto. Era un tipo tan especial que hablar de él siempre resultaba interesante. Al principio nos reímos con algunas de las anécdotas del viejo, pero poco a poco su recuerdo me fue apenando.

—Le echas de menos, ¿verdad?

—Sí, de algún modo me siento culpable por haberme dejado convencer para que viniéramos a Guatemala. Si me hubiese negado en rotundo, nada de esto hubiera pasado.

—Ya no tiene remedio, además con un poco de suerte, pronto tu padre los encontrará a él y a tu hermana, y en breve volveréis a estar juntos en España.

—Ojalá sea así.

—Bueno, mañana tenemos un largo camino, es hora de acostarnos.

—No, espera..., un cigarrillo más y nos vamos a dormir.

—Es tarde, ya te has fumado muchos hoy. Vamos a acostarnos.

—Tampoco han sido tantos, unos diez o así.

—Eso es fumar demasiado.

—¿Cuánto es para ti fumar demasiado?

—Siempre que se fume algo, es fumar demasiado. Por si no lo sabes, el tabaco mata.

—No me gusta que me sermoneen.

—No era ese mi propósito. Me has pedido mi opinión y te la he dado.

—Lo siento, es que estoy nervioso.

—¿Nervioso? ¿Por qué?

Ella lo sabía perfectamente y se permitía el lujo de jugar conmigo. Con lo del tabaco me había aleccionado como si fuera un niño, lo que me colocaba de nuevo en una posición que no era compatible con mi secreto sueño de hacer algo más que dormir aquella noche. Me sentí tan violento que ni siquiera esperé a que pasase ella a la tienda primero y, en una reacción de lo más pueril, me tumbé rápidamente y le deseé las buenas noches de una forma muy brusca. Permanecí largo rato despierto pensando en si Irina, conocedora de mis sentimientos, se me había adelantado tratándome de esa manera para impedir que yo intentase algo esa noche. Sin duda, había conseguido su objetivo, pero aún pasaríamos más tiempo juntos y habría más oportunidades. Lo fundamental entonces, a juzgar por cómo se había desarrollado la velada, era recuperar mi confianza. Si había

vuelto loca a Mary, ¿por qué no iba a conseguir gustar a Irina? Ella valía más que yo, pero si había sido capaz de acostarse con su posible asesino, ¿por qué no iba a poder hacerlo también conmigo?

Cuando desperté, ya había amanecido y la luz solar se filtraba a través de la tienda. Irina continuaba dormida, y me dio por permanecer un rato observando su rostro. En ese estado parecía mucho más joven y vulnerable. Mi ánimo era tan distinto al de la noche anterior que contemplé seriamente la posibilidad de despertarla con un beso. La prudencia me hizo finalmente desestimarlo, pero me prometí que esa noche iría definitivamente «al grano». Mi decisión era firme. Eso sí, antes de actuar sería necesario pensar en cómo organizar la cuestión. Salí de la tienda y encendí el fuego para preparar el desayuno. Cuando ya estaba cocinando, Irina se levantó. Tenía los ojos hinchados por el sueño y me pareció que estaba especialmente bella ese día.

—Buenos días Irina, ¿has dormido bien?

—Muy bien gracias. Veo que ya estás preparando el desayuno.

—Efectivamente, un poco de jamón y beicon para empezar bien la jornada.

—Si te parece, también podríamos abrir un paquete de galletas.

—¡Vaya que si me apetece! Tengo un hambre que devoro.

El espléndido día, la belleza del paraje, la compañía de la mujer que amaba, el canto de los pájaros y el olor de nuestra comida recién cocinada me hicieron sentirme muy dichoso.

Irina también parecía estar de muy buen humor, y conversamos animosamente mientras desayunábamos. Después, sin mucha prisa, levantamos el campamento y nos pusimos de nuevo en ruta. Teníamos por delante todo un duro día de marcha y nuestra intención era llegar a los alrededores de Ikatjum antes del anochecer. Una vez allí acamparíamos, y ya al día siguiente entraríamos en el pueblo con la intención de hablar con José Yujá. Si todo salía según lo previsto, él nos mostraría el lugar donde se hallaba el legado de los ixchicaj.

Pasamos la mañana gastándonos bromas y riendo frecuentemente; las cosas se estaban desarrollando de un modo muy prometedor para mis planes. Cuando nos topamos con el tan añorado río, hicimos un descanso para comer y asearnos un poco. Estábamos situados cerca de su nacimiento, y por la tarde teníamos pensado seguir su curso hasta encontrar la famosa presa recientemente formada por el terremoto.

Irina me propuso darnos un chapuzón y yo accedí con agrado al recordar el que Mary y ella se dieron en ese mismo río mientras yo las observaba secretamente desde la orilla.

No llevábamos bañadores, y yo pensaba en la forma en que ella tendría previsto

bañarse. Me aproximé al agua con la excusa de ir a comprobar si estaba fría, pero con la intención oculta de dejar pasar algo de tiempo en espera de lo que ella fuese a hacer. Llegué a la orilla y me agaché para introducir la mano en el agua. Estaba fría, y así se lo hice saber a Irina, quien durante todo ese tiempo ni se movió del sitio ni se desprendió de su ropa. Volví junto a ella y le pregunté:

—Entonces..., ¿qué hacemos?, ¿nos bañamos?

—Sí.

Nos quedamos frente a frente, mirándonos en silencio. La situación era tan grotesca que finalmente ella terminó por esbozar una sonrisa y dijo:

—Para meternos en el agua tendremos que quitarnos la ropa, ¿no te parece?

—Sí, supongo que sí, pero..., ¿cuánta ropa nos vamos a quitar?

Por si todavía le quedaba alguna duda sobre la razón de mi forma de actuar, acababa de descubrirme.

—Yo no pienso llevar nada que me estorbe —respondió ella sin especificar lo que yo quería saber.

Se desprendió de la camisa y no tuvo ningún reparo en dejar al descubierto su fino sujetador. Yo hice lo propio con la mía, pero a un ritmo algo más lento que el suyo para permitir que fuera ella quien marcara la pauta; estaba deseando comprobar hasta dónde iba eso de quitarse «todo lo que le estorbaba».

Tras la camisa pasó a los zapatos, a los calcetines y al pantalón. Después esperó a que yo hiciera lo mismo. Su desnudez permanecía aún incompleta debido al sujetador y a sus pequeñas y blancas braguitas. Era magnífico ese espectáculo, pero yo deseaba fervientemente que siguiera adelante. Para mi desconsuelo, Irina puso freno a mis expectativas.

—Ahora tendrás que darte la vuelta y esperar a que me quite el resto y me meta en el agua.

—Sí claro..., me daré la vuelta —respondí esforzándome por disimular mi desilusión.

Me giré y ella aprovechó para desnudarse totalmente, como pude comprobar al observar su sombra. Cuando hubo acabado, se dirigió al río. Soporté la tentación de volverme rápidamente pensando que ella podría estar alerta; a veces tenía la sensación de que Irina era capaz de leerme los pensamientos. Oí el chapoteo que emitía al ir introduciéndose en el agua y escuché un «todavía no te vuelvas». Me sentí defraudado, no solo por el hecho de no haberla visto desnuda, sino porque con su comportamiento había desaprovechado una buena ocasión para, digamos..., seguir con mis planes. Por otro lado, no era tan liberal como parecía; eso de haberme tenido que volver mientras

ella terminaba de desnudarse, me había resultado un comportamiento algo «mojigato». No es que la considerara una mujer fácil, todo lo contrario, pero eso no tenía nada que ver con el sentido del pudor que acababa de demostrar. Ese comportamiento lo hubiera esperado por parte de cualquier otra, pero la imagen que yo tenía de Irina era la de una mujer diferente, que estaba por encima de sonrojarse por situaciones como la de tener que desnudarse en presencia de un hombre. No fue así e hizo gala de un pudor desconocido para mí hasta entonces. Estaba hecho un lío. ¿Su reacción era debida a que yo significaba algo para ella, y había querido preservar su desnudez para un momento posterior? ¿O con ello de nuevo me había parado los pies antes de que yo intentase ir más allá? De una forma o de otra, siempre terminaba planteándome por qué hacía esto o lo otro, sin llegar a entenderlo. No sabía el porqué de su reacción, pero lo cierto es que el hecho de que no quisiera que la viera desnuda, indicaba que, al menos, me veía como a un hombre y no como a un inofensivo muchacho. Oí alejarse el chapoteo y, juzgando que ya podría volverme, me giré. En efecto Irina ya nadaba libremente y miraba en mi dirección sonriendo. Me desprendí del calzoncillo sin esperar a que ella retirase su mirada y me dirigí al agua con toda la naturalidad de que fui capaz. Ella no dejó de mirarme y sonreír mientras me acercaba. Me zambullí y bucéé hacia su posición sin abrir los ojos, ya que el agua no era todo lo cristalina que hubiera deseado. Cuando emergí a la superficie, comprobé que ella se había desplazado del lugar que antes ocupaba. Tampoco supe interpretar por qué lo hizo. No estaba muy lejos y, desde donde me encontraba, podía entrever la silueta de su pálido cuerpo. Irina entonces, ya había dejado de prestarme atención y disfrutaba del baño. Hice lo propio nadando sin rumbo fijo, tratando de disfrutar también del chapuzón mientras me preguntaba interiormente si no me habría pasado al «despelotarme» en su presencia y sin ningún recato. Quizás había sido una equivocación, pero yo me sentía francamente bien; de alguna manera había roto el guion que hasta ese momento siempre había marcado ella. Además, dada la distancia y la forma en que lo hice, no me pareció que el asunto hubiera quedado como si de una acción puramente exhibicionista se tratara, sino que resultó de lo más natural, tal y como imaginaba que hubiera hecho la Irina que tenía en mi mente. Yo, el presunto crío, había despreciado el taparme y pensaba que, por una vez, había actuado de una forma más madura que ella. En silencio me reía de mi ocurrencia; si en la noche anterior me había sentido completamente cohibido mientras simplemente charlábamos alrededor de un fuego, ahora, después de mi particular *striptease*, extrañamente me notaba más seguro.

Estuvimos tanto tiempo en el agua que se me empezaron a arrugar los dedos. Si la entrada en el río había sido muy interesante, la salida no podía serlo menos. Yo ya tenía

frío y pensaba que Irina sentiría lo mismo. Los dos estábamos prolongando el baño demasiado, y creo que ambos lo hicimos expectantes por ver cómo se desarrollaba la salida del agua. En vista de los beneficios que me produjo mi manera de hacer la entrada, llegué a la conclusión de que lo más indicado sería salir de la misma forma: con naturalidad y sin previo aviso. Fiel a mi pensamiento, me dirigí hacia la orilla y abandoné el agua. Al llegar a donde estaban las ropas, estuve tentado de secarme al sol desnudo, pero opté por una acción menos espectacular y terminé poniéndome unos calzoncillos. Una vez hecho esto, me tendí al sol. Al poco tiempo percibí que Irina se aproximaba a la orilla. Permanecí con los ojos cerrados como si fuera totalmente ajeno a su venida; se suponía que yo no daba importancia a la desnudez; por ello, pese a que noté que pasaba a mi lado, no levanté los párpados. Sentí cómo se tendió a mi lado, y supuse que lo hizo con la intención de secarse también al sol.

Había estado moviéndose a mi alrededor, posiblemente vistiéndose, pero yo no descartaba la posibilidad de que estuviese completamente desnuda, hecho que yo hubiese interpretado como una invitación clara a disfrutar de sus «atributos». Pensar en eso hizo que se alejasen por completo mis razones para no echar un vistazo, de modo que abrí los ojos y miré hacia su lado. Efectivamente estaba secándose al sol, con los ojos cerrados y..., con la ropa interior puesta en su sitio. Maldije mi falta de valor por no haber abierto los ojos antes; quizás de haberlo hecho, el final que parecía que iba a tener nuestro inocente baño hubiera sido muy distinto. Ya medio vestida, las circunstancias eran diferentes, mi oportunidad había pasado, y lo único que me quedaba por hacer, era prometerme a mí mismo que no desaprovecharía la próxima.

Una vez secos, limpios y descansados, nos volvimos a poner en marcha. Avanzamos bastante más deprisa, y antes de la caída de la tarde conseguimos nuestro objetivo y divisamos el embalse. Ikatjum, algo más abajo, permanecía oculto a nuestros ojos pese a encontrarse relativamente cerca de donde estábamos. El citado embalse era diferente a todos los que había visto antes; en su rápida formación, una zona boscosa había quedado inundada de tal forma que las copas de lo que hasta el momento fueron inmensos árboles, apenas sobresalían entonces de la superficie. El aspecto de la presa natural que soportaba el caudal de agua era muy poco tranquilizador, ya que consistía en una atípica colina de terreno blando, que amenazaba con derrumbarse de un momento a otro. No hacía falta ser un experto para darse cuenta de que en cuanto cediera en un pequeño punto, el arrastre de agua terminaría desmoronándola completamente. Según nuestro mapa, el poblado se encontraba justo detrás de esta especie de muro de contención, y desde luego, encontramos plenamente justificados los reiterados avisos de las autoridades sobre lo peligroso que era permanecer allí. A la derecha del embalse se

veía, como contraste, el antiguo curso del río completamente seco, lo que evidenciaba la magnitud del corrimiento de tierras que se había producido. La luz empezaba ser escasa y acampamos allí mismo, dado que el lugar estaba lo suficientemente elevado para que, en el caso de que el muro natural cediera, no nos viésemos sorprendidos por el arrastre del agua. Una vez más, nos pusimos a la tarea de montar la tienda.

Desde la escena del río, creo que Irina se encontraba menos cómoda en mi compañía; lo noté tanto en su forma de hablar como de mirarme. Yo, sin embargo, estaba más a mis anchas. El orden de fuerza de nuestra relación había quedado alterado, o así me lo parecía, y notaba una cierta timidez por su parte que a mí me infundía seguridad; no tanta como cuando estaba acompañado de Mary, aunque sí la suficiente como para no comportarme como el retraído muchacho con el que Irina había compartido cena la noche anterior. Ella, a mis ojos, seguía siendo una mujer extraordinaria, pero era eso, una mujer, de carne y hueso, capaz de ponerse nerviosa en mi presencia.

Nos dispusimos a cenar en un ambiente físicamente parecido al de la noche anterior, pero emocionalmente muy distinto. Era notorio que Irina se sentía turbada, me miraba de un modo diferente, aun cuando eso no tenía por qué ser necesariamente indicativo de la buena marcha de mis planes. A esas alturas, no le debían quedar dudas sobre mis pretensiones, pero su comportamiento seguía siendo ambiguo y no dejaba traslucir si ella estaba de acuerdo con mis deseos. Llevábamos demasiado tiempo siendo simples amigos como para que fuera fácil cambiar esa situación de repente, y aunque aún no tenía muy claro el modo de afrontarlo, yo estaba decidido a que ese cambio se produjera esa misma noche.

Hablábamos de trivialidades y el tiempo pasaba. Estábamos a punto de acabar de cenar y todavía no había conseguido ningún avance significativo. Parecía que irremediablemente llegaba la hora de acostarse y nada iba a ocurrir; de hecho, sin ni siquiera yo haber terminado de comer, Irina se levantó.

—¡Espera! Aún no he terminado de cenar y después tengo que fumarme el cigarrillo «de antes de acostarme».

—De acuerdo, te esperaré, hace tan buena temperatura... —dijo y volvió a sentarse.

Terminé de comer y después me entretuve avivando algo más el fuego mientras trataba de encontrar un tema que me ayudara a «entrar en materia».

—Eres una mujer extraña Irina, cualquiera en tu situación hubiese vuelto rápidamente a su país en vez de continuar con esta loca aventura.

—No lo veo tan raro; dedico mi vida a la historia, y lo que estamos buscando es más que suficiente para motivar enormemente a cualquier historiador.

—Ya, pero apuesto a que es la primera vez que actúas de forma tan irracional.

—Puede que no lo parezca, pero sí que es cierto que cuando encuentro algo que realmente me motiva, soy capaz de dejarlo todo por seguir con ello.

Había llegado la ocasión que buscaba, vi las puertas abiertas y me lancé «a tumba abierta».

—¿Alguna vez has perdido la cabeza por un hombre?

Irina sabía que esa pregunta no había sido formulada con el único objetivo de conocer su respuesta, y tardó algo más de la cuenta en contestar.

—... Lo cierto es que no. He conocido varios pero ninguno me ha hecho perder el control. Es mucho más sencillo que me entusiasme con una investigación como la que estamos llevando a cabo que por un hombre.

—Eso es porque no viviste una auténtica historia de amor con ninguno de ellos.

—Puede que, como dices, no viviera una auténtica historia de amor con ninguno, pero...

—Me gustas Irina —dije sin esperar a que ella terminara la frase.

—Tú a mí también Daniel..., pero de otro modo —dijo ella sin esperar a que me hiciese más ilusiones.

«Metí la pata», ¿cómo había llegado a pensar que una mujer como ella podía sentirse atraída por un tipo tan vulgar como yo? Estaba hundido, pero a la vez sentí una imperiosa necesidad de salvar mi orgullo.

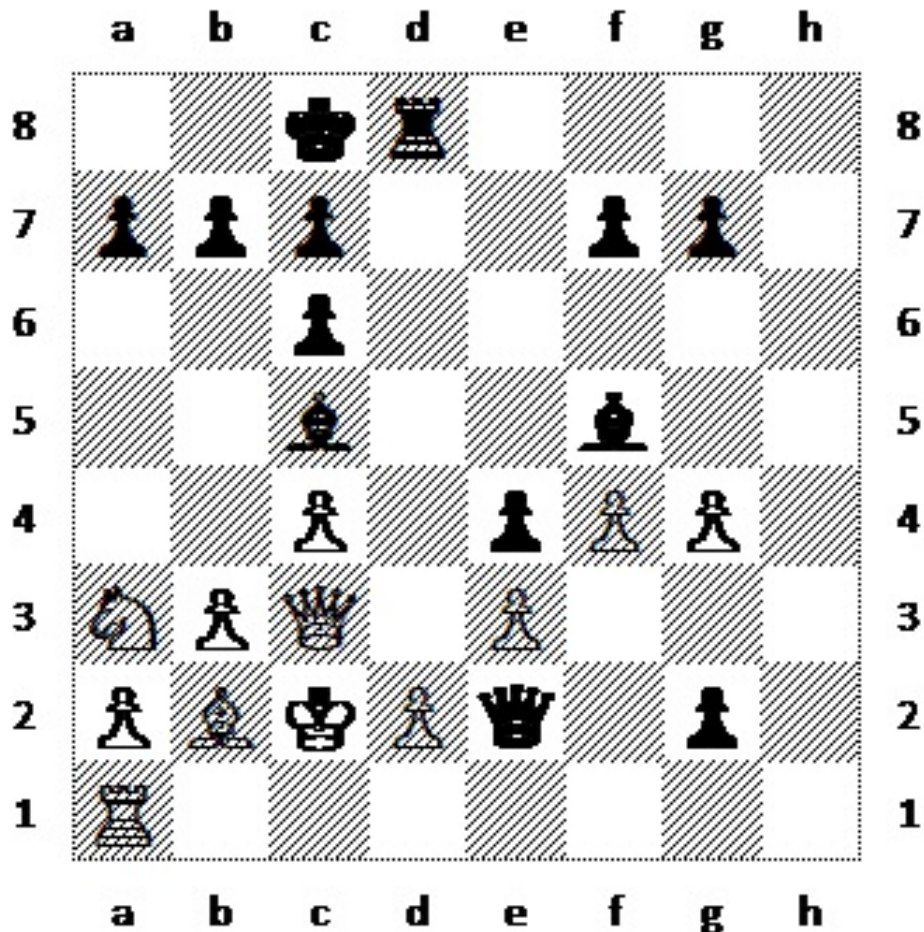
—¿Cómo que de otro modo? ¿Qué es lo que crees que he querido decir? Oye no te vayas a pensar que..., en fin, ya sabes. Te aseguro que estoy muy enamorado de Mary.

—Claro, claro. No sé por qué he dicho eso —contestó elegantemente ella.

Recogimos en silencio los restos de la cena y nos acostamos.

XXI

20. Ca3 Dxe2



Ahora me corresponde a mí tomar su alfil, pero mi instinto me dice que no debería hacerlo. Analizaré la jugada concienzudamente...

El peligro es mayor de lo que pensaba. De tomar el alfil de f5, su respuesta sería Ab4; otro teórico regalo para mi dama, pero con un veneno mortal ya que si yo lo aceptara, su siguiente movimiento sería Dd3+ y el mate estaría muy próximo gracias a la corona de su peón. De no aceptar su alfil de b4, quizás la mejor opción fuese Dxe2 para intentar con ello controlar la columna G, pero tras Td2+ se escondería otro mate imparables. Estoy bastante peor de lo que creía. Trataré de evitar que corone aunque me cueste mi segunda torre.

Nuevamente las luces de la mañana borraron el tenso ambiente de la velada anterior. Recogimos la tienda, desayunamos esforzándonos ambos en actuar como si nada hubiera ocurrido y rápidamente nos pusimos rumbo a Ikatjum. El pueblo apenas se trataba de una aldea de seis u ocho viviendas de indígenas. Al llegar a sus alrededores vimos que un grupo de soldados discutían acaloradamente con un hombre mayor que parecía ser el representante de esa comunidad, y decidimos esperar ocultos en la maleza hasta ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Los gritos eran tan elevados que desde nuestra posición podíamos escuchar perfectamente lo que decían. Los soldados los instaban a que abandonaran el pueblo y se marchasen al lugar de alojamiento que el gobierno había preparado para ellos, y también les advertían de que el desalojo tenía que hacerse de forma inmediata, puesto que ya estaba cursada la orden de bombardear el embalse con el fin de liberar el agua antes de que se acumulara aún más caudal. El viejo, como portavoz del resto, se negaba en rotundo a abandonar los alrededores e insistía en que el contingente de indígenas remontaría el río hasta más arriba de la presa para no ser arrastrados por las aguas mientras durase la operación, pero que una vez acabara la misma, volverían a establecerse en sus tierras.

Los soldados trataban de convencerlos de que el lugar elegido para ellos por parte del gobierno era bastante adecuado para el inicio de una nueva vida, pero la determinación de los indígenas fue firme y acabó por hacer desistir a los soldados, de manera que se dispusieron a volver por donde habían venido, no sin antes hacerles la última advertencia de que el bombardeo inexorablemente comenzaría en torno a cuatro horas más tarde.

Permanecimos escondidos hasta que los soldados se alejaron. Este tiempo fue empleado por los habitantes de la aldea para recoger todo aquello que pudieron llevarse con ellos, antes de reunirse nuevamente en mitad del círculo que formaban las *nas* (chozas) para hacer una plegaria conjunta. Cuando terminaron, nos dejamos ver. Nuestra inesperada visita les produjo una gran sorpresa. Después de los saludos, que por nuestra parte fueron mucho más cordiales que por la suya, preguntamos directamente por José Yujá.

—¿Qué quieren de él? —respondió el viejo que había ejercido de portavoz con los soldados.

—Tenemos algo importante que decirle respecto de los ixchicaj.

Si con la sola mención del nombre de Yujá se produjo un silencio cortante, al pronunciar la palabra «ixchicaj» percibí en los rostros de los indígenas una enorme

tensión. Entre los guatemaltecos, el desconocimiento de su propia historia era grande, y la leyenda de los ixchicaj, prácticamente desconocida; sin embargo, esos indígenas que por no saber, ni siquiera entendían bien el español, habían reaccionado al oír la palabra «ixchicaj» y eso me dio esperanzas de que nos encontráramos ya muy cerca de nuestro destino. Uno de ellos se me acercó de modo amenazador, pero fue detenido por el viejo portavoz.

—José Yujá soy yo, ¿qué es lo que desean?

—Tenemos poderosas razones para pensar que en breve le visitará una gente que es capaz de todo por encontrar el tesoro oculto de los ixchicaj. Hemos estado realizando una investigación sobre este tema y hemos llegado a la conclusión de que usted es el único que tiene la clave para encontrarlo. Nuestras intenciones son del todo honestas; por una parte, pretendemos salvar su vida y, por otra, intentamos evitar que el tesoro de los ixchicaj, tantos años guardado, caiga ahora en manos del mercado negro de antigüedades. Si usted nos ayuda a encontrarlo, apenas tomaremos una prueba para que el mundo se cerciore de su existencia y posteriormente nos ocuparemos de que las autoridades competentes se hagan cargo de él. Con esto no me refiero al gobierno guatemalteco, sino a una asociación internacional con el suficiente prestigio como para confiar en que hará un uso justo del hallazgo. Al decir un uso justo, quiero decir que los beneficios que produzca sean disfrutados por la comunidad indígena guatemalteca, con la cual el mundo tiene una deuda histórica.

Su rostro pasó de la sorpresa a la desconfianza.

—No sé de qué me hablás —mintió.

—No es necesario que finja con nosotros. Nos consta que tan solo existían dos personas que sabían del paradero de ese tesoro. Una de ellas es usted y la otra, cuyo nombre desconozco pero que me consta que vivía en un pueblo situado en los Cuchumatanes, ahora está muerta.

—Nunca tuve que ver con nadie de allá.

—Sabemos que el tesoro de los ixchicaj está por esta zona, que ha sido buscado y no encontrado durante muchas generaciones y que si sigue todavía oculto, es porque la tierra misma se ocupó de sepultarlo en un terremoto hace cientos de años. Lo mismo que nosotros lo saben los tipos de los que le estoy hablando, que, por cierto, seguro que de un momento a otro darán con usted y le interrogarán sobre la localización del tesoro de una forma muy distinta a la nuestra. Lo que le digo es absolutamente verdadero, y si le sirve de algo, puede comprobar esta talla de madera que llevo. Sin duda reconocerá que es auténtica y que se trata del día *Lamat*.

La miró con atención.

—Si ahora es tallita la tenés vos, es porque probablemente sos vos mismo quien se encargó de matar a su dueño.

—Le aseguro que no fue así. El asesino del portador de la talla la extravió en una tienda y yo la encontré. No soy ningún criminal, simplemente las circunstancias han hecho que me viera envuelto en todo este lío. Irina, que es esta mujer que me acompaña, es una historiadora europea de mucho prestigio y que ha venido conmigo para poder conseguir lo que antes le he dicho.

—Vamos a ver: tenés una talla que le costó la vida a un hombre y me decís que todo fue una casualidad, que sos completamente inocente y que pretendés ayudarme. ¿No parece, pues, más lógico pensar que vos sos el asesino de uno de los nuestros y que después de sacarme la información que necesitás, seré hombre muerto?

—Comprendo perfectamente su desconfianza y reconozco que la forma en que me he visto inmerso en todo esto es por una suma de casualidades difícilmente explicables, pero le aseguro que es cierto. ¿No cree que de no ser verdad lo que le digo, habría inventado una versión distinta de los hechos?

Era completamente cierto; tan solo un loco podría inventar una historia como esa para tratar de convencerle de que pusiera en nuestro conocimiento lo que sabía. Le había dicho la verdad, y esta estaba tan lejos de ser una buena coartada que pensé que precisamente por eso mismo la creería.

—Es absurdo, pero de todos modos..., ya nada de esto tiene sentido. Puede que los códices estén tan deteriorados que sea imposible reconocerlos —dijo.

—No comprendo.

—Efectivamente existe lo que llamás «el legado de los ixchicaj», mi antiguo pueblo. Los ixchicaj nunca fueron ricos, al menos no en oro, pero sí en conocimiento. Lo que guardaron antes de su desaparición fueron sus códices, la biblioteca que habían elaborado a lo largo de su historia. No es cierto que poseyeran joyas ni usaran magia para evitar el dolor o cosas parecidas, el motivo del secreto fue el temor de que se destruyeran nuestros conocimientos. Están ustedes en lo cierto respecto a su desaparición; es verdad, fue un terremoto lo que sepultó los códices, y bajo la tierrita han permanecido ocultos hasta que otro terremoto los ha desenterrado.

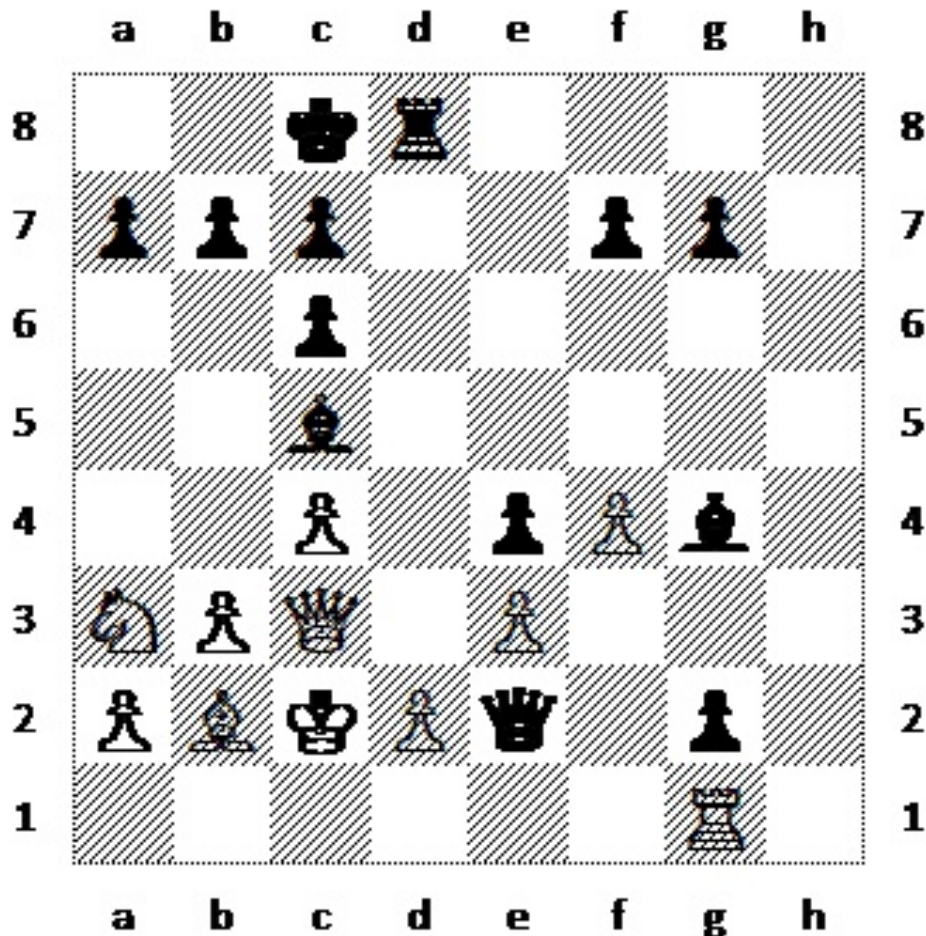
—¿Cómo? ¿Quiere decir que los temblores que han ocurrido durante este mes, han sacado de su escondite el legado de los ixchicaj?

—De momento, no del todo. Si la información transmitida de generación en generación es cierta, los códices estaban en una pequeña cuevita junto al curso del río, en el mismo lugar donde está ahora la presa. De seguro que el movimiento de tierras ha vuelto a transformar su localización. Si, como me temo, el agua ha entrado en contacto

con los códices, estos pueden estar muy mal. En cualquier caso, eso no se va a saber hasta que se recuperen; y, antes de que llegaran ustedes, yo ya había decidido hacerlo. Eso sí, les advierto que como traicionen la memoria de mi pueblo, lo pagarán muy caro. Una vez que la presa se vacíe, es importante que actuemos con rapidez, ya que si la cuevita ha quedado visible, corremos el riesgo de que la encuentren los soldados. No creo que pase mucho tiempo hasta que el ejército vaya a la presa para ver el resultado de sus bombas. Vamos a remontar, pues, el río hasta arriba de la colina, y a esperar a que los aviones hagan su trabajo. Luego nos bajamos, y si la cueva donde están los códices queda a la vista, los agarramos y nos los llevamos a un lugar seguro. Ahorita mismo partimos antes de que empiece el bombardeo.

XXII

21. Tg1 Axc4



Otro peón ha caído. No sé qué mover, estoy encerrado. La torre está perdida... ¡Qué desastre!

Véremos si mi caballo puede hacer algo.

22. Cb1 ...

Subimos por un camino distinto al que habíamos utilizado Irina y yo en nuestro descenso al pueblo, y aunque era más transitable, no impidió que la subida fuera muy dura. Yo pensaba en el viejo Yujá, quien había visto en nosotros su única esperanza de preservar el legado de los ixchicaj para un buen fin y estaba a punto de hacernos

partícipes del secreto que él y sus antecesores habían guardado durante siglos. A pesar de que las cosas aparentemente iban bien para nuestros propósitos, no conseguía sentirme tranquilo; me inquietaba el hecho de que Roberto estuviera tras la pista de Yujá. No era lógico que si nosotros habíamos podido encontrarle, él no lo hubiera hecho pese a contar con mucho más tiempo.

Al margen de esto, había algo en Yujá que me hacía desconfiar; parecía muy instruido para tratarse de un viejo aldeano. Su español era muy bueno cuando el resto de indígenas del poblado apenas lo hablaba y, además, no había puesto demasiados reparos a compartir con nosotros su secreto pese a que nuestras «credenciales» no eran del todo claras. Bien era cierto que había razones para que nuestra ayuda pudiera ser importante en esos momentos, pero para ello tenían que darse varias casualidades: que la humedad estuviera afectando a los códices de forma que su recuperación tuviera que ser inmediata, que tras el desalojo del agua la cueva quedase nuevamente a la vista, que el acceso a los códices fuera lo suficientemente sencillo como para poderlos rescatar con facilidad; en definitiva, no resultaba muy probable que nuestra intervención pudiese ser necesaria. Sí que le habíamos ofrecido la posibilidad de que los códices fueran utilizados por una organización internacional y todo eso; pero, por mucho que me esforzaba, no encontraba ninguna razón lo suficientemente poderosa como para que ese viejo heredero de uno de los secretos mejor guardados de la historia de la humanidad, nos lo fuera a desvelar tan fácilmente. Otra cosa que no alcanzaba a entender era por qué no había actuado con prontitud cuando, después del seísmo, comenzó a retenerse el agua en la presa.

Durante la ascensión traté de dialogar con los demás indígenas para tratar de encontrar respuestas a mis interrogantes, pero fue imposible; ninguno parecía comprenderme, lo que significaba que ninguno había entendido «nada» de la conversación que habíamos mantenido Yujá y yo, «nada» salvo una palabra que los había alterado: «ixchicaj».

Nos resguardamos en un lugar elevado desde el que pudimos divisar perfectamente el embalse. No tardaron mucho tiempo en aparecer los dos aviones que, a la hora prevista, empezaron a bombardear el muro de contención de la presa natural. Los impactos no eran nada certeros y tan pronto caían al agua como a la zona arbolada. En vista de la falta de puntería, yo temía que alguna de las bombas destruyera la caverna de los ixchicaj. Fueron necesarios veinticinco minutos de bombardeo para demoler un terreno que estaba deseando caer por sí solo. Finalmente el agua fluyó por un hueco muy pequeño que se ensanchó rápidamente.

Cuando apenas quedaba una charca en el centro, Yujá habló con tono autoritario al

resto de indígenas y estos emprendieron el camino de regreso.

—¿No íbamos a buscar el tesoro antes de que apareciese alguien más?

—Pues claro, pero es mucho mejor que lo hagamos solo nosotros tres.

Irina, Yujá y yo iniciamos el descenso a lo que momentos antes había sido el fondo del lago. El barro y la vegetación nos impidieron avanzar cómodamente. Resultaba espectacular observar la zona donde había ocurrido el movimiento de tierras cuyos efectos podían apreciarse con total nitidez. Nos dirigimos al lugar donde estuvo situado el antiguo cauce para tratar de encontrar la cueva que buscábamos. Yujá iba delante abriéndose paso a golpes de machete. Después de mucho batallar con la vegetación y el fango, Irina comenzó a dar muestras de cansancio y se quedó algo retrasada. Aproveché la situación para comentarle las dudas que tenía sobre Yujá, y ella aumentó más mi zozobra confirmándome que también desconfiaba de él.

—¿Qué vamos a hacer? —me preguntó.

—¿Te has fijado en si va armado?

—Salvo el machete creo que no.

—Entonces seguiremos adelante.

Cuando llegamos junto a la zona donde el cauce del río se había elevado, Yujá permaneció en silencio observando el aspecto del terreno. Después se alejó unos metros para conseguir una vista más amplia del lugar.

—¡A la izquierda!

Avanzamos por donde nos indicó, siempre en el mismo orden y con frecuentes miradas por su parte hacia la pared formada por el seísmo. No recuerdo exactamente el tiempo que pasó, pero sí que fue tanto que pensé que en breve aparecerían los soldados. Manifesté mis temores a Yujá, pero este no se dignó ni siquiera a contestarme. El cansancio era grande. A cada paso, las botas se me hundían en el barro y cada vez las sentía más pesadas. En varias ocasiones llegué incluso a dar con mi cuerpo en el suelo; y, sin embargo, pese a su edad, Yujá no parecía verse tan afectado por todo esto. Irina, aunque más cansada que yo, contaba con un mejor ánimo; era como si el hecho de estar acercándose al legado de los ixchicaj la hiciese olvidar en parte las calamidades que estábamos sufriendo. Ella también miraba con avidez hacia el muro donde pensábamos que encontraríamos la gruta que nos conduciría a los añorados códices. Continuamos la marcha hasta llegar al final de las señales del corrimiento. Más allá, de nuevo comenzaba la vegetación y el terreno adoptaba la forma que había tenido siempre. Yujá pareció desesperarse: o bien había elegido mal el lado por el que buscar, o bien el corrimiento no había dejado al descubierto nada. Volvimos sobre nuestros pasos, utilizando el camino abierto a la ida, y continuamos inspeccionando el muro por si se nos

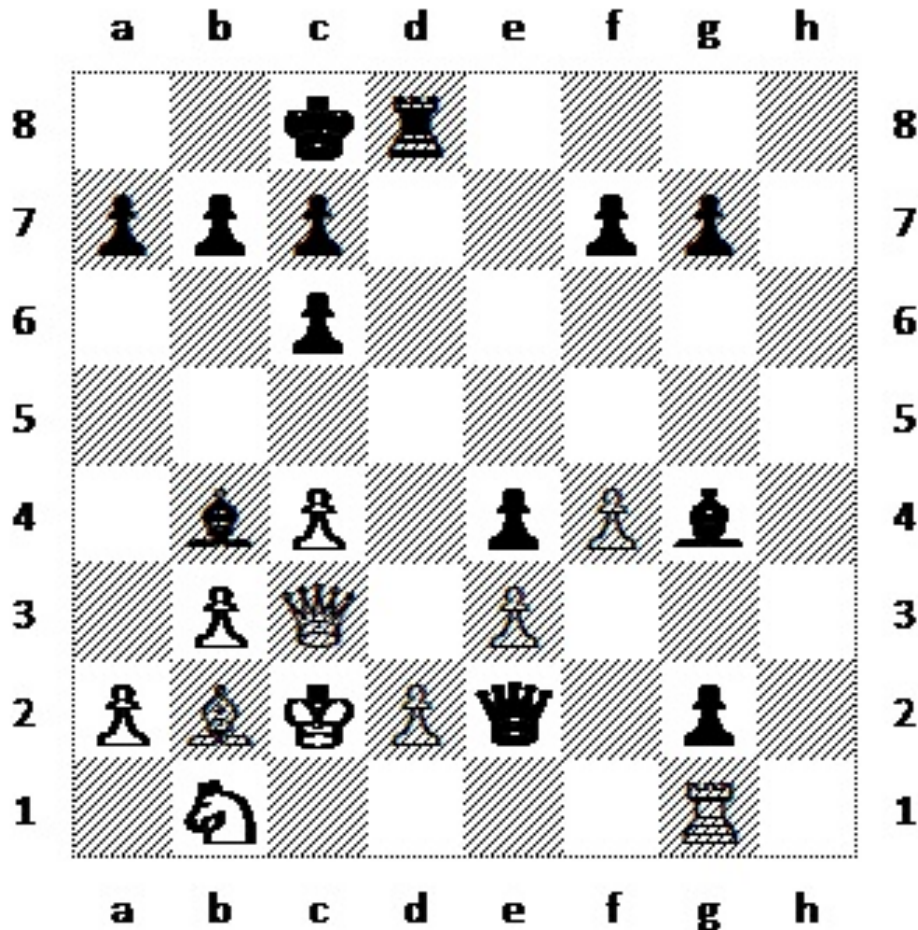
había pasado por alto algún indicio de la misteriosa gruta. Súbitamente, Irina señaló hacia una zona del interior que estaba exenta de vegetación y donde se podía apreciar una perforación artificial del terreno, de forma circular y de aproximadamente dos metros de diámetro. El corazón me dio un vuelco, parecía que por fin lo habíamos encontrado. Con gran alborozo llamamos la atención de Yujá, señalándole el punto donde estaba el hueco. Él miró en esa dirección sin mucho entusiasmo, antes de añadir con desprecio:

—Esa inspección de terreno se realizó hace dos años, y no se encontró nada.

Definitivamente desconfié; se suponía que él debía estar contento de que el legado de los ixchicaj continuase oculto, sin embargo, esto parecía contrariarle más incluso que a nosotros. Además, estaba claro que desconocía la localización exacta; si en un principio, con mucha presteza nos dirigimos al antiguo cauce del río, al comprobar que no estaba allí, continuamos rastreando la zona ya sin ningún convencimiento. Todo esto, unido a la confirmación de que estaba perfectamente al corriente de las últimas inspecciones del terreno, me llevó a la conclusión de que ese hombre no era Yujá, sino probablemente su asesino. Dadas las circunstancias, lo mejor que podíamos hacer era huir de allí en cuanto tuviésemos la menor oportunidad. Lamentablemente en el momento en que iba a informar a Irina de mis planes de fuga, estos se vieron alterados. Provenientes de la maleza interior, salieron a nuestro encuentro dos hombres con armas. No eran soldados. Uno era Roberto, el tipo que había visto en la tienda de mi hermana y el otro, Pedro, su compinche.

XXIII

22. Cb1 Ab4



De nuevo me ofrece otra de sus piezas. No creo contar con una alternativa mejor que la de aceptar su ofrecimiento, ya que gracias a mi caballo, el peón d2 no es tan débil como antes. Hasta ahora ha sacado rentabilidad a todos los sacrificios que ha hecho, lo que me induce a pensar que detrás de este se oculte otro siniestro plan de ataque que compense su pérdida; pero por desgracia no creo tener otra opción que la de seguir, una vez más, los pasos que me marca.

23. Dxb4 ...

Cuando he efectuado el movimiento, ha sonreído a la vez que ha parecido relajarse, y ahora creo comprender el porqué: si mueve Dd3+, tendré que desplazar el rey a c1 y

acto seguido, al jaquearme su dama en Df1+, estoy obligado a tomarla con mi torre ya que ante Rc2, su alfil Ad1+ obligaría a mi rey a situarse en una posición a la que irremediablemente seguiría el mate (frente a Rc3, Dd3++, y si Rc1, Axb3++). Para alargar algo más la partida he de cambiar mi torre por su dama, aunque esto no vaya a afectar al resultado final de esta, puesto que su peón en siete tomará la torre a la vez que coronará jaqueando y llegando a la misma situación, eso sí, tras haber tenido que efectuar un movimiento más. Estoy perdido, es un «mate a cinco» y aunque no sea de una gran dificultad, es un bonito final. Ha ganado y lo sabe. Me encuentro completamente a su merced. Mi salvación solo depende de su clemencia o de un craso error. A estas alturas puedo pensar, sin temor a equivocarme, que es casi imposible que logre terminar de otra forma que tirando mi rey sobre el tablero. Ya nada puedo hacer salvo esperar y ver cómo se desarrollan los acontecimientos. Su juego ha sido genial y ahora, cuando estoy en las últimas, es cuando comprendo la maestría de todos y cada uno de sus movimientos. Si no fuera tan importante esta partida, abandonaría, pero no puedo; he de continuar.

—¿Qué habéis hecho con el auténtico Yujá? —pregunté.

—Acabó como se merecía ese viejito testarudo, y te aseguro que si llego a saber que iba a mentiros sobre dónde estaba el tesoro de los ixchicaj, habría sufrido mucho más —respondió el que hasta ese entonces se había hecho pasar por él.

—¿Cómo conseguiste que te aceptaran los de su pueblo? —pregunté a Umán, que así se llamaba el asesino de Yujá.

—Son unos ignorantes. Les dije que el terremoto arrasó mi aldea, que no tenía donde ir, y ellos me creyeron. A los pocos días maté al viejo y cuando les llevé el cadáver, les conté que, sin poder hacer nada para evitarlo, había visto cómo unos blancos acababan con su vida. ¡Están tan acostumbrados a que los ladinos y los blancos abusen de ellos, que no se extrañaron y ni por un momento llegaron a sospechar que el asesino del viejo era yo mismo, un indígena! Se me ocurrió también decirles que posiblemente su asesinato tenía que ver con el tesoro oculto de los ixchicaj. El viejo no reveló nunca a nadie dónde estaba escondido, pero sí que les habló de su existencia. Esa es la razón por la que, cuando vos empezaste a preguntar por el tesoro de los ixchicaj, casi os matan. ¡Pensaron que eran ustedes los culpables de la muerte del viejito! ¿Gracioso, verdad? —rio—. Les prometí que si los asesinos volvían, yo me encargaría personalmente de hacerlos desaparecer, y eso es en lo único que no les mentí.

Roberto fue el siguiente que habló:

—Debo reconocer que me han dado mucho más trabajo del que creía. Desde que

llegaron a Guatemala, estuve siguiendo sus pasos y hasta hoy no pude encontrarlos, pero por fin, ya están en mi poder.

—¡Bueno, compadres, basta de charlas y vamos a por el tesoro! Nos ocuparemos de estos más tarde —dijo Pedro, el tercero en discordia.

Con tono de pocos amigos, Umán tomó la palabra:

—Se nos ha presentado un problema grave. Yujá me mintió: junto al antiguo cauce del río no hay nada. He recorrido con estos dos el terreno y no vi ninguna cueva. Si querés podemos seguir buscando, pero me temo que dentro de poco van a bajar los soldados. Siento tener que decir que todo está perdido.

Al oír sus palabras Roberto montó en cólera, y enrojecido por la ira comenzó a gritar:

—¡Estúpido! ¿Por qué lo mataste sin comprobar si decía la verdad?

—Lo torturé, y apenas antes de morir me confesó que el tesoro estaba en una cuevita junto al antiguo cauce del río. ¿Quién se podía imaginar que mentía? Además, si creés que era tan fácil sacarle la verdad a ese viejo testarudo, lo hubieras hecho vos en vez de esperar cómodamente en el monte mientras yo cargaba con el cadáver y me las arreglaba con su gente.

—Sos un idiota.

—Conozco otro idiota que confundió la calle José Abas..., no sé qué, con otra de nombre parecido, cuando iba a matar a este —dijo señalándome.

Roberto se volvió con cara de pocos amigos hacia Pedro, mientras a mí me vino a la memoria el día que se produjo el ficticio secuestro de mi madre; fui citado en la calle José Abascal y, después de mucho esperar, no apareció nadie. Las palabras de Umán me hicieron comprender entonces que seguía vivo gracias a la calle Abascal, distinta afortunadamente a la de José Abascal.

—Criticándome a mis espaldas, ¿eh? Como me jocotés, de nuevo voy a rodajear esa mala lengüita que tenés —dijo Roberto.

A la vista de la discusión, llegué al convencimiento de que el cerebro del grupo debía haber sido Bobalicón, y que, muerto este, la operación había quedado en manos de esos tres chapuzas, que tras el asesinato de Yujá, acabaron con la esperanza de poder culminarla con éxito.

—Si Franck no hubiera muerto en el terremoto sabríamos qué hacer. Larguémonos de aquí antes de que vengan los soldados —dijo Roberto.

—¿Qué hacemos con estos?

—Van a pagar por todo lo que nos ha salido mal. Debería matarlos aquí mismo, pero prefiero darles una muerte más lenta. Además, quiero gozar de ella antes.

Irina lloraba y yo me sentía culpable de su sufrimiento. Avanzábamos malamente, puesto que con las manos atadas, era muy difícil mantener el equilibrio entre la espesa vegetación. Ellos se divertían golpeándonos de cuando en cuando. Justo al salir de la parte inundada por las aguas, un árbol llamó la atención de Umán; se trataba de una caoba muy extraña. Al acercarme más comprobé que el irregular aspecto se debía a que su madera estaba tremendamente deteriorada por los muchos años que llevaba seco, y dada su presumible antigüedad, era raro que no se hubiera venido abajo. Tenía una altura y grosor imponentes, alrededor de treinta metros de alto y siete de diámetro, y aún conservaba una parte de sus ramas, aunque estas sí que habían cedido a una distancia similar del tronco, como si de un corte por hacha se hubiera tratado. Su aspecto era tétrico, parecía una especie de fantasma vegetal. Sin embargo, no era esta la razón por la cual Umán se había sentido atraído por él, sino porque en lo alto, enganchado entre el tronco y una de sus ramas, se hallaba el cuerpo sin vida de una fiera, un jaguar al que el árbol le estaba sirviendo de improvisado nicho.

—La piel parece estar en buen estado —dijo Umán.

—No debemos entretenernos —contestó Roberto.

—Con esa piel de jaguar podemos recuperar algo de dinero y no nos va a llevar tanto tiempo agarrarla.

—Si querés arriesgar la vida subiendo al árbol, allá vos.

—Yo no voy a subir, lo hará este por mí —dijo señalándome.

Esa idea pareció hacerle más interesante el asunto a Roberto.

—Bien pensado puede ser divertido, haremos que suba y disfrutaremos viendo cómo se mata.

—Es imposible subir hasta ahí; el tronco es casi liso y su grosor no permite que se trepe por él —dije.

—No seas estúpido. Te daremos una cuerda.

La altura era demasiada para el tamaño de las que tenían, así que me vi obligado a unir tres de ellas. Até una piedra en un extremo y la lancé por encima de una de las ramas, hice un nudo corredizo procurando que quedara lo más cerca posible del tronco y, después de un breve titubeo, comencé a subir.

Al principio fue sencillo, pues contaba con el apoyo de mis pies sobre el tronco del árbol, pero a medida que fui ganando metros las cosas se complicaron; las manos comenzaron a sudarme, lo que motivó que la cuerda resbalara por mis palmas y me viera obligado a realizar mucha más presión con los dedos para sujetarme. La altura me resultaba mucho mayor de lo que me había parecido desde el suelo, y de reojo miraba hacia abajo y me daba cuenta de que si caía, tendría muy pocas posibilidades de salir

ilesos del golpe. Traspasé el primer nudo y, aunque por un lado me tranquilizó pensar que ya solo dependía del otro, darme cuenta de que había cedido algo me asustó. La distancia que me separaba de las ramas ya era menor que la que tenía hasta el suelo. Aumentó mi prisa por llegar a lo más alto y, fruto de ello, sufrí un descuido; uno de mis pies resbaló y perdí el contacto con el tronco del árbol de tal forma que quedé suspendido haciendo giros en el aire. Oí el grito de pánico de Irina casi a la par que las risas de los otros tres. No me creí con fuerzas para seguir subiendo «a pulso», así que me balanceé con la intención de volver a recuperar el apoyo. Conseguí tocar con mis pies en el árbol pero volví a salir despedido; con el primer resbalón la cuerda se había desplazado por la rama y este deslizamiento fue suficiente como para impedir que pudiera volver a apoyar los pies en el tronco. El corazón me latía como si fuera a salirse del pecho de un momento a otro, vinieron a mi mente imágenes inconexas de mi niñez y sentí unas enormes ganas de echarme a llorar. Durante breves instantes, me quedé quieto intentando recuperar las fuerzas necesarias para ascender hasta arriba; pero enseguida me di cuenta de que allí colgado, lejos de recuperarlas, estaba malgastando las pocas que me quedaban, además de prolongar inútilmente el tiempo de trabajo del otro nudo del que pendía mi vida, así que, con decisión, reinicié el ascenso. El avance de la mano izquierda, sosteniendo mi peso solo con la derecha, no me resultaba extremadamente penoso, pero cuando tenía que hacerlo al revés, me era mucho más difícil y cada una de esas ocasiones pudo haber sido la última. Agónicamente fui subiendo hasta que conseguí que una de las ramas estuviera a mi alcance. La madera estaba en un estado tan lamentable que parecía mentira que hubiera soportado mi peso. Me balanceé para que mis piernas rodearan la rama, crucé los pies con el fin de tener un mejor apoyo y con las últimas fuerzas que me quedaban pude incorporarme. Al sentirme por fin seguro arriba, suspiré como nunca lo había hecho, pero no pude descansar demasiado, ya que los indeseables que me habían obligado a subir me apremiaron para que bajara rápidamente el cadáver del jaguar. Este estaba situado junto al tronco, en una rama contigua a la que había utilizado en mi ascenso. El animal desprendía un olor muy desagradable producto de su avanzado estado de descomposición, sin embargo, la piel se conservaba en buenas condiciones salvo en el cuello, donde se notaba una profunda herida que debía ser la causa de su muerte. Imagino que el desdichado jaguar buscó en lo alto del árbol un lugar seguro donde recuperarse, pero evidentemente no lo consiguió. Para hacer caer el cuerpo del animal al suelo, apenas bastaba con liberar la pata que tenía encajada en el tronco. Comencé a tirar de ella y fue entonces cuando me percaté de que el árbol estaba hueco.. Si en principio eso no era de extrañar debido al mucho tiempo que llevaba seco, el corte interior del tronco era de una regularidad antinatural y

además contaba con la particularidad de estar recubierto con una capa sólida de algo así como una especie de yeso. Todo esto indicaba claramente que alguien había tenido auténtico interés en ahuecarlo y cubrirlo de ese material para que se conservara aparentemente intacto durante mucho tiempo. Con disimulo, intuyendo ya la razón de ese corte, eché un vistazo al interior y vi una pieza de madera con forma troncocónica, cuya parte inferior había sido tratada del mismo modo que el resto del árbol, y que debía haber sido el cierre superior del hueco antes de que se desprendiera de su posición. Dicha pieza permanecía entonces en equilibrio inestable, apoyada sobre dos estanterías construidas con el mismo material de cobertura y creadas para que sirvieran de alojamiento a aquello que tanto habíamos buscado: el legado de los ixchicaj. Sentí una gran admiración por esos últimos e inteligentes miembros del desaparecido pueblo que decidieron ocultar sus códices en el interior de un inmenso árbol situado en mitad de la selva; un lugar al que nadie se le ocurrió examinar durante cientos de años, y que yo descubrí por pura casualidad. Para preservar los valiosísimos códices, habían recubierto el interior del árbol y sellado después su parte superior con la pieza troncocónica, que en su momento debía ajustar perfectamente y que el último terremoto había hecho que cediera y se precipitara al interior. Uno de los códices había sido arrastrado por la pieza y a simple vista se podía comprobar que su estado no era bueno; en sus hojas plegadas como un acordeón y hechas de corteza de árbol, apenas se podían distinguir algunos trazos de pintura roja y negra. Sus cubiertas, confeccionadas de piel de jaguar, se habían separado de las hojas que, por contra, permanecían compactas gracias a una masa similar a la que recubría el tronco del árbol. El desajuste de la pieza superior de sellado había permitido que se iniciara el proceso de degradación normal de los códices; no obstante, dado que hasta ese momento su conservación debía ser casi perfecta, aún podrían ser recuperados para su estudio. Era posible que bajo mis pies se encontrara escrita buena parte de la historia perdida, puede que los fundamentos de la filosofía maya o la explicación de la importancia que ese pueblo tributaba a la sangre, quizás la información suficiente para poder descifrar sus jeroglíficos o incluso la clave para comprender el motivo de su hundimiento cultural. Los ixchicaj fueron arrasados durante el periodo relativamente corto de tiempo en el que se tambaleó todo el sistema maya por una razón desconocida aún en nuestros días. En esos códices podía encontrarse la explicación de ese enigma y quizás de muchos otros. Hasta ese instante apenas se tenía conocimiento de la existencia de cuatro códices mayas en todo el mundo, uno de ellos incompleto, y, sin embargo, bajo mis pies, en ese tétrico árbol bien pudiera estimarse que habría cientos de ellos. En ese momento yo era el único que lo sabía y tenía la increíble oportunidad de convertirme en quien aportase a la humanidad uno de

los mayores hallazgos de su historia. Pudo haber sido el momento más feliz de mi vida, pero las circunstancias que me rodeaban me impidieron disfrutarlo; mi supervivencia pendía de un hilo más raquítrico que la cuerda que había utilizado para subir al árbol, y mi único objetivo entonces era el de sobrevivir.

Traté de disimular dedicándome a liberar la pata del jaguar. Cuando lo conseguí, el cadáver del animal calló al suelo emitiendo un sonido seco. Me aterraba volver a descender y unirme a los asesinos que abajo me esperaban, y sin mucha reflexión, en un movimiento rápido me introduje en el hueco del árbol apoyándome en la pieza atravesada para no caer al interior. Una vez estuve acoplado en mi improvisado escondite, oí unas risas que poco a poco fueron desapareciendo; supongo que al comprender ellos que mi reacción no había sido tan desafortunada como podría pensarse en un principio. Ninguno de los tres estaba tan loco como para subir a buscarme, y si querían que bajase, deberían obligarme desde el suelo, lo que no iba a serles tan sencillo. Empezaron a disparar hacia mi posición y, afortunadamente, comprobé que el recubrimiento interno de la corteza del árbol era lo suficientemente firme como para impedir que las balas lo atravesaran. ¡La guarida parecía inexpugnable! ¡Con su divertimento los muy estúpidos habían facilitado mi huida delante de sus propias narices, al más puro estilo caracol! ¡Y para colmo, había encontrado el legado de los ixchicaj! La situación habría sido perfecta de no ser por dos graves inconvenientes: el primero, era que Irina seguía en sus manos y, el segundo, que decidieron prender fuego al árbol.

El terreno circundante no había sido inundado por las aguas, pero estaba húmedo debido a las últimas lluvias, de manera que tuvieron dificultades para que se encendiera. Agazapado en mi escondite, no vi exactamente el momento en que consiguieron que la maleza comenzara a arder, pero una columna de humo blanco me sacó de dudas sobre su éxito. No pude por menos de echar un vistazo rápido al exterior para comprobar cuál era la situación real en la que me encontraba y, al hacerlo, observé que Umán y Pedro estaban muy ocupados avivando las llamas mientras Irina permanecía cabizbaja. Busqué con la mirada a Roberto y, cuando lo vi, apenas tuve tiempo de reaccionar antes de oír el disparo. Por suerte no consiguió alcanzarme, pero debido al brusco movimiento que hice, la pieza troncocónica que me sustentaba, se desequilibró; y, de no haber sido gracias a las estanterías talladas para sujetar los códices de los niveles superiores, hubiera caído por el hueco interior hasta la base del tronco situada a más de veinte metros de distancia. A mis dificultades de alojamiento se unía el hecho de que el humo iba en aumento, prueba evidente de que el fuego se avivaba. Desde mi improvisada guarida veía la humareda y oía perfectamente el crepitar de las llamas. Estaba confuso y

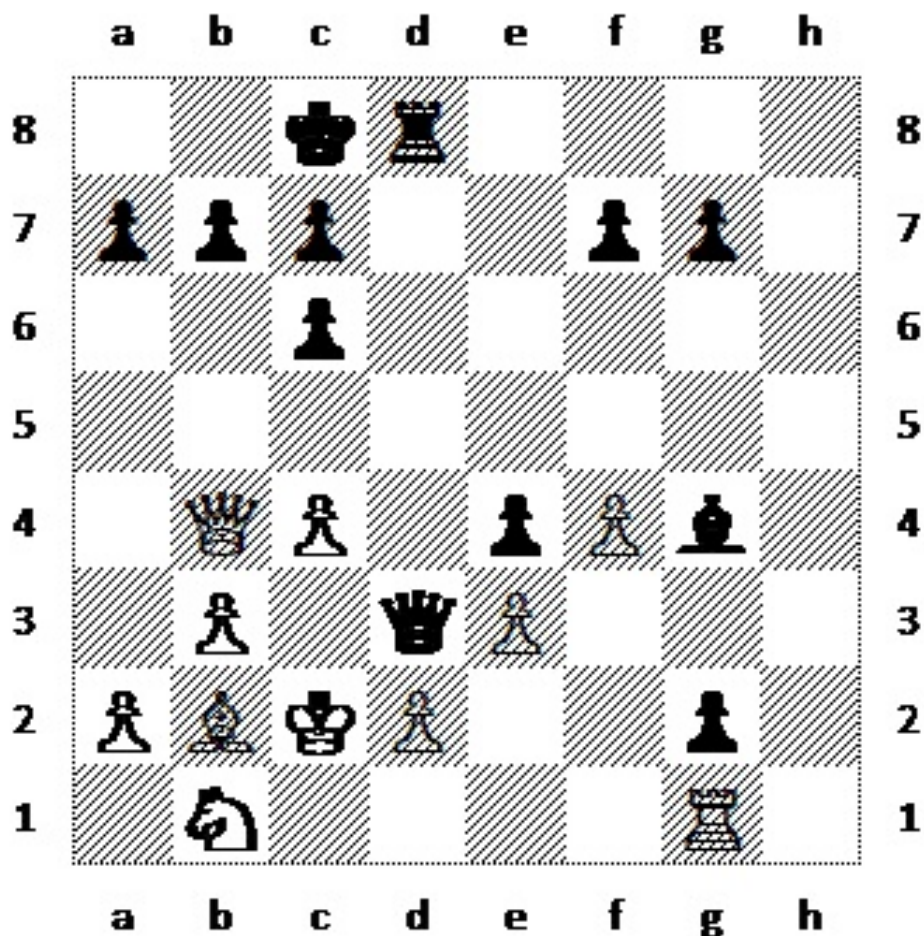
no sabía qué hacer. Me pareció escuchar un disparo lejano, pero no le di mayor importancia. A medida que fueron transcurriendo los minutos, mi situación fue empeorando ya que el humo empezó a surgir por la parte inferior. El extraño recubrimiento parecía que no iba a ser suficiente como para impedir que la acción del fuego acabara con el árbol. En alguna ocasión oí que en caso de incendio incluso el hormigón se deteriora, de modo que no era desatinado pensar que el empaste de los ixchicaj no pudiera superar una prueba de tal magnitud.

Ante la certeza de que iba a asarme vivo, lo primero que se me ocurrió fue pedir clemencia, pero no hubo ninguna respuesta por su parte. Después procedí a gritar la verdad: que con ese fuego iban a quemar los códigos de los ixchicaj..., y tampoco contestaron. Pensé en intentar hacerme con alguno y lanzárselo por si el problema era que no me creían, sin embargo, me encontraba en una postura demasiado peligrosa como para poder hacerlo sin riesgo de caer por el hueco interior del árbol. Mi situación era desesperada, me había equivocado al ocultarme allí y ya no me quedaba otro remedio que dejarme ver, confiar en que no me mataran nada más salir y, si la fortuna me concedía lo anterior, que la cuerda aún no se hubiera quemado. Saqué la cabeza del tronco y miré rápidamente hacia los lados buscando a Roberto y compañía, pero no vi a nadie. Salí de mi escondite y me arrastré por la rama. Alcé la cuerda rápidamente y apagué con mis manos su extremo inferior, que para mi desdicha ya había prendido reduciendo su longitud unos seis o siete metros, de manera que una vez bajara por ella, del extremo final al suelo quedaría esa no despreciable altura. Abajo me esperaban las llamas que amenazaban con hacer caer el árbol de un momento a otro. Puesto que no quedaba otro remedio que intentarlo, afiancé el nudo superior lo mejor que pude y me dispuse a bajar. El descenso me fue más cómodo que la subida, pero a medida que me acercaba al suelo, el humo se fue haciendo más denso, y respirar, más complicado. Cuando llegué al final de la cuerda, sin pensarlo dos veces me lancé al vacío. Aún tengo el recuerdo nítido de la imagen del arbusto en llamas al que fui a parar. Al caer me desequilibré de tal manera que el primer impacto lo recibió en su totalidad mi tobillo izquierdo, cuyo apoyo fue insuficiente para impedir que mi cuerpo terminara rodando entre las llamas. Las consecuencias del golpe fueron un esguince de tobillo, amén de quemaduras leves. Para protegerme el rostro utilicé mis manos, y pese al mal estado del tobillo, lo que me hizo levantarme súbitamente fue el intenso dolor que sentí en las palmas al apoyarlas sobre las ascuas. Aunque estaba aturdido por el humo, corrí entre las llamas hasta que tropecé con un arbusto que afortunadamente se encontraba ya dentro de la zona que apenas hacía un rato había estado cubierta por las aguas. Esa humedad impidió que el fuego se propagara en aquella dirección, y por fin pude considerarme a

salvo. Por último, sufriendo dolores cada vez más fuertes en el tobillo y las manos, me arrastré algo más hacia el interior antes de perder el conocimiento.

XXIV

23. DxAb4 Dd3+



Ahí está la primera de sus cinco jugadas mortales. Imposible hacer otra cosa que refugiar mi rey en el cuadro c1.

24. Rc1 ...

Al despertar me sobresalté al ver el rostro de uno de los dos soldados que me llevaban en la camilla, y casi al instante, empecé a comprender por qué no me había encontrado con Roberto y compañía cuando salí de mi escondite. El ejército había hecho acto de presencia, e irónicamente después de haber huido de él en tantas ocasiones, entonces me había salvado la vida. Pensé en que tenía suerte de haber perdido la

documentación durante el terremoto, puesto que eso dificultaría que llegaran a saber que yo era «un enemigo».

El soldado, percatándose de que había despertado, sonrió amablemente.

—No se preocupe compadre, pues la mujer nos contó todo y ya pueden estar ustedes tranquilos.

—¿La mujer? ¿Irina está bien?

—Perfectamente. Vimos que esos tipos estaban prendiéndole fuego a la selva. El gobierno es muy claro con eso y está decidido a acabar con la especulación de la madera. Los detuvimos y ella nos explicó que los llevaban presos por haber intentado impedirlo. No se preocupe por nada, las autoridades sabrán compensarlos por la mala experiencia que han vivido en nuestro país. No queremos que piense la gente que acá se trata mal a nadie

No sabía si echarme a reír o a llorar. Al menos algo era seguro, estaba vivo.

Por el bien de Irina y el mío, tenía que secundar la versión de los hechos que ella les hubiera dado, y para ello resultaba fundamental conocerla al detalle, por tanto, debía aprovechar la falta de discreción que evidenciaba tener ese soldado.

—Ella es historiadora, ¿lo sabía?

—Sí. Nos dijo que ustedes dos estaban investigando algo relacionado con los mayas. No sé mucho de esos temas, pero creo que son un poco estúpidos por meterse en la selva para buscar edificios abandonados. Ya no quedan tesoros, pues ya saquearon todos los que había.

Después, fue interrumpido por el otro soldado que sostenía la camilla y que había permanecido en silencio hasta ese momento.

—¡Cállese, Manuel! No nos está permitido hablar con los detenidos hasta que quede claro de qué parte están.

—¡Tranquilo...! Son inocentes.

—Es posible, pero no debemos hablar con ellos hasta que el capitán los interroge.

Permanecieron silenciosos durante un rato, pero a Manuel se le notaba que quería seguir la conversación.

—¿Queda muy lejos el campamento? —pregunté.

—Media horita más o menos —contestó.

—¿Estará ella allí?

—Sí, junto a los otros tres tipos.

Tras una nueva reprobación por parte de su compañero, Manuel no volvió a hablar en todo el camino.

Llegamos al campamento improvisado que había construido el ejército, y al entrar

pude ver a Roberto y sus compinches atados a un mismo árbol. Nos intercambiamos miradas muy poco amistosas.

Irina estaba siendo interrogada por el capitán, y a mí dejaron en el suelo, a la entrada de la tienda de campaña donde precisamente se producía el interrogatorio. Por suerte desde donde me encontraba, podía oír perfectamente la conversación.

—Señorita, sigo sin comprender qué hacían ustedes por esa zona a la que el ejército había prohibido acercarse.

—Ya se lo he dicho antes, pensábamos que allí podrían encontrarse unas ruinas desconocidas y no sabíamos que se había prohibido estar por esa zona.

En ese momento el compañero de Manuel entró en la tienda del capitán para dar parte de nuestra llegada.

—Bien, señorita, puede retirarse. ¡Tráiganme, pues, a ese!

El capitán tenía un aspecto algo descuidado pero sus pequeños ojos de mirada inteligente indicaban que no iba a ser fácil engañarlo. Al cruzarme con Irina, esta me miró y dijo: «Buscando ruinas». No era necesario que me transmitiese esa información ya que yo ya la había obtenido por mi cuenta, pero ella no podía saberlo y, desesperada por las circunstancias, me hizo ese comentario de un modo tan alto y claro que no debí ser el único que lo oyó, aunque el capitán no hiciera ningún comentario al respecto.

—¿Cuál es su nombre?

—Daniel Santana.

—La señorita nos ha explicado que son ustedes compañeros.

—Sí, los dos somos historiadores —mentí.

—¿Qué es lo que hacían por ese lugar?

—Buscábamos ruinas mayas.

—¿Nada más que ruinas?

—Sí —trataba de hablar lo menos posible para no cometer errores.

—¿Muéstreme su documentación?

—No la tengo.

—¡Ah, es verdad! Ya nos dijo ella que usted la perdió en la selva...

—Efectivamente —volví a mentir.

—¿Cuándo tiene previsto salir de Guatemala?

—De forma inmediata si pudiera. Después de lo que aquí he vivido tengo unas enormes ganas de volver a mi país.

—¿Dónde vive?

—En España.

—Es extraño que viviendo en España, sea a la vez compañero de alguien que habita

a miles de kilómetros de distancia, ¿no le parece?

—Somos compañeros porque ambos nos dedicamos a la historia, lo que no quiere decir que vivamos en el mismo país.

—La señorita en ningún momento me dijo que fueran compañeros, sino que usted es un alumno suyo. Además, también de acuerdo con la versión de ella, usted perdió la documentación en Ciudad de Guatemala durante el terremoto, y eso no coincide con lo que me acaba de decir. Por lo que veo nos ocultan algo y le aseguro que sea lo que sea, lo vamos a descubrir. Me consta que no forman parte de la banda de Umán, pero ustedes tampoco parecen «unos inocentes». De momento se vienen con nosotros a Flores, allá tendremos tiempo de saber lo que estaban tramando. Ahora retírese, tengo muchas cosas que hacer y no deseo escuchar más mentiras.

Salí de la tienda cojeando, el tobillo se me había inflamado mucho. Fuera me esperaba Irina.

—¿Cómo te ha ido?

—Mal, sabe que les hemos mentado.

—Fundamentalmente yo les he dicho la verdad: que no tenías los papeles a causa del terremoto, que yo estaba llevando a cabo una investigación sobre los mayas, y tan solo he tratado de buscar una excusa de tu presencia, alegando que eres un estudiante de historia y que me estás ayudando en la investigación gracias a un acuerdo internacional entre universidades. Creí que tendría ocasión de decirte todo esto, pero...

—Ya no importa. Ese tipo no es ningún estúpido, sabe que mentamos y supongo que esperará a recibir informes sobre nosotros en cuanto lleguemos a Flores. Intuyo lo que me ocurrirá en el caso de que encuentren los míos. Estoy jodido.

—Puede que no sean tan eficaces como piensas; el país está en un estado catastrófico y quizás no encuentren nada.

—Gracias por tus ánimos, pero me temo lo peor. Si te parece, inventamos una versión de los hechos que facilite que tú puedas salir airosa de todo esto, ya que yo no tengo ninguna esperanza.

Irina me miró de una forma muy tierna, me cogió la mano y la presionó con dulzura. Trató de sonreír, pero le salió una mueca forzada, más bien triste.

En ese momento se nos unió Manuel, quien era un tipo simpático y sin duda con una gran tendencia a «irse de la lengua». Sin saber todavía qué clase de personas éramos, nos habló de su jefe. Según nos dijo, el capitán siempre había estado muy interesado en política, y aunque no tenía verdadera vocación militar, se había hecho oficial porque pensaba que era la única manera de conseguir ser alguien en Guatemala. Al parecer esto no le sirvió de gran cosa, ya que nunca llegó a ser muy bien visto por los altos mandos,

quienes lo consideraron en todo momento un tanto revolucionario y se encargaron de frenar su promoción confinándolo en aquel olvidado lugar del país. Sin embargo, la mala relación con sus superiores, contrastaba con el cariño y admiración que le brindaban sus soldados gracias al trato razonablemente humano que les dispensaba.

Manuel me preparó un fuerte vendaje en el pie, pero a mí me pareció imposible que fuera a poder llegar a Flores andando. Aquella marcha la recuerdo como un auténtico suplicio; tenía el tobillo muy inflamado y me dolía terriblemente. En un primer momento me acompañó un soldado que, de una forma muy poco elegante, me obligó a seguir avanzando cuantas veces di con mi cuerpo en el suelo. En vista de que por mi culpa nos estábamos retrasando, permitieron a Irina y a Manuel repartir entre los demás las cargas que les habían asignado y servirme de apoyo para que pudiéramos ir más rápido. Tras mucho sufrir, por fin llegamos al campamento. Encarcelaron a Roberto y a sus compinches, pero a Irina y a mí nos alojaron en sendas viviendas militares. Me tocó en suerte la casa de la viuda de un coronel, que seguía ocupando la vivienda pese a haber transcurrido cinco años desde que su esposo falleciese. Era una mujer muy agradable que me acogió de muy buen talante. Pese a las comodidades, se trataba de un arresto domiciliario estricto, es decir, no me estaba permitido abandonar la casa, y se establecían turnos de guardia en las puertas de acceso a la vivienda por si yo intentaba salir sin el debido permiso. Pasé un par de días recuperándome de las quemaduras y el tobillo gracias a los buenos cuidados de mi improvisada enfermera; ella y el coronel, no habían tenido hijos y creo que yo, de alguna manera, activé su instinto maternal. Al tercer día me comunicó que nuevamente me llevarían en presencia del capitán y me sobrevino una gran inquietud; posible-mente ya tendrían informes sobre nosotros, y eso, en mi caso, no representaba nada bueno.

La entrevista estaba fijada para esa misma mañana, pero apenas unos treinta minutos antes de la hora concertada, sufrí el primer ataque. Súbitamente me sentí indispueto, y en un principio la viuda del coronel lo achacó a los nervios. Al poco tiempo mi estado fue empeorando, y la viuda comentó a uno de los guardias de la entrada que yo me sentía enfermo y que acudiría a hablar con el capitán algo más tarde. Me dolía la cabeza a la vez que notaba una molestísima sensación de debilidad, como si de golpe me hubieran abandonado las fuerzas recuperadas en esos dos días de descanso. Las manos comenzaron a temblarme y empecé a sentir escalofríos. Aquella buena mujer, al verme en ese estado, aplazó definitivamente mi encuentro con el capitán e hizo que llamaran al médico del campamento, quien tardó como un par de horas en acudir, tiempo que yo pasé entre escalofríos y en el que mi temperatura corporal llegó a alcanzar los cuarenta y un grados. Por fin llegó el doctor. Tras un exhaustivo reconocimiento, se llevó a la viuda

a una habitación contigua, imagino que para comentarle lo que yo tenía. Cuando volvió la viuda al cuarto, en su rostro se reflejaba tal muestra de preocupación que por miedo a la respuesta ni siquiera me atreví entonces a preguntar qué era lo que me estaba pasando. Más tarde noté que la sensación de frío desapareció y entonces comencé a sentir todo lo contrario, un intenso calor. Después del calor, entré en una fase de intensa sudoración tras la cual, exhausto, conseguí finalmente dormirme.

Al despertar, frente a mí encontré a la viuda, al capitán, al médico y a un par de soldados, todos con rostros de preocupación.

—¿Qué tal se encuentra? —preguntó el capitán.

—Ahora mejor, pero me he sentido francamente mal. ¿Es grave lo que me pasa?

—Aún es pronto para saberlo. El clima guatemalteco es duro para los europeos. ¿Ha sufrido este tipo de fiebre antes?

—Pues..., no. Es la primera.

—Bueno ya ha pasado, ahorita ha de reponerse. Voy a darle una buena noticia: he iniciado los trámites para conseguirle la documentación, y dentro de muy poco volverá a su patria.

Al oír aquello, me emocioné y rompí a llorar. Cuando me tranquilicé, se despidieron de mí amablemente, y me quedé acompañado por la viuda del coronel. Pensé en España, mis padres, el abuelo, Ricarda, el pobre Fraternidad; pasé revista a todo lo que había acontecido desde el día en que llegué tarde a clase después de haberme acostado con Rosalina, y me sentí feliz porque la pesadilla iba a terminar pronto, al menos en parte, ya que en Guatemala habían ocurrido sucesos con los que tendría que vivir el resto de mi vida. La angustia de no saber qué iba a ser de mí, me había coartado para llamar a casa, pero ahora, después de la buena noticia recibida, estaba deseoso de hacerlo. Rogué a la viuda que me permitiese realizar la llamada y ella aceptó sin dudar, pero me sorprendió el hecho de que lejos de parecer dichosa por la alegría del momento, su mirada fuera triste. Marqué con dificultad el número de teléfono; en ese momento no me temblaban los dedos por la fiebre, sino por la emoción. Recé interiormente porque consiguiera establecerse la comunicación. Tardaron en descolgar; en España era de noche y debían estar durmiendo, pero por fin oí la voz de mi madre.

—Diga...

—Mamá, soy Daniel.

—¡Hijo, qué alegría me das...! ¡Tu padre ha encontrado en México a Ricarda!

—¡Dios..., eso sí que es una buena noticia! ¿Cómo está?

—No muy bien, va a necesitar asistencia psicológica, al parecer ha sufrido un fuerte *shock* y parte de su memoria se ha bloqueado. Al principio no recordaba ni quién era,

por eso no pudo ponerse en contacto con nosotros, pero confiamos en que poco a poco vaya restableciéndose, de hecho tengo entendido que ya recuerda algo. Según los médicos con los que he podido hablar del caso, su recuperación va a ser larga y dolorosa, ya que es posible que parte de su mente se niegue a recordar todo lo relacionado con lo que le produjo la amnesia, y eso puede incluir su estancia en Guatemala; pero bueno, lo fundamental es que está viva.

—¿Se sabe algo del abuelo? —pregunté con miedo.

—De momento no, pero el hecho de haber encontrado a tu hermana nos hace concebir esperanzas de que él también esté vivo.

—Por cierto, ¿cómo consiguió papá encontrar a Ricarda?

—Una familia la acogió. He podido hablar con ellos y, según me han dicho, la encontraron vagando por la calle completamente desorientada y se apiadaron de ella. Son muy buena gente, rápidamente se pusieron en contacto con las autoridades para contarles el caso y gracias a eso tu padre consiguió encontrarla.

—¿Qué tal estás tú? ¿Has solucionado lo que tenías que hacer para poder volver?

—Sí, afortunadamente dentro de muy poco estaré en casa.

—¡Tengo tantas ganas de estar con vosotros...! Me ha dicho papá que tu hermana volverá hoy mismo a España; él va a quedarse hasta que encuentre al abuelo. ¡Ojalá que lo consiga rápido! He rezado mucho para que volvamos a estar todos juntos.

—Ya verás cómo dentro de poco estaremos todos allí. Bueno, he de colgar. En cuanto sepa cuándo vuelvo, te llamaré para que vayáis Ricarda y tú a recogerme al aeropuerto. Te quiero mamá.

—Yo también a ti. Cuídate.

Pasé el resto de la tarde imaginando una y otra vez el momento del reencuentro con los míos. El tiempo se me hacía eterno. Cada diez minutos miraba el reloj y la puerta esperando a que entrara en mi cuarto el capitán con los papeles. Por alguna extraña razón, el trato de la viuda del coronel para conmigo se hizo más frío, y no entendía el porqué; la oía desplazarse por la casa, pero no se acercaba a charlar, tal y como había hecho en los días anteriores; sin embargo..., ¿qué me importaba ya a mí que no fuera el hecho de que pronto abandonaría todo aquello? Además, yo tampoco tenía muchas ganas de entablar conversación; solo pensaba en salir de Guatemala.

Por la noche, recibí la visita de Irina, lo cual me sorprendió muy gratamente, pues era la primera vez que la veía desde que comenzara nuestro arresto.

—Irina, tengo que darte una magnífica noticia: ¡Mi padre ha encontrado a Ricarda!

—¡Eso es fantástico!

—Está enferma; ha sufrido una pérdida de memoria y parece que no recuerda nada

de lo ocurrido últimamente. Dice mi madre que va a mejor, que necesitará ayuda médica, pero que confía en que se recupere. Del abuelo todavía no se sabe nada, mis padres tienen esperanzas de encontrarlo, aunque..., yo no puedo dejar de sentirme más pesimista. La última vez que vi a mi hermana ya estaba mal y no me ha sorprendido que estuviera mentalmente tan afectada como para no poder ponerse en contacto con mis padres, pero que a él le haya ocurrido lo mismo me parece casi imposible y me temo lo peor.

—Es probable que a tu abuelo sea otro problema el que le impida comunicarse con tus padres, quizás esté detenido y no le dejen llamar. Si tu hermana está viva, ¿por qué él no puede también estarlo?

—Sí, es verdad.

—Por cierto, siento decirte que no tienes muy buen aspecto, ¿qué tal va tu tobillo?

—Mucho mejor, se me ha bajado bastante la inflamación, pero he de apoyarlo lo menos posible y mantenerlo vendado y descansado durante al menos quince días más. Lo del mal aspecto es por una fiebre escandalosa que he tenido hoy y que aún no me ha dicho nadie por qué.

—¿Cómo estás ahora?

—Cansado, pero bien.

—Te habrá sentado algo mal.

—Es posible. Hay otra cosa que me gustaría comentarte, es una excelente noticia: ¡Van a facilitarme los papeles para que pueda salir del país!

—Ya lo sabía; me lo dijo el capitán antes de concederme el permiso para que pudiera venir a verte. Yo tengo que decirte algo que quizás tú no sepas: ¡Yo también me voy!

—¡Bravo! A lo mejor nos sueltan juntos, ¿te han confirmado cuándo salimos?

—Yo mañana, ya lo tengo todo arreglado. En tu caso, según palabras de capitán, aún es pronto para saberlo.

—¡Lástima! Me hubiera encantado irme contigo. Dices que te vas mañana...

—Sí, muy temprano salgo para Ciudad de Guatemala, desde donde tomaré el primer avión que me lleve de vuelta a Europa.

—En fin, parece que esto es el final de toda la historia.

—Una historia incompleta.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

Pareció dudar antes de contestar.

—A la historia de los ixchicaj. En algún sitio seguirán ocultos sus códigos.

—¡Oh, casi me olvido de contarte que los encontré!

—¿Cómo que los encontraste?

—Sí, estaban dentro del árbol al que subí.

—No puede ser cierto.

—Te aseguro que lo es. Estaban allí y ahora son ceniza.

—¡Qué ironía! Tratábamos de impedir que cayeran en malas manos y, de forma indirecta, hemos sido los responsables de su desaparición.

—Sí, ha sido una desgracia. Creo que en cuanto salgamos de Guatemala debemos informar de todo lo ocurrido.

—¿Para qué? Nadie nos creerá.

—Puede que tengas razón Irina. ¡Ni siquiera conservo la talla de *Lamat*! Recuerdo que cuando subimos al lago aún la llevaba, pero al llegar a este campamento ya no la tenía.

—¡Qué desastre! Lo hemos hecho fatal. Nunca debimos meternos en este lío.

—Cambiando de tema: hoy precisamente era el día fijado por el capitán para tomarme declaración, y con lo de la fiebre no ha podido interrogarme. Pese a ello, dicen que me van a permitir la salida del país; y eso que los informes sobre mí, que tanto temía que llegaran, ya deben estar en su poder. ¿A ti te ha interrogado otra vez?

—Sí, y mantuve la misma versión que le conté el primer día. Supongo que el capitán sigue sin creérsela y debe pensar que nada bueno hacíamos por allí, sin embargo, sabe perfectamente que en una situación como la que está viviendo Guatemala, suspirando por las ayudas del resto del mundo, no sería conveniente generar un problema diplomático, ni con tu país ni con el mío.

—Puede que tengas razón, pero estoy empezando a preocuparme. ¿Y si han encontrado algo relacionado con mi lucha con la guerrilla? Quizás, en vez de soltarme, vayan a pegarme un tiro.

—No seas tan pesimista Daniel y deja de preocuparte; dentro de poco estarás con los tuyos en España.

—Espero que sea así.

Irrumpió en la habitación el soldado que había venido acompañando a Irina para instarla a que terminara. Ella consultó su reloj y añadió:

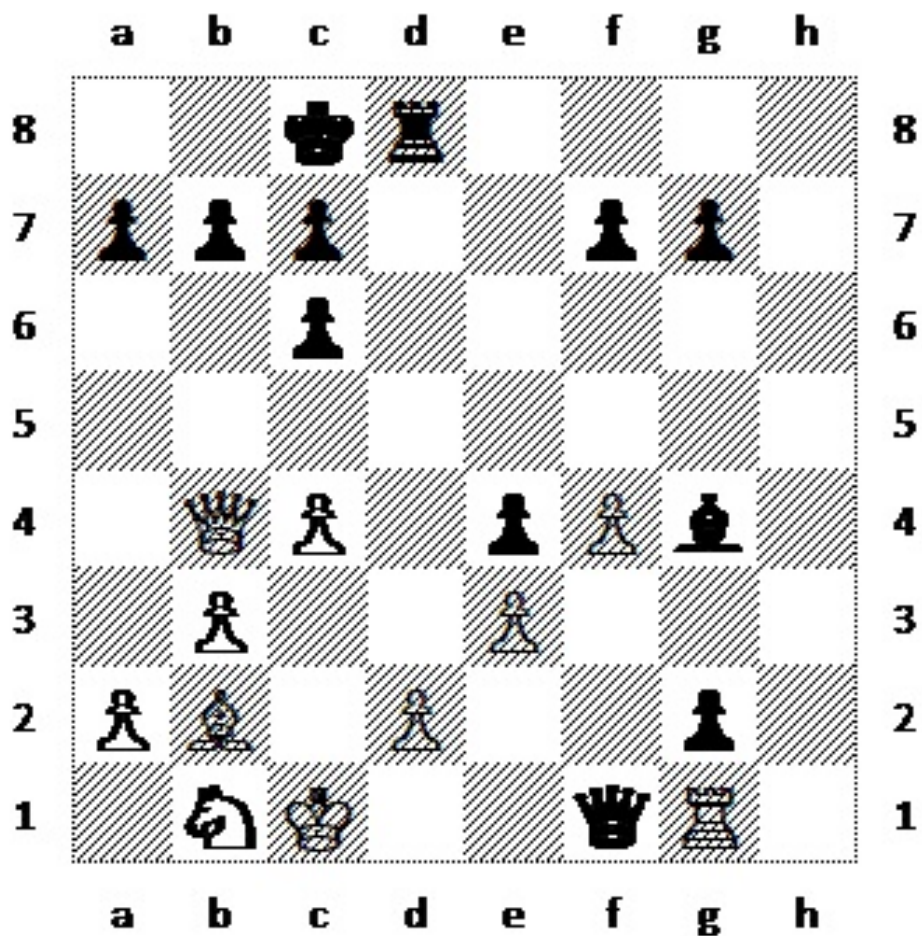
—He de irme Daniel. Te deseo mucha suerte.

—Me gustaría volver a verte.

—¿Quién sabe?, quizás algún día...

No hubo abrazo ni beso, tan solo intercambio de miradas y sonrisas incómodas.

24. Rc1 Df1+



Esse es el segundo de los movimientos que me llevarán directo a la derrota, salvo clemencia o craso error por su parte.

Retrasaré lo que pueda el final.

25. Txf1 ...

Dormí muy poco aquella noche; volvió a subirme la fiebre, di vueltas y vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño, me levanté, paseé por la habitación durante una media hora y volví a acostarme; pero no hubo mejoría y continué despierto hasta incluso ver cómo el sol iniciaba su ascensión y llenaba de luz mi cuarto. Cuando la viuda entró en la

habitación portando el desayuno, no pude reprimir más la angustia que sentía y directamente le pregunté:

—¿Van a matarme?

Ella pareció sentirse perpleja.

—No, ¿por qué iban a hacer tal cosa?

—No sé, me extraña que vayan a dejarme en libertad tan fácilmente.

—¿Ha hecho usted algo para que no sea así?

—No, por supuesto que no, pero...

Ella me miró con lástima y yo seguí sin entender por qué. Después, recogió los platos y se marchó sin decir nada más.

Unas tres horas más tarde irrumpió el capitán en la casa. Traía mis papeles. Sin mucha parafernalia me los dio, y comprobé que se trataba básicamente de un salvoconducto y del billete de avión.

—Al amanecer volaremos hacia la capital y al día siguiente tomará usted un avión que llegará a Madrid a las once de la noche hora local.

—Muchas gracias capitán, no sabe cuánto le agradezco todo esto —dije mientras él salía de la habitación.

Me encontraba bastante débil, la fiebre y la carencia de sueño hicieron que pasara el resto de la mañana en la cama, adormecido. Por la tarde, noté un súbito malestar en el estómago; vomité lo poco que había comido y, para colmo, me sobrevino una diarrea. Me asusté mucho más que en el ataque anterior, sobre todo porque además de esa fiebre desatada y de las molestias estomacales, mi orina se tornó de un color oscuro muy alarmante. En esa ocasión el médico acudió a la casa con prontitud, y, según supe más tarde, me suministró cloroquina. Tras varias horas de sufrimiento, la fiebre volvió a bajar y mi estado general mejoró de nuevo. Por la noche me sentía absolutamente agotado y no tardé en dormirme.

Aún de noche cerrada, la viuda me despertó y juntos recogimos mis pocos enseres personales. En aquel momento yo aún dudaba de si iban a matarme, pero cuando me informaron de que en mi viaje a la Ciudad de Guatemala tan solo estaría acompañado por el capitán y el médico, albergué esperanzas de que ese no fuera mi último día, ya que si de lo que se trataba era de pegarme un tiro, no tenía sentido que se encargaran de ello tan ilustres personajes. En un segundo análisis de la situación, el detalle de que el médico abandonara sus quehaceres del campamento por ocuparse de mí, me llevó a la conclusión de que mi estado de salud era realmente muy preocupante, y dejé de sentirme tan dichoso. Llamé a casa para anunciar la hora de mi llegada. Mi madre, con alegría, me confirmó que Ricarda ya estaba en España y que había reconocido la casa, lo que al

parecer era muy buena señal. Me deseó un buen viaje, y yo le oculté mis recientes problemas de salud para no alarmarla.

Volamos hacia la capital en una avioneta del Ejército. Durante buena parte del viaje me noté razonablemente restablecido, pero poco antes de llegar a la ciudad me volví a sentir indispuerto. Como novedad en esa ocasión, comencé padeciendo unos fuertes dolores musculares. Ya en el hotel, empeoré bruscamente hasta el punto de llegar a tener convulsiones, parálisis temporales de mi brazo derecho e incluso pérdidas de conocimiento, además de la fiebre y de los síntomas padecidos anteriormente.

Tras varias horas de sufrimiento volví a recuperarme, pero en vista del cariz que estaba tomando mi enfermedad y pese a las ganas que tenía de salir de Guatemala, solicité encarecidamente que me ingresasen en un hospital y que me dijeran de una vez qué era lo que me estaba ocurriendo.

—Doctor tengo derecho a saber lo que me pasa. ¿Es peste? Sé que se ha extendido un brote por el país.

—No, no es peste —contestó el médico.

—¿Entonces, qué es lo que me pasa?

El médico miró al capitán de un modo muy expresivo, y este asintió.

—Es malaria o paludismo, como quiera llamarlo.

Yo no sabía gran cosa de la malaria, tan solo que se producía por la picadura de un mosquito y que por eso casi todos los turistas apestaban a repelentes de insectos.

—¿Es muy grave?

—Depende. Habitualmente se supera, pero en determinados casos..., puede ser mortal.

—Gracias por su sinceridad. Ahora empiezo a comprenderlo todo; me mandan a España porque no quieren tener problemas con el cadáver de un turista. ¿No es eso capitán?

—Sabemos bastante sobre usted como para que se hubiera podrido en nuestras cárceles sin representar ningún problema diplomático. Nos consta que, junto con otros tres españoles, colaboró con la guerrilla, y le aseguro que si le facilito la salida del país es puramente por razones humanitarias.

—Razones humanitarias... ¡Necesito ir a un hospital!

—Tal y como están de llenos, no creo que le llegara a atender ningún doctor. ¿Quién iba a ocuparse de un amigo de la guerrilla cuando hay tantos patriotas guatemaltecos heridos? Le aseguro que lo mejor que puedo hacer por usted es enviarle a España ahorita mismo.

Él tenía razón, me estaba ayudando, y quise saber el motivo.

—¿Por qué hace esto por mí?

—¿Por qué se puso del lado de la guerrilla?

—Creí que era lo justo.

—Yo también creo estar haciendo lo justo; Guatemala no será una gran nación hasta que deje de correr la sangre por sus calles.

Era un hombre independiente, un militar cuyo uniforme no le impedía ver más allá de las órdenes a cumplir.

—En ese caso, gracias por todo capitán, estoy en deuda con usted. Por cierto..., uno de nosotros cuatro perdió la vida en los Cuchumatanes, y sé que mi hermana consiguió llegar a México, pero no tengo ni idea de dónde puede estar mi abuelo. ¿Lo sabe usted?

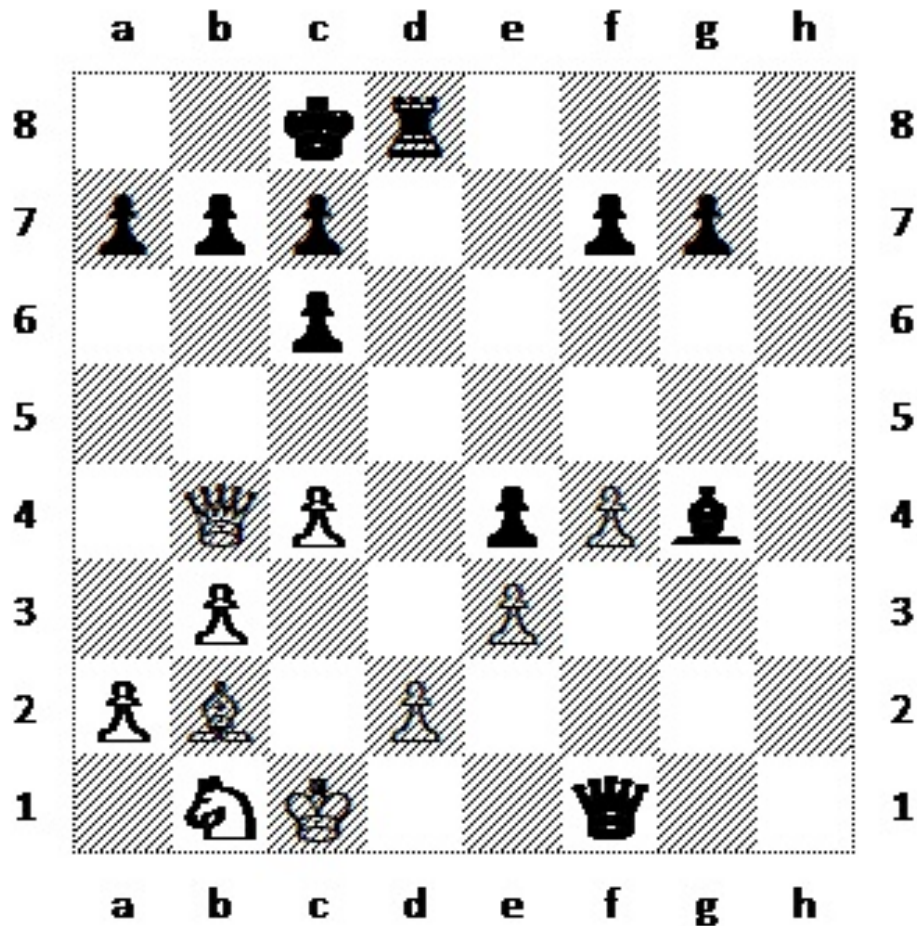
Después de formular la pregunta me puse nervioso al evocar el recuerdo del abuelo. Quería y no quería conocer la respuesta. Él tardó en contestar.

—También cuento con esa información. El individuo con el que creían que iban a huir a México era un colaborador del Ejército cuya misión consistía en guiarlos hacia un lugar previamente convenido, donde unos cuantos soldados pudieran detenerlos, pero algo hizo desconfiar a su abuelo durante el viaje. El lugar elegido por nuestro colaborador para la emboscada era un paso tan perfecto para acciones de ese tipo que el viejo debió sospechar una trampa, de manera que tomó sus medidas y, antes de cruzarlo, se abalanzó sobre nuestro hombre para robarle la pistola, cosa que consiguió además de dispararle cuatro tiros a quemarropa y acabar con su vida. Desafortunadamente para él, su maniobra fue advertida por nuestros hombres, y tras un fuego cruzado en el que tenía todas las de perder, cayó abatido. Su abuelo murió, pero con su desesperada acción no solo mató a dos soldados, además de a nuestro colaborador, sino que facilitó la fuga de su hermana.

Con suma tristeza, imaginé al abuelo charlando de los viejos tiempos con Franco, en algún lugar del más allá.

XXVI

25. Txf1 gxf1=D+



No llega el error. Está efectuando uno a uno los movimientos precisos para acabar conmigo. No tengo más que una opción: ocupar la casilla c2 con mi rey.

26. Rc2 ...

Me suministraron más medicamentos y pasé la noche entre sudores, tiritona y delirios. Por la mañana me sentía muy débil. En vista de mi lamentable estado de salud, solicitaron una silla de ruedas y una ambulancia para mi desplazamiento al aeropuerto. Encontramos bastante tráfico, prueba de que la ciudad había vuelto a retomar buena parte de su normalidad anterior al terremoto. En el aeropuerto tuve sentimientos enfrentados;

por una parte, me entristecí al recordar el día en que los cuatro pisamos por primera vez suelo guatemalteco y, por otra, me sentí muy feliz pensando que, por fin, volvía a casa.

Los trámites para mi salida fueron más complicados de lo que esperaba en un principio; la documentación provisional que me habían preparado no era del todo convincente para las autoridades del aeropuerto; pero, gracias al tesón del capitán, estas terminaron por dar su visto bueno. El médico tuvo que despedirse de mí antes de entrar en la zona internacional, ya que tan solo el capitán, por su condición de militar, pudo acompañarme. Cuando ya esperábamos para embarcar, me fijé en un tipo que me resultó familiar y que, al verme, se acercó a nosotros.

—¡Hola! ¿Te acuerdas de mí?

Al oír su voz, lo identifiqué; era ese joven escritor español con el que había entablado conversación en aquella especie de sala de fiestas de Ciudad de Guatemala.

—¿Se conocen? —dijo el capitán bastante interesado.

—Nos conocimos justo antes del terremoto —contestó él.

—En ese caso, le ruego que se haga cargo de acompañar a este hombre durante el viaje; está muy enfermo.

—No se preocupe.

—Déjeme su billete y haré que se sienten juntos —dijo el capitán.

Mientras esperábamos a que volviese, empezamos a conversar:

—¿Encontraste alguna historia digna de ser escrita?

—Realmente no. He pensado en narrar mi experiencia en el terremoto, pero yo buscaba algo más.

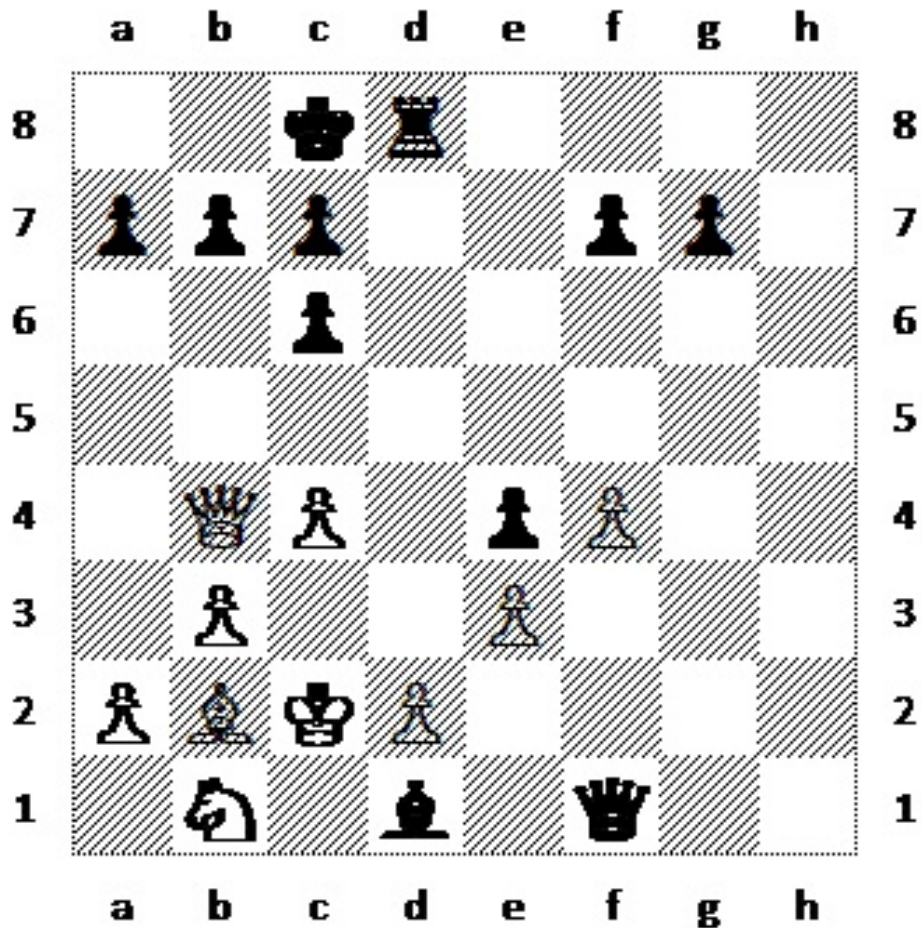
—Te prometí contarte una buena historia si nos veíamos en España; pero, ya que nos hemos encontrado aquí, te la contaré durante el viaje.

—Perfecto. ¡Mira, ya vuelve tu amigo militar!

Fiel a su palabra, el capitán nos facilitó asientos contiguos. Después nos acompañó durante unos minutos más y, antes de irse, me entregó varias medicinas para que las tomase durante el viaje. Por último se despidió sin mucha efusividad, y mientras se alejaba, me dio por pensar que debía ser un hombre triste.

XXVII

26. Rc2 Ad1+



Casi ha llegado el momento definitivo. Salvo milagro, este será mi último movimiento. Debería abandonar pero, ¿qué ganaría con eso?, ¿honor? Las derrotas son honrosas dependiendo de cómo se haya luchado, no de cómo se haya muerto. He de mover, pero todavía no quiero.

* *

El tiempo se me ha terminado prácticamente, tengo el rey en la mano, quizás debería tirarlo pero...

Por fin subimos al avión. El capitán había hecho un excelente trabajo; no solo viajaríamos juntos, sino que utilizaríamos asientos de primera clase. Me recliné, y, tal y como le había prometido a mi nuevo compañero de viaje, empecé a contarle mi historia. Fijé el principio en la noche en que me acosté con Rosalina por primera vez. A medida que narraba mis peripecias mi compañero se iba interesando más, y de cuando en cuando me hacía preguntas, fundamentalmente sobre lo que pensaba en tal o cuál momento, a las que yo contestaba con toda clase de detalles. No recuerdo con exactitud en qué parte de la narración comencé a sentirme nuevamente enfermo; pese a ello, continué hablando. Mi acompañante, al percatarse de lo que me estaba ocurriendo, me aconsejó que descansara, sin embargo, yo no quise hacerlo; necesitaba continuar con el relato. Sé que mezclé desvaríos con estados de plena conciencia. Es posible que repitiera cosas, que dejase algunas sin contar y que contara otras que no tenían nada que ver. Me suministraron los medicamentos que me dio el capitán. Perdí el conocimiento en varias ocasiones. Creo recordar los rostros de preocupación de azafatas y pasajeros. Imágenes inconexas se agolpan en mi mente. Mi madre me mira con ojos llorosos. Batas blancas, médicos, un hospital. Oigo los pitidos continuos de una máquina situada junto a mi cama. ¡Malditas convulsiones! Un tablero de ajedrez. Juego con blancas y me enfrento a la muerte. He de ganar la partida, mi vida va en ello. No logro concentrarme. Me he equivocado; no debía haber tomado esa pieza. La guardia civil nos persigue. D. Pedro perdió la vida en el accidente. Me duele el hombro todavía. ¡Cuidado, abuelo, vuelven los helicópteros! Hay un jaguar encima de un árbol. Un viejo indígena intenta matarme. Quiero a Irina, pero ella a mí no. Mary me gusta, pero yo no la amo. Han intentado secuestrar a mi madre. Ricarda está mal. El legado de los ixchicaj se ha quemado. Otra vez el tablero; no puedo reaccionar, estoy acorralado. Bobalicón es un traidor. Han golpeado a la tía de Rosalina. Nos llevan al calabozo. El hotel se viene abajo. Mary está sin sentido. Mi padre ha encontrado a Ricarda. El cuerpo de Fraternidad ha saltado en pedazos. Hemos robado el coche a los policías. De nuevo he llegado tarde a clase. Van a bombardear el lago. La talla de madera representa un día del calendario maya. El abuelo se acerca.

—Siento lo que ha ocurrido. Todo es culpa mía.

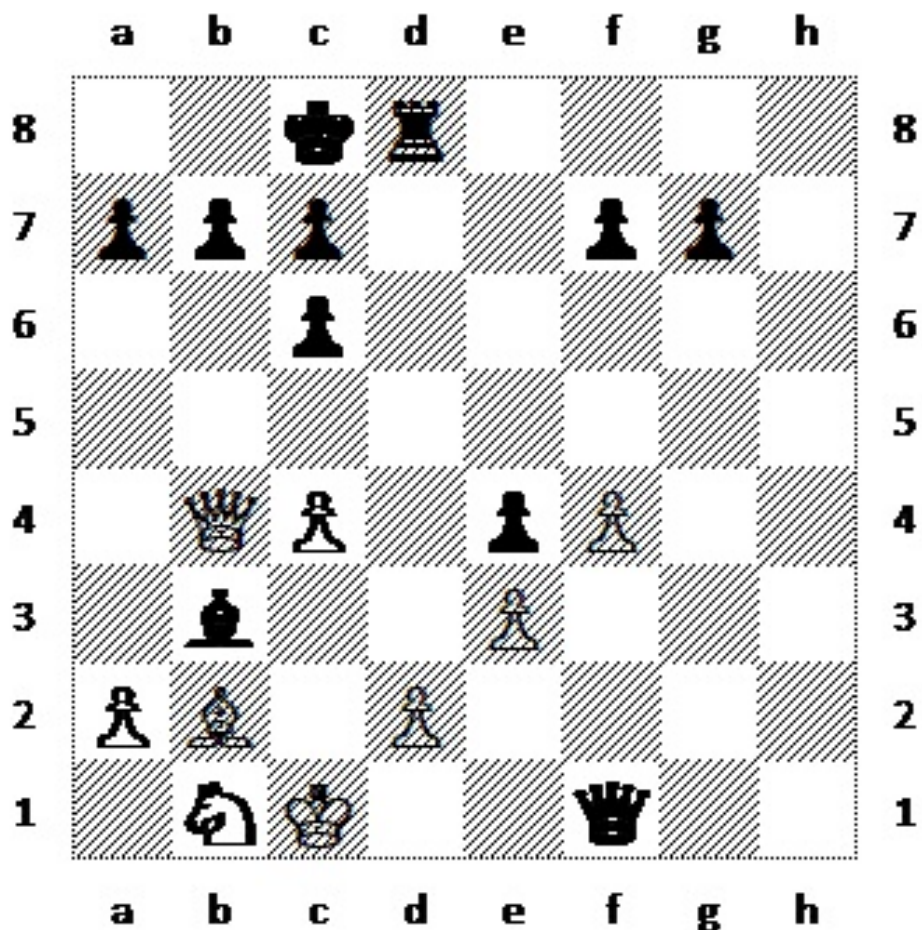
—Tú no estás aquí, has muerto, me lo dijo el capitán.

—Daniel, es hora de que nos vayamos. Acompáñame.

—No, no quiero, tengo que seguir jugando.

XXVIII

27. Rc1 Axb3++ (Jaque Mate, victoria de las negras).



Daniel Santana entró en estado de coma la noche del 25 de febrero de 1976. Fue atendido en el hospital madrileño de La Paz, y si bien en un primer momento se creyó en un coma reversible, al tercer día su estado empeoró drásticamente; el hígado, los riñones, el bazo y el corazón se deterioraron hasta tal punto que murió sin llegar a ser desenchufado.

La recuperación de Ricarda fue más lenta de lo esperado, como consecuencia del nuevo golpe moral sufrido por el fallecimiento de su hermano. Hoy en día, está casi plenamente restablecida, y salvo el recuerdo del instante de la muerte de su abuelo, ha recuperado por completo la memoria. Casada y con dos hijos, lleva lo que se podría definir como una vida apacible.

La madre de Daniel, desde los sucesos de ese año, calló en una profunda depresión, y aún, pese al mucho tiempo transcurrido, a menudo cuando se acuesta y el silencio de la noche la envuelve, se martiriza pensando en cómo podría haber impedido esa alocada huida a Guatemala.

Su padre apenas pudo llegar para verle morir. Aunque fascista convencido, colaboró en el desarrollo de la ley del derecho de los militares de la República a cobrar una pensión. De forma voluntaria solicitó participar en la redacción del proyecto de ley, y este fue su reconocimiento personal a los muchos hombres y mujeres que lucharon junto a su padre por España, pese a que en su opinión lo hicieran de forma equivocada. También, tras muchas gestiones y no sin contar con la inestimable ayuda de una ejemplar funcionaria, obtuvo el documento firmado por el Generalísimo D. Francisco Franco, en el que se eximía a D. Ricardo Santana Méndez de toda purga por su participación militar en el bando republicano. La nota era muy escueta y no explicaba las razones de ese perdón, pero toda la familia estuvo de acuerdo en que el abuelo, al encañonar a ese camillero en Marruecos, influyó muy significativamente en la historia de nuestro país.

El 29 de diciembre de 1996, en el Palacio Nacional de Guatemala, los jefes históricos de la guerrilla y del Gobierno firmaron la paz después de treinta y seis años de conflicto armado, y miles de guatemaltecos festejaron el final de la guerra civil con el deseo de que el acuerdo fuera definitivo.

El escritor que conoció Daniel en Guatemala noveló su historia. Traducida a muchos idiomas, esa novela le convirtió en uno de los autores más conocidos a nivel internacional. Hoy en día, excéntrico y millonario, ofrece una desorbitada suma de dinero a quien le facilite una talla de madera en la que está grabada una representación del símbolo del día *Lamat*, y que al parecer, perteneció a uno de los últimos miembros de los ixchicaj; un pueblo maya extinguido.

FIN

1. b3 e5
2. Ab2 Cc6
3. c4 Cf6
4. Cf3 e4
5. Cd4 Ac5
6. Cxc6 dxc6
7. e3 Af5
8. Ae2 De7
9. Dc2 O-O-O
10. f4 Cg4!
11. g3 h5
12. h3 h4!
13. hxg4 hxg3
14. Tg1 Th1!!
15. Txh1 g2
16. Tg1 Dh4+
17. Rd1 Dh1
18. Dc3 Dxc1
19. Rc2 Df2
20. Ca3 Dxe2
21. Tg1 Axc4
22. Cb1 Ab4
23. Dxb4 Dd3+
24. Rc1 Df1+
25. Txf1 gxf1=D+
26. Rc2 Ad1+
27. Rc1 Axb3++